



NOVELA CLÍNICA PSICOANALÍTICA

Historial de una práctica

Fernando O. Ulloa

Paidós Psicología Profunda



Fernando O. Ulloa

Novela clínica psicoanalítica
Historial de una práctica



PAIDÓS

Buenos Aires

Barcelona

México

Cubierta de Gustavo Macri
Motivo de tapa: Fragmento de *Cuadriga persa*,
dibujo de María Celia González Gay

1a. edición, 1995

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© Copyright de todas las ediciones en castellano

Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
Ediciones Paidós Ibérica SA
Mariano Cubí 92, Barcelona
Editorial Paidós Mexicana SA
Rubén Darío 118, México, D.F.

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina, por el sistema "multigraph", mimeógrafo, impreso por fotocopia, fotoduplicación, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

ISBN 950-12-4191-2

INDICE

Prefacio I	11
Prefacio II	24

PRIMERA PARTE

I. Historial de una práctica clínica	33
1. La narración en la clínica	33
2. La noción de herramienta clínica, algo personal ...	38
3. La novela clínica neurótica de Don Pascual	40
4. Pichon Rivière, un maestro que nunca fue ciruela	55
5. Los barquitos pintados hicieron puerto en Rosario	63
6. La asamblea clínica y la comunidad clínica	69
7. El primer seminario universitario sobre psicología institucional	75
8. Mi amigo José Bleger	77
9. Los grupos operativos disciplinados	80
10. El éxodo de los bastonazos	84
11. Los pasos metodológicos como niveles de análisis en el abordaje de una institución	86
12. El acompañamiento corresponsable en una intervención institucional	95
13. Otra vuelta por las herramientas clínicas personales	102
14. La abstinencia psicoanalítica, una actitud no indolente	109

15. La novela neurótica del psicoanálisis	117
16. La ternura como fundamento de los derechos humanos	131
17. Las campanas solidarias de Marie Langer	140
18. "H 8", algo más que "llámelo hache"	144
19. Adenda final	149

SEGUNDA PARTE

II. Desde los procederes de la crítica literaria a la clínica psicoanalítica como un proceder crítico	153
1. El psicoanálisis y los procederes críticos	153
2. Consideraciones acerca de los aforismos	174
III. La tragedia y las instituciones	185
IV. Propio análisis	205

TERCERA PARTE

V. La difícil relación del psicoanálisis con la no menos difícil circunstancia de la salud mental	231
1. "La salud mental, un desafío para el psicoanálisis en su siglo de vida"	231
2. Cultura de la mortificación y proceso de manicomialización, una reactualización de las neurosis actuales [<i>Aktualneurose</i>]	236
VI. El lugar del sujeto y la producción de subjetividad ...	257
1. Así hablaba Cañuqueo	264

CUARTA PARTE

VII. La amistad, el psicoanálisis y sus alrededores	269
1. Cuentos con tigres y alguna rata	269
2. Del amor por las palabras y las palabras amigas ..	273
3. La poco amable política de Tebas	275

VIII. Tres ámbitos y sus modos correspondientes de amistad	287
IX. La amistad en el psicoanálisis	301
1. Una preocupación personal temprana	301
2. Relaciones entre candidatos II	304
3. Los duelos esenciales de lo conocido no sabido	318

A Chichú

*“La esencia de la amistad
entusiasmo de deseo
la sustancia de amor”*
(de “La amistad, el psicoanálisis
y sus alrededores”)

PREFACIO. I

Denominar "prefacio" a este texto alude sólo al lugar precedente que ocupa en relación con las otras páginas del libro. Pero dado que fue escrito con posterioridad a una detenida relectura de todas estas hojas, cuando ya habían dejado atrás su condición de borrador, es obvio que se trata de un epílogo. Un posescrito consecuente con una de las propuestas del libro, atento a relacionar los procederes críticos que pueden reconocerse en el psicoanálisis, con los de la crítica literaria. Algo que adquiere relevancia si se considera el lugar importante que la escritura ocupa en el despliegue metapsicológico. Una escritura que en tanto experiencia de descolocación y alteridad, constituye una fundamental oportunidad para que un analista pueda avanzar su propio conocimiento de sí; actividad compleja, ésta del propio análisis, que será uno de los ejes de este libro.

Freud inauguró esta oportunidad a pleno, haciendo de lo que llamó su autoanálisis, el que fue ocurriendo concomitantemente a la exploración de sus sueños, propio análisis. Proceder posible, en primer término, por obra de sus escritos teóricos y no sólo los referidos a la actividad onírica.

La intención de cruzar ambos procederes críticos extrae del psicoanálisis, entre otras cosas, esa elemental curiosidad, tan afín a un psicoanalista cuando se muestra atento a lo que le va sucediendo en el curso de lo que se propone hacer, decir, escribir, obviamente analizar. Puede que en el transcurso de

su intención en el final, lo sorprenda un resultado inesperado, distinto del que inicialmente se proponía.

De los procederes del crítico literario, este libro pretende reflejar aquella recomendación instrumental que Macherey denomina "fluctuación ambigua". Se trata de una fluida movilidad entre el juicio crítico, aplicado a un texto o un fragmento de él, y la indagación de las condiciones contextuales o personales en las que el autor produjo su obra. Esta fluctuación también es propia de la clínica psicoanalítica, cuando contextuamos un fragmento, sintomático o no, con los indicios en que el mismo se produce.

Ambas cosas son tomadas en cuenta en la organización de este prefacio-epílogo.

Con la relectura global de los manuscritos, volví a experimentar el conocido sentimiento que me inducía a evaluarlos como demasiado apartados del propósito de teorizar mi práctica psicoanalítica con las instituciones. El resultado reflejaba más bien lo contrario al constituir una expresión de mi manera de ser psicoanalista, influenciada por mi práctica con las instituciones.

No se trata entonces de un libro que piensa lo institucional desde el psicoanálisis, sino de un trabajo que piensa el psicoanálisis desde la práctica con la numerosidad social.

A pesar de lo conocido de este sentimiento, no dejaba de constituir una cierta sorpresa. Pero en esta oportunidad —y tal vez influido por una actitud autocrítica, tan amalgamada con el propio análisis— pensé en el beneficio de llevar adelante una indagación acerca de las condiciones en que volvía a producirse este resultado. Logré merced a ello que no todo quedara, como en otras oportunidades, en mera tachadura censora de proyecto. Me animó en este propósito el poder experimentar, de modo más satisfactorio que en ocasiones anteriores, el intento de poner por escrito lo que creía entrever, a modo de fugaz entendimiento, durante mi trabajo en estos campos. Un entendimiento, en general, más fácil de expresar *in situ* que de reflejar en teorizaciones escritas. En mi caso, esto fue acuñando memoria aforística y sustituyendo textos editados.

Insisto en que ésta no era una situación desconocida para

mí. Suelo formularla, un tanto humorísticamente, con una pregunta que tiene algo de aforismo “¿Cómo estar psicoanalista en una institución y no morir en la demanda?”, parafraseando el título de un libro *Cómo ser mujer y no morir en el intento* (que confieso no haber leído, tal vez por no morir varón en el intento).

Pregunta que en cierta forma insinúa la respuesta a través del empleo de “estar” —y no “ser”— psicoanalista, al sustituir además el original “no morir en el intento” por “no morir en la demanda”.

“Estar psicoanalista” aparece como una función ligada a la existencia o no de la demanda, y ahí toma relieve la importante cuestión de la pertinencia, habida cuenta que con frecuencia un psicoanalista es convocado por una institución, o solamente tolerado, pero sin ser demandado en las funciones que le son propias.

En esta situación, el psicoanálisis circula, bajo la forma de propio análisis, sólo por la persona de ese analista, y facilita posiblemente la lectura de lo que ocurre en el campo, pero sobre todo de lo que a él le sucede. Este registro le hará factible componer una narración, como alternativa de interpretación, que diga de lo que ahí acontece sin decir a persona alguna, es decir, sin forzar con impertinencia una demanda que no existe.

Es posible, no obstante, que si todo queda reducido a este proceso, la situación tenga más efectos sobre el psicoanalista y su disciplina que logros psicoanalíticos sobre la institución.

A partir de lo dicho me propuse examinar en qué circunstancias y condiciones personales escribo este libro, algo fallido en el propósito, pero quizá más válido en los resultados. También me importa indagar por qué insisto en este tipo de actividad; casi una controvertida vocación.

Con respecto al propósito fallido y su posible validez, tomo en cuenta que una flecha interpretativa suele no dar en un blanco previsto, pero resulta de especial interés advertir aquello que resultó flechado. Ésta era la manera como antiguamente los griegos definían el error, en términos de una flecha que había flechado otro blanco. Como un error de esa índole se me presentaban los borradores.

Lo anterior es un componente destacado de la vocación psicoanalítica que toma en cuenta cómo juega el azar cuando se intentan flechar las liebres del inconsciente, procurando no espantarlas, sobre todo con explicaciones.

Hablando de vocación, cabe decir que pese a ocuparme desde hace años de las instituciones, procurando sostener una postura psicoanalítica cuando ello corresponde, siempre encontré algo controvertida esta actividad, que por momentos parece más ajustada a un compromiso con la salud mental —al menos tal como la entiendo— que al deseo que mueve una vocación por el inconsciente. Mas, ¿cómo desconocer los controvertidos deseos inconscientes como factor decisivo en la producción de salud-enfermedad mental? En esto deben dialectizarse mi deseo y mi compromiso encaminando mi práctica social.

El solo hecho de decir “procurando sostenerme psicoanalista” expresa algo de ese sentimiento controvertido. En todo caso, también este resultado vocacional “inesperado” responde a circunstancias históricas personales y contextuales que lo produjeron.

En el curso del libro hago referencia a lo que podría llamar cierta fundación mítica de mi interés por las instituciones, ligado por ejemplo a Pichon Riviére y a la experiencia Rosario, como también a algunas circunstancias políticas que me llevaron a dictar el primer seminario sobre instituciones y psicoanálisis que, al menos en mi conocimiento, haya ofrecido una universidad.

Esto que llamo una controvertida vocación no es ajena, además, a todo lo difícil que resulta compaginar metodológicamente un dispositivo clínico que pueda vérselas con los fenómenos transferenciales dados en la numerosidad social.

Lo cierto es que en muchas ocasiones he escrito ponencias para congresos, conferencias, clases universitarias, fichas para seminarios o cátedras, algunas publicadas, la mayoría no. Textos de circunstancia, en el sentido en que lo fueron para esos eventos, escritos desde una perspectiva psicoanalítica, a veces lograda y otras bastante alejada de mi propósito.

Varias veces intenté escribir un libro sobre el psicoanálisis.

sis y las instituciones instado por mis amigos y colegas, quienes llegaron a reprocharme el no hacerlo. Reproche que tal vez hago propio.

En el primer capítulo expreso la intención de partir de la crítica —más que literaria, ajustada a los procedimientos de esta disciplina—, tomando como objeto algunos de esos textos de circunstancia, como también los borradores de anteriores intentos.

Dilucidadas, merced a ese trabajo, algunas razones personales en torno a esta controvertida vocación, me fue más factible avanzar en el esclarecimiento de aquello que obstaculiza una narración teórica acerca del psicoanálisis y las instituciones.

Freud comentaba que los pacientes graves ayudaban a avanzar las teorizaciones metapsicológicas y clínicas. No siempre se puede defender esta postura, ya que en algunos casos sucede lo contrario, cuando la teoría opera como factor de agravamiento, por pretender sobreimprimirla sin evaluar clínicamente el tipo de resistencia que ofrece el paciente a un determinado abordaje psicoanalítico. Una resistencia que deja de ser esa importante figura de la clínica, a la postre, un obstáculo que indica por dónde avanzan el esclarecimiento y la cura.

La resistencia a la que me refiero es aquella que anula la posibilidad de una escucha como condición necesaria al análisis, dado que esta escucha no es condición suficiente si no hay quien la desee y la demande.

En estos casos, la buena práctica destaca el beneficio de no forzar arbitrariamente al que se muestra grave ni el proceder de la clínica. De hacerlo, es posible que el efecto iatrogénico alcance por igual a ambas partes.

Una situación semejante presentan con frecuencia los campos institucionales, cuando aparecen impermeables a un abordaje crítico, provenga éste del psicoanálisis o de otro punto de vista. Aquí lo grave tanto puede designar la magnitud de un conflicto como la fijeza de lo instituido, totalmente inmune a cualquier novedad instituyente, que configura una verdadera cultura monolítica o tan sólo una resignada mortificación, opuesta a todo lo que perturbe la paz sepulcral que la silencio.

Tanto con los pacientes graves como en esta impermeabilidad institucional, puede que la demanda sólo sea ajustada a una expectativa de cuidados y prestaciones más afines a la clínica de linaje médico, cosa distinta de la clínica psicoanalítica, que sí puede promover una vocación por el inconsciente. El analista deberá identificar este tipo de demanda y de no forzar arbitrariamente el campo ni su metodología, podrá tener la oportunidad de comprobar, a su tiempo, una demanda afín a su cometido. Éste será el resultado clínico de su actitud y no el fruto de alguna venta promocional.

Si volvemos a aquella formulación anterior acerca de no morir en la demanda, resulta claro que se muere —en realidad mueren la demanda y el quehacer pertinente del analista— cuando, por arbitrario forzamiento, aleja toda oportunidad de establecer un dispositivo equivalente a la neurosis de transferencia. En esta situación es probable que el analista quede atrapado administrativamente en las neurosis actuales. Introduzco así una idea que me parece interesante, pero antes de considerarla quiero hacer un breve comentario acerca de la transferencia en las instituciones y su utilidad clínica. Lo habitual es que aun en experiencias institucionales, psicoanalíticamente logradas, no se establezca un dispositivo transferencial demasiado explícito. Acontece, sí, un íntimo proceso, en la privacidad de cada sujeto, de hecho contextualizado institucionalmente.

Este íntimo proceso, posible de ocurrir en cada sujeto, o al menos en aquellos sensibles a aquel “decir (del analista) de lo que acontece, sin decir a persona en particular”, también puede promover el propio análisis, el mismo que atraviesa al analista convocado sin demanda interpretativa.

Desde esta perspectiva, y de una manera general, tiendo a visualizar esta práctica como “psicoanálisis crítico de las ‘masas’ y propio analizando ahí”, en términos que parafrasean un clásico freudiano.

Lo anterior se verá favorecido (literalmente, algo que se ve favorable) cuando la “presencia” de un analista, sostenido en su capacidad de no desmentir el psicoanálisis en sí mismo, aun sin tener oportunidad de hablar, lo muestra sensible —y

en ese sentido, representativo— de lo que acontece en el campo. Un campo que por su inclusión se ha tornado clínico y, además, insisto, propicio a las producciones singulares de propio análisis en cada sujeto.

Lo paradójico es que esa presencia se ve sin que el operador pretenda mostrarla.

Las neurosis actuales son cuadros freudianos ya centenarios, caídos en desuso, pero que cobran particular importancia para entender algunas comunidades instituidas. Me ocupo de ellas en extensión en el capítulo sobre la cultura de la mortificación.

Quiero presentarlas como la principal causa de la “gravedad” que una institución ofrece para su abordaje psicoanalítico. Es claro que la gravedad no alude sólo a un eventual diagnóstico sociopatológico que merezca tal calificación, sino y de una manera especial, al hecho de que un abordaje inadecuado puede configurar un grave error clínico destinado a fracasar y a incidir iatrogénicamente.

Las neurosis actuales no solamente se despliegan con frecuencia en el escenario institucional, sino que podríamos afirmar sin demasiada exageración que algunas estructuras institucionales resultan la encarnación misma, la materialización, de una neurosis actual. Esto se entiende mejor si pensamos que el tipo de actividad principal de una institución genera normas espontáneas en ella. Frente a este espontaneísmo, se implementan normas administrativas para neutralizarlas. De la controvertida relación entre ambas suelen resultar las actitudes que remedan neurosis actuales.

La relectura global del libro me permitió evidenciar la importancia clínica de todo esto. Freud describió esta figura (*Aktualneurose*) mientras daba los primeros pasos en la organización del psicoanálisis, y la consideró no susceptible de ser analizada, a la vez que parece sugerir la supresión higiénica de las causas que la promovían. Esto no era sólo porque aún no había puesto a punto el dispositivo clínico y metapsicológico de esta disciplina —era a fines del siglo pasado— y se trata por lo tanto de una elaboración previa a los trabajos sobre los sueños, concomitantes a su propio análisis; tampoco había avanzado en la psicopatología de la vida

cotidiana ni en el chiste y su relación con el inconsciente, y está alejado aún de sus conceptualizaciones sobre la dinámica de la transferencia.

Todos estos trabajos permitieron un enfoque clínico más auspicioso para modificar estos cuadros tan "actualizados".

Pienso que Freud se enfrentó con las neurosis actuales porque eran expresión de la cultura hegemónica de la época. Una época totalmente resistente a reconocer, por ejemplo, la sexualidad infantil y muy reprimida, en términos generales, en relación con la sexualidad. Con esta "actual cultura" se las tuvo que ver.

En la actual cultura institucional ocurre algo semejante, al grado de poder proponer que la represión sexual (expresada paradigmáticamente en el repudio de la sexualidad infantil) constituía un obstáculo al abordaje psicoanalítico que se proponía Freud, equivalente al que representa una cultura fuertemente instituida (también especialmente representada por la mortificación hecha cultura) al intento de un abordaje semejante.

En ambas situaciones, la actual neurosis (actual cultura) ejemplifica ese obstáculo con valor de gravedad (reacción) terapéutica negativa.

Para un psicoanalista, no morir en la demanda supone avanzar conceptualizaciones equivalentes a las de Freud en relación con la dinámica transferencial, mientras intenta sostenerse (¿controvertidamente?) psicoanalista, sin forzar el método ni el campo. En tanto, el psicoanálisis habrá de circular por el propio analista, para nada tentado de acrecentar administrativas actual neurosis. A él también puede alcanzarlo lo que habré de denominar "las normas espontáneas", generadas sintomáticamente desde las características del campo; si no las examina y opta por respuestas "administrativas" recurriendo a explicaciones conceptuales para sí o para el campo, termina por configurar una suerte de neurosis actual. Como en aquellas antiguas figuras, podrá hacer un repliegue más o menos angustioso o, por el contrario, un exceso de descarga intervencionista.

El propio análisis *in situ* del operador es equivalente al de Freud frente a sus histéricas. En Freud promovió conceptua-

lizaciones importantes de su experiencia. Es posible que el analista embarcado en prácticas con las instituciones también las logre, en lo referido a la incidencia de los procesos transferenciales ahogados por la "actual cultura institucional". Lo anterior es sólo una posibilidad, que tal vez lo anime a escribir un libro, o tal vez sólo se torne hábil para detectar, en sí mismo y en el propio campo, los analizadores que faciliten o desanimen su controvertido intento.

Al leer aquellos primeros trabajos de Freud sobre las neurosis actuales, uno diría que esa esterilidad, en cierta medida propia de un cuadro inabordable en aquella época por los caminos de la subjetividad, contaminaba su escritura, y hacía aparecer en ella, con validez, afirmaciones clínicas de claro linaje médico, pero con un cierto énfasis administrativo. Por ejemplo, aquella según la cual las neurosis actuales no se analizan, se suprimen sus causas. Consejo que, aplicado a estas figuras dentro del campo institucional, resulta a todas luces más correcto, en cuanto apunta a suprimir factores enfermantos, que la torpeza ética y clínica de pretender psicologizar estos factores.

Freud destacaba, con su sagacidad clínica, la toxicidad que para el pensamiento y el cuerpo tenían estos cuadros. Observación totalmente pertinente al campo institucional, muchas veces de alta morbilidad.

Es probable que algo de esta esterilidad se reflejara en sus propios escritos sobre actual neurosis, los que aparecen, dicho un tanto metafóricamente, infiltrados por los efectos de esta última. Fueron los textos posteriores los que habrían de desinfiltrar y hacer más leíbles aquellos escritos y las actual neurosis.

Algo semejante parece acontecer cuando, al intentar expresar por escrito el despliegue dramático, tal vez conseguido merced a una intervención psicoanalítica, encontramos que en la escritura teórica retorna cierta esterilidad, propia de esta neurosis actual, contaminando el texto. Tal vez al hacer desaparecer de él toda alusión a la desmesura de la tragedia escondida detrás de una neurosis actual o de una solución administrativa, que terminan siendo costumbre.

Me parece ésta una observación particularmente intere-

sante acerca de la reticencia a escribir con un estilo actual neurosis, y podría decir que este libro recién va dejando atrás obstáculos semejantes a los que presumo en los primeros textos de Freud. Quizás este epílogo marque un punto crítico, una toma de conciencia que haga posible avanzar algunos pasos.

Lo siguiente ejemplifica esta observación acerca del valor de este prólogo. A lo largo de todo un capítulo aludí a la tragedia, larvada o explícita, pero habitualmente presente, sobre todo en las instituciones asistenciales públicas, en las que trabajo con frecuencia. Pensaba que ella constituía, por cierto carácter paralizante del pensamiento, una dificultad para teorizar acerca de este factor etiopatogénico del sufrimiento institucional. Situación ésta que se hace francamente evidente en lo que denomino “encerronas trágicas”.

Basaba el carácter de obstáculo, que acentuaba la impermeabilidad tanto para una lectura clínica como para una teorización, en los procesos de renegación, anestésicos de la conciencia por efecto del dolor psíquico. Las comunidades instituidas cautivas de esta situación se resisten a la reactivación de este dolor, paso previo a la construcción de teoría que dé cuenta de lo que acontece ahí.

En cierta forma, puedo seguir sosteniendo este punto de vista, sobre todo con referencia a lo que llamo “encerronas trágicas”. Sin embargo, en este momento estaría más dispuesto a proponer que precisamente el montaje de una intervención, al permitir el despliegue de la tragedia y su pasaje al drama, constituye la posibilidad de recuperar la dinámica del conflicto aprisionado de forma administrativa en las neurosis actuales.

Esta perspectiva fue para mí más clara luego de terminado el libro. Pudo haberme llevado a modificar lo que en él sostengo en relación con este obstáculo de la tragedia. Prefiero no hacer ninguna modificación y presentar los comentarios que voy proponiendo. La presencia de la tragedia, como la resistencia en la neurosis de transferencia, es obstáculo y oportunidad para avanzar lo que podría llamar la vocación por el inconsciente, y aludo con esta frase al psicoanálisis. Algo de esto debo de haber intuido, en el capítulo correspon-

diente, cuando asocié la tragedia, no sin cierta exaltación, con los estados de conciencia propios de la inspiración y de los procesos oníricos. Si bien enigmáticos, tales estados no pueden ser presentados como obstáculos, a pesar de los tormentos de poetas, artistas y científicos en general.

También me aclaró por qué he centrado mi práctica institucional en ámbitos asistenciales y educativos. Ellos ofrecen una mayor permeabilidad al abordaje psicoanalítico porque, para bien o para mal, suelen estar atravesados por la cultura psicoanalítica, en tanto algunos de sus integrantes, al menos en la ciudad de Buenos Aires, han pasado por experiencias personales de análisis e incluso son psicoanalistas. Estas instituciones ofrecen grietas más permeables a un abordaje de esta naturaleza.

Puedo imaginarme un comentario reaccionario, formulado por alguien que a su vez merezca este calificativo desde el punto de vista ideológico, que proponga la necesidad de presentar frentes monolíticos para detener el avance satánico del psicoanálisis, abriendo paso a otras subversiones. En el libro señalo que precisamente esto fue motivo, en relación con la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad, de algunos ataques periodísticos por parte de un personaje verdaderamente cavernícola.

La única subversión psicoanalítica es la del sujeto cuando asume su deseo.

Algo que se presenta propicio a esta resignificación epilodal, no ajena a la intención crítica de todo el libro, está facilitado por el lugar que la novela, como despliegue de ficción, ocupa desde el título mismo, predominantemente en algunos pasajes más autobiográficos, donde la narración va desplegando el historial de una práctica a la vez que forja herramientas personales, domésticas y vocacionales. Igual matiz novelado aparece en los fragmentos en los que aludo a figuras importantes que acompañaron mi historia.

Es claro que este epílogo crítico aparece si no cortando las alas al vuelo más novelado de algunos fragmentos del libro, al menos como vuelo más próximo al suelo de los resultados. En ese sentido, es producción aceptable.

Sin embargo, este logro, ajustado más a una elaboración

conceptual y menos a la ficción, no me anima a suprimir aquellos tramos que pueden llegar a presentarse al lector —soy consciente de ello— superfluos y aun gratuitos.

Nada es gratuito en esta vida, decía más o menos Freud, con la sabiduría de su próxima muerte. Nada —agregaba— como no sea la propia muerte. Esto me anima a no matar propuestas que me son caras.

Las páginas algo noveladas aluden a mi relación con tres analistas, Enrique Pichon Rivière, José Bleger, Marie Langer, que, siendo en general amigos muy diferentes a mis modos de ser (esas “amistades extranjeras” capaces de puentear la diferencia con lo esencial), fueron decisivos en mi capacitación como psicoanalista.

La amistad en su modalidad extranjera, aquella que no navega el mismo río —cada cual en su propia orilla, en tanto Heráclito preside mutaciones— no es tampoco ajena a la experiencia transferencial.

Ninguno de estos analistas condujo mi análisis personal, pero fueron decisivos en mi propio análisis. Tal vez algo jugué también en el de alguno de ellos.

Los tres murieron hace años, y la alusión que hago a sus personas es un reconocido homenaje a esas amistades psicoanalíticas.

El mismo valor de reconocimiento tiene incluir a otros, de hecho mucho más extranjeros, salvo Pichon Rivière, como integrantes de la constelación, aquí sí francamente novelada, que denomino “La novela neurótica de Don Pascual”.

Una forma de muerte ya instalada (lo señalo en el capítulo sobre propio análisis) es el “carácter psicoanalítico”, enfermedad profesional algo frecuente en el oficio, con que un psicoanalista pseudo-metapsicologiza “explicativamente” su pensamiento, anulando la producción genuina-ingenua del discurso con que se expresa el infantil sujeto que siempre nos habita. Un discurso que, despojado de su carácter fabulador o siendo materia del propio análisis, aparece como un remanente no ya de la novela familiar neurótica sino de sus mecanismos con los que el niño inauguró sujeto, inauguró novela, vale decir producción de subjetividad, a la par que resolvió, como pudo, las encerronas edípicas.

Suprimir estos pasajes no necesariamente configura la aproximación de un carácter analítico, pero es un hecho que me acompañaron para habérmelas con una escritura que por momentos aparecía amenazada —lo redescubrí componiendo este epílogo— por la esterilidad de la actual neurosis sobre la que estaba trabajando. Cierta exaltación, no necesariamente trágica, resultó un estimulante desactualizador que me abrió perspectivas.

PREFACIO II

Una vez concluido "La amistad, el psicoanálisis y sus alrededores", redactado como último capítulo, posterior incluso al prefacio I, decidí retomar dos temas mencionados en este último.

El primero, referido a la narración y el psicoanálisis; el segundo, al arduo problema de la gravedad de los pacientes avanzando la teorización y también la posible acción iatrogénica de los recortes teóricos cuando el diván se hace lecho de Procasto.

Ambos temas estaban relacionados (quizá de un modo algo indirecto para el lector, pero con mayor valor para mí) con el último subtítulo de ese capítulo, que alude a las amistades psicoanalíticas, cuando éstas resultan escenificaciones transferenciales tardías de la novela familiar neurótica.

Obviamente, un tema desarrollado sobre la base de lo observado en la comunidad psicoanalítica, pero también y principalmente a partir de mi participación personal en esas amistades.

En ese subcapítulo pretendo elaborar los ropajes teóricos necesarios, evitando exhibir inadecuadas desnudeces privadas.

Pero ocurre que estas privacidades se resignifican en el transcurso de la escritura misma que las narra, a medida que el descarte hecho en el proceso de escribir, permite llegar a la escultura dormida en el bloque no ya de mármol, sino de las provisionales narraciones en bruto.

¿Qué fuerza de "gravidad" moviliza el avance de la narración hacia el encuentro con la teoría psicoanalítica?

En un pasaje de ese capítulo subrayo que es saber del psicoanalista, distinto de la suposición transferencial del paciente, es propio saber de sí mismo. Juego en esto con la idea que propone que la "clarividencia" de Tiresias era consecuencia de haber sobrellevado, en oculto silencio, la misma tragedia que luego "revela" a Edipo.

Digo literalmente en un pasaje de ese capítulo que el analista, a la manera de Tiresias y de hecho Sófoles, despliega su "clarividencia" como un saber de actor, en tanto la teoría es saber de autor.

El equilibrio propicio a una transmisión eficaz supone mostrar la escultura teórica, y sólo cuando es necesario las pinceladas personales iluminarán la figura teórica que ha descubierto el descarte.

¿Cuándo reclamar al autor/actor al escenario que se despliega en la narración? ¿Con qué finalidad hacer de lo privado mostración pública?

En el orden social sabemos que ese pasaje resulta fundamental para hacer del ámbito privado ámbito de la *polis*. Pero es un pasaje respetuoso de los límites que preservan lo familiar; de ser atravesados aproximan, más allá de las distintas costumbres de una determinada cultura, la impudicia y aun la obscenidad. Se trata de un límite con valor estético, cuya desaparición puede ofender a la *polis* y también a la escritura como innecesaria mostración pública, con una fealdad entrelazada con la ofensa ética.

Éste es el límite que habrá de preservar al sujeto de los procederes perversos, a los que se refiere Lou Andreas-Salomé (alguien que sabía de esas fronteras) cuando dice que "los perversos tienen acceso al lado oscuro de sus sentimientos". Un impune descaro, publicador de ese lado oscuro, suele acontecer con el poder en tiempos de corrupciones muy abarcativas. Contagioso descaro, con efectos más allá "de palacio", que hace cultura en poderosos y también induce la ilusión de una equívoca participación en los sectores más mortificados.

La amalgama de lo propio con lo observado constituye un antiguo hábito filosófico, el sentido literal de amistad con el

conocimiento, incluso cuando se impone atravesar momentos en los que resulta poco amable tomar en cuenta lo propio.

Pero esta amalgama no sólo es cosa del filosofar, ya que un analista también comienza a teorizar a partir de su vecino, el paciente, para continuar más acá de éste, en un sí mismo que suelo presentar como "estructura clínica de demora".

En ella la abstinencia detiene (demora), hasta la teorización posterior al acto clínico, los deseos y la memoria personal del clínico.

Retomemos el comentario freudiano acerca de los pacientes graves que harían avanzar la teoría. Habitualmente no coincido con este criterio, habida cuenta de las veces que sucede lo contrario, cuando la teoría termina por cegar la mirada clínica, perturbar el diagnóstico e incrementar la gravedad. Hoy me pregunto si Freud no tendría razón, en la medida en que, básicamente, hablaba de sí mismo y de su denodado esfuerzo por avanzar su propio análisis, a la par que cubría con legítimos ropajes teóricos la desnudez de su probable "gravedad". No sólo para cubrirla, sino en función de abrigo. Me ocupó de esta situación en el capítulo sobre "La poco amable política de Tebas".

En ese tramo del libro decía que Freud construyó a Freud, aquel quien desde su sobriedad teórica promueve nuestra transferencia; una obra teórica que no resulta versión mejorada, sino una versión mejor, en la medida en que aparece despojada de las penurias personales, las mismas que por otra parte habrían de impulsar su elaboración conceptual. En ese sentido, la publicación en 1900 del libro de los sueños abre el camino. Pero sólo cinco años después —el 24 de julio de este año hará un siglo— encuentra por primera vez satisfactoria la interpretación en extensión de un sueño propio (La inyección a Irma). Un ejemplo de propio análisis que supera los límites del auto(erótico)análisis, tal vez porque a esa altura había amalgamado lo propio con lo del otro, desde la psicopatología cotidiana y el inconsciente chistoso.

Desde esta perspectiva, deberíamos reconocer que las "gravedades", con o sin comillas, de algunos posfreudianos célebres, como Melanie Klein o Jacques Lacan, han avanzado de forma notable las teorizaciones metapsicológicas.

Claro que esto se plantea también en otros campos, principalmente en el de las artes, al aproximar el viejo prejuicio de la riesgosa vecindad del psicoanálisis y el talento creativo. Un problema que puede plantearse en términos distintos, proponiendo que los conflictos pueden impulsar la creatividad, en general a costa de hincar los dientes del sufrimiento en el alma del creador. El psicoanálisis, como hacer clínico, se ocupa de ese sufrimiento y no de domesticar talentos. Pero no es el caso de agotar en una frase ingeniosa la cuestión, entre otras cosas porque el planteo mismo de la cultura aparece desde el psicoanálisis relacionado con la coartación pulsional. Puede que el resultado sea la sublimación, puede que sólo domestique.

Tal vez no habría que plantear el problema de la gravedad y los avances de la teoría solamente en términos de magnitud diagnóstica. Si entendemos por gravedad la universal condición conflictiva del sujeto, enfrentado además con los infortunios del vivir, tal gravedad no connota sólo magnitud sino que también motoriza la elaboración creativa, tanto en los carriles de la ciencia y del arte, como —y de forma particularmente específica— en la teorización metapsicológica. Se dice que el psicoanálisis es hechura de las histéricas y su particular sufrimiento. No conviene desconocer la atormentada clarividencia de los “tiresias”, apoyados por el talento de los sofocleanos, promoviendo el drama como salida para la tragedia.

Volvamos ahora al psicoanálisis y sus diferentes relaciones con la narración.

En este libro, el psicoanálisis no está sólo en lo que el relato alcance a decir explícitamente al respecto. Tratándose de un texto pensado desde la noción —y en parte la acción— del propio análisis, cabe pensar —con algo de imprecisión— que no sólo habla del inconsciente, sino que es además oportunidad para que éste se exprese con propio registro de quien escribe y quizá de quien lee. Una teoría es psicoanalítica porque habla del y al inconsciente.

La escritura es uno de los caldos de cultivo donde crecen las colonias del inconsciente y esto sin olvidar que el cultivo mayor es la palabra hablada, en la que es más fácil constatar

no sólo la irrupción del fallido, sino de algo inherente al desarrollo del pensamiento, cuando al pretender arribar a un propósito llega a producir algo impensado en el momento de partida. En la fluidez del hablar los polizones del inconsciente abordan en visible asalto el tren del discurso. En la mayor lentificación del escribir, más allá de aislados *lapsus calami*, los señores del inconsciente tomarán, más silenciosamente, por asalto la escritura. Es la relectura como espacio externalizado a sí mismo que suele develar esta acción.

Se trata de un despliegue propio de la inteligencia, pero este hacer inteligencia, este darse cuenta, es un producto entrañablemente ligado a la habilidad —por llamarla así— del que está atento y sensible a lo que le va sucediendo en el transcurso de las distintas formas del relato pensado, hablado, escrito, en tanto distintos niveles del mentar.

La narración, como vocablo de la lengua española, encuentra sus orígenes en el remoto pre-románico, donde la palabra *-narria* —vocablo vasco-navarro— designa el arrastre del trineo, un arrastre tan remoto que aún no suponía la rueda.

Otra raíz alude al pensamiento cuando se explaya, como las olas, trajinando una playa accidentada o llana.

Narria, trineo, trajinar, explayarse, son las remotas fuentes de las que brota la narración. Y si estas fuentes lo son en el orden histórico en el que un habla se va narrando a sí misma, para el psicoanálisis —tan afín a los orígenes— reviste especial interés abreviar en la fuente misma de donde brota un trajinar que después se hará pensamiento.

Nos ubicamos así en las proximidades de esos estados de conciencia propios de la inspiración, la intuición, tal vez también en la cercanía de los sueños, que atraviesan los climas brumosos de la preconciencia-conciencia, los de la meditación y la cavilación haciéndose pensamiento reflexivo. Una actividad capaz de generar el *loquis* hablado y todas sus variaciones: circunloquio, interlocución, coloquio, locuela —la de los balbuceos del niño—, elocuencia, locura, pero básicamente interlocutor, porque el pensamiento hablado y después escrito tiene siempre como referencia al otro, aun en el diario personal.

Desde estas zonas brumosas de la mente comienza a arras-

trarse el pensamiento hacia la luz del habla y de la escritura. Se diría que este proceso de pensamiento acompaña el devenir de todo análisis concebido como actividad propia del sujeto que piensa, habla y escribe.

En tal sentido, este libro es en sí una *narria* y también una playa, más accidentada por momentos, más llana en otros, que desenvuelve la narración de un relato crítico; a veces alude a escenas históricas, y otras trata de teorizar a partir de lo que se ve en esas escenas. En ocasiones equilibra lo histórico y lo conceptual, y en otras genera un desequilibrio abriendo la posibilidad a la interpretación crítica propia o ajena.

Tal es el espíritu, no siempre logrado, de estos textos, habida cuenta que cuando un psicoanalista habla o escribe del oficio, si bien no ha perdido la posibilidad de propia interpretación, fundamentalmente ésta se ha corrido al que escucha o lee. El fundamento del propio análisis, cuando pretende superar los redondeles autoeróticos en que gira el autoanálisis, estriba en el reconocimiento y la referencia del otro, no necesariamente como interpretador, sino como presencia que promueve el preguntarse.

Parte I

I. HISTORIAL DE UNA PRÁCTICA CLÍNICA

Puntos de reparo semiológicos para un abordaje clínico de las instituciones

1. LA NARRACIÓN EN LA CLÍNICA

En este capítulo, algo extenso, pero facilitado por subtítulos que lo van acotando temáticamente, voy a historiar los momentos más importantes de mi experiencia clínica en el ámbito de las comunidades institucionales. Pondré especial atención en la paulatina organización de las principales herramientas, las más personales, destinadas a funcionar como puntos de reparo, facilitadores de lecturas semiológicas de una situación, que su aplicación ha tornado oportunidad clínica.

Empleo la noción de punto de reparo de un modo diferente del que es habitual en la clínica médica, donde designa los indicadores que señalizan, en el cuerpo, la manera de arribar a un diagnóstico.

En el corpus psíquico —y más aún en la complejidad social— no es tan sencillo advertir una señalización semejante. La idea designa, entonces, una posición metodológica que posibilita esa lectura, en tanto provee de un punto reparado (protegido) desde donde reparar (observar) y conducir, según una modalidad clínica, una situación capaz de adquirir tal calidad, precisamente por la aplicación de esas herramientas. Reparo alude, de manera familiar y algo indirecta, a la reparación del daño que inflige el sufrimiento.

En este relato me ocuparé de distintas situaciones, referidas tanto al oficio de psicoanalista clínico como al vivir, en

las que fui poniendo a punto este instrumental, a la par que forjando estilo.

Un relato actualizado supone el beneficio de oportunos descartes de lo desechable, de mejores resignificaciones de lo ya conocido y también el surgimiento de nuevas perspectivas clínicas.

En los últimos años me ha resultado más factible, y en consecuencia más legítima, la intención de mantenerme psicoanalista en el transcurso de una intervención institucional. Esto es consecuencia lógica de una mayor experiencia personal, aquella que a lo largo de esta reseña presentaré como la gradual veteranía alcanzada en el oficio, sin temer al posible tono suficiente de este término, en la medida en que vaya aclarando el alcance que le doy.

Insisto en el beneficio personal que supone poder descartar, ahora en la práctica de la escritura y sin demasiados miramientos, las ideas y los modos clínicos –por más sellos psicoanalíticos que acrediten– cuando no resultan útiles para advertir los factores inconscientes que sobredeterminan conductas y subjetividad. Esto es decisivo en el campo social, donde conviene marchar como los baqueanos, con equipaje ligero, eficaz y desprejuiciado, no exento de prudencia.

Resulta entonces importante mantener la mayor lealtad a lo que ahí acontece y poca fidelidad a lo que la tradición presupone que debe acontecer, en cuanto a una operación clínica psicoanalítica.

Si bien la fidelidad es mérito importante del mejor amigo del hombre, los perros no son amigos del psicoanálisis, entre otras cosas, por su decidida apuesta por el amo. Cuando no lo hacen es porque abandonaron los hábitos serviles, tal vez en aras de una recuperada lealtad al antiguo instinto de sus primos, los lobos, aun al precio de la intemperie. El mismo precio que paga el psicoanálisis cuando se aleja de los caminos domesticados por el uso, para arriesgarse por senderos poco habituales, pero propicios para sortear los obstáculos que dificultan el quehacer psicoanalítico, apuntado al inconsciente.

Intentaré componer una narración, que a la manera de una lanzadera memoriosa, vaya y vuelva discerniendo y resignificando ayer y hoy con vocación clínica. Es posible que

esta narración, en algunos tramos, tome en cuenta lo conjetural como actividad clínica con propósito resignificador.

Los historiadores insisten en aplicar a la memoria personal la operación histórica "haciendo historia". Una legítima perspectiva propia del oficio. Un psicoanalista tiende, en cambio, a tomar la historia —aun la que compaginan los historiadores, pero mucho más la que construyen "oficialmente" los individuos y las comunidades— como telón de fondo contra el cual recorta y recupera la memoria del sujeto. Esto es propio de los historiales, que amalgaman la neurosis del paciente y la del clínico como punto de partida de posteriores conceptualizaciones.

Esta narración, con sus riesgos autobiográficos, tiene algo de historial novelado de mi práctica, al grado de ser en parte lo que justifica el título del libro.

En las comunidades institucionales, un analista tiene oportunidad de asistir al escenario mismo donde las transferencias neuróticas hacen historia contemporánea; otro tanto acontece con cualquier relato escuchado psicoanalíticamente. Cuando escuchamos a una persona con atención psicoanalítica, advertimos cómo se resignifica su relato, no sólo desde lo que le sucede sino, y especialmente, desde el modo como cuenta lo que cree saber o ignorar de sí misma. Es así que un sueño deviene elocuente, no tanto por lo que se recuerda, sino por la manera como se refiere lo recordado y se reconocen los olvidos.

Si bien una narración no es un sueño, tampoco es del todo ajena a los mecanismos oníricos de condensación y desplazamiento de recuerdos que insisten y olvidos tenaces.

En este interés del psicoanálisis por el acontecer se afirma su carácter de actividad crítica, atenta a lo inesperado que valida o cuestiona lo narrado. Desde una perspectiva psicoanalítica, cuando se cuenta una historia, y más si es personal, entra a contar, en sentido de pesar, otra historia, la que el estilo trasunta, que como música de fondo habla del que está hablando.

Mao Tse-tung sostenía que recuperar desde hoy el sentido válido del ayer era una manera de dignificar la tradición. Eso mismo ocurre cuando alguien, al analizar críticamente un

comportamiento, aun el propio, logra resignificarlo. Críticos son los procederes de la clínica psicoanalítica cuando, motorizados por la curiosidad, como vocación por el inconsciente, logran eludir las trampas superyoicas que transforman una autocrítica en mero hablar mal de sí o de otros.

Toda narración que se ocupe de describir con atención metapsicológica una práctica clínica, contribuye al desarrollo del propio análisis de quien lo hace. Para ello es importante poder advertir lo que correspondería llamar “modos novelados”, identificables en una narración.

Puede resultar extraño que, en relación con el proceder psicoanalítico, hable de estos modos y que incluso extienda su presencia a los relatos más ajustados a la tradición metapsicológica; pero se trata de abordar la *novella* —en el sentido de noticias nuevas— recordando la novela familiar neurótica y el papel que juega esta observación freudiana en la constitución del sujeto infantil.

Con intención generalizo la idea de “novela familiar neurótica”, y extendiendo a todo sujeto infantil lo que Freud restringió a las personalidades neuróticas.

Algunos modos de esta novela primigenia han de persistir —bajo matices distintos— en el adolescente, en el adulto joven e incluso en el adulto pleno. A veces aparecen reactivados en los años avanzados de la vida, como formas neuróticas defensivas o como juegos de ficción que, sin ocultar los hechos, intentan ir más allá de ellos, hasta resignificarlos en una perspectiva que los torne aceptables. Algo de esto acontece con el trabajo de Freud sobre “La división del yo como mecanismo defensivo”, no solamente con valor de testamento psicoanalítico, sino de producción elaborativa frente a las difíciles situaciones que enfrentaba en sus últimos días en Viena.

Por supuesto, es imposible negar su presencia en este capítulo, ya que los hechos documentados fehacientemente son materia de la historia, pero su lado oscuro circula a la manera de las formas noveladas del deseo, haciendo posible explorar y acceder a esa otra faz.

Freud tenía algo de razón al presentar su metapsicología como límite a los excesos de la filosofía, cuando ésta resulta ser la espacialización de los conflictos intrapsíquicos del filó-

sofo hechos sistema de ideas. Algo de razón, pero no toda, si se acepta que los momentos conjeturales no son ajenos a una descripción que pretende avanzar por caminos ignorados, valiéndose de la ficción novelada. Una ficción que no pretende velar fetichísticamente la realidad (no-velada), sino que, como acontece en los paradigmas de las ciencias más matematizadas, trabaja los hechos hasta acceder a los datos suficientes para desarmar el paradigma que los hizo posibles y proponer uno nuevo. Así avanza legítimamente la ciencia y también la organización de la subjetividad.

En un análisis, los modos novelados suelen anecdotizar los primeros tiempos de la transferencia, para luego transformarse en novela neurótica transferencial, más tarde novela histórica más o menos neurótica y después, en el estilo propio con el que es posible escribir la propia historia. Tal vez a la manera del estilete —que de ahí viene estilo— aquel antiguo punzón con el que se escribían las letras en la arcilla, marcando el pasaje de la humanidad desde la prehistoria a la historia.

En general, son más novelados los modos narrativos del comienzo de una práctica, porque en el origen de toda vocación suele encontrarse algo mítico. A esto no escapa mi propia vocación por las instituciones —y antes, por el psicoanálisis.

Es frecuente que todo mito se reactive en periódicas ceremonias que lo recrean, ya sea de forma inadvertida o a sabiendas. Como experiencia personal puedo consignar una época en la que una y otra intervención institucional cobraba valor de ceremonia, y reactivaba mi interés por la tragedia, siempre presente, en distintas formas y grados, en los conflictos de las comunidades instituidas.

Esta vocación pudo haberme ubicado en algún momento en el grupo de los analistas si no más convocados, más encontrados, por no retacear presencia en las distintas formas de la tragedia y su despliegue social. Una frecuencia que puede resultar fatigosa y que amenaza cristalizar aforísticamente el pensamiento. Esto no es grave en sí mismo, en tanto corresponde a los oficios asumidos con cierta pasión vocacional, a la que se suman los restos tentacionales subyacentes en ellas.

Hablando de vocación psicoanalítica por la comunidad, cabe

recordar aquellos remotos precursores institucionalistas, los llamados Siete Sabios presocráticos. Ellos se caracterizaban por su permanente injerencia en los asuntos de la comunidad, por su dedicación para encontrar soluciones concretas y prácticas, útiles a los oficios cóticos, y por impulsar tenazmente un pensamiento racional.

Fueron precursores no sólo en el sentido histórico, sino como preuncio de la organización de la *polis*, así como del pensamiento filosófico.

Sin pretender algún octavo lugar (en todo caso, "H 8" se llama el equipo que actualmente integramos un grupo de colegas y desde el cual sostenemos nuestra práctica con las instituciones públicas), me resulta fácil identificarme con las líneas de trabajo de aquellos remotos sabios. Por un lado, acceder al pensamiento racional sin descartar la consideración de los aspectos míticos y los recursos novelados, cosa inherente al oficio psicoanalítico, a la par que interesarse por las cosas de la ciudad, atento a la construcción de herramientas, más que para los trabajos cotidianos, para los obstáculos que aparecen en el desempeño y la convivencia ciudadana.

2. LA NOCIÓN DE HERRAMIENTA CLÍNICA, ALGO PERSONAL

Hace algunos años, después de una conferencia en la que explícitamente se me pidió una demostración artesanal de mi práctica clínica, publiqué un artículo en el que describía las principales herramientas de esa práctica, a las que suelo denominar personales, domésticas y vocacionales.

Acreditan esa calidad en la medida en que constituyen un domicilio conceptual e ideológico, y aluden a la dignidad del *domus*, como lugar privilegiado de residencia. Un carácter doméstico que puede degradarse a servidumbre, cuando más que servirnos del instrumento clínico, sobre todo en su expresión conceptual, nos convertimos en sus servidores y hasta predicamos su excelencia. De ahí la importancia de un descarte posible, superando la tentación de la ritual y arbitraria repetición, que obstaculiza la vocación clínica por acceder a lo que subyace oscuro.

Aquel texto, escrito en el año 1987, estaba construido —eso lo advertí posteriormente— en una forma casi aforística.

En el capítulo correspondiente, examino el lugar que los aforismos ocupan más que en la teorización, como memoria de una práctica no escrita. Suele acontecer que cuando ésta se escribe, conserva la misma modalidad retórica.

Para superar ese obstáculo aforístico y recuperar su contenido válido, es oportuno historiar la manera en que fueron organizándose estas herramientas. Intentaré hacerlo en un proceso narrativo, explayado a lo largo de las tres etapas o edades, propias del oficio clínico: los tiempos del noviciado, los amores e intereses teóricos y, en su momento, el grado de maestría que cada uno alcance como estilo, después de haber experimentado el desprendimiento personal en los desiertos necesarios, hasta poblar lo propio.

Retomaré lo señalado al comienzo de este texto, acerca del descarte y su función en la narración, para aplicarlo al origen de las herramientas clínicas. Parto de la afirmación general según la cual, en el quehacer clínico, los contenidos conceptuales o metodológicos son descartables cuando dejan de impulsar un proceso diagnóstico o terapéutico.

Lo esencial de la eficacia clínica es la versatilidad resultante de ese descarte, cuando a la par que evita tentarse con una teoría que opaca el campo de trabajo, no deja de apoyarse en la excelencia teórica pertinente.

En este descarte, algunas ideas clínicas son definitivamente abandonadas; otras irán a reposar, como recurso disponible, nuevas posibilidades de empleo. Muy pocas, por ser menos domésticas y con más mérito de universalidad, integrarán el edificio teórico y procesal de ese oficio.

En el psicoanálisis, esta universalidad suele corresponder a la calidad metapsicológica de esa herramienta. Lo ejemplifica la noción de transferencia, de aplicación universal, pero ajustada a la singularidad de cada caso. Algo semejante puede decirse de las constelaciones edípicas, singulares para cada persona sin perder su valor antropológico generalizado.

Algunas de estas conceptualizaciones teóricas o metodológicas, por ajustarse más a la pasión de sí mismo haciendo vocación, expresarán el estilo de quien las usa, sin olvidar

que lo doméstico no alude tanto a la costumbre de insistir en su uso, cosa que implicaría servidumbre, sino a la manera eficaz de emplearlas cuando ello corresponde.

3. LA NOVELA CLÍNICA NEURÓTICA DE DON PASCUAL

Anteriormente dije —palabra más, palabra menos— que parte del esfuerzo psicoanalítico consiste en facilitar una mirada curiosamente crítica, dirigida sobre aquello que le sucede a quien expone lo que cree saber o ignorar de sí mismo. Es así que un sueño se hace elocuente no tanto por lo que se recuerda, sino por la manera como se narra lo recordado. Una narración no es un sueño, pero tampoco es del todo ajena a los mecanismos oníricos de condensación y desplazamiento, ni a los recuerdos que insisten y a los olvidos tenaces. Aludí luego al hecho de que recuperar desde hoy el sentido válido del ayer es una manera de dignificar la tradición.

Me cito a mí mismo para introducir un tramo narrativo, con aparente y tal vez real simplicidad, si cabe llamar simples los modos según los cuales un niño comienza a ver el mundo, en tanto insiste con preguntas, sólo vanas al parecer de los adultos, sin que le satisfagan las respuestas. Así lo sugieren los continuos “¿por qué?”. Tiempo después inaugura novela familiar, camino a convertirse en precaria conjetura para anticipar un futuro vocacional “Cuando sea grande seré... bombero”. Probablemente para apagar su actual vocación incendiaria. La conjetura suele ser práctica humorística. Quizá por eso como adolescentes crecidos pensábamos con algún amigo en aplaudir los incendios.

¿Será que detrás de todo psicoanalista hay una controvertida vocación entre incendiario y bombero?

Éste es un capítulo que amalgama raíces infantiles con maneras adultas que en ellas se originan. Se destacan recuerdos de personajes campesinos sencillos, como los que dejó en mi memoria un aventurero del mundo que terminó afincado en la tierra que hizo suya. (Hace poco le escuché decir a Pedro Orgambide, al citar a E. Martínez Estrada: “Pero la tierra no es una mentira, aunque el hombre delire recorriéndola”.)

Con esta sentencia adelante, en esta amalgama, a los escritores. Uno, de las letras porteñas, enigmático si los hay, alguna vez entrevistado; otro, por cierto sofisticado en su trabajada escritura, sólo entrevistado en sus textos años después.

Todo el conjunto gira sobre un hombre —otra vez campesino y de consejo— al que llamaré Pascual. Bien podría haberse llamado Pichon, el de Rivière, que de campesino sólo tenía algún frustrado emprendimiento tabacalero de su padre.

Novelería familiar y neurótica la que sigue, si nos atenemos a la formulación acuñada por Freud, que de novelas algo sabía, al menos como crítico de la suya y de las ajenas (Giovanni Papini, en un reportaje imaginario, le hace decir que él era científico por necesidad. Su vocación era escribir novelas).

No excluí este tramo en una lectura final de los borradores, porque advertí que denuncia una vacilación vocacional que me acompañó durante muchos años, pendulando entre el campo como campo y el campo de la cultura, más específicamente, del psicoanálisis. Duda que habría de resolverse al abordar la tercera etapa del oficio, a la que me refiero en los capítulos avanzados del libro cuando considero las “experiencias del desierto”.

Una vez estructurada una vocación, es frecuente que sus comienzos sean evocados como remembranzas noveladas, esas sombras de los recuerdos que nos invitan al matiz místico.

No deja de ser algo paradójico que introduzca con títulos tan poco rigurosos una herramienta que suelo tener presente cuando encuentro necesario establecer idoneidad clínica de entrada, aun antes de introducir el cuerpo.

Voy a referirme a las “cinco condiciones de eficacia clínica”, aquella veteranía que se afirma, más que en sofisticadas maniobras, en una manera de ser propia de quienes a lo largo de la civilización no desmienten la sagacidad de los aludidos Siete Sabios, porque de hecho en sus maneras convergen muy distintas experiencias de todos los tiempos.

Consecuente con ello, comenzaré presentando el inicial encuentro con quien, luego de algunos años, terminaría llamando Don Pascual. Se trata de la construcción, a sabidas algo novelada, de una figura que aparece más que por

condensación, por destilación de distintas enseñanzas provenientes de diferentes personas, en los tiempos jóvenes de un oficio tan entramado con las circunstancias cotidianas del vivir.

Lo conocí enfermo, poco antes de su muerte, en una sala de hospital. Era hombre de consejo y accionar eficaz, frente a las demandas que recibía. Sin ser curandero ni predicar religiosidad o sostener alguna postura partidista, aparecía, desde una innata poética, no jugada explícitamente, como poseedor de una sabiduría interesante para ser tomada en cuenta en el momento cuando, muchos años después de conocerlo, debí programar la capacitación de estudiantes de Psicología en los menesteres de la clínica.

La primera enseñanza la tuve cuando al leer las antiguas notas, encontré más que palabras atribuibles a él, pensamientos que me había disparado el escucharlo. Fue el origen de lo que terminé por conceptualizar como las cinco condiciones de eficacia clínica. También de una predisposición para la acción —a la que aludo como actitud— que resulta soporte de la eficacia de un clínico.

Intentaré construir históricamente esta noción de eficacia de una manera —lo dije antes— algo controvertida, ya que arribo a un concepto inherente al término eficacia, por un camino en apariencia ambiguo y poco habitual para tal propósito.

En otro capítulo me ocupo de lo importante que resulta sostener la ambigüedad, aquí bajo formas noveladas, para construir un conocimiento al cabo no ambiguo.

Aquel encuentro y su figura —cuando yo era un médico recién graduado— fueron el núcleo de lo que alcanzó a ser una construcción sinfónica, organizando la convergencia de gentes dispares en épocas, oficios y regiones, de hecho sólo articuladas en mi propia resonancia. Una suerte de mito personal.

En esta historia, donde convergen actitudes distintas que forjaron las mías, coloco cronológicamente en primer término al paisano Juan Velázquez. Una evocación que es casi una reminiscencia —esa sombra de los recuerdos, diría Pontalis— de hechos vividos muy tempranamente, difíciles de precisar. Quizá sólo una construcción probable, a partir de las referen-

cias de quienes eran por entonces los adultos familiares de mi niñez.

Recuerdo con nitidez haber escuchado decir, en un tono que implicaba cuestionamiento: “[...] Juan siempre tiene un cuento [...]”. Era un comentario de mi madre, pidiéndome que le entregara una llave para abrir una tranquera de salida. Terminó agregando: “Décile que no la pierda”. El recuerdo se completa cuando Juan me cuenta “[...] boleando unas aves-truces perdí mis llaves”. No debo de haber pensado “es un bolacero”. Mi admiración de niño no lo habría permitido; más bien, con el tiempo, dignifiqué el perfil de aquel, para mí, legendario personaje como un contador de historias.

Acaso este imaginador de cuentos sea uno de los inciertos promotores de mi hábito conjetural en busca de salidas. Suele vérseme como narrador de historias. No debe ser mi principal defecto.

De él recibí, admirado, las primeras lecciones “clínicas” en el arte de los caballos. Un oficio paciente que nunca dejé de oficiar y del que tal vez aprendí a “sostener sostenidamente”, como cuadra decir de la actitud clínica, una relación posible con lo que se nos presenta irracional. Algo debo haber aprendido de este baqueano y los caballos en el arte de la curiosa paciencia. “Curioso” se llamaba precisamente —y ése sí es un nítido recuerdo— el caballo de trabajo de Juan, sin duda el primer baqueano que me legó “baquía” trabajando. Empleo este antiguo término, de incierto origen, que alude al hombre de baquía como conocedor práctico del terreno y del oficio, pero que resalta un sentido más culto: el de “resto de deuda”. Se refiere al contingente que habiendo naufragado no pudo embarcar en otro navío repleto. El tiempo de espera de este resto —con el que se queda en deuda de rescate— hacía de ellos obligados baqueanos del territorio en el que debían sobrevivir durante la espera —una experiencia que solía hacer oficio: el de baqueano de lo desconocido por explorar—.

De su influencia en aquellos primeros años de campo, me quedó siempre un resto que importó en mi clínica y que no zozobró en la cultura sofisticada del psicoanálisis. Vaya este recuerdo reconociendo deuda.

En los iniciales tiempos de estudiante de Medicina, conocí

a don Alfredo Zelayeta, aventurero de decir sentencioso, periodista en sus tiempos jóvenes y recorredor por largos años de Latinoamérica, África y la Patagonia austral, donde finalmente recaló. Lo conocí en Buenos Aires, maduro y algo enfermo, feliz de haber hallado un antiguo amor porteño, hecho no ajeno a mi juvenil imprudencia animándolo en la ocasión de aquel encuentro, con el que literalmente volvió a puerto.

Por él me aficioné a las maneras universales de un pensamiento abierto, en un tiempo en que la Universidad poco me ofrecía en ese sentido; un pensamiento acostumbrado a valorar cierta incertidumbre propicia a la aventura, un valor imprescindible en la clínica de las emergencias.

Sabía escuchar, desde sus sesenta años largos, a un estudiante de dieciocho, durante prolongados momentos en que sus preguntas, inesperadas y respetuosas, abrían costados totalmente ajenos a mi manera de ver las cosas por aquel entonces.

Pero además, parecía necesitar de manera franca que escuchara el relato de su vida.

Por mi parte, estaba lejos de lo que luego fue mi oficio, pero debe de haber sido la primera vez que escuché más de lo que oía. Con él me aficioné a ver lo que estaba viendo.

No apelo impensadamente a esto de ver; sus relatos eran visibles.

Lo que contaba no sabía a engaño, tampoco a historia; tenía la impresión de que ahí sucedía algo no ajeno a lo cierto, pero afín a la novela.

Hubo frecuentes ocasiones en que pude verificar sus dichos, sin sentir demasiada necesidad de hacerlo; la verdad, ahí, era otra cosa.

Habré de consignar en diferentes pasajes de este libro la relación que la ficción establece con los hechos, cuando por no ocultarlos los resignifica.

Era un contador de historias más elaboradas, pero del mismo linaje que las que atribuyo a Juan Velázquez. Hubieran podido ser compañeros de aventuras; uno y otro eran gente de a caballo y en eso me les unía.

Don Alfredo Zelayeta narraba su vida en modos de novela y parecía cómodo en el lugar, no siempre cómodo, que ocupaba.

El día que lo conocí, me contó, bastante afligido, que su hermano menor y colaborador principal, se había suicidado poco antes, agobiado por un fracaso en la conducción del personal del campo. Casi simultáneamente, la casa de su establecimiento se había incendiado.

Me dijo también que su corazón enfermo le daba muy pocas oportunidades de vivir. Su inesperado matrimonio le prolongó la vida unos pocos años.

Nos encontrábamos durante los meses que vivía en Buenos Aires. Un día no volvió del sur y no supe más de él.

Estoy seguro que no le hubiera extrañado estar incluido en este relato, pues su estilo, más que su historia, eran de los que componen personajes.

Macedonio Fernández fue otra convergencia virtual en la tópica de Don Pascual. Sólo lo entreví en alguna ocasión, mas era un imaginario habitante presente en las tertulias de amigos, tal vez desde su prestigio como filósofo del humor irónico. Tan mítico su existir para nosotros que se comentaba, como un lugar común, su condición de personaje salido de alguna novela de las que no escribió Borges.

Años después, su presencia se robusteció por cierto parecido físico con el de los últimos tiempos de Pichon Rivière. .

Hace poco, una breve nota periodística de Isabel Stratta terminó de aclararme la identificación de ambos personajes, a los que con frecuencia he unido en mi pensamiento.

El texto periodístico aludía al "Museo de la Novela de la Eterna" y al reiterado anuncio con el que durante más de treinta años, hasta su muerte en 1952, Macedonio anticipaba (siempre con un prólogo más de los cincuenta que al final se consignaron) la eminente, definitiva y de hecho postergada publicación de su novela. Lo anunciaba en tertulias con escritores y amigos, convertidos en sembradores de sus palabras lanzadas al viento. Algo de estas palabras sembradas al viento debimos haber cosechado quienes, en nuestras propias tertulias de café, nos reuníamos en uno que se llamaba "La Cosechera".

El nombre mismo de esta novela, finalmente publicación póstuma, es propicio; incluye el vocablo Novela precedido por Museo, el de tantos manuscritos, prólogos, cuadernos, hojas

sueñas, que remiten a lo eterno. Puedo imaginar ese agobio de papeles dispersos, ambientando una existencia de aforismos. También ese olor a museo sin curador, que alberga manuscritos cada tanto eliminados para dar cabida a otros, sin que se hagan libro.

Éstos son algunos de los antecedentes que un lejano día de mis comienzos médicos pre-psicoanalíticos, convergieron en la figura de Don Pascual. Tiempo después comenzaría a gravitar la maestría de Pichon Rivière, que con los años no sólo integraría esta constelación, sino que contribuyó a aportarle nombre, el de Pascual, de una manera curiosa, como más adelante aclararé.

Pichon Rivière también era macedónico en esto de anunciar la aparición inminente o futura —según su ánimo— de su libro sobre el conde de Lautréamont, cuyos antecedentes paternos había pesquisado en algún cementerio de Montevideo. Por ese rumor tuve noticias suyas antes de conocerlo. Reiterado contador de una historia, también por editar, que con frecuencia articulaba al tema teórico en discusión o al difícil caso clínico supervisado. Una referencia, por ejemplo, a los *Cantos de Maldoror*, abría inesperadamente una brecha propicia a otra mirada clínica, capaz de atravesar el obstáculo insalvable de un síntoma tenaz.

En esto se enciman, al menos en mi perspectiva de clínico, estos dos personajes de museo vivo y de novela inédita, a quienes les cae bien quedar asociados en permanente coqueteo con la Eterna, como parca algo surrealista y familiar.

Así es como los cinco (aún falta evocar a otro) tan disímiles entre sí, presentaban en común algo esencial: todos parecían mayores que el oficio que honraban. Un tamaño que proponía obra sin que ellos la ofertaran; sólo hacían alusiones. Quizá por eso no se percibía su quehacer en términos de profesión, sino como oficio que nunca hace costumbre. Oficio disciplinado en cuanto a liberar posibilidades sin ritualizar gestos.

Es que a una técnica bien incorporada no se le notan los bordes —tal vez se le note algún disimulado aforismo—. Esta asimilación, que hace arte de la técnica, posibilita cierta sencillez en la operación clínica frente a situaciones difíciles.

Jean Louis Barreault decía que un oficio es una manera

de vivir, y en esto consiste la sencillez a la que aludo, sobre todo si se complementa con aquellos versos de León Felipe, que alertan contra los oficios hechos rito ceremonial: "[...] no sabiendo los oficios/los haremos con respeto [...]". Y agrega más adelante que "para enterrar a los muertos/cualquiera sirve, cualquiera/menos un sepulturero". La disciplina, reducida a gestos, entierra la actitud y las aptitudes clínicas.

Siempre fui propenso a pensar mi quehacer psicoanalítico en términos de oficio, más que como profesión. Un oficio que busca apoyo no tanto en lo instituido sino en la singularidad de lo que se va instituyendo sobre la marcha, sin desconocer que un rol social, asumido con solvencia y economía de esfuerzo, pretende tener basamentos conceptuales y metodológicos firmes. Éste es el sentido válido de profesión. No se trata de andar improvisando lo que ya está hecho, pero cuando se trabaja con la gente y se quiere preservar la singularidad de cada uno, es más necesaria la creatividad que oficia que la regularidad que profesa. Un remanente de baquía quijotesca propicio a la clínica.

En algún momento, lo quijotesco me llevó a los derechos humanos y sus vicisitudes, obligándome a recalar de un día para otro en Brasil. Un grupo de analistas, que andaba por los comienzos, me ofreció generoso que coordinara un grupo de estudio. Comencé por hablar de las cinco condiciones de eficacia clínica, evocando los términos en los que por entonces se perfilaba un Pascual aún incompleto. Me sentí en casa.

Es el momento de presentar esas condiciones que no desmintieron su eficacia en aquel seminario, en otro país y en lengua sólo próxima. Para ello volveré al momento en que también debí ocupar una cátedra y afirmar veteranía, sin tener demasiados antecedentes en la docencia. Entonces despertó el recuerdo de las maneras de aquel hombre de consejo, como un núcleo sobre el cual se fueron sedimentando otras figuras de identificación, anteriores y posteriores.

Pensé que no era poca pretensión que los psicólogos clínicos por formar no desmerecieran sus procedimientos. Elaboré entonces, como ya lo dije, lo que denominé las cinco condiciones de la eficacia clínica.

A lo largo del tiempo estas condiciones clínicas se fueron

decantando. Figuran dispersas en algunas clases-fichas, extraviadas en los tiempos de la docencia universitaria, pero aún advierto en mí la presencia inadvertida, valga la contradicción, de esta herramienta que forma parte de mi yoidad de clínico. Voy a comenzar por nombrarlas, sin que el orden en el que aparecen signifique necesariamente un propósito secuencial, aunque en cierta forma cada condición es función de la otra.

- Capacidad de predicción
- Actitud no normativa
- Posibilidad de establecer relaciones insólitas en el discurso
- Definición por lo positivo o por lo que es
- Coherencia entre teoría y práctica o entre ser y decir.

Las desarrollaré brevemente.

• *Capacidad de predicción.* Es la organización que todo clínico puede hacer de sus propias expectativas antes de incluirse en una situación que debe conducir.

No aludo con ella a suerte alguna de adivinación acerca de lo que habrá de ocurrir y mucho menos a la pretensión de planear acotadamente una entrevista clínica; se trata, sí, de la puesta en claro de las propias expectativas, sobre la base de los datos precarios que se poseen previamente, o tal vez sólo elaborando fantasías.

Esta organización explícita de las expectativas opera desde el primer momento de la entrevista, como medida de confrontación con lo que realmente acontece. No importa que resulte coincidente o no esta confrontación; lo que cuenta es que a partir del ajuste o desajuste de las previsiones del clínico con los emergentes del campo, se obtiene una primera “medida”, orientadora de nuestro accionar. Esto resulta más evidente aun cuando el clínico se interroga acerca de la causa que lo llevó a una predicción errada. Del “¿Por qué pensé yo esto?” quizá resulten datos novedosos que permitan, desde el inicio mismo, una mejor penetración clínica.

Cuando no se han organizado las expectativas, éstas también funcionan, pero secreta y perturbadoramente.

Una entrevista clínica siempre es una oportunidad y no es ético desaprovecharla, sobre todo considerando lo que está en juego. Puede ser la única o, si se trata de la primera, resulta importante, por su valor inaugural, no desperdiciarla. Recuerdo una ocasión, hace años, en que finalizada la consulta diaria recibí el llamado de una mujer de voz "fresca y firme", que decía encontrarse en un "aprieto" emocional. Pocas horas antes la había abandonado su pareja y la agobiaba un sufrimiento mayor. Tales fueron aproximadamente sus palabras.

Pese a la hora avanzada y cierta fatiga, accedí a verla minutos después, ya que se encontraba en las proximidades. La expectativa despertada en mí por esa voz fresca y firme se esfumó frente a un rostro, y sobre todo unas manos, muy dañadas por la lepra. Mientras ella parecía arrojar sus lesiones sobre el escritorio, me pregunté acerca de aquellos otros signos que por teléfono me había adelantado. Esto me ayudó a reencontrarme con una persona que no desmentía aquel registro inicial, pero que en su angustia necesitaba poner a prueba mi disposición para ayudarla. Pronto se evidenció su capacidad para enfrentar infortunios aún más severos que los atravesados por entonces. Fue el comienzo de un exitoso proceso.

• *Actitud no normativa.* Constituye el propósito de no normatizar, no diagnosticar prematuramente. Se trata de dejarse atravesar por los datos del campo, sin pretender entender antes de entender. Por otra parte, resulta importante en todo acto diagnóstico o terapéutico no reforzar las expectativas superyoicas del entrevistado, tal vez una necesidad inconsciente de castigo. Quizás ésta sea una de las mayores habilidades de un clínico que quiere preservar el proceder crítico de su práctica, para lo cual resulta fundamental trocar este clima superyoico en una curiosidad que motoriza la indagación en el propio clínico y en el entrevistado. Baste advertir la frecuencia con que un joven terapeuta suele deslizarse, insensiblemente, críticas descalificadoras en lugar de datos acerca de los síntomas de su paciente, conducta que se incrementa mucho más si la discusión del caso se hace en un ámbito colectivo, donde resulta fácil terminar "hablando mal", peyorizando sintomatologías.

Una consecuencia importante de esta actitud no normativa es la posibilidad de no confundir el registro precoz de los indicios que van orientando un diagnóstico, indicios que se extienden al diagnóstico prematuro. Cuando esto ocurre, puede que resulte difícil desprenderse de una postura que ha cristalizado anticipadamente el entendimiento del clínico. Éste llega a asumir su posición con valor de aserto personal, no necesariamente frente a otros clínicos sino en relación consigo mismo y el paciente.

Como actitud no normativa debe entenderse, además, el propósito de no forzar ninguna de las funciones clínicas, diagnósticas o terapéuticas. De hacerlo, se termina forzando a aquel sobre quien se opera, lo que constituye una de las causas más frecuentes de iatrogenia o, al menos, de fracaso clínico.

En síntesis, cabe diferenciar lo que es el beneficio de un registro precoz de los síntomas, que permite presunciones diagnósticas, de un diagnóstico prematuro hecho trofeo.

• *Posibilidad de establecer relaciones insólitas en el discurso.* Podría decirse que esta condición de eficacia constituye una de las oportunidades más evidentes —para un oído atento— para realizar una lectura semiológica capaz de producir inteligencia clínica.

Todo sujeto que demanda, en cuanto sujeto dividido, tiende a poner en juego un decir que alude al conflicto y otro a la solución, lo cual fue notablemente sugerido por Freud en su último trabajo de 1938, “La escisión del yo como mecanismo defensivo”.

Puede graficarse esto, metafóricamente, al hablar de un “aparato de preguntas” (“¿Dios mío, qué me pasa?”) y otro de respuestas.

Cuando alguien demanda desde un incremento de sus conflictos, ambas funciones pueden dejar de estar divididas y más o menos “próximas” (el “ingenioso dispositivo” del que habla Freud en su trabajo, que permite simultáneamente aceptar y negar la amenaza de castración), resultando dislocadas. En esta situación, las preguntas no encuentran respuesta, como si los dioses personales estuvieran ausentes. Tal suele ser el motivo que conduce a una entrevista.

Este disloque habrá de traducirse, en el discurso del paciente, como fragmentos discursivos también dislocados. Por momentos, estas preguntas presentan tal grado de desajuste que fácilmente pueden aparecer como posturas contradictorias, incluso falsedades, de quien habla. Son las "relaciones insólitas" sobre las que habrá que trabajar. El solo señalamiento de estas contradicciones puede resultar sorprendente para el paciente, y en esta sorpresa radica gran parte de la eficacia reveladora.

Es un recaudo importante que el clínico no se vea tentado de asignar a la mala fe del entrevistado aquello que por momentos puede llegar a parecer una mentira. En última instancia, si se trata de una mentira, ella constituye un aspecto interesante de la sintomatología. Nuevamente recordaré que es la curiosidad lo que se impone promoviendo indagación, y no el intento guardián de sancionar el síntoma. Por supuesto que esto tiene límites éticos.

En cierta ocasión, me consultó un joven que había conocido de niño, por ser sus padres gente de mi relativo conocimiento. Quería analizarse para resolver la relación con su madre, "muy encima mío", según sus propias palabras. Aprovechando que yo la conocía, pidió que intercediera para que ella se hiciera cargo de los honorarios, aun cuando él, casado y con hijos, contaba con buenos ingresos. Era verdaderamente una relación insólita la que establecía entre su deseo de emancipación y el pedido dependiente, del que finalmente desistió.

Tiempo después, su madre se suicidó y sólo entonces comenzó a aclararse lo que en su momento no habíamos podido desentrañar. El paciente quería darle un lugar —así lo dijo— buscando su indirecta aprobación, pues temía la descompensación de su madre como consecuencia de su "alejamiento". No sé qué hubiera cambiado el haber entendido lo que se presentaba como una flagrante oposición, pero ilustra este tipo de contradicciones que el hábito me lleva a denominar "relaciones insólitas en un discurso" y que en general tienen mayor presencia en las entrevistas iniciales.

- *Definición por lo positivo.* No cabe suponer que aquí "po-

sitivo" tiene alguna connotación bondadosa o la calidad de lo bueno. Frente a alguien en trance de tomar una decisión, por ejemplo, realizar un viaje, es importante percatarse de que no es lo mismo el propósito de irse de un lugar que el de irse explícitamente a otro lugar, lo cual implica, por supuesto, abandonar el propio territorio. El asunto es advertir dónde está puesto el énfasis. Es obvio que con esto pretendo ilustrar viajes más complicados.

Otra manera de presentar esta condición de eficacia se relaciona con no hacer diagnósticos por descarte, situación esta última que conduce a una suerte de identidad diagnóstica por lo negativo, pantano en el que quedan atrapadas con frecuencia las entrevistas clínicas. En última instancia, la definición por lo positivo implica advertir —con todas las limitaciones que esto supone— aquello que para el interesado se presenta como algo eludido por temor o por ser contrario a su deseo.

Suelo emplear una breve frase con intención de remarcar lo que alguien dice, sin poder terminar de hacerse cargo de lo que está afirmando: "Esto que usted dice, además de cierto, es cierto".

Esta cuarta condición era una de las más características de aquel hombre de consejo que me la transmitió. Posiblemente sea la más controvertida desde una perspectiva psicoanalítica, en cuanto a la compleja relación entre deseo y compromiso y sus respectivas proyecciones éticas.

• *Coherencia entre teoría y práctica.* Esta condición alude, en primer término, al comportamiento del clínico, ajustado a que sus dichos no desmientan lo que es. La sencillez de la coherencia es el resultado complejo de un oficio que termina por ser una manera de vivir y no ritualización que oficia. Un paciente quejoso por no conocer nada del clínico, quizá del psicoanalista, podrá tener la oportunidad de terminar por saber que éste es lo que dice y hace. Depende del clínico.

Puede que desde la división de todo sujeto, la coherencia de ser lo que se dice o decir lo que se es aparezca como propósito inalcanzable, pero en la clínica la expectativa de este horizonte aproxima la máxima eficacia para intentar eludir las estandarizaciones dogmáticas, aquellas fieles a un saber

memorioso. Es una forma de garantizar la singularidad del paciente.

De todas estas cosas hablé bastante en aquel primer seminario de Río de Janeiro. Curiosamente, el mismo tema elegí para el último seminario que sobre entrevistas debí desarrollar en la APA, escasas horas antes de concretar mi renuncia. Sabiendo que era mi última actividad en la institución psicoanalítica, dejé de lado una exposición bibliográfica muy preparada y elegí hablar de estas condiciones de eficacia clínica, como solía hacerlo en la docencia universitaria.

Sin duda, me resulta un buen acompañamiento convocar a todos los "amigos" que componen esta constelación.

En la reunión siguiente a la de Río de Janeiro, alguien me entregó un libro abierto en un página precisa, no sin cierta emoción. Parecía un mensaje. Se trataba de un texto breve de Fernando Pessôa, precisamente una de las versiones de "Message". Entonces fui yo el emocionado al comprobar cómo Pessôa meditaba en poética cosas muy semejantes a las que Don Pascual me había sugerido tantos años antes. Eso al menos me pareció entonces, tal vez influido por quien me alcanzaba el texto, al que había identificado con las que fueron mis palabras en aquel primer seminario.

Me interesé por este autor portugués con la intención de familiarizarme con su lengua y paulatinamente fue atrapándome su escritura. El hecho mismo que Pessôa firmara su obra con distintos heterónimos aparece como una oportuna alusión a la composición polifacética que nuclea Don Pascual.

Ése era el mensaje de Pessôa beneficiado por el tono poético de la lengua portuguesa, propicia a amalgamar emoción y pensamiento, a la postre facilitadora de lo que entiendo como propio análisis, porque siendo lengua extranjera y próxima, propone maneras distintas que conmueven la propia expresión.

En algunos heterónimos, Pessôa se asume como otro personaje "escribiéndole a sí mismo" (sic). Esta radical dualidad epistolar constituye, lo mismo que el estilo propio de las confesiones (san Agustín, Rousseau, Althusser, Rodríguez, etcétera), situaciones propicias al propio análisis.

Si bien no es precisamente un heterónimo, este fragmen-

to poético de su obra ilustra bien el particular recurso literario disociativo de Pessoa: "Eu me perdi de mim/nao laberinto que eu sou/e agora que ya nau estou/tenho saudade de mim".

Una rápida mirada al conjunto de personajes que integran la construcción de la que vengo hablando me sugiere que todos tienen en común algo de extranjería en relación conmigo. La tenía aquel personaje mítico, Don Pascual, en tanto representante de una cultura provinciana muy diferente de la que me era habitual como médico novato, encaminado hacia el psicoanálisis, aficionado incipiente a las vicisitudes del tiempo einsteniano y a un surrealismo teñido de la "patafísica" de Alfred Jarry.

Algo semejante puedo decir de Juan Velázquez, a quien vislumbro como el arquetipo de una cultura que comenzaba a declinar frente al avance gringo. Claro que de niño yo era muy afín al baqueano Juan y su cultura en retirada. Algo de eso persiste en mí.

El periodista Zelayeta era un andariego del mundo que había recalado sus últimos años en Buenos Aires, una especie de Joseph Conrad —aquel gran navegante literario—, autor de mi afición por esos tiempos. Quizás era uno de los puentes para esta amistad esencial con alguien que, por diferente, también ubico extranjero. Creo recordar que Conrad había sido también propia lectura de aquel amigo.

Macedonio Fernández vivía en Buenos Aires, pero resultaba tan extraño que aun habiendo constatado su presencia, jugábamos con los amigos a dudar de que existiera, sin restar por ello importancia a su presencia. "Papeles de recién venido" y "No toda es vigilia la de los ojos abiertos" son títulos con aroma a una poética y un humor extraños. Como lo es una foto con guitarra que conservo hace años, desde la que me sigue intrigando. Pichon no gastaba guitarra, pero sí una mirada semejante.

De Fernando Pessoa sólo conocí su obra en portugués, cuando ya hacía bastante que había muerto. Tal vez cobró importancia no sólo por aquel episodio, origen de una estrecha relación psicoanalítica con el grupo brasileño, sino porque, además, su obra me acompañó en el fecundo desierto que ese pe-

río extranjero constituyó. Esencial para lo que luego habría de conceptualizar como propio análisis.

4. PICHON RIVIÈRE: UN MAESTRO QUE NUNCA FUE CIRUELA

Pichon Rivière era de esos maestros que no proponían escuela ni iglesia, aunque hizo escuela y afirmó valores. Aludo al sentido que esos términos suelen cobrar en las instituciones psicoanalíticas. A un baqueano así, no siempre se lo sigue con respeto acrítico sino todo lo contrario, sin que esto impida una reconocida gratitud. Un maestro que con su palabra y sus maneras llega a poner en cuestión los valores de quien lo escucha, sin predicar ninguna buena nueva, no produce alumnos en el sentido etimológico fuerte del término: sujetos privados de luz. Puede, sí, promover la vocación por lo propio, con efectos suficientes para impulsar la búsqueda de amores teóricos en otros campos, y superar las novicias identificaciones primeras.

Más que extranjero, Pichon Rivière promovía extranjería, en cuanto al afán de encontrar otros conocimientos y recursos, abriendo vocación por campos extraños a los más tradicionales del psicoanálisis.

Hay dos razones para que a esta altura incluya un texto escrito en 1987, a los diez años de la muerte de Pichon Rivière. La primera, aportar algo a su biografía, tan entrelazada a la de otros que comenzamos a ser psicoanalistas en la década de 1950. La segunda, aclara por qué finalmente llamé Don Pascual –por Pascua, la isla– a esta constelación cultural en que fui siendo psicoanalista.

Aquel texto lleva por título “Pichon Rivière de Buenos Aires”.

Solitario y rodeado lo recuerdo. Destino de maestro, como dormido en vigilia, al decir de Macedonio, la de los ojos abiertos.

Me encontraba lejos cuando murió en Buenos Aires. Fue de noche y durmiendo –comentaron–; no lo creo. Alguna vez le oí decir: “Nadie duerme en su muerte”. Seguro que llegó a tiempo.

(Al releer este texto de 1987 es fácil advertir cierta pretensión poética –algo inadecuada– al menos en los primeros párrafos y en algún pasaje posterior. Quizá se deba al estilo “oración fúnebre”, propio de la ocasión. Tal vez una tardía vuelta al duelo por quien tanto había gravitado en los inicios de mi formación psicoanalítica. Una vuelta buscando, desde la metaforización, la necesaria distancia amiga, para mantenerlo en la memoria de las amistades extranjeras.

Pichon era ducho en estas artes de la esencia eludiendo familiaridad. Es que las relaciones psicoanalíticas se benefician con esta extranjería del enfrente y diferente.)

Yo también había llegado a tiempo para una cuarta entrevista, con miras a analizarme. Había mudado de sitio su escritorio, como solía hacerlo. “Todavía no” –me indicó, cuando me senté en el lugar habitual ahora suyo. Al final fue claro cuál era el lugar útil para mí: seguiría estudiando con él, y en tanto comenzaría mi análisis con otro analista. Después vimos juntos un paciente grave, que aguardaba hacía rato. Me pidió, esta vez sí, que ocupara su sitio en la demanda de éste. Con su control llegó a buen final el caso. Fue mi primer historial clínico.

Tal vez por aquella ironía interpretadora de entonces puedo y quiero hablar, sin confundir demasiado las posiciones, de su nombre y lugar en el psicoanálisis.

Aunque hablaré de Pichon, no es seguro que hable de lo que él dijo y quizá tampoco de lo que él era. Transmisión psicoanalítica no es rigor memorioso con pretensión objetiva; es propia memoria despertada por lo recibido. Pero hay que aclararlo.

El lugar de Pichon Rivière en el psicoanálisis argentino es, básicamente, el de la transmisión oral, aquella que habla al inconsciente de un interlocutor más que del inconsciente conceptual. Esto último es propio de los textos teóricos, que cuando se los habla acrecientan valor de impacto inconsciente.

Y dicho sea de paso, un psicoanalista que habla suele perder posición frente al que escribe, si a su vez no lo hace. En psicoanálisis, las ganancias se escrituran. Pichon Rivière escribía poco. Su lugar también fue el del humor irónico. Hu-

mor penetrante y fluido, destinado, como metáfora de la transferencia, a los rincones más ocultos.

Me demoro en el humor en cuanto suele ser, y en Pichon lo era, condición de la transmisión oral. Apoyaba su ironía en el retruécano y la literalidad, más que en el sentido figurado, aquel donde se dice algo para decir otra cosa. Finalmente alcanzaba este efecto. Su humor era a la letra, como se estilaba comentar ahora. A veces una manera sutil de burlarse de sí mismo cuando el retruécano lo tomaba como objeto, o cuando la literalidad le permitía disfrazarse de entendedor ingenuo. "Tan chiquito y ya se analiza", comenta en alta voz, mientras interrumpe en medio de la frase a un solemne expositor cuando decía: "[...] mi paciente tiene un año..." (antes que pudiera completar) "... de análisis". Así desbarataba el excesivo empaque predicador de algún analista de la primera hora. En la ocasión sirvió de apoyatura a inesperadas y oportunas suposiciones acerca de la historia temprana del paciente... o del expositor.

Pichon Rivière era el tipo de analista (la anécdota es apócrifa, pero posible, y se la atribuyo) que frente a la afirmación de haber "... crecido en Palermo...", hecha por un paciente bajito, podía preguntarle muy serio: "¿En Palermo Chico?", o recomendarle que cambiara de barrio. O aquella otra insólita intervención desestructuradora de la neurosis traumática de una paciente, que por enésima vez repetía en el diván, en un final a gritos, un sueño reflejo de un hecho real, donde el tren avanzaba veloz sobre su coche detenido en la vía: "¡El tren! ¡El tren!". Pichon irrumpe en lo real, probablemente desde cierto aletargamiento: "¿Dónde? ¿Dónde!", plantándose en el medio de la habitación. Sin duda ayudó a la paciente a arrancar su coche de las inamovibles vías traumáticas.

La eficacia transmisora de Pichon se apoyaba en esta impredecibilidad de la contingencia. Nunca se sabía cómo habría de empezar o continuar el discurso. Se esperaba, sí, lo imprevisto. No precisamente el espectáculo, pues él era más bien sobrio, no muy elocuente, pero eficaz para advertir y aludir a lo que acontecía y recrear algunas condiciones del caos con economía de palabra y oportunidad irónica.

¿Por qué no escribía Pichon Rivière? Muchas hipótesis pue-

den manejarse. Por ejemplo, su hábito de solitario rodeado, sin disposición para solitario solo, condición necesaria a la escritura. De joven solía estudiar en los bares. Uno de ellos, el viejo "El Nacional" de la calle Corrientes, con orquesta y ruido. Con el tiempo, Ana Quiroga habría de orquestrar en libros, sin el ruido, muchas de sus ideas.

Pichon necesitaba interlocutores, incluso fue su posición en la entrevista personal que recordé: dirigirse siempre a alguien presente. Escribir con intención de teoría, al menos en psicoanálisis, no apunta a un otro especular, sino que implica alteridad (un tema recurrente y sin embargo no desarrollado por Pichon). Nunca me fue difícil disentir con algunas de sus ideas, tal vez porque el término "disentir" alude a "estar sentado en distintas sillas", cosa propia de la situación psicoanalítica, tan explícitamente puesta en juego en el episodio de los asientos.

Pichon era irreverente y transgresor en la acción hablada, no en la escritura. Pero en ocasiones, mientras hablaba, desdibujaba en el aire o en un pizarrón anárquicos garabatos, que aparecían como apoyaturas insólitas de lo que decía. Así cayeron en un primer encuentro con él, en el Borda, clasificaciones alemanas, francesas, etcétera, de las psicosis, mientras desde el caos del pizarrón surgía para mí algo acerca del rigor del inconsciente, a la par que cierto efecto interpretación. Algo pichoniano, entre anárquico e iconoclasta, incluso respecto de sí mismo, favorecía este efecto tan poco académico y no parecía documentar los límites de su saber. Tal vez por esto nunca institucionalizó formalmente una enseñanza escolástica, aunque multiplicó discípulos, no faltos de luz propia, a su vez con discípulos no ajenos a la línea. Cada tanto surge algún intento de ritualizar repetitivamente lo fecundo del caos donde se movía Pichon.

Con frecuencia he utilizado el mito de la Torre de Babel para ejemplificar los efectos de la transmisión psicoanalítica. Es conocida la idea, de origen freudiano, acerca de las tres imposibilidades: educar, gobernar, psicoanalizar. Más que imposibles, son empresas utópicas. Especialmente cuando convergen en un intento excesivamente ordenador. En realidad, estas "imposibilidades" suponen, más que afirmaciones, la pre-

gunta ¿es imposible?, y esto rescata la utopía válida del intento. Intento en el que se ubicaba este maestro no-ciruela, que nunca desmintió su juventud anarquista, e hizo culto de la propia gestión. Es posible que la autogestión sea una de las formas de la utopía, más aún si no se degrada en individualismo.

Cuando el psicoanálisis debe habérselas con estos tres imposibles, en un intento institucional, se multiplican las lenguas hasta la confusión y la dispersión de gentes. También los continuos intentos de convocar dispersos. Éstos son los componentes de la torre babilónica.

Pichon Riviére se movía con soltura en esta torre. Parecía un faro de la costa que inventaba el mar. Cada cual, capitán de sus propias navegaciones... y de sus propias piraterías. Es cosa antigua en el mar el adueñarse. También el naufragar. "Navegar es preciso, vivir no es", afirma la antigua divisa de Hamsa hecha canción brasileña, fundiendo vida y andar.

"Apoderarse de lo heredado", sugiere Freud del psicoanálisis, apoderándose a su vez de una idea de Goethe¹. ¿De quién lo habrá tomado Goethe? De un poema tomé yo lo de "capitán de propias navegaciones". Me disculpa el haber sido objeto de ese poema con el que Carmen Lent me recibió cuando debí vivir en Brasil. Es que el psicoanálisis como saber, es deseo que circula como un continuo y discontinuo adueñarse de lo propio y de lo ajeno, de lo propio y de lo ajeno, de lo propio... historia de padres de hijos pequeños que crecen hasta ser padres de hijos pequeños...

Pichon Riviére parecía ajustarse a esos instantes fáusticos y promover distintos dueños para creaciones de propiedad difusa.

En fin, lo de siempre: Edipo el mítico.

Sófocles dramatizó la tragedia y puso el mito a trabajar, a hacer cultura. Freud, heredero de Sófocles, enfrenta al mito,

1. "Lo que de tus padrès hayas heredado / aprópiatelo para poseerlo/ Lo que no se usa es una pesada carga / Tan sólo el instante crea, eso sirve." (*Fausto*, acto primero, escena primera).

trabajador de siglos, como Edipo enfrentó a la Pitonisa haciendo, más que cultura, memoria personal; aquella heredad que se hace propia en el psicoanálisis. Cada tanto, el psicoanálisis corre el riesgo de perder los caminos personales de la memoria antigua y reinstalarse como actual cultura. En sentido contrario operaba la impertinencia irónica de Pichon Rivière.

Una última historia entre personal y pichoniana para cerrar abriendo este relato. También intervienen mitos: los de la isla de Pascua.

Pichon había enfermado de gravedad. Yo aporté algún dinero para su atención médica. Tiempo después me sorprendió con un regalo valioso para mí, una escultura pascuense, un Kabakaba.

Sus palabras, más o menos, fueron éstas: "Saldemos deudas. Yo, por la ayuda que me diste, vos porque esta figura, para tu consultorio, recordará lo que te he dado".

Alguien que él ya no recordaba le había traído de Francia el Kabakaba. Me lo regalaba sin remordimiento, de acuerdo con sus hijos, afirmó, dando tono familiar al presente.

Incluyo en escena otra familia, los Pakarati: Don Leonardo, antiguo alcalde de la isla de Pascua y sus hijos. Con algunos amigos los habíamos traído a Buenos Aires desde el sur. Estaban haciendo tiempo para volver a su tierra. Aquí repitieron tallas en laurel y en piedra, narraron cuentos milenarios y larguísimos, bailaron danzas menos antiguas o más olvidadas por el cuerpo. Cuando Leonardo Pakarati vio el Moair Kabakaba, pareció profundamente conmovido, y pronunció una frase entre solemne y dudosa (con los pascuenses nunca es seguro qué es original y qué es repetición de un ritual): "Este Moai lo hizo el padre del padre, del padre de mi padre [...] los piratas franceses o los holandeses robaron nuestro tesoro en el siglo pasado muchas veces". Una de piratas. La sospecha es que parece ser una picardía entre cultural y turística esto del padre del padre, etcétera, mediante lo cual los habitantes de la isla tratan de valorizar, frente a ocasionales extranjeros, figuras que acaban de fabricar. Se borran como autores.

El hecho es que habiendo conocido a Pakarati antes que los chismes turísticos, la historia me pareció válida. Así se fabrican los mitos, por lo menos los de entrecasa. ¡Lucía tan

serio y conmovido el alcalde! La ocasión dio para pensar. ¿De quién es esta pieza que circula por el tiempo y por las mudas? ¿Del padre, del padre del padre..., de Pakarati alcalde (entre legítimo y turista), de los piratas holandeses o franceses, del olvidado donante que la trajo de Francia, de Pichon Rivière que le añadió valor anecdótico haciéndola presidir por años su consultorio, y luego el mío, o es mía, que la agrego a esta historia?

Como el deseo que circula de antiguo, como el saber que referido al deseo es psicoanálisis, esta historia ejemplifica dudosas propiedades y en esto estriba su mérito.

Pero no termina ahí el cuento. Falta un epílogo con intención de verdad. Los amigos habíamos organizado para los Pakarati una exposición de tallas. Pichon escribiría la presentación, ya que acreditaba una vieja relación con el arte, principalmente con la pintura *naïf*. Detrás de su escritorio colgaba un gran cuadro a lápices de color de Casimiro Domingo, un pintor que trabajaba casi poseso por sus mandatos obsesivos: "Poné el rojo...". Era inútil para Casimiro oponerse intentando el azul; siempre triunfaba la orden. El resultado era una suerte de espiral gigante y multicolor de mandatos. "La espiral dialéctica" la llamábamos, en alusión a una idea central de Pichon Rivière, aunque fuera el fruto de los impulsos dilemáticos de Casimiro.

Pichon no terminaba de escribir la presentación y la fecha urgía. El último día posible le propuse hacerla yo, él la firmaría. Me citó un viejo poema pascuense y en torno a él organicé el texto.

Volví así aquel viejo asunto de los lugares: "Todavía no... ahora sí", organizando una travesura neurótica y pascuense donde se oculta lo propio con la dudosa valía atribuida al padre. ¿Lo propio, o será necesario el ritual público de la apropiación?

Aquel breve texto mío del que me apropio es el siguiente:

La isla está llena de misterio y soledad. Rapa-nui la llaman los indígenas; los antiguos la nombraron Te pito o Te henua —el ombligo del mundo. También el ojo que ve el cielo.

El misterio rodea y compromete a sus habitantes. A él se

suma la soledad de este ombligo de la Tierra, ¿un ombligo del Cielo, tal vez?

Los contactos remotos con otras civilizaciones casi no pueden ser reconstruidos. Oriente se perfila en sus mitos.

Fuera de las rutas marítimas, muchos días de mares solitarios separan a Pascua de cualquier otro puerto. Ni un solo pájaro en esta navegación. Sólo el Manu-tara, pájaro sagrado, advertía al navegante la isla olvidada.

Algunas circunstancias casuales y favorables, me permiten hoy advertir en Buenos Aires la presencia de un islote pascuense entre nosotros.

Durante años, casi sin pensar en su origen, me acompaña un Moair-Kabakaba. Un adelantado de este insólito y maravilloso grupo de piedras y maderas esculpidas de Pascua.

El fragmento de un antiguo poema pascuense describe el amor de dos mujeres por un mismo hombre: Mea. Una es vieja, la otra joven:

“Es el invierno, amigo mío, la flor derrama su perfume. La flor está perfumada.”

“Es el verano, amigo. La flor está marchita”.

Superposición y lucha del ayer y hoy en Pascua.

Las historias hablan de una antigua familia: los Pakarati.

Leonardo Pakarati, en un tiempo alcalde de su pueblo, acompañado por sus cuatro hijos, cantores y talladores de lo antiguo, nos presenta sus extrañas obras.

Hasta aquí el texto en cuestión. Solíamos bromear que era necesario aclarar la autoría. Me había encariñado con mi breve escrito.

No sé cuánto pude haber contribuido a delinear datos para una biografía de este maestro que con el saber de la ironía atravesaba tristezas. De una cosa estoy seguro: de no haberlo agraviado con la rigidez del bronce. Más bien pretendo honrarlo en lo suyo, en la movilidad dialéctica de enseñar y aprender en verdad de pensamiento. Ésta era su ética y tuvo y tiene efectos.

Queda claro que el regalo de Pichon, de tan extraña trayectoria modelando la cuestión del padre del padre... de mi padre, que escuché al pascuense Pakarati, terminó por darme el nombre para esta constelación de estilos que llamé Don

Pascual. ¿Por qué este nombre? Quizás una manera de ponerle nombre a lo que de múltiple procedencia fue haciéndose propia isla. Ya hablaré de poblar desiertos.

5. LOS BARQUITOS PINTADOS HICIERON PUERTO EN ROSARIO

Una vez más debo pedir al lector que me acompañe en otro salto necesario para la compaginación de este relato. Volvamos a los comienzos que fundaron, o al menos encaminaron, mi vocación psicoanalítica hacia lo comunitario-social.

Es frecuente la presencia de un mito de origen fundacional en toda fundación vocacional, a la manera de lo que narra Borges en los versos de "Fundación mítica de Buenos Aires": "... irían a los tumbos los barquitos pintados / entre los camalotes de la corriente zaina...". Versos precedidos por otros en los que conjetura: "... y fue por este río de sueñera y de barro...". Las dos materias, los sueños y los barroes que amasa toda fundación de un oficio que se haga una manera de vivir.

El caso es que no en barquitos pintados y por el río, sino paralelos al Paraná y en tren, íbamos a los tumbos de nuestra zozobra, hace muchos años, un grupo de novatos —al menos en lo que nos proponíamos hacer—, aunque algunos no lo eran como psicoanalistas, capitanéados por Pichon Riviére.

Nos disponíamos a desarrollar lo que desde entonces se conoce como "la experiencia Rosario", la marca más temprana, para mí y para los que ahí estábamos, de las experiencias comunitarias explícitas.

Debimos trabajar con unos treinta grupos que integraban alrededor de mil estudiantes y profesores universitarios (algunos responsables de la conducción de sus facultades) junto a obreros del puerto, empleados de comercio, boxeadores, amas de casa, alguna prostituta, graduados o próximos a graduarse en la carrera del servicio exterior, etcétera; agrupados, al decir de Pichon Riviére, según destino o según iban llegando a la inscripción.

A medida que los barquitos pintados de nuestros temores nos aproximaban a Rosario, aumentaban los tumbos de nues-

tros reclamamos pidiendo mayores precisiones técnicas y más definición en los objetivos. Pichon Rivière, con su forma tranquila, un tanto mordaz, nos dice entonces: "Si cuando tomemos el tren de vuelta nos tiran con bosta, quiere decir que cuando un grupo como éste hace en Rosario lo que terminemos haciendo, al irse le tiran con bosta". Estábamos jugados y eso nos tranquilizó. Un rato más tarde, abrió la reunión general hablando de kakistocracia, que más allá de su significado enigmático, resultaba una elíptica alusión —para los que estábamos en el secreto— a uno de los posibles resultados de la azarosa gestión.

En uno de mis grupos (cada uno coordinaba dos), una mujer joven, bastante alterada psicológicamente, a la par que muy querida por varios amigos que integraban la experiencia, explícitamente para acompañarla, se constituyó en el centro de todo el trabajo. La situación por momentos era difícil, por la firme intención que me animaba de no crear engendros pseudo-terapéuticos ni eludir la emergencia.

Para el criterio de esta persona y de sus acompañantes no existían en Rosario psicoterapeutas idóneos para atenderla; por eso sus amigos habían insistido en acompañarla, visualizando el encuentro como una oportunidad terapéutica.

Recuerdo haber manejado la situación a partir de una idea que había escuchado formular un tiempo antes a David Liberman, integrante de la experiencia Rosario. Propuse que un grupo de novatos organizados en un funcionamiento adecuadamente heterogéneo, donde las singularidades personales no se anularan entre sí, podía lograr, pese a su condición novata, la eficacia de un veterano. Se trataba entonces de organizar una veteranía para auxiliar a quien encontraba una oportunidad propicia para sobredimensionar su conflicto, una veteranía que no debía degradarse en situaciones pseudo-terapéuticas, sino encaminar un genuino tratamiento.

Un aspecto importante para alcanzar ese nivel de veteranía era trabajar la obvia distribución de roles, que de una manera muy explícita se daba entre "la enferma" y sus compañeros "sanos", distribución que, además, tenía otras manifestaciones menos evidentes en el conjunto grupal.

Esto me llevó a poner en juego algo que por entonces comencé a denominar "seguridad psicológica", designación no muy adecuada pero que terminó acuñando tradición, al menos en mí. Entiendo por tal seguridad el clima grupal que un coordinador consigue cuando logra que la torpeza o la habilidad de cualquiera de los integrantes remitan a la propia experiencia personal, acumulada a lo largo de la vida, acerca de las propias torpezas y habilidades. No se trata del imposible intento de colocarse en el lugar de alguien, sino más bien reflejar lo ajeno como saber de uno mismo, a partir de lo que en común tiene la vida cotidiana. Más que una internalización de lo ajeno, se pone en juego una resonancia afectiva generadora de intimidad y un retroceso de la intimidación. Se favorecen así las condiciones de contención que evitan la creación de chivos emisarios o, como decían los griegos, el surgimiento de un "fármaco", al aludir a quien, por estar en desgracia, resultaba propicio para cargar con todos los males o la peste de la ciudad y ser excluido en el desierto. De ahí proviene "farmacología". Ese remedio no fue el indicado en la ocasión, como tampoco la promoción de líderes carismáticos mesiánicos entre los acompañantes ni entre los arribados en los barquitos pintados.

Se trataba entonces de socializar torpezas y habilidades para adquirir veteranía y recuperar inteligencia, allí donde las ansiedades, no tanto paranoicas o depresivas sino confusionales, amenazaban toda posible solución.

Los objetivos fueron bastante logrados. Era evidente que, dentro del grupo, esta mujer cumplía un papel semejante al de quien resulta definido como el paciente designado, en una familia. Se trataba de sacarla de ese lugar, trabajando lo que Pichon Rivière llamó "el paciente equivocado". Se hizo evidente que varios de sus compañeros, que insistían solidaria y genuinamente en su inclusión, también aprovechaban esta circunstancia, curiosos por sus propios conflictos enmascarados en los de la compañera problema. Esto quedó evidenciado tiempo después cuando, en Buenos Aires, me visitó un integrante de aquel grupo y me pidió un tratamiento analítico. Supe por él que finalmente encontraron en Rosario un terapeuta adecuado para tomar el caso, aunque en el orden pe-

sonal él decidiera buscarlo fuera de su ciudad, apoyado en la vocación que lo inclinara a ser psicoanalista.

Sin duda aquella experiencia —más que terapéutica en el sentido tradicional, experiencia en salud mental— es un buen antecedente de mi interés por atender, en toda intervención institucional, estos malentendidos en la distribución de los roles entre “enfermos” y “curadores”, enmascaramiento de la dupla más abarcativa dominador/dominado, asunto básico en la perspectiva de la salud mental como hecho cultural.

Posteriormente he desarrollado muchas veces la idea de organizar una veteranía, en la que un grupo, sin simular los recursos que no tiene, promueva al máximo la autogestión y ponga en juego todos los que sí posee, para desarrollarlos y conseguir lo que necesita.

Una autogestión colectiva que se conforme con sólo mejorar lo mejorable, corre el riesgo de hacer de las carencias un *ghetto* y terminar privatizando la miseria. Esto sucede con frecuencia en las instituciones de servicio público, cuando no se demanda con firmeza lo necesario.

La autogestión junto a la utopía —entendida no en términos de tópica futura— sino como lugar actual, se activan cuando los miembros de una comunidad se niegan a aceptar en el presente aquello que, enmascarando la realidad subyacente, amputa futuro. Ya veremos, en el capítulo concerniente a la cultura de la mortificación, el papel de la utopía concebida como opuesta a la renegación de las condiciones adversas con las que se convive cotidianamente.

La experiencia Rosario gravitó de distintos modos en muchos de los que participamos en ella, pero mantiene cierto vago halo mítico, tal vez ligado a algunos rasgos con los que se visualiza a Pichon Rivière. Reacio a escribir y gran transmisor oral, se sabe que esto acuña aforismos pero también favorece mitos. Mala mezcla la de los aforismos que devienen míticos; se banalizan y pierden lo mejor de sí, entre otras cosas ese carácter de mesurada alusión a una desmesura que el aforismo permite intuir.

Después de la experiencia Rosario, se organizó un seminario para poner a punto las técnicas operativas; en realidad, éste era el objetivo principal de la experiencia, y el se-

minario fue uno de los resultados más logrados de aquel propósito.

A partir de ese seminario se incrementaron las conceptualizaciones metodológicas sobre las técnicas operativas. Mi tema, con el que luego construí una de las primeras herramientas personales, giró en torno a los límites y las relaciones entre el encuadre psicoanalítico y el operativo, asunto central, en cierta forma, de mi grupo de Rosario, y en general, de un trabajo con las instituciones desde una perspectiva clínica de la salud mental. El tratamiento que le di a este seminario organizó una amistosa y sostenida discusión con Pichon Rivière, frente a su insistencia de no diferenciar ambos encuadres, en tanto él se asumía fundamentalmente como psicólogo social, promoviendo cierto escándalo en quienes lo visualizábamos psicoanalista. Hoy, más afirmado en estas cuestiones de la clínica psicoanalítica en sus aplicaciones sociales, poco o nada me preocuparía esa autodefinición. A cada cual su propia silla.

Yo sostenía la diferencia útil y necesaria entre ambos encuadres, en tanto Pichon parecía encimarlos. Para mí se trataba de dos procederes emparentados y distintos, tanto en su organización como en sus indicaciones. De linaje médico el operativo, y encuadrado en la abstinencia, el otro.

Por entonces yo comenzaba mi formación psicoanalítica sistemática; quizá por eso, un tanto ambiguamente, empleaba términos como “terapéutico” y “psicoanálisis”, y hacía de ellos una polaridad de procedimientos clínicos y de procederes operativos. A lo largo de los años he ido advirtiendo hasta qué punto este diseño modeló mi práctica, la que habría de desarrollarse en ámbitos tan diversos como el privado, el hospitalario, el institucional, la docencia, y con objetivos clínicos muy variables.

En la modalidad terapéutica-psicoanalítica, el énfasis está puesto en la escucha y el examen del “porqué” genético, o sea el porqué del síntoma. Éste es explorado en cuanto reflejo de algo que aconteció en tiempos anteriores, posiblemente infantiles y por fuera del conflicto actual, al menos en el registro del paciente.

Se trata de una exploración etiopatogénica, que tiende, más que a evocar, a convocar ese pasado en la transferencia, exal-

tando con frecuencia sentimientos ambivalentes. Una situación que puede llegar a ser paradójica, donde el clinado rechaza aquello con lo que establece dependencia. De no mediar algún manejo clínico, puede ocurrir que quien demanda termine dependiendo de lo que simultáneamente rechaza. Ya por entonces comenzaba a ocuparme de lo que luego llamaría las “encerronas trágicas”, aquí en su aspecto transferencial, y sus efectos iatrogénicos. Probablemente hoy vería las cosas de forma bastante más compleja, pero por entonces estaba más atento a las observaciones que hacía en el campo asistencial, donde los inadecuados manejos pseudo-psicoanalíticos promovían estas situaciones iatrogénicas.

Volviendo a los fundamentos de este encuadre del porqué genético del síntoma, es obvio que se instaura en la relación clínica un tiempo regresivo, que habrá de configurar un reforzamiento transferencial, frente al que hay que estar atento, evaluando la idoneidad del operador y la pertinencia de la operación.

En la modalidad operativa, la intención se juega en el “para qué” prospectivo: la intencionalidad del síntoma. Aquí todo acontecer es examinado no como reproducción, aunque lo sea, sino como ensayo para un después y afuera. Entonces, la transferencia tiene mayor oportunidad de no instaurarse o incluso de disolverse, en cuanto a lo que entendemos por captura transferencial. Obviamente, los procesos transferenciales siempre operan.

La ambivalencia da paso, más bien, a la divalencia por disolución de los vínculos regresivos duales, cuando no son promovidos. El tiempo es prospectivo, es proyecto que tiñe el presente desde un mañana ensayado. La situación tiende a conjugarse no tanto en términos de re-sentimiento (volver a sentir con displacer el ayer), sino de re-conocimiento, que conoce con gratificación.

Esta modalidad marcó fuertemente mi manera de trabajar según una modalidad operativa como psicoanalista, sobre todo en las situaciones críticas. Pero también en la clínica psicoanalítica, más allá de las situaciones críticas, me habitué a permanecer atento a recuperar el proyecto, aún fallido y antieconómico, que toda producción sintomática conlleva.

El carácter antieconómico de este “para qué” sintomático puede ser un buen indicador del momento histórico de un primer fracaso, que insiste como punto disposicional permanente a la manera de un “porqué” genético, y facilita una regresión acotada hacia ese punto.

Pero, además, el hecho de que el paciente advierta algo de su “para qué” sintomático, es posible que contribuya de algún modo a dignificar su intencionalidad, en tanto ese síntoma no parecerá tan extraño al sujeto. Quizás una cierta historización, como causalidad de su sufrimiento, puede resultar fundamental cuando se trabaja con neurosis muy graves o aun con psicosis, donde un énfasis en este “para qué” del síntoma tiende a “neurotizarlo” e incrementar su analizabilidad.

Debo destacar que mi propuesta no es clínicos operativos *versus* clínicos psicoanalíticos sino que, a partir de este diseño, inicialmente simplificado y hasta ingenuo, fui asumiendo que ser psicoanalista es sólo un rumor, por más títulos válidos que se acrediten. El asunto es que alguien, desde sus antecedentes, logre estar psicoanalista en una determinada y singular situación, ajustado pertinentemente a la demanda, cualquiera sea el encuadre clínico del que se parta.

Si bien no hay mayor documentación escrita respecto de lo acontecido en Rosario, conservo las notas y el texto con que fui preparando aquel seminario. Quizás influido por el grupo rosarino, comencé a desarrollar un tipo de transmisión en la que procuraba ilustrar lo que decía con el propio acontecer del curso, atendiendo a lo que bastante más tarde habría de conceptualizar en los cuatro parámetros del encuadre clínico, que veremos más adelante como la materialidad del campo y su clima variable, sobre todo en relación con el número de personas que lo integran y las condiciones materiales del ámbito.

6. LA ASAMBLEA CLÍNICA Y LA COMUNIDAD CLÍNICA

En el transcurso de 1973, habría de poner mucho más a punto estas ideas, en cuanto a la participación activa en el proceso de capacitación de todos aquellos que la integran.

Esto ocurrió cuando decidimos incluir las asambleas clínicas como parte importante del funcionamiento de la cátedra de Clínica de Adultos, que por entonces se llamaba Metodología Clínica; se trataba de asambleas en las que participaban todos los docentes y alumnos. Ya había realizado en 1966, en la misma cátedra, una experiencia semejante, aunque de menor nivel organizativo, que fue suspendida la “noche de los bastones largos”, con el consiguiente éxodo de la universidad, al que luego habré de referirme.

Aquella experiencia de 1973 se proponía utilizar la propia comunidad de alumnos y docentes para advertir, en la privacidad no explícita de cada uno, lo que le iba sucediendo como sujeto enmarcado en lo que públicamente acontecía. Por supuesto que el énfasis en atender este registro personal resultaba pedido pertinente, en tanto no se promoviera la explicitación de lo procesado en cada uno, es decir, en tanto se mantuviera la privacidad personal frente a lo público cuando no correspondía hacerlo. Poníamos especial cuidado en no promover esas situaciones, frecuentes por entonces, en las que una grupología cultural había puesto de moda el “fogón de corazones abiertos”.

Era obvio que esa intención de registro privado y su sobria implementación producía efectos de subjetividad, beneficiosos para el aprendizaje y para el logro del nivel conceptual propio de una experiencia docente acerca de la clínica, donde algo de la mostración metodológica afirmaba los lineamientos conceptuales.

Había, además de las razones que expongo, varias otras para que decidiéramos implementar aquellas asambleas.

En primer término, el intento de impulsar, en el universo de la cátedra, un pensamiento más afín a la producción universitaria. Me sorprendía advertir tan claros síntomas de algo que, bastantes años después, reconocería como la “cultura de la mortificación”. Era llamativo percibir, para quienes estábamos atentos —que de eso se trataba—, el lugar que dentro de la facultad ocupaba el fraude. No se trataba de grandes fraudes, sino de infracciones permanentes a las normas que organizaban la experiencia docente, sin que tal estado de cosas pareciera despertar ninguna crítica en ningún nivel, algo

contradictorio a lo esperado de una producción universitaria, más aún cuando se trataba de una facultad ubicada en la franja de las ciencias del hombre y de una disciplina como Psicología, para más, fuertemente atravesada por los lineamientos éticos del psicoanálisis, atento a la construcción e indagación de la verdad.

Los fraudes suelen ser, dentro de la mortificación, infracciones ventajeras; éstas nunca alcanzan el nivel de una transgresión, que para bien o para mal, siempre es fundadora de algo. La infracción, en cambio, es semejante a la queja que nunca se recibe de protesta. De esto me ocuparé en el capítulo concerniente a la mortificación.

Una cierta insensibilidad solidaria componía, además, la situación. Recuerdo que en una clase teórica acerca de la posición de un clínico frente a la muerte, nadie mencionó el suicidio de una alumna del curso, ocurrido en la víspera. Antes del hecho trágico, había recorrido durante varias horas la facultad, en un estado que alertaba el desenlace, buscando explícitamente una ayuda que no encontró.

Corrían tiempos de gran activismo político y con frecuencia, en una clase teórica, se presentaba un grupo de militantes y solicitaba permiso para hacer algún anuncio, en un ambiente donde numerosas fracciones se disputaban la hegemonía del campo. Lo curioso era que estos grupos, muchos de ellos integrados por personas valiosas y convencidas de su postura, tenían una recepción muy limitada en un auditorio que permanecía bastante indiferente, por momentos aplastado en sus asientos, mientras el fuego graneado de sectores opuestos disparaba sobre sus cabezas diversos proyectiles discursivos.

Todo esto configuraba un clásico de la cultura de la mortificación —lo supe después—, donde es común que quien tiene algo válido que decir, se encuentre frente a un desierto de oídos sordos, que lo lleva a reiteraciones discursivas, hasta degradar finalmente su papel al de un vano predicador algo intimidante.

No estábamos dispuestos a asumir posturas policiales ante el fraude, ni asistenciales frente a la deshumanización insolidaria —y menos aún a oponernos a la acción política, con

cuyos contenidos en general coincidíamos—, aunque nos preocupaba la fragmentación anuladora, tanto respecto de ella misma como de la actividad docente en la que este proceso se desarrollaba.

Parecía oportuno que todas estas cosas pudieran ser señaladas y examinadas para impulsar una clínica no ajena a los procedimientos críticos de lo cotidiano, empeñada en un intento colectivo en relación con la verdad. No se piense aquí en verdades con mayúscula; eran más inmediatos y modestos los propósitos, tal vez ilustrados por algunas ideas que en mí fueron haciéndose aforísticas: “Aquello que todos advierten y de lo cual tan penosamente se quejan, además de ser cierto, es cierto”. Esa segunda vuelta en lo cierto quería romper clínicamente la pasividad resignada de los quejosos mortificados y advertir cómo la queja suele servir a la negación del compromiso y la responsabilidad personales frente a lo que provoca sufrimiento. La queja es aquí una forma de la renegación de ese sufrimiento, que ha comenzado por declinar en el deseo.

Otros aforismos aludían a sordos y predicadores (no sólo en la producción política sino, y principalmente, en los discursos psicoanalíticos): “Cuando alguien se embala, alguien se ‘embola’”. El humor de esta sentencia resultaba una eficaz denuncia de cualquier predicador. El sayo nos podía caer también a los docentes.

Las asambleas clínicas, que funcionaban los sábados durante varias horas, tuvieron desde el comienzo buena aceptación y se mantuvieron sin declinar; atraían gente de otras cátedras e incluso externas a la facultad.

Un recurso sencillo para distribuir la palabra se transformó en un eje metodológico esencial en el funcionamiento de la asamblea. Había advertido en mí mismo y en otros que hablar de pie, en tanto supone cierta exposición a la mirada, es un obstáculo aparente, que en realidad facilita la operación. Esto no es ajeno a lo que también fui entendiendo y trabajando por entonces, con respecto a dos afectos propios de la mirada: la arrogancia del que se propone a la mirada de los otros sin mirar, y la vergüenza del que mira evitando ser mirado. En el adiestramiento clínico, tan ligado a la mirada, la

arrogancia se va transformando en el orgullo con que se defienden las convicciones sin dejar de escuchar la palabra del otro, en tanto que la vergüenza sufre un proceso semejante, hasta alcanzar algo que podríamos denominar —empleando un código de otra procedencia— “vergüenza deportiva”; ella supone que, pese a ir perdiendo, cosa frecuente en la práctica clínica, no se bajan los brazos.

Según la consigna, quien quisiera hablar debía ponerse de pie e incluso declarar, sin mayores rodeos, sus dificultades para hacerlo. Así, era posible que alguien comenzara por decir: “A mí me cuesta hablar...”, al mismo tiempo que experimentaba sorpresa por lo fácil que le resultaba hacerlo. Claro que la conducción apuntaba al establecimiento de lo que he llamado anteriormente la seguridad psicológica, aludiendo a la experiencia Rosario. El hecho es que la gente se mostraba muy dispuesta a participar, sin caer en el asambleísmo de sordos y predicadores, ni de gigantes y cabezudos.

Pero lo interesante de hablar de pie fue la organización espontánea de prioridad entre los oradores, señalada por el orden en que éstos se ponían de pie.

Lo curioso es que en una comunidad numerosa, de unas cien a trescientas o más personas, la lista de oradores en espera suele rondar un número próximo de diez. Es posible que ése sea el origen de las comisiones directivas, que se integran más o menos con esta cantidad de cargos.

Este sencillo dispositivo no sólo resuelve el arduo trámite de la lista de oradores sino que constituye una suerte de elenco visible y representativo del momento en el que está la comunidad. Todos pueden advertir —y en consecuencia intentar modificar— el perfil del conjunto de representantes producido en forma comunitaria.

En los momentos confusamente críticos —momentos más propios de la masa que de la comunidad organizada—, el elenco suele estar integrado por personas útiles a esas circunstancias. Prevalecen entonces personalidades convocantes de emociones, con actitudes discursivas que bordean lo demagógico y lo autoritario. Lo cual no necesariamente constituye la expresión de una identidad política, sino que ése es el modo frecuente según el cual se tiende a asumir, en un contexto

numeroso y confuso, roles un tanto mesiánicos. Son discursos afines a “lo que debemos hacer” —y no tanto a “lo que nos está sucediendo”—. A medida que se modifican las condiciones y se abre la posibilidad de una comunidad organizada democráticamente, cambia la naturaleza del elenco. Por supuesto, esto se ve favorecido por la puntuación “clínica” que se iba haciendo. Dije “clínica” —con comillas— para señalar la situación singular de una cátedra de esa disciplina. En una situación socio-política habitual, esa puntuación corresponde al accionar caótico de la actividad política.

Todo este acontecer era una oportunidad propicia al abordaje crítico-clínico, para ordenar, desde lo que sucedía, lo que se iría haciendo, o dicho de otra manera: un hacer fundado en lo que acontecía y en lo que se pretendía lograr.

En este sentido, era importante que todo el universo de la comunidad, hoy presente, participara en establecer qué tipo de capacitación quería obtener, cuál era la posible y finalmente cuál la alcanzada. Era responsabilidad colectiva que no suponía alguna vacancia de roles por parte de los docentes.

Como ya señalé, corrían tiempos de utopía y de efervescencia política, tiempos bravos, que incluían esperanzas y temores.

Las asambleas clínicas fueron haciendo comunidad clínica. Los alumnos formaban por sí mismos grupos de autogestión, que debían procurar, en un momento próximo a la graduación, un campo social de inserción afín a sus destinos vocacionales. Esto era responsabilidad personal de cada uno; luego la cátedra avalaba, si había mérito para ello, la inserción en una sala de hospital, un centro materno-infantil, un servicio de psicopatología, una escuela, etcétera. Cada grupo de autogestión, junto a otros dos o tres con tareas afines, organizaba un taller al que se le proveía de supervisión acorde con la especificidad de su quehacer. Cada taller tenía oportunidad de socializar su experiencia en las asambleas clínicas.

Así se fueron trocando las características señaladas al comienzo, en una producción propia de una comunidad atenta, con un nivel de organización suelto. Dejaron de ser importantes los procedimientos fraudulentos, que de hecho disminuyeron sensiblemente, y se abrió paso un pensamiento distinto, más

propio de una responsabilidad universitaria. Fue una experiencia sin sordos ni predicadores, con algo que también entendí transcurrido cierto tiempo, y que acuñó este aforismo: "Cuando retrocede la intimidación, se hace lugar a la intimidad que permite escuchar y decir con resonancia".

Cada tanto recupero como recuerdo algo de aquella intimidad, en encuentros casuales con quienes participaron de la experiencia. También suele acontecer que alguien me pida referencias, porque le han llegado noticias que despiertan su interés.

Como en otras ocasiones, la sombra de lo siniestro, ahora como terrorismo de estado, interrumpió con algo más que bastonazos esa producción universitaria tan entramada socialmente. Una producción que no nos alcanzó para advertir el peligro —y mucho menos, oponer alguna resistencia—. Por eso voy a correr nuevamente mi relato a tiempos anteriores, cuando aparecieron los indicios de lo que luego se desencadenó.

7. EL PRIMER SEMINARIO UNIVERSITARIO SOBRE PSICOLOGÍA INSTITUCIONAL

Tanto la experiencia de 1966 como la más elaborada de los comienzos de 1970 fueron una suerte de laboratorio donde pude avanzar metodológica y conceptualmente en la dinámica de los grandes grupos y las comunidades institucionales. Pero debo volver nuevamente a tiempos precedentes, más inexpertos e improvisados, para referirme a otro suceso, también algo mítico en mi evocación, que habría de convertirse en el origen del primer protoseminario desarrollado en una Universidad —al menos del que yo tengo noticias— que abordara la cuestión institucional desde la perspectiva psicológica.

Se trató de un episodio en sí intrascendente, un poco novelado en mi recuerdo, tal vez porque sus características me indujeron a tratarlo humorísticamente, para negar el valor sintomático de una amenaza oscurantista que, con el tiempo, cobraría un desarrollo por entonces no imaginado.

En los comienzos de la década del sesenta, mientras ejer-

citaba los primeros pasos como docente de la Carrera de Psicología, un cura, asesor espiritual de una agrupación de extrema derecha, publicó en un diario algunos artículos panfletarios contra Bleger y contra mí; nos llamaba “los sultanes de la Carrera de Psicología”, y nos acusaba concretamente de ser psicoanalistas. No recuerdo demasiados detalles, como corresponde a la endeblez memoriosa de algo, como ya señalé, bastante denegado. Supongo que los ataques que podía perpetrar este personaje retrógrado, debieron centrarse en un discurso fundamentalista que nos presentaba como cultores y practicantes del sospechoso psicoanálisis, visualizado satánicamente. Tal vez lo de sultanes respondiera a las características de una población estudiantil básicamente femenina. En realidad, los ataques estaban dirigidos contra la Universidad y la enseñanza pública y laica en general.

No tenía demasiada oportunidad ni interés en ejercer algún derecho a réplica, pero el incidente bastó para moverme a organizar el tema de un seminario –los clásicos del segundo cuatrimestre– en relación con la psicología de la calumnia y el rumor. La idea era tomar las notas panfletarias como material. Eran pocas las publicadas y su autor, para dar una nueva muestra de hostilidad contra la Universidad, dejó de escribir, privándonos de sus valiosos aportes.

Decidí entonces encarar el seminario como un examen crítico de la Universidad y de las instituciones de la enseñanza pública en general, aprovechando que la asesoría del departamento de psicología vocacional me daba alguna experiencia en colegios secundarios. Este seminario me permitió avanzar por primera vez en una modalidad docente, que años después –aplicada a mi propia cátedra– denominaría “asambleas clínicas” y que los alumnos bautizaron “sábados continuados”, según un popular programa de televisión de la época, muy prolongado. Fue el antecedente de capacitación colectiva, ya descrito en el subtítulo anterior.

Desde entonces me resulta útil presentar la capacitación como distinta de la formación. La capacitación supone siempre una conceptualización de la práctica. La formación gira más en torno a la especulación teórica, sin considerar los métodos con que se implementa esa teoría. Este tipo de forma-

ción, sin mayor asidero metodológico simultáneo, es propicio a deformaciones en la clínica, y se refleja en la tendencia a practicar teorías y no a conceptualizar prácticas desde la excelencia teórica.

El seminario debió constituir el único milagro en la vida eclesial de aquel personaje al ver convertidos a los sultanes de la enseñanza en democráticos docentes clínicos, críticos y autocríticos, preocupados en promover alumnos que se posicionaran activos en el proceso de transmisión.

8. MI AMIGO JOSÉ BLEGER

Bleger era por entonces uno de los más prestigiosos profesores de la carrera, con un estilo que proponía una menor participación de la que yo ofrecía, pero sin duda un psicoanalista muy atento al discurso crítico y la dimensión político-social.

Fue una figura que gravitó en mi propio pensamiento y por eso lo evoco aquí. Solíamos reunirnos los domingos después de la puesta del sol, una vez terminadas las horas familiares, a charlar ante un grabador sobre el psicoanálisis, nuestras prácticas docentes, las instituciones, las posiciones políticas, las cuestiones personales, etcétera. Por entonces yo coordinaba la capacitación docente de sus ayudantes de cátedra con un enfoque institucional.

José Bleger era una persona en quien se podía confiar. No es una afirmación retórica la que hago, sino que esta fiabilidad constituye casi una clave para entender algunas características de su vida, a primera vista contradictorias.

Sin duda era una figura polémica dentro del psicoanálisis y del marxismo, principalmente por su simultánea adhesión y cuestionamiento a las instituciones que como psicoanalista y como comunista integraba; acreditaba una clara honestidad intelectual en concordancia con su posición ética e ideológica. Insistía en dar batalla desde adentro diciendo que "... una institución no debe ser considerada sana o normal cuando en ella no existen conflictos, sino cuando puede estar en condiciones de explicitar sus problemas y posee los medios y

la posibilidad de arbitrar medidas para su resolución". Es factible que haya pagado caro este obstinado "adentrismo". Quizás hasta con su vida, pero era parte de su lealtad a sus camaradas y a sí mismo.

No era mucho mayor que yo en edad pero sí en recorrido político y en formación psicoanalítica. Cuando tuvo su primer infarto yo "descubrí" mi interés por el golf. Fue un pretexto para sacarlo de su depresión y lograr que me acompañase en largas caminatas, dos o tres veces por semana. Un *caddie* de lujo y para colmo "bolche", lo burlaba yo (quizá ya se decía "psicobolche").

No recuerdo cómo comenzó nuestra amistad; posiblemente nos aproximó nuestro origen provinciano y el interés común por lo social. También cierta destreza clínica que ambos nos atribuíamos sin demasiado rubor. Sería una zoncera suponer en él algún apuro por publicar, como si presintiera su temprana muerte. No obstante, a veces lo he pensado. Lo cierto es que él me reprochaba que dejara en barbecho mis propios textos, sin agruparlos en libros, y permitir que anduvieran dispersos, bajo la forma de fichas universitarias y artículos de revistas o que se acumularan en carpetas. Yo tenía mis propios argumentos, sin duda algo neuróticos, acerca de que se publicaba mucho y prematuramente, afirmando que aún no acreditaba suficiente recorrido para hacerlo. Con el tiempo fui entendiendo otras razones, de las que en parte doy cuenta en algunos pasajes de este libro.

Frente al estilo creativo y desenfadado de Pichon Rivière, Bleger, que para nada carecía de humor, resultaba por contraste la encarnación de la seriedad y el rigor.

Por mi parte, siempre he considerado al humor como una herramienta con valor de antídoto frente a la solemnidad que pueden promover tanto la cátedra universitaria, como el conocido sujeto, aún no afincado por entonces en Buenos Aires: el psicoanalítico "sujeto supuesto saber", cuando contrariando grotescamente la sobriedad abstinente de su significado, se asume en el campo transferencial o en el de la docencia, próximo a otras tres eses más pedestres, las anti-guas de "su seguro servidor", propias de la formalidad corresponsal.

Bleger valoraba mi humor e incluso podía contar muy seriamente, como era su estilo, un episodio gracioso de mi propia práctica, que en parte lo involucraba. En cierta oportunidad, cuando me preparaba a partir de vacaciones al día siguiente, una persona solicitó una entrevista urgente a mi secretaria. Disponía de una sola hora, destinada a un menester personal que decidí postergar, urgido por el requerimiento y la apelación a Bleger. Mi sorpresa rayó en cierta incomodidad cuando me encontré con un vendedor de seguros. Lo escuché exponer ritual y memoriosamente toda su fórmula vendedora sin decir palabra, aun cuando hubo terminado; él optó por volver a repetir el mismo discurso. Cuando finalizó su segunda vuelta, comenté que su forma de vender seguros encajaba en un estilo obsesivo y mecánico, a la par que el método sorpresivo de no anunciar su propósito podía suscitar cierto sentimiento de estafa en sus entrevistados, sobre todo tratándose de personas a las que habitualmente se les requerían entrevistas, como era mi caso. Señalé que entendía muy bien que esta consulta dramatizaba elocuentemente los obstáculos de su estilo y le comuniqué mis honorarios. Se mostró algo sorprendido, pero no opuso ningún reparo; comentó que si antes vendía dos seguros cada cinco entrevistas probablemente ahora vendería tres.

Cuando le conté este episodio a Bleger, casi reprochándole su "derivación", declaró que algo semejante había pasado con él, pero sin beneficio de honorarios.

Lo interesante es que usó este episodio, que orilla lo grotesco más que lo gracioso, para ilustrar con tono serio la manera de asumir consecuentemente una eficaz actitud clínica.

En realidad debo confesar que mi postura fue en cierta medida ineficaz, puesto que tiempo después esa misma persona volvió a pedirme otra entrevista; en este caso solicitó explícitamente analizarse. En el curso de este segundo encuentro aparecieron indicios que hacían pensar que en la primera ya había cierta idea de tratamiento, o tal vez mi actitud promovió la demanda diferida. Opté por hacer una derivación.

Es posible que la seriedad y el rigor de Bleger acotaran útilmente en mí los efectos del desenfado y la improvisación estimulante de Pichon. El hecho es que por entonces puse a punto un diseño clínico particularmente disciplinado del funcionamiento de los grupos operativos. Me basaba en varias experiencias, entre ellas un seminario sobre la dinámica de los grupos de aprendizaje.

En este seminario, originalmente limitado a veinte personas, se inscribieron ochenta alumnos, por lo que decidí dividirlo en dos grupos de cuarenta; a su vez, cada uno de ellos en dos de veinte integrantes, y acepté duplicar mi tarea.

En la primera hora trabajaba operativamente un material teórico con un grupo central de veinte alumnos, y advertía el reflejo de los conceptos en el dinamismo del propio grupo; el otro sector oficiaba de observador. En la segunda hora se invertían las posiciones: uno teorizaba a partir de las observaciones del momento excéntrico, ahora central, mientras el otro observaba —y así sucesivamente. Cada tanto reunía a los ochenta alumnos y procesaba en asamblea clínica el acontecer de los dinamismos de un grupo pequeño, mediano y grande.

Recuerdo un episodio simpáticamente ilustrativo, sucedido en el transcurso de esta experiencia. La Carrera de Psicología funcionaba por entonces en dependencias próximas a la dirección de la Universidad; un día en que se produjo uno de esos silencios grupales que denotan más que inhibición, una actitud reflexiva, se asoma alguien del rectorado. Al ver al grupo silencioso, acompañado por mi propio silencio, me pregunta: “Profesor, ¿qué están haciendo?”. “Pensando”, le contesto. “¿En la Universidad...?”, acota el visitante retirándose. Seguramente se habrá ido meditando sobre “estas cosas de los psicoanalistas”, o tal vez en algo que era tema frecuente del seminario: los excesos de la “grupología”, que bajo las contraseñas operativas parecía avanzar sobre muchos ámbitos, por cierto que con muy poca operatividad, quizás al impulso del primer exceso “iano” en el psicoanálisis —que cada tanto organiza alguno—. El de entonces era kleiniano; los hubo freu-

dianos, pichonianos, lacanianos y otros ianismos, que en general dan poca cuenta de los méritos de origen, se trate de Freud, Pichon o Lacan, a la par que nada ofrecen de la personal producción de quien los sostiene. En el "ianismo" se sustituye lo propio por lo ajeno banalizado, y se renuncia a toda posibilidad crítica. Por entonces volaban muchos objetos parciales en esos ámbitos operativoscos.

Frente a esto me resultaba importante alcanzar una mayor disciplina metodológica y un mayor rigor conceptual, partiendo en principio de este seminario, pero también de aquel otro post-Rosario en el que presentaba las relaciones y las diferencias entre encuadres terapéuticos y operativos.

Fue así que organicé un diseño de funcionamiento donde ajustaba el tiempo procesal de un grupo operativo a cuatro momentos. Un primer momento que refleja la manera como cada uno va abandonando su actividad individual en el extra-grupo, para pasar al proyecto común. Este pasaje, en cierta forma de lo privado a lo público, se estructura según las motivaciones, estilos y momentos personales, y produce la habitual integración escalonada de las personas, origen de un aparente desorden en la disciplina de la convocación grupal. En realidad, es una ocasión propicia para tener noticias acerca de la producción social operada en los ámbitos privados de cada una de las personas, cosa útil de considerar.

En este primer momento, la gente tiende a hablar, en términos generales, de cosas que pueden tener o no relación con la producción colectiva, pero que resultan de utilidad en una conducción operativa. Aunque estaba preocupado entonces por un diseño disciplinado de los grupos operativos, para nada intentaba alterar este desorden inicial con alguna inoportuna medida administrativa, sino que lo consideraba un momento particularmente productivo para advertir el reflejo de lo social en el grupo, así como el clima que impregna lo que denomino, en el capítulo precedente, el parámetro de la materialidad del campo.

Este "desorden" inicial en la integración de un grupo operativo representa una ocasión propicia para registrar lo que algunos traen como preocupaciones o propuestas residuales o elaboradas de la reunión anterior, sobre todo en relación con

algo de lo que me ocuparé en el cuarto momento —el de cerrar— en el que es importante intentar una evaluación, en general fallida, pero que suele disparar producciones personales fuera del momento formal del grupo, que retornan como comentarios no muy formales en el inicio de la reunión siguiente.

El segundo momento en la dinámica de un grupo operativo es más ordenado; una situación típica la constituye el trabajo operativo posterior a una clase teórica, cuando se procura reconstruir, con los distintos aportes de lo que cada uno entendió o no entendió, el objeto conceptual que fue presentado. Es importante además componer, en el curso de varias reuniones, una veteranía colectiva que supere la tendencia pasiva frente al suministro de información. Una veteranía que identifique el diseño del conocimiento en cuestión, de la misma manera que un crítico literario reconoce la obra de un autor y se dispone a realizar su examen crítico.

Algo semejante ocurre cuando en una intervención institucional se intenta reconstruir disciplinadamente la naturaleza y los límites de la demanda en relación con una realidad problemática que se debe diagnosticar. Sólo a partir de esta delimitación del objeto de conocimiento existente, aquí referido al motivo de la consulta, es posible intentar construir un nuevo conocimiento. Esto último constituye, en el ámbito institucional, la base para aspirar a establecer en su momento lo que denomino refundación institucional; refundación realizada básicamente a partir del esclarecimiento del tipo singular de pertenencia a la institución, propio de cada miembro, de la misma manera que en el ejemplo anterior —concerniente al principio operativo aplicado al aprender— se trata de identificar la relación singular que cada uno establece según un modo crítico con el objeto de conocimiento disciplinadamente reconstituido. En ambas situaciones, una eficaz conducción operativa articula los aportes singulares con los fines colectivos.

En realidad, esto último ya adelanta el tercer momento, propiamente operativo, ya que frente a la maqueta disciplinada, construida por la elaboración en conjunto, se trabaja la articulación personal de cada uno de los miembros, respetan-

do las diferencias y los estilos, al mismo tiempo que se pone en juego la sumatoria de heterogeneidades como factor de la producción grupal veterana.

Tal vez aquí resulte oportuno recordar aquel viejo chiste que define a un camello como un caballo hecho por una comisión; aunque lo más probable es que si un grupo trabaja con verdadera creatividad pensante, no llegue a ningún animal preexistente, sobre todo si no son demasiados animales y si animados los enfrentamientos críticos. Recordemos que "animal" es el que no tiene alma, de la misma manera que, como ya señalé, "alumno" significa alguien sin luz, a-lúcido. Todo lo contrario de lo que procura este momento operativo definido como esencialmente crítico y respetuoso de las subjetividades singulares.

Aquel diseño operativo se completa con un cuarto período, breve como el inicial y con frecuencia también desordenado. Se intenta aquí realizar, en general con escaso éxito, una evaluación que sólo de tanto en tanto resulta satisfactoria. Es que por efecto de la faz operativa del tercer momento, prevalecen las evaluaciones personales que dificultan el consenso. No obstante, debe insistirse en evaluar cada reunión; es una manera de evidenciar que el beneficio del aporte singular no apunta al aislamiento individualista, sino a destacar que la veteranía operativa es una inteligente sumatoria de recursos singulares, aun tratándose de un conjunto novato.

Además, se juega algo éticamente importante en el trabajo evaluativo cuando se procura hacer de las posiciones singulares una construcción colectiva. Intento difícil pero que representa la posibilidad de organizar el bien común, al desmentir el antiguo aforismo que afirma, con desánimo, que siendo la mayoría de los hombres malos no se justifica que las decisiones de bien común se tomen por mayoría. Es en este sentido que un grupo operativo se ajusta sustancialmente a los dinamismos productivos de la democracia, cuando se destaca, sobre el telón de fondo de la producción colectiva, la singularidad de los individuos no coartados subjetivamente. Esto es un requisito fundamental, tanto para la calidad de esa producción como para garantizar el bien común. Si en ocasiones aparecen camellos, es posible que resulten un recurso idóneo

y atípico para atravesar algunos arduos desiertos o para alegrar algún circo.

Me detengo en esto, que no estaba en absoluto en el pensamiento de entonces, porque es lo sustancial para entender mi preocupación actual por la mortificación como cultura, en aquellas instituciones donde la comunidad que las habita ha sufrido un vaciamiento del pensamiento, la valentía y el placer, necesarios para el accionar crítico creativo. Ya señalé que en la mortificación como organización social, un desierto de oídos sordos enfrenta a quien tiene algo que decir. Se necesita otro recurso que el de los camellos para superar ese obstáculo.

10. EL ÉXODO DE LOS BASTONAZOS

En todo este devenir vocacional fue decisiva mi pertenencia a los claustros de la docencia universitaria, donde iba amalgamando mi aprender con el enseñar. Mas un día, muchos integrantes del claustro docente abandonamos la Universidad, después de la nefasta “noche de los bastones largos”, que en 1966 inicia una oscuridad prolongada por muchos años. Aquella noche, la Universidad comenzó a dispersarse en lo que Santiago Kovadloff denomina acertadamente “la cultura de las catacumbas”, una suerte de red virtual compuesta por grupos de distintas disciplinas, que funcionaba si no en la clandestinidad, en el aislamiento privado. La mayoría de los docentes renunciantes se ganaba la vida así, en tanto los estudiantes accedían a algo del saber ausente en los claustros empobrecidos.

Aunque entonces no lo advirtiéramos, aquel suceso nefasto en el que la policía entró a mansalva en algunas facultades, parecía anunciado por episodios como el que protagonizó aquel director espiritual de la extrema derecha. Más allá de los blancos circunstanciales que podíamos representar Bleger y yo, el episodio ejemplificaba el comienzo de un ataque contra el pensamiento universitario. Así se iba preparando el terreno para represiones mayores.

Desde una perspectiva posterior resulta significativa la endeblez ingenua de nuestra réplica como universitarios.

Fue así que en mi caso sólo había atinado a usar el recurso, sin duda legítimo, de un seminario académico; pobre respuesta por cierto, limitada a leer la calumnia y el rumor, olvidando que cuando ciertos ríos rumorean calumniosos, si no se está preparado se pueden precipitar procedimientos aún más ingenuos, como el del abandono masivo de los claustros universitarios, implementado por parte de gran número de docentes, tal vez imaginando que eso constituía una medida de fuerza. En realidad facilitaba los propósitos de la reacción. Es posible que también fuera una manera de eludir las consecuencias temidas de la represión, cosa entendible, ya que los hechos posteriores mostraron su magnitud. Mas todo este comportamiento aparecía disimulado por la engañosa vehemencia de ciertos discursos radicalizadamente encendidos, sosteniendo posturas que la historia se encargó de desmentir. Queda el consuelo de constatar que estos apóstatas tan fervientes fueron pocos.

En aquellos largos debates, lo que prevalecía eran expresiones individualistas, sin que la discusión lograra establecer mayores posiciones concordantes. No circulaba un pensamiento crítico y mucho menos un pensamiento político. Este último estaba reducido a quienes, por acreditar alguna afiliación partidaria, podían mantener posiciones consecuentes, incluso valiosas, pero desacompañadas de lo que ahí ocurría. Por momentos, algunos de ellos también parecían pretender entrar a bastonazos ideológicos, al imponer decisiones sin compromiso real de la comunidad universitaria, a la par que favorecían las clásicas confrontaciones no pensantes del "ellos" y el "nosotros", en una confusión que hacía imposible toda organización eficaz. Este modelo de enfrentamiento fraccionador constituye un mal endémico que subsiste. Un mal para tomar en cuenta en toda práctica social.

En realidad este pensamiento, esterilizado desde el punto de vista de la producción crítica, era previo a esos debates; baste recordar lo difícil que resultaba para los claustros, acordar articulaciones eficaces y coherentes entre los distintos programas y bibliografías, a la par encimados y desarticulados. Otro mal que persiste.

Surgieron posiciones en apariencia fuertes, pero que no

concitaban voluntades de lucha, sino más bien una propensión a abandonar aquello que se prolongaba estérilmente. En este contexto de fatiga era fácil que prendieran más las propuestas de renuncia que las de resistencia. Esto correspondía no solamente al ámbito universitario, sino a toda una generación propensa a declamar banderas que no sostenía. Esta incongruencia contribuyó a radicalizar muchas posiciones, sobre todo entre los más jóvenes, que habrían de alzar esas consignas a extremos heroicos y generosos, con trágica ineficacia, como lo evidenciaron los sucesos posteriores.

Éstas eran algunas de las observaciones que se insinuaban en aquellas primeras intervenciones institucionales que efectué antes de la dispersión; ellas mostraban cómo la Universidad reflejaba un contexto social de características semejantes, con escaso poder para modificar, desde un pensamiento y un poder específico, las condiciones contextuales que reproducía en su propio seno.

Sabido es que cuando una institución sólo refleja el entorno, sin operar eficazmente sobre él, tiende a configurar un organismo conservador y aun reaccionario a toda modificación; de la misma manera que si no existe en ella ningún reflejo del entorno y sus necesidades, y sólo violenta este contexto, se estructura un organismo autoritario, ya se trate de un cuartel, una escuela, un hospital, una conducción política, etcétera. En estas condiciones, una institución deviene cliente de sí misma, con la excusa de ocuparse de los maltratados usuarios. La noche de los bastones largos mostró triunfante una vez más a estas instituciones de mal público, en este caso frente a la Universidad, que no representaba una organización conservadora —no sería justo considerarla tal— sino una institución ganada por esa indiferencia propia de la cultura de la mortificación.

11. LOS PASOS METODOLÓGICOS COMO NIVELES DE ANÁLISIS EN EL ABORDAJE DE UNA INSTITUCIÓN

Por entonces, yo iba avanzando en las intervenciones institucionales, no ya en la enseñanza sino principalmente en el

campo hospitalario. En general, comenzaba por atender invitaciones a conferencias o seminarios breves, que luego se transformaban en análisis de la situación institucional bajo la contraseña de supervisiones clínicas.

Mi intención apuntaba a transformar estas situaciones en algo que ya empezaba a llamar "comunidad clínica", por aquello de aprender clínica en común a partir de la conceptualización de las prácticas cotidianas, con especial consideración en las que aparecían más obstaculizadas.

Así fue que con los años cobró un gracioso valor clásico, entre quienes trabajábamos juntos, hablar de la socialización de los carajos, a partir de escuchar con frecuencia cómo alguien expresaba su dolor enojado diciendo: "¡No sé qué carajo hacer!". Expresión que suele traducir el sentir de las personas dispuestas, más que a quejarse, a levantar su protesta enojada y dolorida, que ése es el sentido frecuente y auspicioso de la expresión. Claro que si no logran modificar las circunstancias terminan yéndose literalmente a... la expresión.

Lo anterior sugiere que, por entonces, ya me movía en esas comunidades clínicas con mayor libertad de la que me permitían los modos disciplinados de los grupos operativos.

Procuraba manejarme con tres ejes. Uno, más abarcativo, unificador de las diferentes capacitaciones y disciplinas de quienes integraban la comunidad, estaba representado por una conducción clínica. De hecho una concepción de la clínica alejada de la medicina y de la patología, incluso de la psicología médica. Una manera de ver, leer y procesar un campo definido como clínico por el modo de conducción y por sostener una producción crítica comunitaria. En este intento, me apoyaba en lo que he presentado como las cinco condiciones de eficacia clínica y en toda la experiencia extraída de las primeras asambleas de 1966. También en los cuatro parámetros de un encuadre y el juego dinámico al que se presta.

El segundo eje se proponía asegurar una lectura e interpretación pertinentes desde el punto de vista psicoanalítico. Hoy, más avezado en este intento, calificaría sólo de intención aquel propósito, aceptando que en la actualidad me resulta más factible —sobre todo a partir del lugar que doy a la narración como alternativa de interpretación psicoanalítica—

que dice de lo que ahí sucede sin decir a persona en particular. También es un factor que ayuda a ese propósito haber conceptualizado el propio análisis como algo inherente a un acontecer en la intimidad de cada sujeto contextualizado comunitariamente. Dedico un capítulo a ese tema.

El tercer eje lo constituye lo institucional, en tanto no sólo se pretendía examinar los conflictos manifiestos, como situación actual, sino sus orígenes en la historia de esa institución. Es importante enfatizar el “para qué” de ese acontecer sintomático, con la idea de ensayar desde ahí mejores soluciones, que no releven sólo el “porqué” genético del conflicto y su consiguiente tendencia regresiva.

Este eje se corresponde bastante con los lineamientos disciplinados de los grupos operativos, que procuran dibujar en común el problema, para luego desplegar la heterogeneidad de las personas frente a él. Aquí es fundamental atender a lo que he denominado seguridad psíquica, que apunta a no cristalizar roles fijos en víctimas torpes o líderes hábiles. Sin este requisito no hay conceptualización de lo cotidiano ni confrontación útil de las diferencias.

Me preocupaba comprobar que con frecuencia esas intervenciones se deshilachaban en el camino, sin arribar a un punto más o menos definido. Esto aparecía en relación con los grados de permeabilidad o impermeabilidad que la institución ofrecía a la operación clínica propuesta; era obvio que de ese coeficiente dependía fundamentalmente esta vía muerta en la que con frecuencia terminaban las intervenciones.

Comencé entonces por poner a punto un abordaje clínico, en cierta forma también disciplinado, ajustándome a algunos pasos graduales en el abordaje, pretendiendo que cada paso fuera un nivel de análisis, sin necesidad de nuevas operaciones para ser validado. Sólo si la evaluación lo justificaba se efectivizaban los pasos siguientes.

La operación podía terminar en cualquiera de esos niveles de análisis, definidos como pasos metodológicos del abordaje, incluso en el primer tramo, si ella no ofrecía un margen razonable de factibilidad. Se trataba de diagnosticar –y tomar en cuenta como pronóstico– la permeabilidad de esa institución a la intervención clínica.

La primera etapa atendía al esclarecimiento del pedido, y procuraba identificar cuáles eran las motivaciones latentes, no necesariamente inconscientes, sino aquellas que con frecuencia eran eludidas y hasta ocultadas de forma explícita. Este recaudo procuraba evitar que un motivo importante de la demanda, no incluido de entrada, obstaculizara o impidiera la continuación de la operación no bien comenzara a evidenciarse. Podía ocurrir que el director de un colegio, preocupado por el cuestionamiento de su gestión, que adivinaba en aquellos de quienes dependía, pretendiera que un análisis institucional cobrara valor de escudo frente a la crisis latente de su función. En una situación así, el recurso moderno del análisis institucional no valía para él como aporte útil a la institución, sino como un seguro para sus falencias. Esclarecer esto abre dos posibilidades: que la intervención no pueda tener lugar, lo cual es ya un elemento de diagnóstico importante para el propio interesado, o bien que al advertir éste la verdadera razón de sus dificultades, encuentre la intervención tolerable y útil como propia capacitación.

De hecho, este esclarecimiento del responsable de la demanda va mucho más allá de hacer explícitas las posibles motivaciones ocultas. En esta primera etapa se trataba de prever, en lo posible, las crisis que la intervención, como recurso moderno, habría de promover. Un recurso moderno —se trate de un análisis, el reclutamiento de nuevas personas, un programa de capacitación, una computadora, etcétera— provoca de inicio una crisis, antes de evidenciar los resultados positivos que se esperan de él. Hay que estar atento a su posible deterioro, precisamente por no poder superar el efecto resistencial y de conmoción que de entrada promueve, sobre todo cuando se toma este recurso como una escoba nueva de la que no se espera que barra bien, sino de una manera determinada, por ahí ajena a lo que ese recurso representa.

Insisto en que este primer paso, manejado como diagnóstico de los grados de permeabilidad o impermeabilidad, puede resultar el único, interrumpido el proceso de común acuerdo, cuando las perspectivas evidencian un obstáculo que la institución o quienes promueven la operación no están en condiciones de transitar. De hecho, un paso útil para ambas par-

tes. En la clínica, como en la vida, resulta importante saber a qué atenerse, si no se quiere correr el riesgo —nunca del todo evitable— de terminar ateniéndose a las consecuencias. Con el tiempo, fue claro para mí que en la operación clínica —y aún más, en la numerosidad de una institución— es importante que el operador mantenga siempre la decisión sobre la admisión.

Si el primer paso abría razonables expectativas de éxito, seguía el diagnóstico no operacional. En esta etapa procuraba examinar, fuera del campo en que habría de trabajar, toda la información disponible; algo así como recorrer virtualmente y con imaginación observadora el universo de la institución. En realidad, se trata de un momento un poco más complicado, como se verá.

Ya había advertido que trabajar solo ofrecía serios inconvenientes frente a la multiplicidad de variables que presenta una institución; la experiencia aconsejaba que fuera un equipo, en lo posible de tres personas, el que realizara la intervención, aunque por problemas económicos, de esfuerzo y de dinero se limitara a sólo dos integrantes.

Había observado que la tarea específica, o sea la tarea principal de una institución, siempre tiene un amplio valor normativo, en el sentido de generar normas espontáneas en la comunidad que la habita. Por ejemplo, en un hospital que atiende a pacientes psicóticos, muchos de los comportamientos de fragmentación y de incomunicación que se dan en estos pacientes se reproducen en la comunidad clínica. De la misma manera, puede suponerse que una institución bancaria, que maneja dinero, tiende a imprimir, en los funcionarios a cargo de las operaciones, características atribuibles al dinero y a su impacto en la producción de subjetividad.

Hoy diría que la comunidad de una institución dramatiza, en el sentido de reproducción especular, no solamente las características de ese oscuro objeto del trabajo que es una institución, sino las características del trabajo que se hace con ese oscuro objeto. Cuando es un equipo el que lleva adelante la intervención, se dan mejores condiciones para que la discusión de ese diagnóstico no operacional (válido tanto al inicio como a lo largo del trabajo) ponga en evidencia, además de la

sumatoria de opiniones y de registros de información que cada uno tiene, la importante fuente de información que constituye una suerte de reflejo dramatizado y espontáneo, operado entre los miembros del equipo, cuando se trata de uno con experiencia.

Si pasan desapercibidas por los actores, esas dramatizaciones recrean condiciones semejantes a las neurosis actuales (tal como lo señalo en el capítulo sobre mortificación). Por el contrario, cuando son identificadas posibilitan algo así como una captura de la neurosis de transferencia dada dentro del equipo, en relación con los procesos transferenciales del cotidiano institucional. Si el equipo puede dar cuenta de estas capturas que dramatiza especularmente, acrecentará la información y evitará verdaderas actuaciones, o mejor dicho contra-actuaciones transferenciales. Una de las más frecuentes es asumir roles complementarios, supliendo los que faltan en la institución; esto puede llegar a configurar el extremo de verdaderas conducciones paralelas supletorias, una situación que inhabilita el trabajo institucional desde una óptica psicoanalítica.

Esta situación se complica si se trata de una sola persona que está a cargo de la intervención. De hecho, esto no se resuelve por la mera existencia de un equipo, lo compruebo permanentemente en las supervisiones de quienes trabajan con instituciones, incluso en los equipos que integro. Pero no cabe duda de que estar atento a esta posibilidad transforma el obstáculo en una excelente oportunidad de acrecentar la eficacia clínica.

Por otra parte, es un hecho que la clínica, sobre todo psicoanalítica, es un oficio en soledad; algo que no se funda únicamente en aquellas cosas que la abstinencia limita en cuanto al decir, sino en la cantidad de situaciones que se presentan de una manera inefable, de difícil puesta en palabras.

Este silencio suele ser consecuencia del impacto que sobre el operador llegan a producir las distintas formas, explícitas o latentes, de la tragedia que con frecuencia anida en la forma cultural de una institución. Tragedia muchas veces reducida a un estado crónico y mortificado.

Pero es fundamentalmente lo inefable, lo que no se sabe cómo nombrar, lo que hace en ocasiones de la clínica un que-

hacer en soledad. Este tipo de inefabilidades será el que retorne luego como actuaciones dramáticas espontáneas en el propio equipo, de ahí la importancia de extraer de ellas todo su valor interpretativo, sin reenviarlas en crudo a su origen como actuaciones ciegas, invalidando el accionar clínico.

Ya señalé que uno de los obstáculos mayores en una intervención clínica es lo que denomino la asunción de roles complementarios, que pretenden sustituir un rol carente en la institución. Recuerdo a una joven psicóloga, muy entusiasmada con sus primeros pasos por las instituciones; en supervisión le aconsejé cierta moderación, en vista de su entusiasmo, que ya anunciaba la posibilidad de asumir este tipo de roles, e insistí en la etapa de diagnóstico no operacional. Muy pocos días después me pidió que me hiciera cargo del trabajo institucional. Le pregunté por qué había abandonado su tarea y me informó que había comprado el colegio. Se trataba de un colegio con serias dificultades económicas, en tanto ella era una rica heredera. Realmente más que un rol complementario asumió un rol supletorio cabal. De hecho, su actuación fue favorecida desde su soledad o tal vez desde una oportunidad vocacional oculta.

Desde la anterior perspectiva, el diagnóstico no operacional —aquí presentado en términos de una segunda etapa en los niveles de análisis— habrá de mantenerse, a lo largo de toda intervención, como un momento de discusión del equipo que permite elegir las estrategias y los modos de operar la tercera etapa, la del diagnóstico operacional.

Como síntesis puede proponerse que en este diagnóstico no operacional, el equipo efectúa sobre sí mismo el esclarecimiento de lo subyacente, de igual manera que lo hizo con quienes pidieron la intervención.

En relación con el trabajo en equipo, también importa tomarlo en cuenta en el primer contacto de admisión de una demanda. Un analista institucional integrado en equipo, en general trabaja como visitante en ese campo, pero puede resultar útil que reciba la demanda en su propio ámbito, en calidad de local —opción fundamentada en los procedimientos clínicos—. En tal sentido, conviene pedir a quien solicita la intervención que llegue acompañado, sin sugerir ninguna elec-

ción, pues la integración de ese conjunto interesa en el diagnóstico; puede indicarse en la ocasión, a título práctico, el número de asistentes. Con esta grupalidad inicial se procura evitar una versión del caso demasiado atravesada por una perspectiva individual. Si esto ocurre pese a los acompañantes, se habrá sumado al diagnóstico un importante aporte.

La experiencia muestra la importancia que tiene, para poder desplegar con razonable eficacia un cometido clínico, la posibilidad de identificar y sostener lo que en otros pasajes de este libro denomino "el punto de facilidad relativa de una operación clínica". Facilidad en relación con la situación más difícil en la que se encuentran quienes, por definición, atraviesan las complicaciones que originan su pedido. La idea alude a un punto excéntrico, no ajeno al campo clínico, postura semejante al margen desde el cual es posible la lectura anotada de un texto. Es frecuente que a esas anotaciones habladas nos respondan "Claro, para usted es fácil decir eso porque no está en mi situación". Obviamente, de ese "no estar ahí" emana la posibilidad de aportar ayuda; de lo contrario, seríamos socios en la desgracia y no clínicos comprometidos con la demanda, sin falsas culpas por estar fuera del problema. De hecho, esta facilidad no necesariamente es lugar cómodo y supone el compromiso ético de aportar, desde esa relativa facilidad, nuestra acción clínica.

En los primeros tiempos de mi práctica, un día me embarqué con todo un manicomio en un trabajo superior a mis posibilidades. En una reunión con los jefes de sala —ése era el abordaje elegido—, el director del hospicio me dijo: "Para usted es fácil pensar lo que piensa, porque viene sólo una mañana a reunirse con nosotros que vivimos aquí y conocemos lo que pasa".

En verdad, ese "vivir ahí" determinaba que el conocimiento de esta gente estuviera muy abrumado por la mortificada costumbre. Tampoco era cierto que para mí fuera fácil; de hecho, renuncié a ese tipo de abordaje frente a una impermeabilidad para la que aún no estaba habilitado. Decidí fraccionar la intervención a la medida de mi facilidad y trabajar sólo con algunas salas más accesibles.

Los jefes de sala de un hospital manicomial, en general,

tienden a mantenerse aislados en sus ámbitos. Dramatizan así características de la "tarea principal" que acometen: la psicosis. Pretender una coexistencia témporo-espacial, aun episódica, que haga comunidad clínica útil como yo lo intentaba en la ocasión, era un propósito excelente, pero se requiere algo más que la buena intención que por entonces me asistía.

Todo esto vale para ilustrar un aspecto importante del momento que denomino "diagnóstico no operacional", relacionado con el tema de la admisión en el sentido que el término tiene en clínica. Fue luego de la reunión que he descrito, que pude recuperar el criterio clínico para evaluar mis escasas posibilidades en ese abordaje. Una cordial relación con el director de ese hospicio aproximaba la tentación de auxiliario como "director paralelo", cosa poco factible y clínicamente arbitraria.

El hecho de que un equipo trabaje de visitante en el campo institucional, favorece un frecuente malentendido acerca de quién admite a quién. Es claro que ambas partes juegan en el acuerdo, pero lo que quiero señalar es que ese equipo, quizá convocado en su condición psicoanalítica, aunque no necesariamente demandado como tal, debe mantener muy clara la evaluación acerca del punto clínico de facilidad relativa, que será determinante para admitir un pedido en general con grados marcados de ambigüedad. El momento de diagnóstico no operacional es el paradigma de ese lugar facilitador.

Al hablar de ambigüedad, cabe volver a mencionar aquí lo que en el capítulo crítico presenté como el noble linaje etimológico de este término: conducir lo que está en discusión desde el entorno, sin precipitarse en invasiones ni abandonos. Ésta es otra modalidad de la facilitación de la que vengo hablando.

Estos dos primeros pasos metodológicos que he desarrollado con algún detalle, tienen un valor esencialmente diagnóstico en cuanto a la perspectiva prevista en una intervención institucional, en lo que se refiere a los distintos grados de permeabilidad/impermeabilidad que parece ofrecer el campo. Precisamente, la denominación de niveles de análisis alude a la idea de establecer hasta dónde es pertinente o no

avanzar en un análisis, en función de la factibilidad que el operador vaya advirtiendo.

Es cierto que hoy pienso primordialmente desde una óptica psicoanalítica y que mis posibilidades cuando conceptualizaba este gradual abordaje, estaban más limitadas a un planteo, algo administrativo, desde aquel sabio aforismo médico que advierte *primo non nocere*; consejo que cubre tanto el campo institucional sobre el que se opera como las motivaciones del operador; se trataba de no exponer de manera imprudente a ninguno de los dos términos.

El paso siguiente, al que denomino —quizás un tanto simplificado y por oposición al anterior— “diagnóstico operacional”, es la operación misma, tramo que ofrece menos posibilidad de ser previsible. Siempre es azaroso penetrar y poner en evidencia los procesos emocionales y su gestión, cuando nos introducimos en alguna torre babilónica con intenciones psicoanalíticas, e incluso desde una clínica —como era mi caso por entonces— bastante ajustada a un linaje médico. En el ajedrez de las partidas institucionales, son modelizables las aperturas y no tanto los desarrollos, aunque un poco más los finales; no obstante hice referencia a los tres ejes: clínico, psicoanalítico e institucional, para operar con las comunidades institucionales. En ellos se juega en mi experiencia todo el conjunto de herramientas clínicas, de hecho ajustadas al estilo y el propósito de cada operador.

12. EL ACOMPAÑAMIENTO CORRESPONSABLE EN UNA INTERVENCIÓN INSTITUCIONAL

Exageraría si pretendiese afirmar que toda institución es pre-psicótica. No dudo demasiado en afirmar que al menos es pre-caótica.

Empleo con intención esta figura bastante actual de la pre-psicosis. La experiencia clínica psicoanalítica acumulada aconseja un avanzar cauteloso frente a posibles cuadros que merezcan este calificativo. No tomar recaudos es exponerse al riesgo de quedar como aprendiz de brujo, por más avezado que se pretenda ser en la clínica —un riesgo mayor, tratándo-

se de esas estructuras psíquicas cuyo precario equilibrio se puede llegar a alterar con más daños que beneficios.

Con algunas instituciones acontece algo semejante. Como lo señalé, son pre-caóticas y aunque no es tan dañino promover algún naufragio, tal vez incluso necesario, se trata de no acabar en aprendiz de piloto de tormentas, promoviendo propios hundimientos.

En el caso de las psicosis, el avance debe ser prudente —similar al señalado en los dos primeros niveles de análisis con las instituciones—. Aquí el medio familiar, por su parte, puede llegar a ser un soporte imprescindible. En el abordaje institucional pre-caótico también vale la apoyatura “familiar”.

Ese soporte puede estar representado tanto por el trabajo en equipo, suerte de ámbito familiar —y no precisamente como grupo primario—, como por un dispositivo que denomino “grupo de corresponsables”, al que apelo en ocasiones. Se trata de proponer a la institución que elija por sí misma un grupo de corresponsables de investigación, quienes además de facilitar y legalizar aspectos prácticos de la operación, tienden a constituirse en depositarios de la información de todo el proceso, a través del intercambio con el equipo interviniente. Una suerte de banco de prueba. De ahí su nombre.

Un beneficio importante que supone este grupo es el acordar con él, y por su intermedio con toda la institución, la continuidad de la experiencia, en tanto exista una participación significativa, en cantidad y calidad, de los miembros de este grupo. Es otra forma de impedir que la intervención se vaya deshilachando, sin el auxilio de un indicador nítido para decidir continuar o interrumpirla.

Nunca esclarecí demasiado el número de corresponsables en proporción a la institución.

En las intervenciones realizadas sobre la base de encuentros periódicos con todo el universo institucional, cuando el número de personas permite que se trabaje de esta manera, una reunión con el grupo de corresponsables precede el encuentro con el conjunto de la institución; puede sumarse a la primera cualquier miembro, ya que si bien el trabajo es con ese grupo, no es grupo secreto.

Señalé que los corresponsables, en la práctica, resultan

depositarios de la información; desde este punto de vista, pueden constituir un importante factor de cambio; al cumplir esa función representan una suerte de informe final de trabajo. Pocas veces —al menos en mi experiencia— existe tal informe, pero siempre me ha resultado útil imaginarlo integrado por tres capítulos. El primero aludiría a lo que llamo las arbitrariedades extrínsecas, que comprenden todos los factores contextuales, que sin ser de resorte de la institución operan sobre ella. Lo ejemplifican la falta de presupuesto en un hospital público, el exceso en la demanda asistencial, frente a la falta de recursos provenientes de un suministro externo. Se trata de esclarecer cuáles son estas carencias, esas arbitrariedades extrínsecas y qué respuestas propone la comunidad instituida, para evitar que se conforme sólo con mejorar lo mejorable, es decir, que termine configurando, resignada, una especie de privatización o de *ghetto* de la carencia y aun de la pobreza.

El segundo capítulo se ocuparía de las arbitrariedades intrínsecas; aquellas cosas que sí son resorte del propio grupo instituido. Finalmente, un tercer capítulo de ese informe nunca realizado plantea el problema de los fines institucionales y los medios puestos en juego, con especial atención en los grados de congruencia/incongruencia entre unos y otros. El examen de este aspecto cubre a veces todo lo que llamé el esclarecimiento del campo durante la primera etapa —quizá la única— cuando los medios de los que dispone esa institución mantienen tal grado de incongruencia con los fines, que mal puede avanzarse un trabajo de razonable utilidad si esta situación no se modifica.

En los primeros tiempos de mi práctica, cuando no contaba con un equipo de trabajo, el grupo de corresponsables era una oportunidad para no trabajar aislado de interlocutores.

Ésta es una idea importante que quiero rescatar, y que alude a lo que era por entonces mi búsqueda de compañía, si no idónea, al menos facilitadora de veteranía, en los términos en que la he descrito anteriormente.

Había mucha gente en el campo social, sobre todo sociólogos y clínicos que trabajaban con grupos, pero pocos acreditaban experiencia con las instituciones y menos aún desde la

perspectiva clínica que yo pretendía, incluso ya bastante teñida por el psicoanálisis.

Por entonces, visualizaba una intervención institucional atento a la idea de comunidad, tal vez influido por cierto auge de las comunidades terapéuticas. La que tenía en mente era una comunidad clínica; lo de "clínico", como lo he señalado, no aludía tanto a la índole de sus integrantes, no necesariamente clínicos, sino a que se trataba de un trabajo conducido desde la metodología clínica.

Dadas estas consideraciones, es claro que la compañía que buscaba giraba en torno a organizar una verdadera comunidad clínica de investigación y capacitación en los procesos institucionales, capaz de implementar aplicaciones no tradicionales del método clínico en el campo social.

Fue desde esta perspectiva que propuse al departamento de Dirección de la Carrera de Psicología un concurso para seleccionar jóvenes médicos y psicólogos, dispuestos a llevar adelante este propósito. No pensé en la disciplina sociológica, tal vez porque visualizaba el proyecto muy recortado por el psicoanálisis y apartado de la sociología, en la cual sin duda había especialistas de muy buen nivel, con quienes tenía permanente relación.

Luego de un concurso de antecedentes, fueron seleccionados seis jóvenes candidatos psicólogos y un médico. Más tarde invité, para que se integrara al grupo, a un sociólogo recién llegado de cumplimentar una beca en el exterior, quien al cumplir en cierto modo funciones de administrador científico, resultó fundamental en el desarrollo del CEPI (Centro Experimental de Psicología Institucional).

Terminado el concurso, aconteció el éxodo de la Facultad, y les propuse adoptar una modalidad orgánica, semejante a una cooperativa en cuanto a la distribución equitativa de los ingresos que se consiguieran, para financiar algo equivalente a las becas que habían dejado de existir.

Conseguimos un trabajo interesante en una gran siderurgia, donde debíamos organizar una investigación preliminar que hiciera posible racionalizar el sistema de capacitación y las pautas para los ascensos y remuneraciones del personal.

Aquel trabajo fue pedido e impulsado por un funcionario de la empresa, con vocación decididamente volcada al tipo de actividades que nosotros hacíamos; pienso que él visualizaba este proyecto como una oportunidad de capacitación. Su evolución profesional posterior, una vez regresado a su país de origen, justificó esta presunción. Esta persona fue la estrecha vía de permeabilidad que hizo posible un trabajo mirado con interés y suspicacia, sobre todo a nivel gerencial, en una época en que no eran habituales este tipo de experiencias.

Por ejemplo, recuerdo que se postergó bastante tiempo una reunión decisiva con los gerentes, en la que habría de determinarse finalmente si se aceptaba el plan propuesto por nosotros. Quería asistir a ella el presidente y principal accionista de la empresa, que en esos momentos estaba de viaje. Finalmente, el día de la reunión, su secretario me anunció que el anciano dueño no concurriría por estar muy cansado de resultas de su viaje. Una vez finalizada la reunión, me esperaba —señaló que con mucho interés— en su despacho. Comenté con algún colaborador que seguramente el presidente habría de escuchar el desarrollo de la reunión por algún circuito electrónico, y que por mi parte trataría de comprobarlo. En el curso del encuentro insistí, casi hasta el exceso, en que solamente desarrollaríamos la investigación si encontrábamos un buen nivel de compromiso por parte de los gerentes allí presentes. Éstos miraban con cierta extrañeza la aparente reticencia en llevar adelante un trabajo respecto del cual nos visualizaban como particularmente interesados. Además, suponía una remuneración importante (de hecho destinada a financiar nuestra investigación, que trascendía el trabajo en la empresa). En realidad, los gerentes se mostraban cordialmente reticentes, o al menos descreídos; por otra parte, era obvio que no se opondrían frontalmente a un trabajo que estaba muy promocionado desde la cúpula, sobre todo porque la persona que lo promovía era muy allegada al presidente. Yo insistía, no obstante, con la cantinela del compromiso.

Terminada la reunión, fui recibido por el presidente en su despacho, quien mientras me tendía la mano en un saludo muy elocuente, me dijo en su lengua natal: “Profesor, yo es-

toy muy comprometido con este trabajo, no tenga duda". A lo que contesté: "¡Ah! Entonces usted escuchó claramente mi mensaje". Él largó una carcajada y me dijo: "Por supuesto, me imaginé que usted lo había sospechado".

Fue ésta una de mis raras intervenciones en el ámbito empresarial, al menos de esa magnitud, ámbito en el que poco me he movido, fuera de algunas empresas familiares donde la consulta gira fundamentalmente en torno a los conflictos del grupo primario. El resto del equipo realizó algunas otras de este tipo, si bien de menor envergadura, gracias a las cuales completamos en parte la financiación, más que de una investigación formal, de los primeros pasos de nuestra capacitación. Trabajamos con un número bastante importante de instituciones, que por su naturaleza no estaban en condiciones de establecer honorarios, pero que a nosotros nos interesaban especialmente a los fines de nuestra experiencia en el campo de la salud y de la educación, áreas en las que inscribí cada vez más mi práctica.

No es que yo tuviera objeciones especiales para trabajar en el campo empresarial, pero mi vocación se fue encaminando hacia aquellas instituciones que son afines a mi quehacer clínico y al interés por la salud mental; en realidad, este interés comenzó con aquella experiencia de Rosario. Con el tiempo, me he convencido de que la salud mental no es cosa solamente de los programas de salud en las instituciones pertinentes y que suele ser particularmente importante, aunque de difícil manejo, en el campo empresarial y en el ámbito laboral. Por supuesto, aquí juegan afinadas o groseras situaciones político-ideológicas, que no necesariamente deben ser obstáculos; todo depende de la ética que se ponga en juego. No siempre resulta fácil, menos aún en tiempos de eficientismo.

Respecto a la financiación de este tipo de experiencias, haré algún comentario. A través de los años, en general he financiado mis trabajos institucionales desde mi práctica privada; esto crea ciertas dificultades, dado que con frecuencia se hace el juego a una situación arbitraria, muy frecuente en instituciones asistenciales y educativas de orden público. Se explotan en ellas a profesionales jóvenes de la psicología y de la medicina como mano de obra barata y aun gratuita. Otro tanto

ocurre con los docentes. La contraseña suele ser la oportunidad de capacitación.

En un grupo equivalente al que aludo y que integro en la actualidad, "H 8", del que CEPI es un antecedente y del que luego me ocuparé, corre una frase que al principio nos sonaba a chanza generosa, pero que nos ha hecho reflexionar sobre el tema, dado que en general nuestro trabajo tampoco recibe remuneración. Solemos decir, sobre todo cuando enfrentamos situaciones muy difíciles propias del campo de la mortificación, que "es un privilegio trabajar con situaciones tan delicadas". En realidad, no es ningún privilegio; quizá sea una manera de encubrir que parte de esa situación delicada no es ajena a la pobreza crónica de recursos del campo público. Actualmente tratamos de abordar esta situación no sólo explorándola sino intentando avanzar soluciones. En una primera etapa, planteamos las cosas y en algunas circunstancias intentamos una retribución. En todo momento procuramos no quedar obstaculizados por la falta de dinero, sin encubrir por eso los orígenes de esa falta.

CEPI funcionó durante el tiempo necesario, hasta que se dieron condiciones para que cada uno asumiera sus propias navegaciones. Éste es un punto que suelo tomar en cuenta en toda experiencia de capacitación en la que participo, particularmente cuando se trata de grupos de estudio. Desde una perspectiva de la salud mental, es importante que el juego de las dinámicas instituyentes se vea priorizado con respecto a la cristalización de las instituidas, sobre todo cuando se procura promover una implementación vocacional por encima de la tentación de organizar instituciones dadoras de identidad, a modo de escudo protector, bajo cuyo amparo se quede a vivir la gente.

De este equipo de trabajo -CEPI- salieron algunos de los primeros y más sobresalientes institucionalistas de Buenos Aires, otros afianzaron su práctica psicoanalítica más tradicional, algunos tuvieron éxito en el accionar político y ocuparon cargos públicos, posiblemente también beneficiados por aquella experiencia.

CEPI fue el entorno de colegas que me permitió afianzar un enfoque clínico, expresado en algunos escritos de esa época como "La psicología de las instituciones: una aproximación psicoanalítica"; se trata de una perspectiva hecha desde la clínica psicológica, a pesar de su pretendida aproximación psicoanalítica. En aquel entonces estaba muy preocupado por ajustar mi quehacer pertinentemente, evitando promover situaciones pseudo-terapéuticas, a pesar de que nunca dejé de reconocer que experiencias como las que comento, ponen en juego factores curativos propios de cualquier quehacer idóneo y ajustado a la ética de la clínica. Me importaba diferenciar estos factores curativos de los procesos terapéuticos más próximos a la intención y el manejo de una clínica, precisión clínica ajustada a tal fin.

En ese período desarrollé algunas conceptualizaciones referidas al discernimiento entre la clínica de linaje médico y la de linaje psicoanalítico. De hecho, continuaba con aquel primer seminario post-Rosario que articulaba el encuadre terapéutico y operativo, cosa que me ayudó y me ayuda aún a distinguir, más que una indicación de uno u otro encuadre, cuál es el hacer propio de un clínico, sobre todo considerando que nunca hay encuadres químicamente puros en un sentido clínico. La cuestión es saber qué es pertinente hacer, más allá de lo que se desea hacer.

La clínica que denomino de linaje médico, si bien es propia del quehacer de la medicina, no se restringe a ella ni a situaciones patológicas; es operada, incluso, por clínicos sin *status* médico en acciones psicoterapéuticas o en campos no definidos como tales.

Se trata de una clínica holística, preocupada legítimamente por el enfoque y la comprensión de la situación global. Es una clínica fundamentalmente de cuidados, sobre todo cuando se ocupa del sufrimiento de quien pide ayuda; en este sentido el quehacer de enfermería es quehacer clínico. Por último, esta clínica de linaje médico es una clínica de prescripciones y de consejos, es decir, de recetas.

La clínica de linaje psicoanalítico, fundamentada en principios metodológicos y éticos propios de la abstinencia, aparta el proceder clínico de los caminos médicos para advenir psicoanalítica. No es una clínica holística o particularmente preocupada por una lectura global, sino que parte del fragmento, como expresión del inconsciente en el acto fallido, el sueño o la idea que insiste. El síntoma que toma en cuenta generalmente aparece como un comportamiento recortado, en ese sentido, fragmentado. Tampoco es una clínica de cuidados, aunque debe ajustarse cuidadosamente a la consideración de los procesos transferenciales, pero no lo es en el sentido de los cuidados que legítimamente suministra la clínica médica. Por fin, la clínica psicoanalítica no es clínica de prescripciones y consejos, sino de interpretación.

Sabido es que muchas situaciones comienzan muy ajustadas a una expectativa de atención propia del diseño médico, y es la actitud con que un analista escucha lo que promueve una demanda más ajustada a un proceder psicoanalítico, sin que ello implique una manipulación arbitraria.

Aunque lo que voy a proponer lo conceptualicé muchos años después, fue por entonces que empecé a establecer una relación entre el proceder médico y su más remoto antecedente, reconocible en los cuidados propios de la ternura materna, coartación del fin último de la pulsión y coartación parental frente a los hijos. La ternura se traduce como empatía desde la cual —dicho aforísticamente— “la madre sabe por qué llora el niño”. Otra consecuencia de esa coartación pulsional es el miramiento o ajenidad. Un interés que se puede experimentar por un hijo, al que se inviste amorosamente pero sin dejar de reconocer que es sujeto ajeno, aunque haya salido de las propias entrañas.

La empatía garantiza el suministro. En términos clínicos, esta condición empática es el antecedente de la intuición clínica; esa habilidad que facilita en un clínico diagnosticar las causas del sufrimiento de quien está a su cuidado.

El miramiento, en cambio, garantiza en el niño la gradual autonomía y en el paciente, su condición de sujeto autónomo, aun en condiciones de extrema invalidez y dependencia. El miramiento resulta así un valor fundamental en la ética clínica.

Hoy reivindico esa etapa de mi práctica, aunque en algunos momentos llegué a cuestionarla por ingenua y poco psicoanalítica. Fue un período de afirmación metodológica, que me permitió ir identificando las características del objeto institucional. Esa afirmación favoreció desarrollos posteriores con mayor aspiración a una lectura y operatoria psicoanalíticas.

Esta reivindicación no es ajena a la utilidad que me prestó y me presta una de mis primeras herramientas, casi con valor de brújula para orientarme en cualquier campo institucional donde resulte legítimo recrear una situación clínica, más allá de que el intento se realice o no desde una perspectiva psicoanalítica.

Voy a presentar lo que denomino los cuatro parámetros de un encuadre clínico. Parámetros ajustables a las más variadas situaciones en las que un clínico pretenda trabajar como tal. En eso radica su versatilidad universal, que por otra parte no le impide reflejar la singularidad específica de cualquiera de esas variadas situaciones.

Los presento primero, para luego desarrollar su dinámica:

- Materialidad del campo
- Proyecto principal
- Teoría, metodología y proceder técnico
- Estilo personal.

Es importante señalar que estos parámetros se aplican tanto al campo sobre el que trabaja un clínico como al clínico mismo y su proceder. Es a sabiendas que mantengo la ambigüedad al respecto en lo que sigue.

La materialidad del campo, como primer parámetro, no alude exclusivamente al escenario material sino que incluye el clima de ese ámbito, función, entre otras cosas, de la numerosidad. No es lo mismo un grupo pequeño que otro mediano o grande. "Clima" es una palabra etimológicamente ligada a clínica, ya que el clínico se inclina frente al sufrimiento de quien lo demanda, en tanto el clima, entre otras cosas, es función de la inclinación del eje de la tierra, y aquí, de las inclinaciones subjetivas que entran a jugar.

Esto es algo más que una curiosidad etimológica, puesto que es legítimo hablar de climas clínicos, que facilitan o no diferentes abordajes. Los hay que permiten al clínico moverse sin servidumbre respecto del contexto institucional ni del cultural, incluido el de su disciplina haciendo costumbre o moda. Los hay en donde la arrogancia del operador, antes que mirar diagnósticamente, se propone como figura para ser mirada. Climas que se cortan con cuchillo, hiriendo en primer término el proceder clínico como proceder ético de buen trato (de ahí tratamiento). Herido el método, las lastimaduras afectan a todos los involucrados.

El segundo parámetro —*el proyecto*— destaca cuáles son la naturaleza y los objetivos de ese campo, y fundamentalmente qué es lo que procuran quienes demandan la intervención y qué es lo explícitamente acordado para legitimarla.

De hecho, tanto el clima que se desprende de la materialidad del campo como la índole del pedido que englobo en el parámetro “proyecto”, unido a la especificidad de esa institución, irán determinando qué es lo que se puede hacer y lo que no. Quiero insistir, de una forma especial, en la pertinencia como función del proyecto y también del momento del proyecto. Es obvio que aquello que no corresponde realizar en un clima inicial, es factible hacerlo en la medida en que avanza el desarrollo de la intervención y, en consecuencia, también cambia el clima. Todo lo cual está muy relacionado con lo que defino como seguridad psicológica.

Con respecto al tercer parámetro, siempre es importante explorar la tríada que ordena secuencialmente *los fundamentos teóricos, metodológicos y técnicos* —estos últimos definidos como el arte de accionar un cometido—, los que apoyan las *tareas* principales de esa institución, así como las del clínico y sus procedimientos. Puede ser que no se advierta explícitamente su existencia, sobre todo en situaciones en las que impera una ritualización profunda. Entonces, la técnica se habrá degradado en costumbre, la metodología será errática, y ningún fundamento teórico merecerá esa calificación. Por esto mismo resulta importante explorar esas características del que-

hacer de la institución sobre la que se trabaja, puesto que así se pondrá en evidencia cuánto de automatismo y de actividad pensante existe en su tarea específica.

Estos tres elementos, materialidad traducida en un clima, la especificidad del proyecto y la tríada que componen teoría, metodología y técnica, permiten dibujar la singularidad de ese campo.

Pero lo más determinante y difícil de graduar y sobre lo que operará específicamente el accionar clínico es el cuarto parámetro, que he presentado como *estilo personal*, el de cada uno de los integrantes, incluidos los operadores; estilo que no necesariamente corresponde al perfil habitual de esa persona sino al modo como se presenta en ese campo de trabajo.

Ya insistí en señalar que estos cuatro parámetros son aplicables tanto al campo institucional como al equipo que interviene. Constituyen abstracciones que no tienen el carácter de una grilla para hacer un diagnóstico, sino que sirven para construir una suerte de maqueta de ese campo, casi diría con el valor de un modelo de simulación, posible de ser interrogado clínicamente. Diría que es una suerte de dibujo institucional el que se puede hacer con esos parámetros, un dibujo que está totalmente atravesado por el nivel de subjetividad de las gentes que habitan esa institución.

Me interesa señalar que estos cuatro parámetros son equivalentes a los factores con que Freud integra su metapsicología: lo económico, lo dinámico y lo tópico; vectores que tanto en la metapsicología de Freud como en esta herramienta de tinte metapsicológico se articulan de múltiples maneras, cada uno en función del otro, y configuran distintas estructuras.

Lo anterior explica la paradoja de su universalidad y al mismo tiempo la posibilidad de reflejar la singularidad de cada situación. Es en este sentido que no son en sí un diagnóstico, sino que facilitan una lectura, sobre todo del nivel conflictivo-cultural materializado como estructura institucional. Si los vectores metapsicológicos permiten leer la problemática conflictiva de un sujeto, estos cuatro parámetros hacen lo propio

respecto del carácter sintomático de toda institución. Ambos son herramientas clínicas.

En lo que hace a la expuesta en último término, destaco su funcionalidad para pensar los procesos de capacitación de la gente, en clínica o en cualquier otro oficio. Una capacitación va ascendiendo —metafóricamente— desde el cuarto parámetro, en una suerte de metabolización que llamé encuadre interno, a partir de los sutiles procesos que transforman un estilo personal, con todo lo que esto representa como síntesis de una forma de vivir, en estilo experiencial, en la medida en que se va haciendo conciencia acerca de sí; situación central en cualquier capacitación.

Continuando el ascenso, el tercer parámetro es una experiencia hecha estilo instrumental —instrumento clínico— y hace que el sujeto mismo se conforme como eje central del método con que implementa una teoría, desde donde habrá de tomar decisiones técnicas.

Ya estamos en el segundo parámetro, donde el propio clínico es un proyecto en sí mismo, en el sentido de concebir su oficio y la ubicación de éste frente a una visión personal del mundo. Desde ahí habrá de confrontarse con lo que representa el ámbito institucional en el que está incluido y colocado en un enfrente y diferente (discriminadamente) respecto del campo de trabajo. Confrontación que puede llegar a poner de manifiesto incompatibilidades o encimamientos. En el primer caso, mal puede el clínico pretender cumplir su cometido; en el segundo, la situación que se pretende clínica no resulta un instrumento sino la ocasión de una identificación simbiótica.

En este ascenso de los parámetros, lo más sutil está representado por los estilos de las personas y todas las mutaciones dadas en su capacitación. Este proceso va ganando grados de condensación en las implementaciones teóricas, metodológicas y técnicas. Una condensación aún mayor está representada por el cometido o proyecto específico de esa institución, para llegar a lo más denso que es la materialidad del campo. Una capacitación supone que el estilo instrumental de alguien gana autonomía frente a la materialidad que enfrenta.

No puedo dejar de confrontar este diseño con el que planteo en el capítulo dedicado a la crítica. Me refiero al recorrido

por el cual ciertas experiencias del inconsciente, como la contemplación, la intuición, la inspiración poética y el impacto inefable que a veces produce la tragedia, van adquiriendo también grados de condensación en la metáfora de pensamiento, en la metáfora hablada y finalmente en la escritura. Señale ahí, bajo la idea de artefacto, cómo en este proceso creativo lo más denso, en este caso el texto escrito, soporta y refleja el origen sutil de la inspiración. Pues bien, esto pasa también en una institución, cuando lo más denso de su materialidad soporta y refleja el nivel sutil de las personas. Cuando esta situación fracasa en un texto, por no soportar ni reflejar la sutil inspiración, también pierde eficacia; queda reducido al rigor de la letra porque ha desaparecido el espíritu que lo impulsó. Acontece algo semejante en una institución cuando no refleja el nivel de la subjetividad, el nivel del estilo de quienes la habitan, y prevalece el corpus instituido, el corpus de normas administrativas. Esto supone seguramente la existencia de sujetos coartados, que habrán de resultar ineficaces en la expresión de subjetividad propia de un quehacer creativo.

Esta coartación subjetiva reflejada como clima en la materialidad del campo es propia de la mortificación. Se puede hablar de cultura mortificada, puesta en evidencia en la protesta y aun en la queja, pero esta última suele ser la estación previa a la coartación mayor de la subjetividad; ya no cabe para esa situación el término cultura, sino a lo sumo el de sociedad (anónima) de mortificados. Ahí conviven "la biblia con el calefón", una no leída y el otro apagado. La estación terminal es manicomial, con o sin hospicio.

Se preguntará, ¿qué tiene que ver todo lo anterior con una lectura clínica de las instituciones? Tiene que ver con aquella pregunta que lanza Neruda en su poema Machu Picchu, cuando frente a las monumentales piedras, testimonios de un pasado, exclamaba, aludiendo a los hombres que las construyeron: "¿Y el hombre dónde está?", o tal vez, ¿dónde estuvo? Ésta es la pregunta que preside toda la búsqueda psicoanalítica en cualquier campo de la subjetividad, cuando el hombre agoniza aplastado bajo las piedras de la materialidad, como clima instituido que no lo representa.

14. LA ABSTINENCIA PSICOANALÍTICA, UNA ACTITUD NO INDOLENTE

Hasta ahora han desfilado por el texto, más o menos contextualizadas en el momento del desarrollo de mi experiencia, varias maquetas instrumentales, con distinta valoración clínica.

No tengo dudas que los cuatro parámetros de un encuadre que acabo de presentar constituyen una de las herramientas diagnósticas y metodológicas que más utilidad me prestan para conducir técnicamente diferentes intervenciones clínicas, sobre todo en la numerosidad social.

Por supuesto que tanto ésta como las otras herramientas, para nada están presentes según un modo memorioso en el momento de desarrollar una propuesta clínica. Más bien cabe pensar que alguna de ellas, básicamente la última, constituye una buena descripción de mi manera habitual de funcionar; en este sentido, las he denominado herramientas personales, domésticas y vocacionales.

Los cuatro parámetros constituyen un encuadre "interno", algo así como un consultorio que se lleva puesto cuando, por trabajar de visitante, se carece de él, en el sentido de ámbito local.

Se trata de maniobras metodológicas que se confunden con el propio operador, en tanto éste es el eje de un método como el clínico, donde una situación pasa de ser social a ser clínica, no tanto en función de algún instrumental visible, sino por la actitud, diría la presencia, de este operador, eje del método.

¿Pueden considerarse herramientas psicoanalíticas? En mi experiencia, sobre todo los cuatro parámetros resultan totalmente compatibles con un quehacer propio de la clínica psicoanalítica, así como de aquella que he definido como de linaje médico.

Para que sean psicoanalíticas deberán ajustarse a la clásica formulación que plantea como condición necesaria la presencia de una escucha idónea, condición no suficiente en tanto debe complementarse con la expectativa de alguien que desea ser escuchado en esos términos.

Puede afirmarse, **en general**, que lo específico de un quehacer clínico psicoanalítico gira en torno a la interpretación.

Conviene recordar entonces que la clínica psicoanalítica se ve apartada de los caminos médicos en función de la abstinencia, regla fundamental tanto metodológica como ética. Metodológica, puesto que es desde la abstinencia que el psicoanalista clínico no suministra los legítimos cuidados, prescripciones y consejos médicos, sino que en función de ella y sus efectos en la modalidad de escucha, complementados con la propuesta de la asociación libre explicitada al paciente, habrá de establecerse la neurosis de transferencia, como una captura *in situ* de los conflictos del sujeto analizante y su cortejo sintomático. Cabe insistir en este valor activo de analizante, en tanto el término sugiere la participación de alguien, asistido por un analista, pero titular y responsable de su propio análisis.

Regla ética, entre otras cosas, porque un analista no tiene un proyecto, ni siquiera un buen proyecto, que defina cómo debe "curarse" un paciente, sino que su papel es asumir la dirección de la cura sin marcar una dirección. En esta restricción de un sujeto analista, que demora sus valores afectivos e intelectuales más personales, se funda la abstinencia. Digo demora para insistir en algo señalado ya en otros pasajes de este libro, en el sentido de destacar cómo un analista podrá expresar en términos de elaboración teórica todo ese caudal personal, a partir de su paciente pero más acá de él, e incluso por fuera del acto clínico, trabajando a nivel de la teoría aquello que durante ese acto fue conducción técnica, encastrada metodológicamente y soportada en la excelencia teórica, sin ser una práctica de teoría.

Toda esta abstinencia activa compone lo que podría considerar la herramienta fundamental de mi práctica clínica, que defino como estructura de demora.

Pero si la interpretación es el quehacer específico del analista, como corolario de lo que la abstinencia permite leer en un campo transferencial, antes de presentar esta herramienta quisiera hacer algunas consideraciones acerca del alcance y los niveles del término interpretar.

Introduzco entonces este diseño que habrá de resumir la

puesta a punto de la habilidad psicoanalítica mayor, la de interpretar.

Interpretar psicoanalíticamente admite tres significaciones o designa tres operaciones, cada una definida en función de las otras: un rol activo, una lectura y una formulación hablada (o accionada) de ella.

Un *rol activo* como actitud o disposición para la acción clínica. Una manera de “pararse” en la cancha clínica. En psicoanálisis, este aspecto del interpretar es, de hecho, la función más facilitada, pues se la asume abstinente desde lo que no se hace. Saber no hacer es un recaudo metodológico central de la clínica. La disciplina abstinente, cuando está bien incorporada, no se hace notar. A la manera de un arte marcial, no es ausencia ni reticencia, es dar lugar al otro.

Al decir “facilitada” no califico el arduo adiestramiento abstinente; señalo lo que implica la demanda de atención psicoanalítica. Quien la formula atribuye, delega, teme, espera, y muchas cosas más, que el analista asuma un lugar prominente de entrada.

Describiré con los elementos de un dibujo, que finalmente integraré como campo de la relación analista-analizante, graficando en el tamaño de un trazo lineal la cada vez más difícil asunción de las distintas funciones del interpretar.

Imaginemos esta primera función “facilitada” por el no hacer y las expectativas del que demanda, como un trazo lineal de seis centímetros de largo, medida totalmente arbitraria.

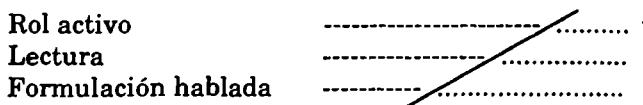
El segundo significado-función del interpretar alude a *la lectura* que desde lo advertido hace el analista. Esta función presenta más dificultades que la anterior, si consideramos lo que realmente “sabe” el analista acerca de quien lo demanda, comparado con lo que éste supone de su saber; algo bastante esclarecido desde el lacaniano “sujeto supuesto saber”, manera de designar al analista en tanto objeto transferencial de las expectativas sintomáticas del paciente.

De esta confrontación entre el saber atribuido sintomáticamente (línea de seis centímetros) y el arduo saber resultante de la lectura, se entiende cómo el interpretar-leer presenta un mayor grado de dificultad que el interpretar como asunción activa de un rol. Grafiquemos esta segunda función,

la de lectura, con un trazo lineal más restringido, al que asignaremos una extensión de cuatro centímetros.

Finalmente, interpretar desde el rol y la lectura, mediante una *formulación hablada (o accionada)* de lo advertido —lo cual se ajusta a la clásica significación psicoanalítica de “interpretar”— resultará obviamente más difícil aún. Aquí se ponen en juego decisiones metodológicas y éticas, que validan o no el hacerlo. Pero mucho de lo que “lee” un psicoanalista cae dentro de lo inefable, aquello difícil de traducir en palabras. Imaginemos entonces esta dificultad mayor, inherente a esta función, en un tercer trazo de sólo dos centímetros.

Si componemos un esquema a partir de estas tres líneas desiguales, tendremos el siguiente resultado:



Al completar simétricamente con puntos los trazos lineales, obtenemos un dibujo útil para presentar gráficamente un campo clínico psicoanalítico. La diagonal que lo cruza figura la abstinencia psicoanalítica, no sólo como disciplina abstinente, que promueve cada vez más el lugar del analizante en una temporalidad lineal, sino también como expresión de la creciente dificultad que va presentando el acto interpretativo en relación con las tres funciones que lo componen.

Esta diagonal de la abstinencia articula gráficamente la relación analista-analizante en el transcurrir temporal de un análisis. En él, la figura del analista parece avanzar al comienzo como un espolón, ya sea por la invalidez sufriente de quien demanda, ya por el supuesto saber atribuido al analista. Al final del proceso, se ha invertido el dibujo, tanto en función de la autonomía que ha ido ganando el paciente, como de la maestría adquirida por el analista para organizar las condiciones del desierto, la que corresponde metodológicamente, más allá de las cronologías personales, a la tercera edad del analista.

Además, este trazo abstinente señala una calidad propia de la clínica en general y de la psicoanalítica en particular,

en la medida en que representa para el operador un ejercicio en soledad, precisamente a partir del creciente "silencio" que las tres funciones consignadas van adquiriendo en la puntualidad interpretativa y en la linealidad temporal, según la cual se "hace hablar" la estructura sintomática del analizante, originando la transferencia.

La propia persona del analista cae "abajo y arrinconada", tal como lo sugiere el gráfico, por los personajes transferenciales que fue accionando. Opera en ese punto la maestría de alguien que sin proponerse como modelo, contribuye no obstante a poner en cuestión valores y deseos en el analizante. Es que ese rincón no es lugar de arrumbamiento, sino de poder metodológico, el único válido, que frente a la transferencia sólo se propone poder "estar" psicoanalista. Toda otra forma, conceptual o de prestigio, desarma lo que el psicoanálisis se propone armar como dispositivo.

Podría extraer otras consecuencias de este diseño. Indicar, por ejemplo, que su parte superior, la del espolón del supuesto saber, señala principalmente el polo psicoterapéutico del psicoanálisis, lo cual no equivale a una mayor incidencia curativa, pues en realidad se trata de las iniciales y precarias curas transferenciales. La parte inferior, en cambio, corresponde al polo psicoanalítico, encaminando el fin de un análisis, donde la lectura puede resultar un hecho estable, subsiguiente a la resolución de la transferencia.

También diría, tomando el trazo de seis centímetros seguido de uno punteado de dos, que nunca existe un paciente con tal invalidez como para no inscribir su presencia como persona, aunque sea en una ínfima medida. Reconocerlo es un necesario recaudo ético para abrir la promesa de una verdadera eficacia psicoanalítica.

De manera similar, si corremos la atención al trazo lleno de dos centímetros, que completa una línea punteada de seis, al pie del dibujo, podemos afirmar que nunca se conduce un fin de análisis sin la presencia explícitamente reconocida del analista, por reducida que ella sea. De lo contrario, no estaríamos en un final de análisis, sino que nos aproximaríamos a la *débâcle* del parricidio.

Un fin de análisis implica reconocer un lugar que, por ha-

ber sido abandonado, garantiza la extranjería exogámica. Puede ser que nunca se retorne a él, pero eso no desmiente el valor de su existencia simbólica.

Finalmente, arribo a una herramienta, quizá la menos anecdótica, la más conceptual, que designo como "estructura de demora". Presentarla implica un problema, que surge siempre que nos disponemos a transmitir psicoanálisis psicoanalíticamente.

Se trata no sólo de intentar hablar según un modo académico del inconsciente, sino también al inconsciente. Esto último supone, por momentos, inevitables efectos relacionados con la confusión como paso previo a una ulterior metabolización.

La estructura de demora se relaciona con algunos grandes temas psicoanalíticos, tales como la escucha, la atención libremente flotante, la contratransferencia, es decir, aquel acontecer propio de la neurosis de transferencia, principalmente relacionado con la abstinencia concebida como una suerte de arte marcial, que no suprime el registro sino la acción inmediata; al hacerlo, logra trascender lo aparente y acceder a otro conocimiento.

Veamos. La unidad mínima de operación clínica es la siguiente: mirar, pensar, hablar. Cada uno de estos términos es de por sí complejo, pero a los fines mostrativos los presento en su máxima reducción. El eslabón central, pensar, es algo así como el laboratorio de la clínica psicoanalítica. Si este eslabón resulta salteado, se establece un cortocircuito por el cual el clínico, psicoanalista o no, sobredetermina o es sobredeterminado por el campo. La forma más frecuente –pero no la única– de esta sobredeterminación es el diagnóstico prematuro, que no es lo mismo que precoz.

Examinemos entonces este segundo eslabón –este consultorio en la intimidad de cada clínico– empezando por complejizar el pensar. Pueden describirse diferentes aconteceres. Por lo pronto, los siguientes: siento, quiero o no quiero lo que siento, creo –acerca de este querer o no querer– lo que siento. Luego vendrá lo memorioso y, finalmente, algo que denomino "lo impensado". Aclaro que sólo estoy estableciendo una cronología según requisitos de exposición. En la realidad, no hay tal secuencia.

“Siento” describe un sentir elemental: aquel que señala que todo organismo vivo es reactivo al medio —o sea que para subsistir, lo interpreta—. Entonces, sentir es placentero o paranoide según lo que interprete. En un comienzo suele prevalecer el conocimiento paranoide.

Es fácil entender que se quiere o no se quiere lo que se siente. Este “quiero” o “no quiero” puede considerarse la base de la primera y más elemental operación clínica, en tanto promueve acercamiento o alejamiento espacial, o cambios corporales y procesos emocionales.

Sobre esa base, surgen en el psicoanalista las creencias acerca de las causas de estos movimientos y afectos.

Estos verbos, sentir, querer, creer, designan la manera como el clínico “está afectado”, involucrado emocionalmente, diría afectado por contagio, frente al clinado.

Llegamos aquí a una estación importante en el establecimiento de la estructura de demora. Estar afectado no sólo significa estar involucrado o contagiado, sino que también tiene el sentido de estar afectado a una tarea. Pues bien, esta vocación, esta tarea, en psicoanálisis es la de la abstinencia, que no es tarea de supresión o purificación, sino que se afecta como tarea al estar afectado, involucrado, para perfeccionar la acción clínica.

Detengámonos. El “creo tal o cual cosa” suele ser la expresión más frecuente del estar afectado, contaminado. Guarda poca objetividad respecto de lo que el clinado expresa; se refiere principalmente a lo que le acontece al clínico frente al estímulo que ha recibido. En este sentido, la creencia se emparenta con la sustancia misma de los delirios. Si el psicoanalista habla desde su creencia, desde su “creo que”, está sólo opinando. Esta opinión implica, más que una objetivación concerniente al campo, el imperativo de una catarsis emocional. Abstenerse de ella transforma ese “siento”, “quiero”, “creo”, en algo así como un importante nicho ecológico emocional, pronto a albergar una próxima idea, aún impensada. Se va estructurando así la demora —por el momento emocional— que agudiza la empatía clínica.

Podría generalizar diciendo que un psicoanalista “no opi-

na" (en el sentido en el que aquí lo señalo), y que ésta es la primera estación de la abstinencia.

Toca ahora el turno a las ideas, a lo específico del pensar. Se trata de un pensar memorioso, que incluye cuatro memorias. Próxima a la creencia no opinada, surge la memoria de propias experiencias, que evocan en el analista situaciones personales semejantes a las de su analizante. Es la importante memoria que permite poner en nosotros algo del otro.

Otra memoria constituye la base de la continencia clínica y permite organizar el historial del paciente. Por ahí surgirá la memoria casuística, que agrupa con otros al paciente actual. Por último, la memoria más importante y frecuente, la teórica, que encuadra en un determinado capítulo conceptual al analizante y su suceder.

Nadie duda de la importancia de la continencia, el historial clínico, la casuística o la ubicación teórica, pero el psicoanalista, si quiere acceder con su acto a la singularidad interpretativa eficaz, no habla "de memoria".

Así como no suprimió el registro afectivo, tampoco suprimirá el memorioso; sólo lo demora hasta alcanzar el premio que ello aporta, bajo la forma de una idea nueva articulada con lo que llamé el "nicho ecológico emocional". Se estructura entonces una distinta relación ideativo-emocional, lo impensado... hasta ese momento, resultado de ambas abstinencias: la de opinar y la de hablar de memoria.

Lo impensado es una de esas ideas clínicas que integran el repertorio de las ideas descartables. Incluye dos núcleos: el que resulta de la abstinencia de opinar, que agudiza la intuición clínica, y el que produce la abstinencia memoriosa, que acrecienta la eficacia ideativa de la palabra. Lo impensado que habla al y del inconsciente del analizante disparará en él lo impensable, aquello que sólo el sujeto está en condiciones de advertir en sí mismo. Un impensable que a su vez promueve en el analizante ajustado a la intención asimétrica de no callar, algún comentario, quizás impensado, sólo reflejo de la desmesura de lo impensable. Puede ser que con él fleche impensables (inefables) contenidos en el psicoanalista, moviéndolo a priorizar su práctica a partir de estos flechazos que animarán sus propias pertenencias.

Decía Heidegger que un poeta (aludía a un gran poeta, Tralk) siempre poetiza desde una misma fuente, a través de múltiples poemas particulares. Poemas que no sólo son afluentes que de ahí parten, sino que acrecientan lo que los origina.

Con un analista acontece algo semejante, en tanto no puede eludir sus propias pertenencias en el proceso de teorización. Son teorías estimuladas por su paciente, pero procesadas en sí mismo. Es por eso que la pertenencia psicoanalítica, más que escolástica, es adueñamiento de la propia fuente.

15. LA NOVELA NEURÓTICA DEL PSICOANÁLISIS

Repasaré algunas vicisitudes en relación con la institución psicoanalítica; en primer lugar, la renuncia a la APA donde me formé con beneficio y de la que me fui, a principios de 1970, también con beneficio.

En la APA fue donde comencé mi formación y en ella desplegué todo el recorrido institucional hasta ser miembro didacta.

Esta salida se tradujo en un reforzamiento de mi posición psicoanalítica más afín a mi visión del mundo y a mi estilo clínico.

A partir de la ruptura, empecé a dedicarme con interés a la institución psicoanalítica, quizá por aquello de que el psicoanálisis institucional empieza por casa, pero sin integrar ninguna como miembro. Por lo menos, en términos de pertenencia formalmente mantenida.

Hace un tiempo escribí, simultáneamente con otros colegas, un texto destinado en un primer momento a integrar un libro, una suerte de "Cuestionamos 3", conmemorando los veinte años de salida de la APA, ocasión en la que con varios de esos mismos colegas habíamos publicado "Cuestionamos 1", publicación en la que algunos fundamos conceptualmente por entonces el porqué de nuestra salida. Éste era al menos mi caso, con un texto de título abundante al que más adelante me referiré.

El proyecto de un tercer "Cuestionamos" terminó no siendo viable por una razón interesante. La editorial que se ha-

bía propuesto publicarlo, encontró que los nuevos textos no ofrecían —a su criterio— la uniformidad necesaria que se pretende en un libro. No se objetaba, al menos explícitamente, la calidad de los escritos de cada colaborador, sino la dispersión. Al parecer, no se consideró que una consecuencia de aquella ruptura institucional era, precisamente, la reivindicación de un pensamiento teórico y práctico singular, capaz de romper con cierta estandarización, quizá no formal pero sí cultural, propia de la institución que abandonábamos.

Pienso que deben de haber pesado en nosotros mismos otras razones para no publicar aquel libro. Tal vez nos encontrábamos poco propensos a recrear, a través de un nuevo Cuestionamos, algo que podría tener el carácter de una ceremonia mítica, cuando aquella ruptura no fue tal, sino punto de inflexión importante para la singularidad creativa de muchos de nosotros.

Este texto que escribí a los veinte años de aquel hecho narra bastante ajustadamente el tramo que va desde entonces hasta ahora, poniendo énfasis en mi interés por analizar la institución psicoanalítica. Lo he incluido tal cual fue escrito y con su mismo título: *Lo que se cifra en veinte años*.

Mi artículo de “Cuestionamos 1” (1971) tenía un título bastante extenso, cuyo beneficio es el de expresar sintéticamente mis puntos de vista: “Extrapolación del encuadre analítico en el nivel institucional: su utilización ideológica y su ideologización”. Más adelante me referiré a él.

Fue para mí algo así como el documento teórico con que validé mi ruptura con la APA. Meses antes, la comisión directiva, que yo integraba como director del Centro Raker, me había pedido una investigación institucional tomando en cuenta mi práctica habitual en este tipo de intervenciones. No alcancé a avanzar mucho en tal proyecto en cuanto a una investigación sistemática, y sólo hubo algunas presentaciones preliminares.

No era fácil encarar una investigación de esta naturaleza en una institución que ya comenzaba a estar bastante convulsionada, en parte como reflejo de los tiempos político-sociales que se vivían, más aún cuando tenía que dirigir la investigación desde mi condición de integrante del campo por indagar.

Varios analistas habíamos asumido una postura crítica que se fue agudizando hasta desembocar en el cisma cuya consecuencia fue la ruptura con la APA de Documento y Plataforma. El artículo de 1971 recoge en parte esa posición crítica frente a la institución psicoanalítica oficial y contiene algunos esbozos de lo que podría ser la investigación planeada. Fue redactado originalmente para un simposio interno de la APA en el que no llegué a participar.

Concretamente, se trata del proceso por el cual, en un primer momento, las disposiciones que regulan la situación clínica donde analista y paciente despliegan la neurosis de transferencia, se reflejan de una manera no pertinente, es decir arbitraria, en las relaciones que a su vez regulan la convivencia institucional entre los distintos miembros. Se fuerzan así simetrías rigidizadas, como relaciones de poder, que reproducen modos transferenciales entre la cúpula, integrada principalmente por didactas, y el resto de la pirámide, titulares, adherentes, candidatos. En una segunda vuelta esta rigidización institucional opera directa e indirectamente sobre la intimidad de los consultorios en una suerte de ajuste que, entre otras cosas, determina qué es y qué no es psicoanálisis, poniendo el acento en aspectos formales. Se cierra así el círculo que habrá de violentar la producción psicoanalítica, tanto en el nivel clínico como en el teórico. Esta rigidización de ida y vuelta determina una producción estandarizada y represora que desmiente en la práctica clínica y teórica los propios fundamentos del psicoanálisis, a la par que tiende a convertir a la institución, más que en una agrupación de psicoanalistas, en una corporación de profesionales.

Éstos eran algunos de los aspectos sintomáticos más groseros de aquella institución y de aquella época, y no necesariamente abarcan todo el universo de las prácticas personales de los miembros de la APA. Más bien de eso no se hablaba; hacerlo indujo el cisma.

En trabajos posteriores, como "La Torre de Babel del psicoanálisis"¹ y "El establecimiento y disolución de la institución psicoanalítica"² me ocupé de lo que para mí constituye el

1. No editado.

2. Revista argentina de psicoterapia, año XII, nº 3, septiembre 1981, Buenos Aires.

núcleo conflictivo inherente a toda institución psicoanalítica, en tanto en ella, inevitablemente, se confronta el estatuto institucional, que supone acuerdos consensuales para el desarrollo de las tareas organizadoras de la institución y su gobierno, con el estatuto psicoanalítico, que por su naturaleza no es consensual sino que, por el contrario, implica una sumatoria de tantas singularidades deseantes como sujetos la integran. Esta confrontación entre consenso y singularidad deseante llega en ocasiones a configurar algo semejante a lo que puede considerarse el primer conflicto institucional consignado en la *Biblia*: la Torre de Babel y sus condiciones de empresa utópica, confusión de lenguas y dispersión de pueblos. La historia del psicoanálisis muestra el lugar que inevitablemente ocupan los cismas en su desenvolvimiento socio-institucional. Esto se da así en tanto no se tome en cuenta que la confusión de lenguas representadas por los diferentes "dialectos deseantes" puede constituir una oportunidad de atención estimulante, tan propicia a la producción psicoanalítica como lo es la escucha de la asociación libre de un paciente.

La idea de empresa utópica me llevó posteriormente a un nuevo enfoque de la institución psicoanalítica en un trabajo que denominé "La institución psicoanalítica: una utopía"³, donde examino características y conflictos específicos de dos modelos frecuentes de agrupación psicoanalítica: la institución iglesia y la institución escuela.

La primera se ajusta bastante a las asociaciones que integra la International Psychoanalytical Association (IPA) en tanto giran en torno a una categoría didáctica organizadora del poder transferencial y administrativo. La segunda suele estar referida a la transferencia de un conjunto de personas, y por ende transferencia conflictiva entre quienes la comparten, con un líder presente o ausente, vivo o muerto, líder que la mayoría de las veces ha sido degradado a la condición de gurú, desmintiendo con esto su propia funcionalidad de analista.

3. *Revista Psyche*, año II, n° 13, agosto de 1987, Editorial Psyche, Buenos Aires.

En este trabajo, además, propongo una tercera modalidad institucional que denomino la institución virtual. Se fundamenta en lo que considero la primera y más genuina institución psicoanalítica: la neurosis de transferencia, apoyada en los pilares de la abstinencia, como fundamento de la atención libremente flotante y su particular escucha, y la asociación libre del paciente, que recrea caminos reales en el acceso al inconsciente. Dos libertades para una captura, la de la transferencia, escenario mayor del inconsciente. En esta institución virtual, las otras dos clásicas situaciones psicoanalíticas—discutir los textos y controlar las prácticas clínicas— no están geográfica ni administrativamente articuladas con el análisis personal, sino que aparecen dentro del ámbito de decisión y elección del analizante sin ninguna organización formal.

Al releer ese trabajo de 1971, me doy cuenta de que anticipa lo que bastantes años después conceptualizaría como el Síndrome de Violentación Institucional (SVI), que considero una de mis principales herramientas semiológicas en el abordaje de ese campo. También advierto que en ese trabajo no consigno ningún hecho que documente lo que afirmo. Esto puede tener distintas lecturas, desde la que admite los efectos personales de la violentación, hasta la que incluye la intención de no darle a mi trabajo carácter de denuncia panfletaria para poder mantener el nivel de elaboración conceptual que le corresponde. En todo caso, me inclino por la primera.

Fueron momentos de gran enfrentamiento crítico con personas a las que hasta entonces me unían lazos de amistad y, en algunos casos, remanentes transferenciales. Podría haber consignado, por ejemplo, dos episodios institucionales que ilustran lo que hoy diagnosticaría como SVI. Un día los analistas didácticos, entre ellos el mío, anunciaron a sus analizantes que a partir de ese momento no podrían integrar ningún grupo de estudio privado conducido por el propio analista, cosa habitual por entonces. También dispusieron que para ser evaluado como didáctico, el análisis debía ajustarse a un mínimo de cuatro sesiones semanales. Por la noche asistí a una conferencia que daba Hanna Segal, en los tiempos de predominio kleiniano en la APA. Me entero allí de que la consigna escuchada horas antes era la que traía desde Londres la

emisaria. No está en cuestión aquí el beneficio de la primera medida, relacionada con evitar la superposición de grupos de trabajo y análisis personal, recaudo en general beneficioso. La crítica apunta a su grosero carácter administrativo, coercitivo y estandarizado. El segundo ejemplo, referido al número de sesiones, ilustra la naturaleza también administrativo-consensual del poder didáctico, para nada relacionada con la conducción clínica de un campo transferencial sino con la política institucional, incluso manejada desde el exterior.

En estas condiciones se produce uno de los clásicos efectos del SVI donde los operadores institucionales, en este caso los didactas, pierden la singularidad funcional para conducir un análisis y se transforman en meros engranajes administrativos sintomáticos. Si estos ejemplos ilustran la fiscalización institucional de la privacidad singular del consultorio, el siguiente ejemplo alude a otro tipo de producción automática generada por el analista violentado institucionalmente: me refiero a lo que nosotros llamábamos por entonces las interpretaciones "nopra". Tal era el nombre de la imprenta que editaba los trabajos presentados por los analistas para ser promovidos institucionalmente, y designábamos así las interpretaciones "dibujadas" para no exponerse a la desaprobación de la cultura institucional, que configuraban una producción groseramente enmascaradora de la verdad. Si Edipo hubiera adoptado este procedimiento "nopra", más propio del pusilánime Tiresias, aún permanecería ciega la verdad histórica de la tragedia; Edipo conservaría sus ojos y un corazón insensible.

Es posible que esto haya sido el punto de partida de lo que luego de años de práctica institucional elaboré como Síndrome de Violentación Institucional. Este síndrome puede ser definido de muchas maneras, pero hay una que encuentro de particular importancia por las posibilidades diagnósticas que ofrece en cuanto a la dinámica institucional y subjetiva.

Una institución puede ser definida como la materialización del acuerdo entre distintos grupos de diversa pertenencia en cuanto al *status* institucional. Así, por ejemplo, en un hospital conviven médicos, psicólogos, enfermeras, administrativos, pacientes, parientes, etcétera. En una institución psicoanalítica los diferentes grupos corresponden, en general, a

las categorías institucionales. Cuando el acuerdo se rompe, circunstancia ilustrada en el trabajo de 1971 por la arbitrariedad de lo que describí como el circuito de extrapolaciones y su ideologización consiguiente –y mucho más por los episodios que acabo de consignar–, se da un fenómeno curioso: los grupos de mayor pertenencia y *status* funcionan como sitiados. Esto no se traduce en alguna disminución de su poder administrativo, que incluso llega a ser incrementado, pero implica sí una notoria disminución del “poder hacer” específico, que ve mermada su eficacia. Estos grupos tienden a degradar sus herramientas teóricas y conceptuales a la categoría de baluartes defensivos frente a los sectores de menor pertenencia, que a su vez son visualizados como perturbadores.

Lo notable es que los sitiados suelen desarrollar una sintomatología que se ajusta bastante a lo que Freud describió, en relación con la economía libidinal, como neurosis actuales. Obviamente, aquí no se alude, como en el trabajo freudiano, a las relaciones sexuales sino a las relaciones con el oscuro objeto de trabajo. Es que la degradación de los instrumentos en baluartes defensivos supone marcadas perturbaciones para investir libidinalmente el vínculo y el objeto de trabajo. No es necesario forzar demasiado la semejanza con lo que Freud describe como neurosis de angustia y neurastenia y su correlato con la abstinencia sexual o con la descarga masturbatoria. Así, veremos a personas que rehúyen casi impotentemente el trabajo, sumergidas en la angustia y la no gratificación, mientras otras asumen una suerte de trabajo a destajo, sacándose “perturbadores” de encima.

Lo importante de este enfoque es que tanto las neurosis actuales clásicas como las figuras institucionales que describo, resultan tóxicas en el nivel de la producción de pensamiento, alterando la posibilidad de encontrar soluciones. También resultan tóxicas en relación con el cuerpo, en el que aparecen patologías asténicas y mortificaciones hipocondríacas.

Muchas más cosas se podrían decir acerca del SVI, por ejemplo, que además de la falta de inteligencia imaginativa, está disminuida la valentía para denunciar y modificar la situación. Obviamente, también la alegría brilla ausente.

Todo lo anterior suele traducirse en un observable particularmente frecuente en el quehacer psicoanalítico clínico. Si consideramos la abstinencia como piedra angular metodológica y ética del quehacer analítico, el SVI contamina la abstinencia con su patología más frecuente: la indolencia, en general disimulada por el manto de la neutralidad psicoanalítica, en realidad, neutralización de la persona coartada como sujeto. En estas condiciones, el carácter revulsivo del descubrimiento freudiano del inconsciente corre el riesgo de dar lugar a mala psicología o peor sociología, sin la especificidad y la eficacia de estas disciplinas.

A esta altura debería consignar que si bien me estoy ocupando, por lo menos como punto de partida, de la institución psicoanalítica, en realidad mi práctica y las teorizaciones en ella articuladas entrecruzan tres tipos de instituciones: la universitaria, sede durante años de mi experiencia docente, la psicoanalítica y las del campo asistencial público. En menor medida, las educacionales. Estos son los campos donde opero con mayor frecuencia como psicoanalista-institucionalista.

El pasaje docente por la institución universitaria imprimió en mí cierta modalidad clínica, que procura favorecer condiciones epistemológicas para la producción de inteligencia capacitadora, ya sea en relación con la función específica de los integrantes, como en lo que se refiere a pensar el tipo de pertenencia que cada uno mantiene con la institución.

De la institución psicoanalítica y de mi quehacer como analista, puedo repetir aquello de que el psicoanálisis de las instituciones comienza por casa. Una casa, la psicoanalítica, donde en ocasiones "los cuchillos de palo" desmienten al herrero. Una casa que a veces tiene el valor inapreciable de la centrifugadora, que enriquece la mezcla de la que están hechos los conflictos humanos, y en otras ocasiones funciona como una batidora, fabricando papilla.

Esto parece depender de aquello que decía Bleger acerca de las instituciones que no enferman por los conflictos que inevitablemente supone su existencia, sino por carecer de recursos para advertirlos y encaminar su resolución. En la casa psicoanalítica, como en cualquier casa, la exogamia es una vía resolutive fundamental, aun bajo formas cismáticas. Puede

que Bleger haya visto impedida esta vía por obra de las batidoras, mientras él se jugaba a centrifugar la mezcla.

No cabe duda de que ese pasaje por la institución psicoanalítica despertó mi interés por lo que ahí acontecía. Mi primer trabajo psicoanalítico, durante el primer año de seminarios que cursé en la APA fue "Relaciones entre candidatos"⁴ un texto enmarcado en el Segundo Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, cuyo tema central era "Relaciones entre los psicoanalistas". Ya por entonces, en los últimos años de la década de 1950, comenzaba a advertirse el malestar institucional.

Aquella fue una producción novata, en la que pretendía sostener el lugar de lo amigo dentro de la clínica psicoanalítica.

Con los años he recuperado la idea de la amistad –ya hablé de las "amistades extranjeras" como metáfora de un vínculo transferencial– al grado que el tema integra un capítulo de este libro.

Más tarde y para optar a la categoría de miembro titular, superado el período de adherente, escribí otro texto titulado "Psicología de las instituciones: una aproximación psicoanalítica". Fue la primera elaboración sobre la cuestión del psicoanálisis y las instituciones; una década después retomaría el asunto con "Diez años de experiencia en psicología de las instituciones". Ya señalé el poco valor psicoanalítico de estas elaboraciones, pero la significativa valoración clínica que al menos para mí representan estos textos, que a su tiempo me permitirían sostener mejor mi intención psicoanalítica en las comunidades instituidas.

Finalmente, si tengo que identificar algo en relación con las instituciones del campo público asistencial y educacional, incluidas por supuesto la universidad y la institución psicoanalítica antes mencionadas, no dudo en encuadrar dicho trabajo dentro de la condición ética y política del sujeto humano en tanto sujeto en sociedad.

4. *Revista de Psicoanálisis*, tomo XVI, 1959, Ed. Asociación Psicoanalítica Argentina, Buenos Aires, Argentina.

Las instituciones —sobre todo las asistenciales— suelen ser categorizadas como instituciones totales o como instituciones abiertas, estando esto formalmente relacionado con el hecho de tener o no internados en ellas. En realidad, resulta útil tomar como elemento distintivo para tal calificación no tanto el parámetro de la internación, sino la modalidad de pertenencia que los miembros establecen con la institución. Esto permite extender la calificación de totales o abiertas a todas las instituciones, más allá de la existencia o no de internados. Entonces, una misma institución puede resultar total para alguien, en el sentido de ser el centro organizador de su vida, en tanto que para otro funciona como institución abierta.

Para evaluar el tipo de pertenencia resulta importante advertir si alguien se incluye en la institución básicamente con expectativas de ser provisto de una identidad prestada o si, por el contrario, la institución representa un instrumento relativamente circunstancial para quien se propone impulsar su propio proyecto, en tanto sus intereses coinciden con los fines de aquélla. Se diría que esta coincidencia también se da, e incluso exaltada, en la modalidad dadora de identidad; pero ocurre que, en este caso, la coincidencia resulta de haber desdibujado los fines sociales que originaron la institución, en beneficio del “club” de integrantes. Las personas se quedan entonces “internadas” a vivir en la institución, más allá de que ésta sea o no su domicilio real, de modo que la vida personal de estos sujetos termina confundida con su pertenencia institucional.

Hacer carrera intra-muros resultará fundamental para ellos y siempre será más importante el debate por el poder que el concerniente a su quehacer específico. Cuando la institución tiene un marcado número de personas con esta modalidad de pertenencia (situación con frecuencia reforzada cuando los que no comparten esta modalidad de integración abandonan tempranamente el ámbito), la propia institución pasa a ser el “cliente” principal de sí misma, en detrimento de los usuarios. La carrera institucional sustituye o se sobreimpone a los objetivos que justificaban precisamente la existencia de esta organización, y posterga el desarrollo de aquéllos, en tanto la

burocratización, en el sentido peyorativo del término, se instaura como crisis cronificada.

Otra característica de estas instituciones totales es su costoso mantenimiento administrativo, sobre todo por los conflictos sordos o ruidosos que se desenvuelven en la cotidianidad. Como corolario de este activismo, los miembros más capacitados y sobresalientes evitan asumir funciones de conducción.

Lo interesante de esta reseña es que, además de abundar en la descripción de la problemática institucional, puede ser aplicada, sin forzar el modelo, a la institución psicoanalítica, destacando nuevamente que la categoría de total o abierta, si bien alude a características estructurales de la institución, vale fundamentalmente en relación con la modalidad personal que cada uno le asigna a su pertenencia.

Son totales, por ejemplo, las instituciones que asumen la coordinación y el control de las tres situaciones clásicas en la capacitación psicoanalítica: el análisis personal, la discusión de textos y el control de la práctica clínica, ya sea que este control esté a cargo de una categoría didáctica, o si no existe explícitamente esa categoría, la cultura imperante presione en tal sentido. Estas instituciones suelen estar muy interesadas en proponer sistemas o bien líneas teóricas hegemónicas en la transmisión del psicoanálisis.

La modalidad de institución total se ajusta a pautas empresariales no ajenas a propósitos económicos y al desarrollo de carreras políticas intrainstitucionales, regionales, nacionales e internacionales, dentro de algo a lo que con frecuencia se alude un tanto groseramente como movimiento psicoanalítico. El famoso "comité" de la época de Freud inaugura la idea de movimiento y su control. Un movimiento psicoanalítico es grotesco, en tanto supone la promoción de militantes que se enrolan en una gesta organizada en categorías de tropa con jerarquías de mando. Esto suele originar lo que he definido como analistas "ianos", al aludir a aquellas personas que se identifican con los usos idiomáticos, las modas y básicamente el rigor de una letra teórica; ésta puede tener reconocidos méritos, pero una identificación literal, casi memoriosa que la tome por objeto, nada tiene que ver con los efectos de

transmisión psicoanalíticos, que siempre respetan la temporalidad singular de cada sujeto.

En estos analistas se advierte también una suerte de identificación con la invalidez de sus pacientes, en tanto ellos, los "ianos", son sujetos impersonales coartados en su singularidad. Son "ianos" —por freudianos, lacanianos, kleinianos, etcétera—, sin dar verdadera cuenta de aquellos a quienes dicen representar. Suelen definirse a sí mismos con un "soy un psicoanalista..." (consignando su ianismo), como si alguien pudiera asumir este título a la manera de una nominación profesional, un rol social o una pertenencia escolástica con sello instituido. En el mejor de los casos, ser psicoanalista sólo es un rumor que denota que algo ha acontecido en esa persona luego de su recorrido transferencial, conceptual y clínico. A ese algo se lo puede diagnosticar por los efectos de subjetividad, en forma similar a lo que Freud hizo con respecto a los efectos del inconsciente.

Un psicoanalista —decía Pichon Rivière— tiende a funcionar como un líder mudo, sus actos hablan por él, sin hablar demasiado de psicoanálisis. ¿Y de qué hablan estos actos? Tal vez hablan de un acrecentamiento de la inteligencia original y afectiva, consecuencia de una menor descentración de su conciencia. Alguien que hace "conciencia" de su determinismo inconsciente; una conciencia menos síntoma y más tarea. Tal vez se puede registrar en este sujeto, que ha sido atravesado con efectos válidos por el análisis, una mayor valentía, o dicho más directamente, un menor acobardamiento en tanto es menor su renegación de la condición patética del hombre, que no ignora su muerte, aunque poco sepa de ella.

El beneficio de negarse a aceptar los fetiches repudiadores de lo que el psicoanálisis define como castración configura una de las formas modernas de entender la utopía: negarse a aceptar aquello que niega la realidad, por más penosa que sea. Entonces puede esperarse una disminución del efecto sinietro que opera sobre cualquiera que, al negar una realidad hostil, la transforma en una suerte de secreto con el que convive cotidianamente, sin impedir que ella se filtre, pese a sus ojos cerrados, y provoque la acobardada coartación de su condición de sujeto. Quien puede mirar la tragedia tiene oportuni-

dad de no caer preso de la angustia de muerte, y abre paso a algo que se podría definir como vivencia de muerte, con la referencia a la vida que ese término implica.

La condición de sujeto humano no necesariamente debe resultar trágica; baste con que sea dramática, si por drama entendemos el triunfo de la simbolización y la inteligencia, que suelen teñirse, en los momentos de infortunio, de aquella meditada tristeza no ajena al contentamiento vital.

También podría pensarse como beneficio de la subjetividad psicoanalítica un mayor adueñamiento del cuerpo para la acción y para el placer.

No dejo de advertir cierta exaltación utópica en lo anterior, pero sirve para imaginar las tópicas o geografías de una institución psicoanalítica abierta, donde convivan los distintos "dialectos" con los que se expresan estos efectos de subjetividad, organizando un enfrente y diferente entre los individuos. Nada tiene que ver esto con lo ecléctico y sí con la producción de psicoanálisis en una institución que a él se refiera.

Es un hecho que la clínica –y más la psicoanalítica– es un oficio en soledad. Lo es por el recaudo abstinentes de la práctica, por lo que no es pertinente decir aún, pero sobre todo porque estamos permanentemente rozando constelaciones afectivas inefables, que más que obligar al silencio, imponen silencio. Todo esto explica que los analistas tendamos a agruparnos sostenida o episódicamente, para llevar adelante nuestros debates y nuestras confrontaciones conceptuales con intención de acompañamiento.

Salido de la APA, nunca me vi tentado a entrar en alguna pertenencia que remedara lo que describo en el artículo de 1971. Documento fue, más que una institución abierta, una oportunidad de transición para acompañarnos, en tanto nos dispersábamos por caminos personales, procesando, cada uno a su manera, nuestra inserción en un mundo convulsionado políticamente, que ya prenunciaba el horror genocida que se avecinaba.

Documento me llevó a ser presidente de la filial Buenos Aires de la Federación Argentina de Psiquiatras (FAP). Desde ahí, asumí actividades en el área de Derechos Humanos.

en cuyos organismos actué inicialmente como perito de personas torturadas y más tarde atendiendo a afectados directos por la represión integral del terrorismo de estado, y en ocasiones haciendo intervenciones institucionales en el seno de estos mismos organismos. Fue para mí importante no dementir en todo este quehacer una perspectiva psicoanalítica, en cuanto preparación para la acción clínica, atento a la posibilidad de implementar una actitud pertinente en cuanto a idoneidad, en situaciones muchas veces atravesadas por el horror, pero también por el esfuerzo en establecer la verdad.

Decía que Documento (para otros fue "Plataforma") constituyó una importante estación de tránsito, mientras cada uno encontraba o fabricaba sus propios caminos institucionales. Con el tiempo, varios amigos —que no es la amistad condición reñida con el quehacer psicoanalítico— nos encontramos reunidos en un paradigma de institución abierta, paradójicamente cerrada en tanto no se propone ningún crecimiento orgánico como institución, pero sí el que surge del poder confrontar las propias prácticas clínicas y teóricas. Nadie se queda a vivir o a hacer carrera en "Foro" —a él me refiero— y, sin embargo, se trata de un ámbito doméstico, con la nobleza del *domus*, en tanto domicilio de producción conceptual y crítica, sin riesgo de que lo institucional implique alguna servidumbre para atender su mantenimiento. No existe ninguna estructura administrativa, salvo que nos hemos acostumbrado a la mesa doméstica y cordial de uno de nosotros, Gilberto Simoes. Es como si una antigua idea expresada en aquel primer trabajo que escribí, "Relaciones entre candidatos", donde sostenía que la práctica del psicoanálisis podía pretender ser práctica amiga, sin degradación amiguista ni enmascaramientos corteses de las diferencias, terminara haciéndose realidad en Foro. Por supuesto, no faltan los sobresaltos, aunque no constituyan lo habitual.

Algo más en alusión a Foro y a los ámbitos de producción psicoanalítica. Un día uno de nosotros escuchó "asociación libre" como una expresión más allá del reconocido recurso metodológico. Asociación libre como denominación institucional, en realidad instituyente, pretende conservar todo el dinamismo propio del término original, sumado a la originalidad de

un programa, que al retomar el artículo freudiano "El múltiple interés del psicoanálisis", promueva un entrecruzamiento recíproco de saberes con otras disciplinas. Estamos dando los primeros pasos y nuestra intención es no desmentir el espíritu Foro ni nuestro interés por el psicoanálisis ni el múltiple por otros pensamientos. No es tarea fácil, pero el proyecto es interesante.

Una última estación en este viaje por mis pertenencias y afinidades psicoanalíticas. Personalmente puedo sostener mi trabajo con las instituciones, en tanto hemos puesto a punto, con algunos colegas, una particular herramienta que pretende ajustar su funcionamiento a una institución de las que califico abiertas y con la que sostenemos un número considerable de intervenciones institucionales en el campo asistencial y educativo público. Se trata de "H 8", H de hospital, también H de herramienta e incluso de "llámelo hache". Ocho por el número original de personas que la pusieron en marcha, porque acostado es número con vocación entre infinito y banda de Moebius; y como solemos bromear, ocho es algo más que el cabalístico siete. Si el espíritu de una pertenencia abierta es el que privilegia su carácter instrumental, "H 8" procura no desmentir tal espíritu. Por supuesto, una sultura así cada tanto suelta los conflictos inherentes a la H de lo humano. De la dinámica de un grupo de esta naturaleza, que por su índole instrumental siempre está atento a lo que en sí mismo refleja dramáticamente de los campos en los que trabaja, me ocuparé al final de este recorrido.

16. LA TERNURA COMO FUNDAMENTO DE LOS DERECHOS HUMANOS

El subtítulo anterior menciona al pasar una actividad a la que traté de aportar como psicoanalista, por considerar que tal aporte era coherente con mi trabajo en el campo social; me refiero a los Derechos Humanos.

Coincidentemente con la salida de la institución psicoanalítica, y siendo presidente de la filial de la Federación Argentina de Psiquiatras, empezamos a recibir institucionalmente,

por parte de agrupaciones referidas en general a Familiares de Desaparecidos o de Presos Políticos, la demanda de que nos hiciéramos cargo del peritaje de personas por lo común en prisión o que habían sido torturadas.

Consideré que, dadas mis funciones, era mi obligación asumir en primer término esta tarea. Fue una de las razones por las cuales años después debí vivir un tiempo en el exterior.

A mi regreso, cuando aún no había asumido el gobierno constitucional, incrementé mi colaboración con los organismos de Derechos Humanos. Concretamente, al principio, desde el Movimiento Solidario de Salud Mental y después también en peritajes y supervisiones, sobre todo relacionados con la recuperación de nietos robados, tarea tenazmente sostenida por las Abuelas de Plaza de Mayo.

Por mi trabajo específico con Derechos Humanos, en el sentido restrictivo que el término y la idea cobraron durante la tiranía militar, solicitaron mucho mi actividad. Pero siempre consideré mi quehacer en el campo de la salud y la educación ligado a los Derechos Humanos, claro que en una definición ya mucho más amplia.

Un texto breve, presentado en 1988 en un seminario de las Abuelas de Plaza de Mayo, parte de algunas conceptualizaciones sobre la ternura, que tienen como telón de fondo el horror de la represión, la marginalización y el escándalo de la miseria. Allí doy cuenta bastante claramente de esta actividad en el ámbito de los Derechos Humanos, por lo cual lo transcribo tal como fue escrito en su momento. Esto explica que, al igual que en el texto anterior, prefiera no eludir algunas redundancias y repeticiones de conceptos, porque suprimirlos debilitaría la estructura y la eficacia de estos trabajos.

*La ternura como contraste y denuncia
del horror represivo (1988)*

Es frecuente que en encuentros y discusiones teóricas acerca de los efectos psicológicos de la represión, centre mi participación en torno a dos ideas que considero particularmente útiles para trabajar con afectados en grados y situaciones distintas.

Me refiero a lo que he situado como encerrona trágica y como efecto siniestro.

Voy a recordar estas ideas sólo como introducción y fundamento a una conceptualización que hoy quiero aportar en el marco de la restitución de niños secuestrados.

El paradigma de la encerrona trágica es la tortura, situación donde la víctima depende por completo, para dejar de sufrir o para sobrevivir, de alguien a quien rechaza totalmente. Otro tanto acontece con sus familiares.

La tragedia así concebida es una situación de dos lugares, opresor-oprimido, sin tercero de apelación. Esta falta absoluta de una instancia para apelar, tal como ocurre en el terrorismo de estado, da a la situación el carácter de encerrona concreta y psicológica. Es posible, no obstante, que en el aspecto psíquico la víctima pueda escapar de la encerrona, cuando está apoyada tanto por la absoluta convicción en el valor de sus ideas y de sus acciones, como en los lazos solidarios que la unen a sus compañeros. Emocionalmente al menos, encuentra una apelación valiosa a partir de la cual resistir. Por supuesto, esto es sólo probable en un adulto. De cualquier manera, es sobre la invalidez extrema de tal situación que la extorsión se ejerce.

También he señalado en otros trabajos cómo esta falta de tercero de apelación, realidad frente a la cual se encuentran los familiares, sin puertas que golpear en los momentos del terrorismo de estado, fue uno de los orígenes de los organismos de Derechos Humanos, cuando los afectados se agrupaban y organizaban constituyendo ellos mismos una instancia de apelación.

Los organismos de Derechos Humanos tenían al comienzo poco poder efectivo, pero inmenso poder moral para denunciar frente al mundo la situación de la cual eran víctimas ellos y los secuestrados, apuntando así a quebrar el fundamento de la represión integral: la pretensión de impunidad.

Simultáneamente, demandaban justicia y castigo ante las instancias que se iban abriendo.

Una función importante de los organismos de Derechos Humanos que resulta ser una salida, por momentos la única para romper la encerrona tanto en el nivel concreto como en lo emocional, es impedir que los crímenes se secreteen.

Los hechos se secretan desde la propia metodología de secuestro y desaparición. Empleo este término secretar en el sentido de una modalidad de represión en la que simultá-

neamente se busca mostrar y ocultar el crimen. Es algo así como un secreto a voces con el que la población convive. Los secuestros son más o menos públicos pero a la vez se clandestinizan, se hace desaparecer a las víctimas, se borra todo rastro. En este secreteo radica parte de la eficacia de la metodología represiva.

El psicoanálisis ha estudiado esta situación mostrando cómo el secreto oculto del cual se desprenden indicios, tiende a promover el efecto siniestro, a la sombra de la renegación de los hechos, sin poder ocultar el temor y la parálisis resultantes de lo que siendo atroz, permanece semioculto. Se niega que se niega, como una defensa muy elemental de alguien que intenta ocultar lo temido, o tal vez pretende vanamente ocultarse de aquello que lo atemoriza.

Esta renegación continúa hoy como efecto residual del período del terrorismo de estado. Es frecuente que alguien diga que ignoraba los crímenes cometidos durante la represión y que sólo después se enteró. Es verdad que pasado el período más cruento de la represión, se investigaron y pusieron en mayor evidencia los hechos, pero la formulación "Yo ignoraba lo que ocurría" sigue conteniendo cierta cuota de negación, en tanto se continúe ignorando por qué se "ignoraba" tanto. El efecto renegación persiste así, pronto a acrecentarse. Hay una realidad: superar tanto la renegación como el efecto siniestro implica el duro trance de enfrentar la tragedia cruda, que por permanecer semioculta, mantenía y mantiene aún, aunque atenuada, su eficacia.

Si la encerrona trágica coloca a la víctima en una invalidez aguda favorable a la extorsión, el efecto siniestro promueve una invalidez crónica, propicia a cualquier manipuleo político-cultural, además del económico.

Hay un antecedente de esta invalidez que merece destacarse: la invalidez infantil como estado propio de los primeros tiempos del sujeto humano. Cuando la represión cae sobre los niños, no cae sobre una invalidez producida por regresión en un adulto sino sobre algo que existe naturalmente. Quiero desarrollar con algún detalle esta situación porque la encuentro particularmente importante para sostener, con sobrados argumentos psicológicos ante la sociedad, la monstruosidad del apoderamiento de niños y los peligros que ello implica para las víctimas; agregar, además, fundamentos ante la justicia señalando cómo la única salida posible pasa por la mostración a los niños de la verdad plena, aun cuando su puesta en evidencia deba ser enfrentada por niños pequeños, con los

acompañamientos y auxilios terapéuticos necesarios, respetando la singularidad de cada caso. Para ello resulta importante también interpretar algunas presunciones acerca del perfil patológico de los que se avienen a ser usurpadores de niños.

El tiempo de la invalidez infantil es el escenario donde actúa la ternura parental. Luego he de referirme concretamente acerca de qué se entiende por ternura, pues más allá de las connotaciones emocionales del término, se trata de una instancia psíquica fundadora de la condición humana.

La invalidez infantil es un tiempo sin palabras aún, en consecuencia con pocas posibilidades de pensamientos susceptibles de ser rememorados de forma consciente con ulterioridad, aunque todo lo que se inscriba entonces será constituyente del continente inconsciente del sujeto. Podría decirse que es merced a la invalidez infantil que el niño recibe no sólo la historia de la humanidad sino la humanización misma. De no existir ese período de invalidez que coloca al infantil sujeto en necesaria dependencia de sus mayores, no se podría transmitir el aporte acumulado en la historia. Es así que con el correr de los siglos no sólo se nace en otro siglo, sino que en cierta proporción se recibe lo que culturalmente acumulan los siglos. Así va avanzando la especie humana y en ese avance las contraseñas se van transmitiendo de forma condensada en los tiempos iniciales del sujeto.

No se trata de confundir esta etapa de invalidez con incapacidad y menos con una cosificación del niño, de modo que al negar su condición de sujeto, se instauran cultural y jurídicamente sistemas de tutelaje arbitrarios, que para nada lo toman en cuenta como individuo singular.

La invalidez infantil está presidida por la ternura parental. La ternura es instancia típicamente humana, tan primigeniamente constituida que se la podría pensar de naturaleza instintiva. Se habla del instinto materno. Mas la ternura es producción que va más allá de lo instintivo, aunque tenga allí su basamento. La ternura, siendo de hecho una instancia ética, es inicial renuncia al apoderamiento del infantil sujeto. Para definirla en términos psicoanalíticos, diré que la ternura es la coartación —el freno— del fin último, fin de descarga, de la pulsión, concepto que aquí solamente menciono. Esta coartación del impulso de apoderamiento del hijo, este límite a la descarga no ajeno a la ética, genera dos condiciones, dos habilidades propias de la ternura: la empatía, que garantizará el suministro adecuado (calor, alimento, arrullo...

palabra) y como segundo y fundamental componente: el miramiento. Tener miramiento es mirar con amoroso interés a quien se reconoce como sujeto ajeno y distinto de uno mismo. El miramiento es germen inicial y garantía de autonomía futura del infante.

Una idea que encuentro eficaz en relación con el proceso de la ternura es que su mediación crea en el niño el sentimiento confiado de que el mundo consiente en satisfacer sus demandas. Es así como va adquiriendo convicción en la existencia y bondad de un suministro ajeno a él, a la par que confía en sus propias posibilidades de demandarlo y obtenerlo. Es a partir de este sentimiento de confianza que en el sujeto se estructurará una relación de contrariedad con lo que daña, con el sufrimiento. Relación de contrariedad quiere significar que lo que daña es percibido como algo externo a sí mismo. Este proceso será fundamental para el desarrollo paulatino de la conciencia acerca de que él mismo puede ser causa externa de sufrimiento para el otro.

En esta relación de contrariedad con el daño, radica la posibilidad de acceder a lo que llamaré la imposición de justicia, aquel sentimiento que distingue no sólo entre lo que daña y lo que no daña, sino que indica además cuándo el mismo sujeto es o no dañino para el otro. Este saber que se va imponiendo es una de las bases del discernimiento de lo que es justo como parte constitutiva de la persona.

La ternura atendiendo a la invalidez infantil hace posible, desde el suministro y la garantía de autonomía gradual, superar esa etapa inicial y organizar un sujeto esperanzadamente deseante, al tiempo que sienta las bases constitutivas de lo ético.

Veamos ahora lo contrario, lo que podríamos llamar el fracaso de la ternura y la patología que genera desde la invalidez infantil.

Mi experiencia como analista, ya sea en el control de procesos terapéuticos o en el aporte de elementos periciales, comprende algún caso de niños restituidos; ya sea controlando procesos terapéuticos o aportando elementos periciales; es obviamente un cuadro más complejo que el de los casos de adopción, con la patología de adoptadores y adoptados, como asimismo de los casos de hijos que aun propios por nacimiento, sufren también apoderamiento por parte de sus padres. Es en estas situaciones comunes en la práctica psicoanalítica donde la casuística es mayor.

El fracaso de la ternura puede darse tanto por exceso como

por defecto en el suministro. De hecho, en situaciones en las que no se instaura la coartación instintiva, no existe la ternura; los padres se apoderarán del niño para su exclusiva descarga. No hay miramiento promotor de autonomía; hay sí apropiación torpe, que por supuesto también perturba la empatía suministradora.

A estos fracasos de la ternura corresponden algunas patologías más o menos típicas. En el apoderamiento se suele estructurar un verdadero incesto pre-edípico, que compromete el desarrollo de la autonomía del niño, atrapado en relaciones simbióticas, base de futuras patologías que bordean o llegan a la psicosis.

En el fracaso del suministro por falta de empatía, el niño desarrolla una modalidad patológica muy singular. Cuando desde los primeros años carece de algunos suministros tiernos, que nunca tuvo ni tendrá, se verá enfrentado a elaborar un tipo de duelo particularmente difícil y a veces imposible, aquel que concierne la pérdida de lo no tenido. Este sentimiento, que de forma atenuada es universal y en parte fundamento de la incompletud del ser, cuando adquiere mayores dimensiones genera la tendencia a organizar vínculos sustitutivos de modalidad perversa-adicta. Precisamente es antecedente en la drogadicción severa.

Frente al duelo por lo no tenido, no es fácil encontrar una solución; más bien se buscan sustitutos alternativos. El término perversión aquí remite a su significado etimológico de giro o desvío. El duelo sin solución, por inexistencia de suministro tierno, provoca un desvío hacia una alternativa de reemplazo de lo inexistente. Esta nueva situación que llamo perversa tiene algunas características más o menos típicas. El objeto sustituto no puede ser reconocido como original porque no sólo no lo es, sino que se refiere a algo que, habiendo sido necesario, estuvo ausente. Además, en cuanto vínculo sustitutivo, lo nuevo tampoco es reconocido en sus propias características singulares. Por estas dos razones se trata de una relación espuria. La función de esta relación perversa, por desviada, es encubrir o mantener apartado al sujeto de ese doloroso y difícil duelo. Resulta así un vínculo recreado en permanencia, precisamente para mantener esta distancia, de ahí su transformación en vínculo adicto, al mismo tiempo frágil y tenaz, puesto que configura una modalidad de relación donde fácilmente se abandona al objeto por otro, pero no se cambia de estilo relacional, a la manera de un alcohólico que cambia de bebida pero no deja de beber.

Si la carencia ha sido mayor, si el sujeto no contó en grado extremo con la mediación de la ternura, y su invalidez infantil o juvenil transcurrió en el sufrimiento, la violencia y la injusticia, el sujeto mismo será esas cosas. Estará seriamente comprometida la adquisición de lo que antes llamé imposición de justicia. No se tratará sólo de alguien proclive a las alternativas perversas adictivas, sino que configurará una intensa perversidad, en el sentido sádico, donde la violencia, siendo algo constitutivo, se ejerce por la violencia misma. Un sujeto desesperanzado, incluso desesperado como individuo deseante, propenso a la dependencia de droga o equivalente y con muy pocas posibilidades éticas. El apoderamiento será su hábito.

El cuadro se corresponde bastante con lo que algunos autores como R. Laing describen bajo la denominación de "inseguridad ontológica", donde el tiempo presente no aparece como un *continuum*, con un mañana posible desde los indicios de hoy que permiten imaginar y organizar el futuro; los indicios en todo caso se transforman en presagios más o menos temibles o en una total indiferencia sin proyección futura. Lo que no se tuvo en su momento refuerza el sentimiento de lo que no vendrá.

No sólo el tiempo no es un *continuum*, tampoco lo es el cuerpo, transformado en escenario de sufrimiento y violentación. Esto es dramático en los casos de los drogadictos, en quienes el cuerpo está enajenado y funciona principalmente como una vía para mediatizar la droga. Son sujetos para la muerte. No viven; en cierta forma, son sobrevivientes.

Por supuesto, he cargado las tintas al extremo; en la práctica, los grados de patología se despliegan en una amplia graduación en cuanto a su magnitud. Pero tiene sentido dibujar estos extremos, pues no sólo existen, sino que me sirven de introducción a una situación totalmente límite.

Me refiero a la de los niños cuya invalidez infantil está atendida por adultos usurpadores del rol parental, en quienes toda posibilidad de ternura está insanablemente cuestionada por definición. Es imposible el desarrollo del miramiento cuando el punto de partida mismo es un apoderarse del niño, de hecho secreteado frente a éste y a la sociedad. De ninguna manera habrá empatía que garantice el suministro de lo necesario, cuando lo necesario primordial, los padres, han sido eliminados y los familiares apartados, muchas veces con la complicidad de los mismos usurpadores y siempre

con el conocimiento de éstos, aunque ellos no sean partícipes directos.

Todas las condiciones señaladas en el fracaso de la ternura están exaltadas al máximo, en cuanto a la dificultad para la inscripción de las contraseñas de humanidad humanizadora. La relación con los usurpadores se transforma de modo inevitable en relación perversa, puesto que ella es sólo alternativa impuesta por la supresión violenta de lo originalmente necesario, la familia.

No se trata únicamente de un vínculo perverso, sino que el apoderamiento en secreto tiñe la situación de sádica perversidad. Un secreto que de manera inevitable se filtrará y, de acuerdo con la magnitud de lo filtrado, el niño podrá atravesar por lo que he descrito como "encerrona trágica" o quedará atrapado en el efecto de renegación siniestra.

A muchas personas les cuesta tomar conciencia de lo que representan estos niños atrapados en un pozo profundo, del que es injusto que sólo intente recuperarlos la infatigable acción de las Abuelas.

No es de extrañar que, en el curso de su restitución, se deban enfrentar, sobre todo al comienzo y en grados diversos, vínculos dependientes adictos establecidos por estos niños, desde su invalidez, con los usurpadores. Hay bastante experiencia acerca de cómo abordar esta situación terapéuticamente, sobre todo en casos de niños adoptivos que viven en condiciones de torpe ocultamiento de su condición. La mayor y más frecuente torpeza es precisamente el secreto de familia, con el que el niño convive cotidianamente, y que crea condiciones semejantes a las que señalé al comienzo como efecto siniestro.

Cuando alguien se apodera de un hijo ajeno, usurpando el lugar parental con ocultamiento ante la Sociedad y la víctima, de ninguna manera puede pensarse que se trata de alguna forma de solución altruista para ese niño. El acto usurpador constituye lo que describí como una alternativa perversa adicta, que supone en los delincuentes la existencia de una patología de base, con algunos elementos frecuentes en su personalidad. Por ejemplo, la ausencia del requisito ético que he denominado "la imposición de justicia", una de las causas de la perversión sádica, así como una carencia elemental que configure el llamado duelo por lo no tenido, donde el niño atrapado funciona como sustituto de lo originalmente ausente, y en cuanto sustituto, no es reconocido ni en su identidad ni en su historia.

Se establece entonces una relación espuria adictiva tiránica, que es tal no sólo para el niño sino también para el propio usurpador, que no puede renunciar a su presa, de la cual está preso, porque de lo contrario se vería enfrentado con lo originalmente ausente. No es por amor que la retiene, sino como alternativa al servicio de su patología. Muchas veces, lo no tenido, al ser asunto antiguo, está acrecentado por la imposibilidad de tener hijos propios.

El niño usurpado, aunque de inicio esté formalmente atendido en cuanto a calidad y cantidad de suministro, no podrá ser sino un niño atrapado en un vínculo perverso, pues él mismo está sometido a pérdida de lo no tenido, ya que fue privado del deseo engendradora de sus padres y, sobre todo, privado de la verdad acerca de su cruel situación. El lugar de la verdad estará inevitablemente infiltrado por el "secreteo" y sus efectos nocivos.

Muchas veces el niño atrapado funciona a la manera de un objeto fetiche, en tanto que con su presencia y con los cuidados que le brinda, quien se apodera de él pretende proclamar ante su conciencia y la sociedad algo así: "No es verdad que soy culpable, puesto que amo tanto a este niño". El amor no tiene nada que ver con el velo fetichista que tenazmente pretende ocultar el crimen. El fetiche es un ídolo adorado por lo que es: una mentira que dice que es lo que no es.

Sólo el establecimiento de la verdad absoluta, en condiciones contextuales de tercero al que apelar con ayuda adecuada y justa, pondrá en marcha el desentrampamiento de este niño. Ya contamos con suficientes casos que confirman plenamente esto. Por desgracia, son muchos los que continúan todavía atrapados sin salida.

17. LAS CAMPANAS SOLIDARIAS DE MARIE LANGER

La evocación de los Derechos Humanos hace propicia la ocasión para incluir en esta historia a Marie Langer, como una persona con quien he mantenido extrema afinidad en este terreno, dentro del psicoanálisis. No debe extrañar que ella no integre, como tampoco Bleger, el quinteto pascual que pertenece a otros andariveles de mi vida. Ambos componen una línea mucho más política y emocional como influencia importante en mi visión del mundo. Con ellos, más que extranjería

compartí lo que de internacional tienen los ideales socialistas; destaco el sentido del término socialista en su valor más genuino, en general perdido en su empleo cotidiano.

La acompañé como amigo psicoanalista, así me lo pidió ella, en sus últimos meses de vida. Alguien me preguntó, luego de su muerte, qué había aprendido en tal trance, entonces escribí un texto que por razones no ajenas a la Guerra Civil española, que la contó como médica de las Brigadas Internacionales junto a Max, su esposo, también médico, titulé: "Las campañas solidarias doblaron por Marie Langer", aludiendo al personaje de pelo corto de un conocido film sobre la guerra civil española. Mimi también temía, en los últimos tiempos, el pelo corto por efecto de los rayos.

En el libro en el que se basa la película, Hemingway utiliza aquella frase que advierte que "cuando doblan las campañas por algún muerto también doblan por ti".

En ocasión de un congreso en La Habana, pocos meses antes de su muerte, sabiendo ella de su cáncer, fuimos a visitar la finca —ahora museo— de Hemingway. El azar quiso que se encontrara con un viejo pescador y también excombatiente de las brigadas, al que la televisión francesa estaba reportando, junto con sus compañeros.

Mientras le sacaba una foto a Mimi frente al museo, un cuidador señaló que en ese lugar se había fotografiado por última vez el dueño de casa, antes de morir. Ella comentó, como al pasar, que ése también sería su último retrato; no había tragedia en su tono, sólo aceptación.

Horas después se realizaría un acto en su homenaje en la Casa de las Américas; los cubanos querían destacar así el solidario compromiso de esta psicoanalista con lo que representaban Cuba y la Nicaragua del sandinismo, adonde ella viajaba frecuentemente desde México para contribuir a la capacitación de trabajadores de la salud.

Sabiendo que yo tomaría la palabra en la ocasión, me dijo: "Así que, compañero, vas a hablar sobre mí en la Casa de las Américas... Tengo miedo de ponerme a llorar". Era obvio que temía que el acto acercara la presencia de su próxima muerte. Le respondí que habría de celebrar lo que representaba su manera de vivir.

El texto que incluyo es el que leí al año de su muerte, en un homenaje que le hicimos sus amigos.

Seguramente la mayoría de los que estamos acá la conocimos. En todo caso, las palabras de quienes hablaron nos refrescan su recuerdo y la ilusión del vídeo que acabamos de ver, nos devuelve, con el eco de otras evocaciones, esta querida presencia. Nos devuelve la juvenil vejez de su figura. La sencillez de su palabra hablada desde largos años de coherencia.

Este documento, realizado en Cuba durante el primer encuentro entre psicoanalistas latinoamericanos y psicólogos marxistas, rememora el último acontecimiento público en el que intervino Mimi Langer. ¡Cómo no recordar el orgullo de su humildad que la hacía, sin que ella demostrara demasiada conciencia, una figura carismática y querida! ¡Cómo no recordar su franqueza llana y familiar!

Durante aquel encuentro, la Casa de las Américas organizó una reunión en su homenaje. Todos, incluida ella, sabíamos que estaba enferma de gravedad. En realidad, mortalmente enferma. Sin embargo —y no podía ser de otra manera, en especial a causa de ella misma— resultó un acto de amor y de conmovida alegría. Mimi comenzaba a pasarnos sus banderas, las que hoy homenajeamos. ¿Pero quién era Marie Langer?

Cuando debí hablar en aquel homenaje, me resultó fácil guiarme por los recuerdos. Bajo el repetido encabezamiento de “¿Te acuerdas, Mimi?” pude ir uniendo circunstancias de su vida en el campo psicoanalítico, en el trabajo hospitalario, en la lucha gremial, en los Derechos Humanos y en la cálida amistad que era la nuestra.

Después, cuando escribí acerca de sus últimos días, no hice otra cosa que transcribir aquellas conversaciones finales, en tanto se encaminaba serena hacia su muerte.

Pero hoy la propuesta es otra; quisiera hablar sin la apoyatura legítima y fácil de la historia. Quisiera adentrarme no sólo en quién era ella, sino en aquello que de ella levantamos esta noche.

Decía san Agustín —y seguramente Mimi hubiera sonreído sorprendida ante mi apelación a un santo— que cuando no le preguntan acerca de qué es el tiempo, cree saber qué es, pero lo ignora cuando lo interrogan al respecto. Con Marie Langer acontece algo semejante. Todos sabemos quién era ella

en el recuerdo, pero tal vez por haber sido una figura tan familiar, tanto como lo es el tiempo, paradójicamente no resulta fácil responder quién era.

Es posible que a ella misma le sucediera algo semejante. Recuerdo un reportaje, dos años antes de su muerte. La periodista la interrogaba acerca de quién era y entonces contestó: "Quizás una mujer vieja, una mujer de setenta y cuatro años. Tal vez una judía errante, y no sé si eso está bien o mal, que ha vivido en muchos lugares. Una médica graduada en Viena, que a pesar de haber vivido en muchos lugares, ha adoptado la condición latinoamericana". Ésa fue la respuesta de Marie Langer. Respuesta que vale por lo que afirma y, principalmente, por lo que sugiere.

Una mujer vieja —dice—, como si afirmara que su condición de mujer no está encadenada a los encantos y beneficios de un cuerpo joven. En esta constante de mujer, más allá de la tiranía del tiempo y sus efectos, asentaba su feminismo. También su juventud.

Una judía errante —agrega con dudas—, sin atribuir a esto un carácter totalizador de su condición humana y sin dejar de reivindicar su origen judío, principalmente frente a todo antisemitismo.

Médica graduada en Viena —continúa—; alude así a su capacitación, refiriéndola a la cuna del psicoanálisis, a la par que levanta el viejo compromiso médico con el sufrimiento humano. Mimi nunca renunció a la mejor tradición psicoanalítica, pero pudo rechazar la peor tradición del psicoanálisis: la neutralidad cómplice, el aislamiento elitista.

Pero, sobre todo, esta respuesta de Mimi evidencia un rasgo principal de su persona: un estilo en absoluto solemne. No sea que en el fervor del homenaje nos tiente alguna forma de idealización; falsearíamos su memoria. Basta recordarla —en el final del vídeo que hoy pasamos— con el bagaje de su edad atravesando en traje de baño la escena, del mismo modo joven con el que se pasea por las páginas de su autobiografía, donde la valiente mostración de su vida disipa hipocresías sin ningún exhibicionismo.

Evocando ahora a un pensador, Montaigne, repetiría lo que él afirmaba: "No hay mejor destino para el hombre que el de cumplir cabalmente su oficio de hombre" —y que me disculpe Mimi, la feminista que nunca desmintió su camaradería con los hombres, haber englobado en ese término al género humano—.

Si es cierto que un oficio asumido cabalmente es una ma-

nera de vivir, Marie Langer fue un oficio hecho acción. Figura excepcional dentro de una manera de concebir el psicoanálisis, nunca la embargó la sensualidad del poder, en todo caso sí la pasión de poder hacer su oficio en toda ocasión que se lo permitiera, al servicio de una visión revolucionaria atravesada por el marxismo.

Solía decir que el triunfo de la revolución nicaragüense la ilusionaba, como si finalmente hubieran triunfado los ideales derrotados en la República Española, que la contó como médica en las Brigadas Internacionales. Sin duda aquel bautismo de fuego, en verdad de fuego, dio a toda su vida una coherencia ineludible. Porque aun cuando haya muerto antes que los avatares políticos del socialismo pudieran entristecerla, sabemos que no hubiera renunciado a sus convicciones.

Su oficio de psicoanalista la llevó a transitar por un estrecho sendero entre dos abismos. El del autoritarismo represivo, con múltiples máscaras encubridoras, y el de la demagogia seductora, con enmascaramientos semejantes. En este estrecho camino la condujo no la búsqueda preestablecida de la verdad dogmática, sino la producción de verdad.

El poeta Gabriel Celaya dice: "La poesía es un arma cargada de futuro", de futuro queremos cargar este homenaje, en esta tierra donde vino a morir y en donde tantas veces los intentos democráticos enfrentan proyectiles. Los amigos sabíamos cuánto amaba algunos poemas.

18. "H 8", ALGO MÁS QUE "LLÁMELO HACHE"

En la intimidad cotidiana de su composición, este largo capítulo terminó llamándose "dinosaurio", tal vez por su tamaño con más cola que cuerpo, o por aludir a cierta "arqueología" de mis comienzos clínicos pre-psicoanalíticos.

Es moda cinematográfica de estos tiempos mentar los dinosaurios y hasta sus parques jurásicos. "H 8" es un recurso moderno para procesar el pensamiento clínico, más psicoanalítico para algunos, menos para otros; nada que ver con ese período medio de la era mesozoica, época en que corretearon estas criaturas. Con todo, debo convenir que en este parque clínico incubaron, al calor de las discusiones, antiguos aforismos de mi práctica, y generaron escritura editable, entre otras ésta que llamé "dinosaurio".

En el capítulo sobre procederes críticos, al aludir a la tragedia, señalo cómo la posterior escritura con que se pretende expresar la vivacidad de lo acontecido suele reflejar poco de lo que realmente ocurrió. Es posible que esta breve puesta por escritura del suceder en "H 8" tampoco haga justicia a la riqueza de su producción.

¿Qué es "H 8", además de sede del procesamiento conceptual de nuestro trabajo con las instituciones públicas? Si no nos hemos equivocado mucho, es ámbito semejante y distinto para cada uno de quienes están o estuvieron en este recinto.

Interesante la idea de recinto; se la escuché por primera vez a Alejandro Ariel, al delimitar una institución por lo que ahí no se dice, por lo que se calla. Un límite dado por lo que se habla en los pasillos. Coincido con la idea, en tanto palabra es siempre una estrategia personal.

En este sentido, "H 8" se pretende respetuoso de los pasillos necesarios a cada uno y a las vicisitudes de su funcionamiento. Hay momentos en que el recinto alberga más hablar pasillero, tal vez sin que nos lo propongamos y como consecuencia de uno de los aforismos de cuño más o menos colectivo, surgido en el grupo, proponiendo que la intimidad se genera cuando retroceden las sombras intimidatorias. Es sabido que esta intimidad confiere resonancia escuchable a las "discursiones" críticas, si se me permite esta condensación hecha neologismo.

En general, hacemos luz de entendimiento clínico al amparo de la cuota de amistad que se ha ido forjando. Esto sin desconocer que hubo tiempos en los que los témpanos intimidatorios alertaron "titanics". Es que pretender trabajar la subjetividad de las instituciones asistenciales públicas, tan atravesadas por infortunios, es tarea titánica, o al menos medio utópica. La otra mitad es medio loca. Convengamos que poca cordura resta en este quehacer, que además se pretende psicoanalítico.

Desde el punto de vista del abordaje clínico de una institución, ajustado a pasos graduales con valor de niveles de análisis, "H 8" corresponde a lo que denomino "diagnóstico no operacional", aquel momento metodológico donde se intenta determinar los grados de permeabilidad/impermeabilidad

pronóstica de un ámbito en el que se pretende operar. Es la pausa clínica fundamental para transformar en datos útiles, la asunción dramática con que ese campo se refleja (¿transferencialmente?) en quienes trabajan sobre él, recaudo necesario para que ese reflejo no advenga en actuaciones ciegas en el momento de la intervención.

De no mediar esta pausa, representada por el momento de "H 8", es fácil adoptar roles complementarios, ausentes en las instituciones sobre las que operamos. Son las clásicas funciones "imposibles" de gobernar, educar e incluso "medicar" (desde una clínica psicoanalítica). El camino más corto al fracaso de un cometido como el que nos proponemos.

Además, esta pausa diagnóstica no operacional es un momento idóneo para construir la relación válida entre el conocimiento que se está manejando y la verdad que habrá de resultar; un pasaje propio del quehacer crítico, que partiendo de un existente objeto de conocimiento —el material en discusión— se encamina hacia un objeto de conocimiento inexistente aún, representado por una "verdad" por construir y no sólo por desempolvar. Una verdad que tal vez quede reducida a poner en funcionamiento un proceder clínico idóneo, respecto de las hipótesis diagnósticas que se manejen.

Si se pretende tal producción crítica, resultará necesario el reconocimiento explícito de las características personales de quienes integran el equipo. Un reconocimiento que comienza por respetar los estilos individuales, además del equipamiento conceptual y metodológico, así como la orientación que cada uno da a sus investigaciones.

Los estilos, cuando están definidos, tienen, dentro de un equipo como "H 8", cierto valor de *status* por su constancia. En cambio, el equipamiento y los intereses personales se ajustan más a la versatilidad de los roles, adaptables a las circunstancias clínicas, a las prioridades que se establezcan y al posible descarte de las ideas clínicas cuando pierden utilidad. No ocurre esto con el estilo clínico personal, sobre todo cuando éste no aparece proclamado sino que sostiene la intimidad del proceso con que alguien se asume en sus funciones.

El reconocimiento de las características propias de cada uno, como un repertorio de los recursos humanos puestos en

juego, facilita discriminar la producción individual de otra, más "irracional", dada en el conjunto de clínicos que intenta habérselas con el campo social. Ya aludí a ese reflejo de las características del campo asumido dramáticamente por el equipo en términos de "captura transferencial", útil si se está atento a ella, pero capaz de producir un "funcionalismo" esterilizante del pensamiento si no se la considera. Es frecuente que en las comunidades institucionales y en el propio equipo clínico esta situación se exprese con la forma de dos preguntas, dibujando opciones algo contrapuestas. Una enfatiza el "¿qué nos está pasando?", otra el "¿qué debemos hacer?". La primera traduce los efectos de la contaminación por el campo. La segunda, el intento de accionar pensantemente.

Toda producción que tome en cuenta ambos niveles podrá procesar, en esa pausa clínica que reconozco como diagnóstico no operacional, los "borradores" provisionarios, útiles para abordar el diagnóstico y el tratamiento que correspondan.

Un equipo como "H 8", que trabaje en estas condiciones, generará un caldo de cultivo propicio a la confrontación clínica de sus integrantes, a los desarrollos individuales y a la producción de inteligencia clínica.

Quiero ahora centrar la atención en otros aspectos de la dinámica y evolución de un equipo como "H 8".

Se trata de resolver un obstáculo, más o menos frecuente, que si no está encarnado, al menos sí representado por mí mismo, en tanto convocante inicial del resto de los integrantes. Más aún cuando esa convocatoria fue acompañada por la propuesta del nombre que habría de designar al grupo. Una suerte de logotipo cuyo origen y significado ya comenté.

Quien convoca suele hacerlo desde un más largo recorrido en el oficio, en el que tal vez acredite —no necesariamente— mayor nivel conceptual, que si la capacitación funciona pronto habrá de ser emparejado en concordancia o diversificación. Tal vez el convocante sólo tenga más años y éstos no se emparejen, lo cual no constituye precisamente una ventaja.

Si el nombre "H 8" fuera una pelota, de inicio aparezco como su dueño. Mas no cabe engañarse al respecto; esto no supone propiedad del juego. Quizá sólo —lo escuché como foráneo mensaje— el riesgo de aparecer depositario convergen-

te de algunas transferencias, y es prudente recordar que con éstas, como con las bancarias, pueden darse las corridas que promuevan quiebras.

En este tipo de situación, en algún momento habrá de darse algo bastante paradójico entre convocante y convocados. No se trata de un grupo cautivo, cosa casi imposible en este caso por la índole de sus integrantes, todos habilitados para sostener un proceder clínico y crítico, sino que el cautivo suele ser el convocador, reducido al imposible papel de "fundador" (un papel que alude a aquellas imposibles funciones dentro del psicoanálisis que ya mencioné). Si permanece en esa incómoda situación, se convierte en alguien que perturba. Si sólo desaparece, también.

En tiempo antiguo y griego, el ostracismo era una salida para alejar tiranos (en el sentido que entonces tenía esta función). Sin perder la ciudadanía ni las propiedades habidas, e incluso con el reconocimiento y el voto públicos, marchaba al exterior. Es posible que a otros, antes y en peores condiciones, las del "fármaco" o su versión hebrea del chivo emisario también les tocara el desierto. Es cosa de siempre el que esto ocurra, en parte, porque alguien se propone, lo sepa o no, para este destino de exclusión. Sobre él habrán de sumarse, de hecho arbitrariamente, cargas ajenas.

En tiempos actuales, más afines a las imperfecciones democráticas, se dan otros dispositivos para resolver esta inevitable tensión entre la autonomía del convocante y la de los convocados.

En nuestro caso, o tal vez en nuestra casa, tratamos de superar soluciones de herrero (otra H para los ocho), ya que deben ser evitables los remanidos cuchillos y las razones de palo.

El desafío para un grupo clínico como es "H 8" consiste en no desmentir en el propio funcionamiento íntimo lo que se sostiene conceptual y metodológicamente en el quehacer público.

Resulta importante superar esta etapa de transición eludiendo dos riesgos. Por un lado, el surgimiento de un equipo muy formalmente instituido. Por el otro, la primarización y sus inevitables secuelas deteriorantes.

La primera polarización corre el albur de rigidizar el conjunto hasta perder la ágil versatilidad propia de la operación clínica. La segunda, además de arbitraria, es callejón sin salida. Ambos desenlaces conducen con frecuencia al establecimiento de las clásicas neurosis actuales, impermeables a un examen histórico y también a un devenir auspicioso de soluciones.

Todo esto es tema que ocupa nuestro actual funcionamiento. Ya fue una buena experiencia. Ahora nos donamos la curiosidad acerca de cómo continúa —y eso depende de nosotros—.

19. ADENDA FINAL

Un psicoanalista —es una de las tesis de este libro— puede llegar a adquirir suficiente habilidad para sostener su propio análisis.

En algunos casos, esto llega a ser condición irrenunciable, inherente a este oficio de la curiosidad, en primer término por sí mismo.

Puede suponerse también una curiosidad mayor que el espesor de lo propio ignorado, obligando a ese analista a vivir como tal, sólo de lo ignorado ajeno. Más adelante habré de llamar a esa falta de propia y fecunda ignorancia a conocer, “carácter psicoanalítico”.

Esta larga narración, en avance y retroceso, pretende hacer espesor, compaginando el futuro de algunos recuerdos, ese necesario espesor sobre el que habrá de trabajar, silenciosa y lenta, la perelaboración psicoanalítica, fundamento del propio análisis.

Palabra de sonido algo torpe esta perelaboración, comparada con *durcharbeiten*, la original freudiana. Pero fonética aparte, alude a “trabajar a través” de ese espesor de las arduas pulsiones, haciendo conciencia, con pretensión de ser más tarea que síntoma.

En el análisis personal y el propio análisis consecuente, la perelaboración es como la flecha del tiempo que desequilibra sistemas “caóticos en equilibrio” (suena paradójico, pero es así) y ordena el caos.

En este sentido avanza la narración psicoanalítica, como lo hace el tiempo físico cuando supera la degradación entrópica (degradación que también puede serlo de las palabras y las ideas cuando se banalizan), para ordenar conceptualmente si no el caos, al menos la necesaria ambigüedad de los inicios.

Aprender de la experiencia, enseñaba Bion –y lo confirman las ciencias duras, como la física, y las más elásticas, como la metapsicología–, supone tolerar el tiempo necesario para que los textos –y también los hacedores de textos– vayan cursando, desde el noviciado y los amores teóricos hasta arribar a la cuesta del saber posible que sobre sí mismo se puede afirmar. Un saber que en psicoanálisis suele develar que ya se sabía lo que se acaba de saber con posible destino de olvido. Un olvido que, marcado por un instante de temporalidad consciente, habrá de aparecer “radioactivo” de temporalidad, colonizando la inconciencia (preconsciente) a la que ha retornado. Éste es el fundamento del oculto trabajo (*durcharbeiten*) que amplía la brecha de una preconciencia más permeable al tránsito entre los dos escenarios psíquicos donde se representa el vivir de las personas.

Parte II

II. DESDE LOS PROCEDERES DE LA CRÍTICA LITERARIA A LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA COMO UN PROCEDER CRÍTICO

1. EL PSICOANÁLISIS Y LOS PROCEDERES CRÍTICOS

He tomado en consideración distintas razones para establecer una relación, a mi juicio provechosa, entre el psicoanálisis extendido a las comunidades institucionales, en parte asunto de este libro –a la postre sólo en parte– y los procedimientos del crítico literario (y no estrictamente la crítica literaria), procedimientos por cierto alejados de mi trabajo habitual, si bien fueron textos de críticos como Macherey, Steiner, Barthes, Blanchot –por nombrar sólo aquellos a los que suelo referirme más asiduamente– los que encaminaron este intento. Estas lecturas me indujeron a cavilar en torno a cierta reticencia personal para escribir acerca de lo que la práctica clínica inscribe cotidianamente en mi memoria. Pareciera que una frecuente edición hablada, propia de mi modalidad clínica en el trabajo con las instituciones, desgantara mi voluntad de revisar, con destino de libro, aquello que por frecuentado termina siendo camino hartamente recorrido.

La modalidad personal a la que aludo se refiere a concebir la actividad de analista institucional como una propuesta atenta a la capacitación de quienes son destinatarios de la experiencia, promoviendo el conocimiento de su propia institución, con especial atención al tipo y significado singular de la pertenencia de cada sujeto a su ámbito. También a las funciones específicas que cumple en su cometido.

Sucede que esta manera de desarrollar mi trabajo institucio-

nal obliga a cierta mostración de los fundamentos conceptuales, los métodos y las técnicas con que conduzco mi quehacer. Entonces, las conceptualizaciones de la práctica cotidiana, la atención ética como eje capacitador, tampoco ajena a la preocupación política que acompaña la actividad de todo aquel que asume su interés por la comunidad, favorecen y hasta determinan una suerte de edición hablada y práctica, a la postre responsable de cierta "fatiga" para la edición en libro. Esta situación facilita la producción de artículos de circunstancia, preparados para mesas redondas, congresos, seminarios, fichas universitarias, etcétera, todo lo que acrecienta aún más el sabor de lo repetido.

No se me escapa que este texto pretenda salvar el obstáculo del que hablo recreando la ilusión de un sendero distinto. En los senderos de sí mismo, los pasos pueden alcanzar una resonancia íntima, al tiempo que encaminan sorpresas, entre otras la del obstáculo que se abre en descubrimiento del propio caminante.

Reflexionando por escrito sobre la índole de esta dificultad, y a la vista de algunos de aquellos textos de circunstancia, surgió la idea, y luego el intento, de llevar adelante una suerte de propia crítica, no estrictamente literaria, término que despertó el escozor de algún amigo y que decido no obstante conservar —tanto como al amigo— atenta a poner en escritura aquello de lo que habitualmente hablo.

Fue así que me dispuse a revisar críticamente mis modos de escribir, procurando identificar, desde una proximidad con valor de propio análisis, esas características, así como los obstáculos principales, situación que de hecho supone cierto ejercicio ilegal de la remanida crítica literaria, aunque ello se haya traducido en resultados y no en la mostración del proceso íntimo que los generó, sobre todo porque se amalgamó con el propio análisis.

En primer lugar, pude advertir una curiosa figura discursiva; curiosa en ese momento por no haber reparado con anterioridad en ella, pese a su frecuencia, pero antigua como la edad griega. Me refiero a la forma aforística que para bien o para mal, según el momento y el uso que de ella se haga, iba tomando la teorización —quizá debiera decir la memorización conceptual de mi experiencia, sobre todo de aquellos aspectos

con mayor valor operacional—. Es sabido el papel importante que las formas aforísticas desempeñan en toda transmisión oral, especialmente en disciplinas como el psicoanálisis, donde la palabra hablada juega una función decisiva cuando se pretende transmitir psicoanálisis psicoanalíticamente.

Entonces los aforismos, como sentencias medidas, breves y elegantes, pueden alcanzar una notable precisión para reflejar algo de la desmesura en la que habitualmente se originan. Es esta última condición la que les confiere un efecto interpretación en el discurso psicoanalítico oportunamente verbalizado, pero mucho más en el texto escrito, como si mantuvieran algo de la eficacia hablada.

Puede suceder que el uso repetido, sobre todo retórico, así como las mutaciones culturales, cuando los insignifican, terminen trivializando su valor. Un valor tal vez recuperado por la enseñanza académica, atenta a producir la memoria propia del saber establecido. Dejan entonces de aludir a la desmesura, como propuesta indirecta, trocándose en formal afirmación.

Un buen ejemplo de lo anterior acontece cuando el conocido aforismo con el que Freud presenta la transferencia, “Repetir para no recordar”, deja de ser una manera de aludir a la difícil medida del proceso transferencial, para quedar convertido en una pobre definición generalizada, al invertir totalmente el sentido en un “Repetir para recordar”. Por supuesto, no se me escapa que estamos hablando de recordaciones pertenecientes a distintas tópicas del aparato psíquico. No obstante, sigue siendo un buen ejemplo de cómo un aforismo deja de abrir una cuestión, tal vez no de una forma directa, para trocarse en una afirmación que cierra.

Pero, en general, un aforismo válido no muere, es muerto por quien lo convoca inoportunamente. Por cierto que también pueden jugar una mala pasada, cuando su dueño los siente ladrando como cuzcos de la memoria, espantando el pensamiento. Entonces es mejor mandarlos a paseo, ya que han dejado de ser las antiguas sentencias encendidas, reducidas ahora a vacío esplendor.

En el sentido anterior, las formas aforísticas personales representaban para mí obstáculos para la escritura, y me obligaban a volver una y otra vez sobre algunos pasajes estructu-

rados bajo esa forma, procurando corregirlos de modo tal que no resultasen un maquillaje de lo trivial que se repite y rescataran de esa sentencia la memoria dinámica de la experiencia que la originó.

La expresividad trágica y la producción aforística de su desmesura con frecuencia van de la mano. Esto puede hacer del aforismo a la vez obstáculo y oportunidad; se trata de saber abordarlos del mismo modo que el psicoanálisis trabaja los recuerdos encubridores, que como el saber constituido, a menudo al encubrir señalan lo que está oculto.

En este sentido, la etimología de aforismo remite a "aforo" y de ahí "aforar", operación mediante la cual se delimita un espacio. Parte de la autocrítica de mi escritura consistió en descubrir lo que está oculto tras la expresión formal de mis aforismos personales, sobre todo cuando su uso habitual empaña más que delimita los espacios de la tragedia.

Dada la relevancia de esta figura retórica en la transmisión psicoanalítica, más adelante habré de ocuparme detalladamente de ella en un capítulo especial. Por el momento, la consigno en su aspecto de memorioso saber trillado, capaz de desanimar la escritura.

Voy a introducir ahora un punto central en estas consideraciones sobre la crítica. Se trata de concebir la clínica psicoanalítica fundamentalmente como un proceder crítico. No se me escapa lo polémico que puede resultar, desde el punto de vista del proceso psicoanalítico, decir que en un trabajo clínico existe un lugar para la actividad crítica del operador dada en el propio acontecer, habida cuenta del riesgo que comporta aproximarse al lugar del árbitro y de tercero de apelación. Todo esto, sin desconocer la importancia de los analizadores que, surgidos en el propio campo, regulan e incluso empalidecen útilmente la función del analista. Lo anterior no se opone a considerar la clínica psicoanalítica como un quehacer crítico —es precisamente lo que intento presentar—, aplicado a la práctica social del psicoanálisis; tampoco implica que para trabajar psicoanalíticamente en una institución sea preciso renunciar a los fundamentos esenciales del psicoanálisis, aunque es oportuno procurar no entramparse en aquellos procedimientos que son pertinentes en otros contex-

tos más tradicionales, pero que no favorecen un desarrollo clínico que permanezca atento a las vicisitudes de la subjetividad en un campo social. Una atención que apunta a operar sobre la coartación del sujeto deseante, a fin de que se torne expresivo en su singularidad.

En una intervención psicoanalítica institucional se confrontan inevitablemente el estatuto instituido, por definición consensual, y el estatuto psicoanalítico, de hecho sin metas consensuales; se aproxima así el mito bíblico de Babel: una empresa utópica (la que resulta de esa imposible concordancia de estatutos), la inevitable confusión de lenguas y la posible dispersión de gentes. Sin embargo, este paradigma de las diferencias no necesariamente debe terminar en dispersión, sobre todo cuando la simultaneidad dialectal llega a ser escuchada como se escucha la asociación libre.

Esta posibilidad propia del proceder psicoanalítico permite sostener sin prematuras dispersiones la confrontación de varios discursos contemporáneos —por supuesto, no a cualquier precio—. A esto habré de aludir cuando me ocupe de la cultura de la mortificación como patología de la tolerancia.

Roland Barthes se refería —sin duda utópicamente— al espectáculo de una feliz Babel donde convivieran los múltiples y distintos dialectos de la cultura; no sería justo endosar a Barthes la felicidad idiota del que ha renunciado a la inteligencia de lo que acontece. Diré, sí, que en la producción de inteligencia psicoanalítica no prevalece el que dos o muchos se entiendan —siempre sobre el marcapasos de alguien que impone su entender— sino el entender de dos o muchos. Es a partir de ese entender singular que se abre espacio para acuerdos suficientes en la acción y en el placer, atravesando confrontaciones críticas, cosa imprescindible para la construcción dialogal de la verdad y el bien común. Quizás esto aproxime en algo la posibilidad que imaginó Barthes.

Hay una manera de ser analista que encamina inevitablemente hacia la numerosidad social. No es ajeno a ella concebir los fenómenos de subjetividad en relación con el hecho de que todo sujeto es siempre sujeto social, en el que lo inconsciente no es territorio de la interioridad sino acción expresiva y expansiva, sobredeterminada por el contexto.

La misma transferencia, capturada o domesticada como neurosis de transferencia, crece silvestre en sociedad. En el análisis individual el analista caza al acecho de la espera abstinente; en la numerosidad social, en cambio, se impone la pertinente cautela de quien va activamente en busca de las piezas del inconsciente.

Es posible que a medida que vayamos avanzando en este planteo del psicoanálisis en extensión social, no necesariamente se resuelvan las dificultades sino que por momentos aumenten, más aún si se pretende sostener el psicoanálisis como proceder crítico. No se puede vestir de fácil lo difícil; baste con no agregar arbitrarios obstáculos.

Es tiempo de ocuparme más detenidamente de algunos aspectos esenciales de la disciplina del crítico literario y de la propia a un psicoanalista crítico del quehacer institucional. Del entrecruzamiento de ambas actividades puede surgir, con todo su vigor, la idea del análisis crítico institucional.

Por otra parte —ya desligado del inicial interés personal por la crítica— fui vislumbrando la posibilidad de recuperar para el término “análisis” todo el significado que como operación básica de conocimiento tenía, antes de perderlo en parte frente al hegemónico rango que en la indagación intra e intersíquica alcanzó el psicoanálisis en su siglo de vida. Me anima el propósito de reverdecer, desde una metáfora propia de la fruticultura, el viejo pie de la crítica que, como función analítica a lo largo del pensamiento humano, ha florecido en múltiples ciencias anteriores y posteriores al psicoanálisis. Un viejo “pie salvaje” el de la crítica, con toda su potencialidad histórica, al cual acoplar la nueva vara sofisticada del psicoanálisis, como a un frutal —en especial viñatero— para favorecer, a su acabado tiempo, la espiritualidad de un buen vino. Un vino resultado de lo añejo del pie y lo nuevo del injerto, anticipado como psicoanálisis crítico.

Así concebido, a la manera de un proceder crítico, el psicoanálisis no es un retoño nacido de las ciencias sino una especie original, que si bien no es ajena a los beneficios del pensamiento cartesiano —por tomar un hito sobresaliente del proceder pensante— implica reconocer el mérito de Freud, cuando más que descubrir el inconsciente y sus consecuencias, lo

diagnostica desde sus consecuencias en el pensamiento consciente. Esto rompe definitivamente con la idea de sujeto monolítico del “pienso, existo”, y establece desde ahí la incompletud del sujeto dividido, no sólo en inconsciente y conciencia, sino en múltiples dicotomías —entre ellas el deseo y el compromiso— que habrán de hacer del funcionamiento humano, funcionamiento en dos escenarios, uno visible, otro invisible; en ellos, desde lo ignorado hasta lo sabido, habrán de iluminarse nuevos ignorados que, referidos al sujeto mismo, se oscurecen e iluminan mutuamente.

Este juego de luces y sombras, expresado en la fórmula “la conciencia es al inconsciente como...” — y caben aquí múltiples formulaciones, por ejemplo, la macrofísica (newtoniana) a la microfísica (cuántica); el descubrimiento al invento; el humor al chiste; el tiempo cósmico a la temporalidad, etcétera— crea en el registro del conocimiento de la subjetividad, tanto como en el del cosmos, una cierta paradoja: el inconsciente puede ser explorado desde la conciencia, pero los datos que de esta exploración emergen, cuestionan permanentemente a la conciencia. De la misma forma, la física newtoniana, con todos sus desarrollos tecnológicos, hizo posible el diagnóstico de la microfísica cuántica, diagnóstico que habrá de desmoronar las evidencias de aquélla, al reducir la categoría de certeza a mera imaginiería. Eso mismo pasa con la conciencia que fue haciendo posible desentrañar el inconsciente. Cuando la conciencia vuelve críticamente sobre su origen, de la misma manera que la certeza científica lo hace sobre sus fundamentos, se da ese doble fenómeno, verdaderamente paradójico, de disolver la certeza al advertir el error sobre el que se asienta, es decir, examinando lo anterior para disolverlo desde sus efectos y simultáneamente avanzar lo nuevo, una novedad que no hará otra cosa que demostrar el equívoco de la teoría anterior que lo hizo posible.

Entonces podría pensarse que todo conocimiento nuevo es sólo instrumental, una herramienta para abordar lo ignorado. Por supuesto, es interesante y difícil de eludir la pregunta: ¿quién hizo lo ignorado que el hombre explora? O mejor: ¿qué significa que en la evolución del cosmos haya aparecido hace sólo un instante —comparativamente con su tiempo de

existencia—ese estado de la materia viva que llamamos conciencia humana o conocimiento? Conciencia que escapa a la flecha irreversible del tiempo-materia, para volverse temporalidad reversible, la del pensamiento, concebido como el fluir del tiempo, hecho lanzadera entre pasado y futuro, desde la temporalidad presente de la conciencia.

Esto es lo esencial del proceder crítico del pensamiento: establecer causas en el pasado que generan consecuencias en el futuro que cuestionen esas causas. En ese sentido, el proceso es inagotable y esa inagotabilidad es la perturbación que en la evolución metonímica, o sea en el *continuum* metonímico de la materia inorgánica, orgánica y viva, representa la aparición del hombre, es decir de la conciencia pensante. Ésa será también la perturbación propia del sujeto humano, soportando la falta definitiva de toda certeza; en eso radica su definitiva incompletud, lo que hace apasionadamente interesante examinarlo con curiosidad, sobre todo cuando esa curiosidad es capaz de volverse sobre el sujeto mismo.

Desde que el mítico habitante del paraíso (esa morada veraniega de Dios) rompió la certeza edénica para comer del árbol de la curiosidad, curiosidad del conocer y del saber sexual, fundamento de la diferencia de género —no sólo hombre/mujer, sino además bien/mal, luz/sombra—, nos encontramos con las series de aquellas diferencias: la conciencia es al inconsciente... como lo erótico al sexo, como lo humano a lo divino, como lo conocido a lo ignorado, como la certeza a la incertidumbre, etcétera.

El proceder crítico avanza penetrante entre dos conocimientos, se instala y se desarrolla en la grieta, tal vez en el corredor dialéctico, entre dos apariencias; entre dos posiciones antitéticas. Es avezado en identificar los pasajes fronterizos para penetrar hasta su fondo, hasta el patio de atrás. No mide; constituye en todo caso un dispositivo o medida, una suerte de instrumento que hace posible abordar la desmesura de toda crisis. Básicamente, el instrumento crítico es semántico; no coloniza territorios en nombre de ningún rey, de ninguna teoría; articula los nombres que describen el lugar sin colonización semántica foránea. Cuando lo hace es porque ignorando de qué se trata, apela a sobrenom-

bres provisionales, o en el mejor de los casos nombra sólo las circunstancias del encuentro.

Cuando el terreno es totalmente desconocido, tal vez se remita a algún saber aforístico que funciona como pregunta y no como afirmación.

No quiero eludir a sabiendas la amenazante proximidad del término híbrido, mencionado anteriormente, que si bien en biología se acopla a vigor, para designar la fuerza genética de una nueva especie surgida del entrecruzamiento de otras dos, arrastra no obstante un significado descalificador. Baste pensar en el desprestigio de las estériles y en general malhumoradas mulas, más aún las tramposas. Pero sabido es que en lo humano la pureza racial como paradigma es bandera reaccionaria y fundamento genocida. En todo sentido, siempre habrá más posibilidades con lo exótico como valor de creatividad, incluso en la belleza, sobre todo cuando lo híbrido es a la vez crisol alambicado y fervoroso caldero. Nuevamente la Babel feliz, algo utópica, de Barthes, que hace cohabitar diferencias y sostener las proximidades escandalosas de la ambigüedad, como prerequisite a la producción crítica.

Vale adelantar que esta ambigüedad es una de las herramientas propias de todo buen crítico —y un clínico lo es sustancialmente en su proceder específico—.

Bion, que era un analista original y excelente clínico, a la par que arduo teórico, para bien y para mal, aludiendo a “aprender de la experiencia”, destaca el beneficio de tolerar la ambigüedad, en el sentido de atreverse a tomar aspectos parciales de teorías distintas, para ir organizando una comprensión válida —finalmente no ambigua— en la conducción de un proceder clínico.

En la producción de conocimientos, esta idea de Bion contribuye a arrojar luz sobre el sentido del vigor híbrido, resultante de legítimos y transgresores entrecruzamientos de conceptos y metodologías dispares. Así se puede despejar el prestigio desdeñable del término “ambiguo”, cuyo sentido original es por cierto noble: “conducir, desde el entorno, lo que está en discusión”. Desde el entorno clínico, sin intromisión invasora ni marginación evasiva.

Entre las dificultades previstas, nos enfrentamos ahora con

una que se presenta nítida, en tanto parece difícil aparear la crítica y el análisis, dado que éste apoya su fundamento metodológico y ético en la abstinencia. ¿Cómo puede convivir una postura abstinentes con una crítica, ya que ésta supone siempre un activismo contrario a aquélla? A muchos analistas nos preocupa la difícil y necesaria dialéctica entre la abstinencia metodológica (la que permitió que la clínica se apartara de los caminos médicos y se hiciera psicoanalítica) y la no neutralidad, en realidad no neutralización del sujeto analista; se trata de una preocupación básicamente ética.

Queda clara la necesidad ética de la abstinencia en el dispositivo de la neurosis de transferencia, pero se abre la cuestión en relación con la práctica teórica. En el debate teórico, obligadamente, van quedando atrás la abstinencia propia y la ajena. Aquí un analista puede funcionar como un agudo crítico, incluso de la literatura específica, dada la importancia que tiene la letra escrita en el psicoanálisis, donde un texto metapsicológico vale más por hablar al inconsciente que por describirlo. Cuando esto ocurre, se transforma en un clásico al que se vuelve con beneficio, porque tiene la virtud de soportar y transparentar —como en los sueños— los contenidos que lo motivaron; el espíritu de la letra trasciende en él las reglas de la gramática. Un texto así es leyenda en su valor de lectura recomendada. Su discusión se reinicia cada vez que se habla de él.

Discutir los textos es una manera de definir el acto psicoanalítico de la transmisión. “Mantengo un debate con Freud”, decía aproximadamente Lacan, para señalar que era un lector freudiano crítico; tal vez por esto alcanzó fecundidad su propuesta conceptual de volver a Freud. Impulsando un volver psicoanalíticamente crítico, presentó varios flancos para ser criticado. Es que sus textos teóricos, como los de Freud, componen un Lacan mejorado, con el cual muchos lacanianos lúcidos mantienen un debate, más allá de los escándalos biográficos.

Pero convengamos que pese a los argumentos expuestos, sobre todo desde una perspectiva ética, en relación con lo que denominé la difícil dialéctica entre abstinencia psicoanalítica y la no neutralidad, flota sobre la cuestión cierta indefinición

ambigua, con el riesgo de mero declaracionismo. Podría recordar lo ya dicho acerca de que el enfrentamiento dialéctico de dos posiciones conceptuales o metodológicas puede rendir buenos resultados, en tanto sea factible tolerar la ambigüedad lo suficiente como para eludir los fundamentalismos dilemáticos. Éste es el sentido noble de la ambigüedad que ya he mencionado.

Volvamos entonces a algunos lineamientos de la crítica literaria, con la esperanza de ir más allá de la mera discusión ambigua. Ocurre que la crítica literaria tiene su propia ambigüedad metodológica, distinta de la que venimos señalando con referencia al análisis —y es ésta la diferencia que hace interesante el entrecruzamiento de ambas—.

Señala P. Macherey que la ambigüedad del término “crítica”, aplicado a la literatura, proviene de dos actividades diferentes integradas en ella. Por momentos se presenta como denuncia o juicio negativo frente a la obra que examina, pero su actividad fundamental es el conocimiento positivo de las condiciones en las que fue posible la producción de esa obra. Esta fluctuación entre ambas actitudes y la consiguiente ambigüedad constituyen, según Macherey, un principio básico en la crítica literaria, que le permite moverse próxima a las ciencias y al arte, definido este último en sentido estricto de técnica.

Sin duda, lo que marca la diferencia entre la ambigüedad de la crítica y la que integra la abstinencia no neutral del analista proviene del juicio negativo, que resulta incompatible con el dispositivo metodológico psicoanalítico, necesario para la captura de la transferencia neurótica como neurosis de transferencia.

Pero en un ámbito institucional abordado desde el punto de vista psicoanalítico, ya no resulta factible el empleo de este dispositivo esencialmente centrado en la escucha abstinente.

Suele acontecer que un analista sin mayor experiencia en el campo social, pretenda abordar una cuestión institucional extremando su presencia abstinente, cosa nada pertinente a la naturaleza de ese campo. En este contexto, la condición pertinente obliga a no desconocer la especificidad del quehacer que agrupa institucionalmente a las personas sobre las

que se pretende operar. Sin olvidar que un accionar psicoanalítico, cualquiera que sea su modo e intención, debe ajustarse a la condición necesaria de la escucha idónea, pero ella sola no es condición suficiente, pues es preciso que alguien esté dispuesto a aceptar esa escucha y poner en juego su vocación por el inconsciente. De no reunirse ambas, es posible que esa práctica social o individual se torne navegación azarosa o incluso grotesca, con más vocación de naufragar inútilmente —no todo naufragio es inútil en estos menesteres— que de arribar al puerto de lo conocido o al de la sorpresa.

La regla de la pertinencia, fundamento central de lo que el psicoanálisis tiene de arte, es decir de técnica, vale tanto como la de la abstinencia. Se requiere para este arte una clara posibilidad crítica, referida al parentesco que el vocablo guarda con criterio y con crisis, en sus netos significados de discernir, juzgar y decidir, y que configura una situación con el peligro propio de toda crisis en tanto oportunidad; peligro de perder la oportunidad.

Es importante que un analista no sea impertinente, es decir, inoportuno, exponiéndose al peligro de perder la ocasión cuando, tirano y tiranizado por su oficio, tal vez advenido profesión, “resbale sobre el baluarte de la ortodoxia”. Un antiguo aforismo de Periandro. Cuanto más alto sea el baluarte, tanto más grave será la caída.

Volviendo al juicio crítico como rechazo y denuncia, fue Pichon Rivière quien bastantes años atrás, al trabajar con grupos familiares y grupos secundarios primarizados, introdujo la noción de denuncia. Puede tratarse de un comportamiento sintomático, por ejemplo la queja, cuando deja de ser individual y se hace cultura colectiva. La lectura crítica que denuncia los tristes argumentos quejosos hará posible que éstos recuperen el valor —en el sentido de valentía— para disparar la protesta que denuncie la causa oculta o explícita del malestar, al mismo tiempo sugerida y velada por la acobardada queja.

Junto a la queja conviven, además, otras formas degradadas del enjuiciamiento, por ejemplo, los comportamientos infractores que nunca llegan a la transgresión. En la queja, alguien se enmascara de víctima —y realmente suele serlo—

apelando a la piedad o la comprensión del opresor. El quejoso no se apoya en los restos de su fuerza, sino en su acrecentada debilidad y desde ese disfraz, que suele exaltar lo que es cierto, espera secretamente los beneficios de la víctima. Tratar de recuperar el vigor de la protesta y la transgresión, latente en la situación quejosa e infractora, abre la posibilidad de restablecer algo del juicio crítico, que toma conciencia de las causas —ahora no renegadas— del sufrimiento.

La actividad crítica de un analista institucional frente a la queja procura identificar el mecanismo patógeno de mayor frecuencia en esta circunstancia: la renegación, que mediante la operación de negar que se está negando, pretende mantener alejado de la conciencia aquello que amenaza filtrarse desde la queja. Es por causa de esta renegación que lo repudiado retorna como malestar quejoso. Se trata de establecer una distinta doble vuelta, ahora denegación positiva, negándose a aceptar todo aquello que niega (repudia) las verdaderas causas de una situación mortificada.

Esta doble negación positiva configura una revalorización moderna de la utopía, que así considerada, casi en el sentido de ahora o nunca, algo propio de la denuncia, no hace de la utopía memoria del mañana o de los tiempos míticos del consuelo, sino propósito con tónica actual. En este sentido resulta una actividad crítica promotora de crisis.

La utopía, entendida como acción develadora actual, mantiene algo del antiguo linaje heroico del término, y pone en juego todos los recursos disponibles, sin demora quejosa frente al auxilio que no llega, aun cuando se lo siga reclamando. Es así que surge, junto a la utopía actual, el otro pilar indispensable para toda refundación: la autogestión, quizá también un horizonte de la utopía.

Utopía y autogestión son dos requisitos valiosos para que lo nuevo se establezca. Importa señalar que lo nuevo, en el sentido fuerte de noticia que irrumpe, no es un contagio optimista derivado de la proximidad con la utopía y la autogestión, sino el resultado esperable de cualquier actividad crítica, ya sea en el terreno literario o en el institucional. En ambas situaciones, el operador parte de un objeto de la experiencia, la obra del autor o de los actores institucionales, con el propósi-

to de arribar al objeto de conocimiento, inicialmente inexistente. No es que lo nuevo se oculte bajo el rechazo renegado; en todo caso éste sólo disimula algo ya conocido y experimentado. El nuevo conocimiento tampoco es meramente especulativo, sobre todo en la crítica institucional (la especulación sí es propia de la literaria). Se trata de novedades tangibles, producto de un conocimiento en acción.

He marchado durante breves tramos con la estimulante proximidad del crítico literario, una presencia tal vez mayor de la que aquí se manifiesta. Sé con todo que me ha faltado interrogar suficientemente su saber crítico, quizá porque carezco de las preguntas adecuadas o por la prisa en bifurcar trayectos, al aceptar diferencias que ponen en juego lo esencial del mencionado vigor híbrido. Hablemos, pues, de diferencias.

El crítico literario que parte de la obra, su objeto de experiencia, no pretende tener efectos sobre ésta ni sobre el autor; quizá logre acreditarlos para los lectores y hasta forme opinión entre ellos.

De antiguo suele presentarse al crítico de arte, por lo general injustamente, como creador frustrado y hasta resentido con aquel que sí llegó en su quehacer. Pero esto es harina de otro costal. Si bien se trata de un costal vecino, no corresponde embadurnar una despedida con el engrudo de las generalizaciones, ya que se corre el riesgo de quedar pegados en el agravio.

En cuanto al autor, sobre todo si está afirmado en su consistencia creativa, no suele verse mayormente influenciado por el crítico, aunque sí, quizás, halagado o hasta ofendido. Pero la mayor parte de las veces, se siente ajeno al comentario, aun cuando estime novedosas sus conclusiones. Es frecuente que se muestre sorprendido, en términos de "¿Eso piensa que yo quise decir o hacer?" En la ocasión, probablemente el crítico considere extraño muchas de mis elucubraciones.

Deben asistirle sobradas razones para que así sea, pues como ya señalé, no es éste mi oficio y sólo procuro, en función de zapatero, acrecentar suela —debiera decir suelo— a mis zapatos, caminando los procedimientos críticos del psicoanálisis. Cosa propicia al debate.

Hablando de debate, un proceder mayor de la crítica, en general de imprevisibles resultados —y así conviene que sea—, resulta interesante advertir cómo se pasa del silencio necesario para examinar un texto, propio o ajeno, en ámbito privado, al acaloramiento del debate público.

En el marco recoleto de la lectura, es posible crear la suficiente tolerancia a la fluctuación ambigua con que la crítica entrecruza el juicio sobre un texto y el examen curioso de las condiciones de su producción; una curiosidad que motoriza más el deseo de saber acerca de lo nuevo que el de defender lo ya conocido. Esto no acontece en el debate público, donde la curiosidad no tiene tanto espacio para motorizar la crítica en procura de un conocimiento inexistente aún. Se diría que el acaloramiento del debate promueve más la tentación de apearse a lo conocido.

Entonces, no es dable esperar que en la perentoriedad de un debate se den condiciones semejantes a las que existen en el marco de una lectura crítica, que permite hacer funcionar la herramienta de la ambigüedad tolerada —todo el tiempo necesario— hasta acceder a un conocimiento no ambiguo.

La lectura es propicia para que el crítico ponga en juego la incumbencia de sus conocimientos teóricos y su práctica, y en un segundo plano, el subsuelo emocional donde se asientan dichos conocimientos.

Por el contrario, en el debate es probable que ese orden se invierta y resulte más evidente ese subsuelo emocional, lo cual llega a teñir fuertemente el discurso frente al público. Más que producciones elaboradas, habrá de aparecer un conjunto de borradores provisionales. En esto se afirma precisamente el beneficio de la discusión crítica, cuando verdaderamente lo es; desde la exaltación del que defiende lo propio, o del que examina críticamente lo suyo, se irá restableciendo el sujeto crítico quizás hasta entonces ausente. Es posible que en el calor de la discusión surjan las distintas variables propias de la toma de posición. Así, alguien puede mostrarse centinela apostado para defender su puesto. Otro apostará, con el riesgo propio de la vehemencia, a una posición sin demasiado fundamento, hasta devenir apóstata de su línea habitual de pensamiento, no sostenido en la ocasión en una válida mutación

del mismo. Apostando, apostar, apóstata son distintas variables etimológicas del término posición, conjugadas en la emoción de un debate.

De hecho, este conjunto de borradores desprolijos representa la oportunidad de avanzar una realidad crítica construida colectivamente. Esta construcción tal vez sea más viable para quienes asisten, quizá como testigos callados, a lo que está en discusión. Testigos que se beneficiarán al ocupar una posición similar a la que tiene el crítico cuando lee un texto, beneficio comparable al del clínico ubicado en un punto de facilidad relativa, posición algo excéntrica al campo, pero no externa a él.

Es posible que esta situación de testigo sea recuperada, después de la discusión, por todos aquellos que participaron activamente y se retiraron no demasiado comprometidos con sus heridas o sus posiciones de centinelas, de apostadores o de apóstatas, es decir aquellos que lograron recuperar cierta fluctuación curiosa por lo que estaba en discusión. Esto será más factible si se ha garantizado un proceder crítico que, en el curso mismo del debate, alcance una eficacia modificadora sobre la realidad en juego y especialmente sobre la realidad subjetiva de los participantes. Me ocupo de esto cuando hablo de "seguridad psíquica", designación no muy afortunada, pero que terminó por acuñar costumbre en mí. Señala aquella situación lograda en ardua conducción clínica, en la que la torpeza o el acierto de cada uno remiten a la propia experiencia universal de torpezas y habilidades.

La transformación operada en los panelistas de una mesa redonda, cuando han tenido la oportunidad de usar las herramientas críticas, antes y durante el debate, ilustra bastante lo que suele acontecer en una institución, toda vez que el analista a cargo de la intervención logra conducir una elaboración ajustada al análisis crítico. Para ello, su primer cuidado apuntará a resolver la coartación de los sujetos, indispensable para una discusión crítica.

Los cuidados a los que aludo para alcanzar esta meta giran en torno a lograr que retroceda la intimidación latente o explícita, causa importante de esa coartación, para restablecer así una resonancia íntima semejante a aquella en la que los pane-

listas pudieron examinar críticamente sus ponencias antes del debate. Ya habré de referirme en detalle a esta oposición entre intimidación e intimidad, en el capítulo consagrado a la cultura de la mortificación. De hecho, estoy pensando en instituciones atravesadas precisamente por esta cultura.

Si los panelistas tuvieron oportunidad de asumirse sujetos de sus ponencias, algo similar ocurre con el primer objetivo de esa intervención institucional, cuando los miembros de esa comunidad se asumen sujetos de su propia pertenencia.

Vayamos pues al análisis crítico institucional, en el que la actividad supone una estrecha convivencia entre el institucionalista visitante y los actores locales, todos moviéndose en un escenario común, aunque éste no sea ya el de la actividad habitual. Aun cuando se tratara del mismo lugar, la inclusión del clínico y del cometido que conduce crea las condiciones propias de la crisis con sus peligros y sus oportunidades.

El analista institucional para nada mueve los hilos de las decisiones; de hacerlo, correría el riesgo de convertirse en un comando paralelo. Es, en cambio, el principal responsable de poner a punto las condiciones que habrán de producir la comentada fluctuación ambigua entre juicio y circunstancias de producción de lo enjuiciado.

Detengámonos una vez más en el problema del juicio crítico, aplicado a la práctica institucional. Puede suceder que se trate de la forma de debate institucional que venimos considerando como debate público; en él, una comunidad institucional enjuicia y ventila públicamente las condiciones de producción de su actividad.

También hay otra modalidad de juicio público, donde el énfasis está puesto en evidenciar algo que se considera inadecuado o hasta contrario a lo correcto, todo esto en nombre de posiciones éticas; algo así como denunciar alguna impunidad teórica o metodológica, con intenciones más correctivas que punitivas. En ocasiones, este juicio público asume un perfil próximo a lo que se conoce como juicio popular, un juicio con evocaciones comuneras, que expresa la clara intención de hacer justicia con quienes aparecen responsables de un orden arbitrario.

Con ambas situaciones, el debate o la reivindicación justificiera más o menos explícita puede encontrarse enfrentado el analista institucional —e incluso estas modalidades enjuiciadoras pueden ser consecuencia de su intervención—. El hecho es que siempre se demandará, de su parte, la suficiente firmeza metodológica para conducir situaciones que presenten alguna característica que importa atender, si se pretende extraer un razonable buen resultado.

En la práctica tienen mayor frecuencia las formas atenuadas de lo que aquí describo, sin desconocer que también lleguen a darse legítimamente las acentuadas, donde es muy posible que el psicoanálisis, como conducir clínico, deba ceder lugar a otras formas más adecuadas a la situación. Entonces, el analista podrá asumir su compromiso ético como individuo, sin que por eso el psicoanálisis deje de circular por él como propio análisis.

Se trata de impulsar el debate democrático, motor del bien común y evitar el activismo esterilizante y los psicologismos arbitrarios, que giran viciosos entre fracciones, sin ningún beneficio crítico para la comunidad institucional. Esto último acontece cuando en la virulenta y desdeñosa discusión se confronta, por ejemplo, alguna corriente psicoanalítica teórica, presentada o no como pensamiento de escuela, con otras que se definen de manera semejante, exhibiendo títulos validados en una práctica que no se apoya en los fundamentos sostenidos por aquélla.

La situación es harto conocida en el medio psicoanalítico, cuando un “nosotros” grupal, en apariencia indiferenciado —ésta es la primera ilusión— enfrenta a un “ellos” también visualizado de modo ilusorio como negativamente homogéneo. Por supuesto, según la vereda desde la que se hable, variarán las designaciones de “nosotros” y “ellos”. Lo que permanecerá es la instauración de una situación concreta, opuesta a toda plasticidad simbólica, provista de la rigidez del cascode pero carente, aunque ande por el piso, de la nobleza del adoquín que afirma un camino.

Este cascode concreto ocupa todo el espacio simbólico y hace inutilizable el enfrente y diferente propio del debate de ideas. El espacio entre ambos ha desaparecido, a expensas de un

“nosotros” que inventa desde la pura subjetividad al “ellos” —y viceversa—. Se anula así toda oportunidad para que surja el segundo término de la fluctuación crítica, que se propone examinar las condiciones en las que es generada la actividad del otro grupo e incluso del propio. Ningún esfuerzo lúdico puede originarse allí para la producción de inteligencia y de eventuales acuerdos; sólo puro cascote y terrorismo teórico desde las respectivas cavernas (las del psiquismo y las de los trogloditas), donde prevalece una suerte de regresión fundamentalista, desdeñosa de aquello que, por presentarse distinto, es visualizado genéricamente como impureza conceptual o metodológica.

Cuando los analistas se asumen militantes, al modo de Mambrú, suelen ir a la guerra; estos combatientes terminan por perder las mejores pertenencias de su propio equipamiento personal, para pasar a pertenecer, consensual y anónimamente, a los ritos tribales de la fracción que los posee militantes. Bien apartados, por cierto, de aquel ya consignado aforismo que define la producción de inteligencia, desde el punto de vista del psicoanálisis, como dos o muchos que antes de entenderse, entienden singular y deseantemente. Aquí la producción de inteligencia marcha al ritmo de alguien a seguir, se lo entienda o no, con función de marcapaso. Una jefatura transferencial que nada bueno pronostica. Tal vez algún oportuno “parricidio”.

La homogeneidad ilusoria y dañina, en cada grupo, se hace no solamente a expensas de la renuncia a la singularidad de los individuos sino ajustándose, además, a la moda de “lo que se usa en esta temporada”. Todo lo cual contribuye a que sólo algunos —en el mejor de los casos— logren producciones de cierto valor, referidas a las teorías en uso.

En estas condiciones, es probable que los “teóricos”, a su vez enfrentados entre sí, pronto encabezan nuevas fragmentaciones de “nosotros” y “ellos”. La tiranía, cualesquiera que sean los carriles a los que apele para dictar lo que se debe usar en política, teoría, arte o simple vestido, hace que “los sabios que en el mundo son” dejen de ser parientes de la ley, para tornarse en sus dueños —cosa poco sabia por cierto—. Saberes de ciruela.

Ser pariente de la ley constituye un símbolo, con toda la eficacia simbólica que permite el difícil y mejor camino de la producción social democrática, que no adocena mediocres ni mueve súbditos. Por el contrario, ser amo de la ley configura una ecuación simbólica, entendida en términos del antiguo concepto del pensamiento kleiniano, según el cual la degradación simbólica propia de la psicosis supone una confusión entre símbolo y simbolizado. O tal vez se trate de una ley con legislador en provecho propio, donde el poder resulta personalizado.

Hablando de leyes democráticas y de tiranías, cabe comentar que "la instauración concreta", en tanto anulación de todo espacio lúdico entre el "ellos" y el "nosotros", es casi una maldición folklórica que pareciera pesar desde antiguo sobre los intentos organizativos de la política nacional. Cada ocasión en la que se procura organizar, bajo la forma de frentes de acción política, amplios sectores sociales con expectativas solidarias afines, una y otra vez surgen el "ellos" y el "nosotros", ambos preocupados por restablecer las purezas que dividen, al jugar los pequeños narcisismos, que habrán de dar cabida a las mezquindades personales.

Estos enfrentamientos configuran una modalidad atenuada de la encerrona trágica y sus dos lugares, jugando un partido en el que cada uno, para el logro de sus objetivos, depende de un otro al que simultáneamente rechaza como opuesto a esos mismos objetivos, que por lo general son comunes.

Pero salgamos del escenario político y retornemos al institucional. Un psicoanalista eventualmente involucrado, tal vez esté absorto en su abstinencia frente a esto que sigo categorizando como el "ellos" y el "nosotros" de la instauración concreta. Es probable que contemple un caos que imagina posible de ordenar de un modo maniqueísta, sin matices, en blancos y negros; quizá marche vacilante, más que sobre las piedras del chiste evangélico que recomendaba cómo caminar sobre las aguas, sobre tanto cascote inútil. Es posible que tante vanamente el fondo oculto con el *contus* de algún saber aforístico, desde ya de inútil e inoportuna verbalización, pero capaz de orientarlo en silencio en aquello que la situación tiene de conocido.

Precisamente, ésta es la cuestión, pues si se asume ana-

lista crítico deberá correr el riesgo de afrontar las proximidades del arbitraje; sólo las proximidades, sin cubrir roles ausentes, sobre todo cuando en esa institución nadie parece tener o validar títulos ni deseo suficiente para funcionar como tercero frente a los dos lugares condenados a rechazarse y necesitarse simultáneamente.

Próximo al arbitraje podrá identificar los analizadores que van apareciendo en el campo, y correrá los riesgos de la arbitrariedad, que es riesgo menor, frente a la pretensión de asumir un rol totalmente prescindente. Más o menos protegido de ser arbitrario, no tendrá mayores dificultades, desde allí, para ajustar sus propios errores al camino del ensayo que permite la rectificación. Esto es posible cuando los errores no son faltas éticas ni asunciones moralistas de alguna verdad verdadera, que olvide la dialéctica entre las causas de la verdad y las causas justas. Pues éste es el camino del ensayo y el error rectificables.

En general, los psicoanalistas se ocupan de las situaciones límite con posterioridad a los hechos; no es frecuente verlos en medio de los acontecimientos críticos con características extremas, salvo cuando no pueden evitar quedar atrapados en los conflictos de su propia institución.

En los comienzos de la década de 1970, con varios colegas, me tocó ser protagonista de un juicio con características de debate público y por momentos de juicio político, que habría de provocar nuestra ruptura con la institución psicoanalítica "oficial". Para muchos de nosotros aquel memorable acontecimiento resultó beneficioso, y marcó definitivamente nuestra práctica ulterior.

Desde entonces no he dejado de ocuparme de la institución psicoanalítica, tal vez por aquello de que el psicoanálisis institucional comienza por casa. Nunca he vuelto a integrar ninguna otra, salvo en situaciones que mantienen un mínimo carácter instituido y un alto grado instrumental.

Podría decir que intentar sostenerme psicoanalista, no en la medida de lo posible sino de lo pertinente, en el tipo de instituciones en que más frecuentemente lo intento, constituye en sí un tipo de pertenencia con el beneficio no de lo sostenido sino de lo frecuente y variable.

Cada vez me resulta más claro el lugar que estas prácticas tienen en mi capacitación psicoanalítica, una capacitación incluso extendida a los ámbitos privados, donde el psicoanálisis ha puesto su dispositivo clínico de la neurosis de transferencia más a punto —y con menos zozobra—.

Esta capacitación psicoanalítica alcanzada en la práctica institucional gira en torno a lo que he de desarrollar in extenso en el capítulo sobre propio análisis.

2. CONSIDERACIONES ACERCA DE LOS AFORISMOS

La figura del aforismo es propia de la transmisión oral y era corriente en el siglo VI a.C., en el que se ubican los míticos Siete Sabios, en esos tiempos prefilosóficos de la cultura griega. La filosofía tenía entonces algo de práctica social, en tanto estos sabios cumplían funciones de consejeros e incluso llegaban a ser responsables de la conducción de asuntos comunitarios. Además, se los reconocía por su habilidad para encontrar soluciones eficaces que ayudaran en los trabajos cotidianos; en esto su artesanía solía ser tan admirada como sus ideas para avanzar en la racionalidad y la comprensión de las fuerzas naturales. No cabe duda de que aún no eran metafísicos los caminos de estos prefilósofos, pero iban alumbrando el amor por el saber y la especulación filosófica.

En aquellos tiempos, el saber circulaba por vía oral, tradición en la que los aforismos, como sentencias breves, elegantes y con fuerte carga semántica, eran habituales; siguieron siéndolo a través de los siglos y cubrieron un amplio abanico temático. Mucho tiempo después, Lichtenberg, profesor de física en Göttinga, en el siglo XVIII, llenó con ellos varios cuadernos a lo largo de su vida —y él mismo calificó su profusa producción de “Vía Láctea escrita”—. Se supone que también fue abundante la producción aforística de aquellos antiguos pensadores, aunque sólo escasamente hayan llegado hasta nosotros.

Me detendré con cierto detalle en la consideración de algunos aforismos griegos a partir de datos que consigna Gar-

cía Gual en su libro *Los Siete Sabios (y tres más)*,⁵ quien se ha ocupado detenidamente del tema. Puedo partir de uno que hizo fortuna, el clásico "Conócete a ti mismo" de Quilón de Esparta, regulado por otro de sus contemporáneos, "Es difícil conocerse a sí mismo" de Tales de Mileto, quien además acuña un consejo económico, prudentemente mezquino: "Da fianza y ya tienes ruina". Consigno también el irónico aserto, tampoco ajeno a la economía, de Clábulo de Lindos: "Cásate con mujer de tu rango pues si la tomas entre las de clase alta ganarás amos y no parientes", para acrecentar luego su elocuente ironía, no exenta de cinismo: "No castigues a los criados mientras bebes porque parecerá que no sabes soportar el vino". Periandro de Corinto era tirano no sólo en el sentido que entonces tenía el término, como recurso de gobierno en la emergencia, sino en el más actual, razón por la que parece haber sido excluido de los Siete por Platón. Quizá su experiencia personal, su precaución o simplemente el cinismo, lo llevaron a afirmar, en contradicción con su condición: "La democracia es mejor que la tiranía". Bías de Priene se presenta pesimista: "La mayoría de los hombres son malos", y por no desmentir su aire paranoide aconseja, por las dudas: "Acerca de los dioses di que existen".

Muchos siglos después, Lichtenberg completó aquella primera sentencia de Bías con otra: "El bienestar de muchos países se decide por mayoría de votos, pese a que todo el mundo reconoce que hay más gente mala que buena". Interesante el cuestionamiento a la democracia, entre otras cosas porque señala su razón de ser, la de proteger el bien común de esa "posible maldad" mayoritaria. No es difícil revertir el argumento de Bías y de Lichtenberg, aunque convengamos que sí lo es construir una "buena" democracia.

En la naturaleza del hombre —lo señaló Sócrates— la virtud y la perversión tienen raíces entremezcladas y hasta comunes, pero más allá de la condición moral de un individuo, la producción ética en tanto producción cultural colectiva, de-

5. Carlos García Gual: *Los Siete Sabios (y tres más)*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

pende menos de la suma o resta de las “buenas o malas” razones personales, que de la aritmética democrática o tiránica que produce el conjunto. Así los hombres pueden sumar maldades, pero el debate y la necesidad del bien público pueden revertir la suma adversa. Es cierto que también hay veces que ocurre todo lo contrario, pues nunca existen garantías en estas cosas; sin embargo, la azarosa democracia sigue siendo la mejor oportunidad, a través de los siglos, de producción justa y de buen trato, que de ahí proviene tratamiento en su significado de cura. Así entendida, la democracia es una oportunidad colectiva para la construcción crítica del bien común y de la verdad, una verdad no simulada como tantas veces suele presentarse la democracia, aprobando a Lichtenberg. Por otra parte, hablando de la verdad no puede eludirse el arduo tema de las “verdades verdaderas” y las verdades propias de las causas justas, tema que también puede formularse como el de las verdades mentirosas y las mentiras verdaderas, situación por cierto no ajena a la clínica, cuando no se hace de la verdad trofeo y el callar es una imposición dictada no por la claudicación sino por la ética.

Sin duda aquí reside uno de los grandes dilemas que enfrentan todas las disciplinas científicas, tanto las de la naturaleza como las del hombre, las más matematizadas y las narradas, en la medida en que la ética constituya una práctica y no mera especulación —y esto en cuanto se trata de la producción social de sujetos éticos, inevitablemente sensibles a lo que es y no es justo—. Así entendida, la ética es producción social más afín a los sistemas verdaderamente democráticos; una ética que no se enseña sino que corresponde producir.

Desde que el hombre comenzó su aventura cultural, siempre se habló de los hombres justos y de los que acumulaban conocimientos y habilidad. No se trata necesariamente de opuestos, pero lo uno no es condición de lo otro. El problema de compatibilizar la verdad que se va conociendo con las causas justas del bien común, radica en que es muy difícil para una cultura, que tiende a hacer del saber un trofeo de la eficacia, establecer las proscripciones que limitan la transferencia tecnológica de algunos conocimientos. Sin esos conocimientos materializados técnicamente, no serían posibles, por ejemplo,

las guerras totales y planetarias, ni los gendarmes de una parte del mundo podrían excluir a otra parte de la sociedad, incluso en el seno de una misma sociedad, de los beneficios que avanza la ciencia.

Volviendo a los remotos sabios que evoco movido por un interés afectivo en la adolescencia cultural griega, con raíces en las lecturas de mi propia adolescencia cultural, las que me llevan a recordar, cosa imposible de no hacer para quien dio sus primeros trancos en las prácticas sociales del psicoanálisis por los años '50, a ese otro sabio, que bien puede ser el octavo de los siete, Pichon Rivière. De él puede decirse que hizo escuela hablando —por cierto aforísticamente— y sin rehuir presencia. En algunos de mis textos, que llamo de circunstancias, señalo que si bien Pichon Rivière no dejó obra completa, dejó un completo anecdotario, con frecuencia de vena paradójica y satírica, equivalente en oportunidad y valor al que tenían los aforismos de sus antecesores griegos. Decía también en aquel artículo que como sucede en la informática, día a día van apareciendo anécdotas de segunda y tercera generación, hijas póstumas del vigor transgresor de una heredad “a la manera pichoniana”. Este anecdotario, atravesado por un humor de retruécano, funcionaba a la manera propedéutica de los cuentos breves con que los sufís predisponían sus enseñanzas. No le hubiera gustado a Pichon esta confrontación con los sufís por el aroma místico, que no le caía bien. Sufi...ciente, habría sentenciado sin preocuparle que yo continuara o no estas aproximaciones críticas a su estilo.

Es conocido que Pichon Rivière no escribía. En todo caso solía recurrir a la escritura de una manera un tanto singular; mientras hablaba —así lo conocí por primera vez—, si tenía un pizarrón o un papel a mano, iba cubriéndolo con palabras sueltas, inconclusas, casi garabatos, trazos con intención de rúbrica y las infaltables espirales ascendentes que él decía dialécticas. Una composición desconstruccionista con vocación surrealista no exenta de elegancia, que conservaba por momentos atisbos de su juventud anarquista e inesperados matices de aristocracia, tal vez sólo aires europeos de una infancia después provinciana. Pero no era hombre de letra escrita; seguramente su desgano era mayor. Sus libros, que no des-

mienten en general sus ideas, y ése es el mérito de quienes colaboraron en su factura, no transmiten en general su estilo. Son recopilaciones de sus palabras que, como los evangelios, corren el riesgo de promover predicadores. En cambio, las anécdotas de primera, segunda y tercera generación eluden ese obstáculo, porque nada tienen de repetición cristalizada y sí encienden las antiguas parábolas capaces de alumbrar la sorpresa de una perspectiva nueva en la oscuridad sin salida.

Vaya un ejemplo. Se trataba de un matrimonio donde el marido ocupó toda la entrevista despotricando contra la mujer. Pichon se disponía a despedirlos sin haber pronunciado palabra. En la puerta la mujer protesta: "Doctor, mi marido habló todo el tiempo de mí y nada dijo de él". "Eso es lo que él cree", respondió Pichon, "no vaya a creerlo usted también". En la siguiente entrevista se vieron los efectos. Podría incluirme testigo del hecho al garantizar primera generación de la anécdota, pero estoy dudando. ¿De quién se habla cuando se habla de alguien?

Al final de sus días, maltrecho en cuerpo y habla, seguía sin retacear presencia en obligado y elocuente silencio: parecía un centinela despierto, él de quien tantas anécdotas verdaderas y apócrifas se contaban en relación con el dormirse.

Dicen que se murió durmiendo. No lo pienso. Le escuché decir: "Nadie duerme en su muerte". "Seguro que despertó a tiempo", escribía yo en el artículo que evoco.

El silencio no era ajeno a aquellos sabios griegos y, como lo muestra la anécdota, tampoco a Pichon Rivière; todos debieron haber sido escuchadores: Bías, el descreído de la bondad humana, aconsejaba: "Escucha mucho y habla lo oportuno", consejo en el que coincidía con su contemporáneo, Titaco de Lesbos. Solón de Atenas, quizás el más escribidor, aconsejaba: "Sella tus palabras con el silencio y el silencio con la oportunidad". El más exagerado era Tales que parecía proponer silenciar hasta la acción: "La actividad es un tormento", y tal vez por eso "La intemperie es dañina", aunque se reivindicaba con "No embellezcas tu aspecto, sé hermoso en tus actos"; una hermosura cobijada y algo estática al parecer. Cie-

ro con el tirano nostálgico de democracia: "La precipitación es resbaladiza".

Éste es el riesgo de los aforismos, pueden resbalar en la repetición pueril, una de cuyas formas es la idealización. Seguramente ése fue el destino de aquellos que por entonces tuvieron una curiosa edición: los muros del templo de Apolo, en Delfos. Tal vez hasta figuraba el que promovía, por las dudas, la existencia de los dioses. La deificación de un aforismo siempre es sospechosa. Esto es lo menos que puede pensarse de una sentencia escrita sobre la entrada de una antigua maternidad de beneficencia: "Una madre es una madre y eso es todo". Y realmente, por lo que solía pasar con las parturientas solteras y pobres, era todo; afuera quedaba el resto; la actitud con que eran atendidas en algunos casos (no todos los hombres son malos) parecía responder a un aforismo que dijera: "Basta de quejarse, madres solteras, lavarás tu pecado de mujer en los sufrimientos del parto". Digo de mujer porque los hombres no sólo están —y más en estos casos— ausentes de la sala de parto, sino que por la ideología de esos parteros, seguramente también del pecado.

Es posible que los aforismos con su nitidez sentenciosa y su elegancia semántica tengan, en la infancia de la historia de la cultura y en los tiempos iniciales de quien va creciendo en un oficio, el mismo valor que en la historia de un sujeto tienen los recuerdos que Freud describió como encubridores. Un aforismo es una suerte de saber que se presenta nítido como memoria cristalizada. En este sentido, todo aforismo asumido personalmente puede funcionar a semejanza de un recuerdo encubridor, que vela y a la vez "mojonea" —valga el neologismo— un saber que amenaza. Quizá pueda resultar útil, para avanzar en el entendimiento, señalar un juego paradójico en la transmisión teórica; quizá, sólo porque esta paradoja hace intervenir tópicos distintas del aparato psíquico. En la transmisión conceptual con intención académica, se repite para forjar memoria teórica, memoria que en cierta manera hace de aforismo. A su vez, Freud presenta la transferencia con el conocido aforismo "repetir para no recordar". Es cierto que son tópicos distintas, pero ninguna lo es del todo cuando se trata del dinamismo metapsíquico de un sujeto. No olvide-

mos que Freud inicialmente habló de la transferencia en términos de cargas que se desplazan en distintas instancias del psiquismo.

Acabo de mencionar uno de los muchos aforismos con que Freud y sus continuadores poblaron el psicoanálisis. Ellos presentan toda la nitidez propia del recuerdo encubridor funcionando como saber memorioso y constituido, que con toda la utilidad académica que prestan, tienden a ensombrece otro posible saber, a la manera de una pantalla. Resulta útil la idea de pantalla, puesto que es un artefacto que tanto sirve para velar como para recibir señales, y ésa es la dinámica del recuerdo encubridor, ya se trate del original infantil o del semejante aforístico: no sólo encubren el yacimiento oculto sino que lo señalan como un mojón o, aún más, como un periscopio, puesto que algo parece mirarnos desde lo sumergido, con esa mirada filmica del sujeto del inconsciente, capaz de hacerse sueño o torpedearnos con una memoria que insiste.

Esta doble función de encubrir y señalar, propia de los recuerdos encubridores, ya sea en la neurosis infantil o en la neurosis de la memoria teórica, se la encuentra como núcleo constitutivo de la dinámica de aquellos aforismos con valor de herramientas clínicas. Su estructura integra, en general, dos propuestas enfrentadas. Repetir para no recordar ilustra con nitidez una oposición habitualmente menos identificable, pero siempre constitutiva, de aquellos aforismos cuya evocación permite a un clínico plantar los mojones de un aire familiar, en un campo inexplorado. Esta fluctuación entre mostrar y ocultar, resultante del enfrentamiento de propuestas y funciones distintas, recrea cierta ambigüedad útil en el tanteo diagnóstico, donde algo se nos presenta al mismo tiempo familiar y huidizo, y ésta es la razón por la cual un aforismo constituye más que una respuesta, algo destinado a proveernos de las preguntas que orientan.

Su utilización como respuesta no señalará nada más que su propia tumba. En la producción de inteligencia clínica, la memoria más constitutiva del operador puede ser punto provisorio de partida y estación de paso; cuando es llegada, oscurece tanto lo explorado como al explorador.

Que el aforismo clínico encierra dos términos enfrentados

lo ilustra también la complementación del "Conócete a ti mismo" y "Es difícil conocerse a sí mismo". Cada propuesta hizo carrera porque lo explícito sugiere el obstáculo implícito; el primer término vale porque señala la dificultad para lograr lo que proclama; el segundo, porque pese a la dificultad no desmiente el beneficio del intento.

Volveré sobre este enfrentamiento de opuestos, responsables de la ambigüedad que los hace útiles como referentes en el trabajo clínico y en la transmisión, cuando examine una fluctuación semejante, con valor de herramienta principal en toda crítica, en particular en la literaria; pero antes debo insistir en el valor de exploración del aforismo en pos de la pregunta oculta o nueva, en aquellas situaciones institucionales donde la actividad se ha tornado una respuesta mecánica huérfana de toda pregunta que la dinamice.

Muchas veces las instituciones en las que se agrupan los hombres a lo largo de sus vidas son globalmente respuestas acostumbradas y ciegas, que han perdido sentido más allá de la inmediatez cotidiana. Como máximo, esas instituciones suministran una pertenencia bajo la forma de una identidad cristalizada, sin mayor valor instrumental, asumida individual o colectivamente. Ya veremos cómo aquí se desarrolla la cultura de la mortificación con sus quejas que no alcanzan a florecer en protestas, como formas subclínicas protomanicomiales, en ámbitos alejados de los manicomios.

En general, quienes habitan una institución en esas condiciones están atrapados en una cultura automática donde funcionan como individuos aislados; nadie pregunta en verdad por nadie, y si alguien pretende levantar alguna cuestión que realmente atañe a muchos o a todos, no encontrará resonancia para sus palabras. Las preguntas huelgan y las banalidades aforísticas sobran: "Si no tiene nada que hacer, no lo haga aquí...", donde nada se hace por nadie.

Tan conocida es esta situación que tiene su propio correlato aforístico, del que enseguida me ocuparé; pero antes, un comentario más acerca de esta orfandad de preguntas para una actividad que parece navegar en un presente sin ningún mañana que lo tiña de sentido.

Conocida es la etimología, en latín popular, de "pregunta".

El barquero navega cauteloso en aguas desconocidas, tanteando el fondo con bichero o *contus*; de la vacilante exploración con el *contus* proviene *precontari*, y de ahí, “preguntar” por lo desconocido. Sin duda, ésta es una elocuente manera de ilustrar la exploración de lo oculto, ya sea tras el espejo del agua, la evidencia de la costumbre ciega, la nitidez de un recuerdo encubridor o de un aforismo. Se trata de no tentarse como Narciso con el propio rostro reflejado en el agua del recuerdo o de la sentencia personal acuñada a lo largo de la experiencia.

Cuando en una institución su principal actividad se ha convertido en una respuesta mecanizada, ciega de origen y de objetivos, con frecuencia prevalece un clima de intimidación no demasiado explícito. Quien pretenda denunciar ese estado de cosas, incluso el propio analista, difícilmente ha de encontrar respuesta sino más bien una muda invalidez incapaz de reaccionar.

Ocurre como con la mudez de un niño, que suele estar precedida por la sordera.

Esta situación se expresa en formas caracteropáticas donde las personas han incorporado los síntomas culturales como comportamientos “normalizados”. Una caracteropatía que se presenta impermeable a cualquier denuncia de la situación hecha desde afuera y mucho más desde el propio ámbito. Se organiza un recinto delimitado por lo que no se puede decir, y aquello que se dice no resuena; a mayor explicitación mayor sordera e incluso explícito repudio. “Aquí somos así” o “Las cosas siempre fueron así”. Fórmulas que se asemejan a otras de más siniestra procedencia como el “Por algo será” con que un pueblo se lavaba las manos frente al criminal e impune accionar de la represión. No necesariamente estoy pensando en estos términos, pero es un hecho que la desmovilización social y su consecuente despolitización, dada en las comunidades institucionales, terminan por conducir a esos extremos.

Cuando se trata de una cultura institucional, como la descrita anteriormente, donde se ha perdido la resonancia que permite hacer eficaz cualquier discurso, incluso el del propio operador, prevalece un clima de hostilidad más o menos encubierto, no tanto porque quede oculto al observador foráneo

sino porque los “nativos” han llegado a “normalizar” la mortificación y toleran el sufrimiento. Esto es característico en aquellas condiciones de intimidación donde no existe la necesaria intimidad para revestir libidinalmente un mensaje, de modo que resulte de interés, escuchable. De ahí que quienes digan la verdad prediquen en el desierto.

Éste puede ser el destino del propio analista, condenado a que la claridad original de su diagnóstico no encuentre la suficiente resonancia que garantice llegada. Es imposible o dificultosa toda luz que delate la sombra de intimidación.

La manera aforística de identificar esta situación, a grandes trazos, encaja en esta fórmula: “La intimidación impide la necesaria intimidad para escuchar a quien denuncia la verdad” o “En la cultura de la mortificación, el que dice la verdad predica en el desierto”. Las variables son distintas y es auspicioso que no aparezcan cristalizadas en una sola, pero todas, cosa propia del aforismo de utilidad clínica, enfrentan opuestos: intimidación-intimidad, prédica-desierto.

He consignado sólo este aforismo tal vez por aquello que suele expresarse como “Para muestra basta un botón”, aunque se presenten suficientes botones como para abrochar un texto con su repertorio. Pensé hacerlo en algún momento, hasta caer en la cuenta de que ésa era precisamente la causa del desgano antes aludido, y que si quería escribir acerca de mi propia experiencia era preferible desprenderme de ellos como de un botón cascado, sin dejar de reconocer el beneficio que me han rendido y me siguen rindiendo. Vaya pues mi homenaje a ellos con otra alusión a Lichtenberg, que entre su vía láctea de sentencias se aparta de su estilo habitual para hacer el elogio del botón cascado que durante años sostuvo sus pantalones. Quizás ésta sea una insólita forma de mostrar la utilidad de un aforismo: sostienen nuestros pantalones en aquellos momentos en que es necesario mantenerlos bien puestos. Entonces recurrimos a ellos no sólo para tentar vacilantes el fondo oculto, sino para hacer pie firme en algo conocido y seguir avanzando, sin olvidar el apócrifo y sabio consejo de Cristo a sus discípulos que intentaban seguirlo por el camino de las aguas: “...por las piedras, muchachos” (o su equivalente en arameo). Estas piedras son como herramientas personales

aforísticas, que nos permiten hacer pie en alguna, tal vez presente sólo en nuestra propia memoria, mientras vamos en búsqueda de la pregunta oportuna, tanteando vacilantes el fondo con vocación de milagro.

III. LA TRAGEDIA Y LAS INSTITUCIONES

Es probable que provoque cierta extrañeza el lugar que asigno a la tragedia en las prácticas sociales del psicoanálisis, prácticas cuyos escenarios más frecuentes son las instituciones donde las personas agrupan sus vidas y esfuerzan sus trabajos.

Mi experiencia más frecuente y sostenida en este cometido psicoanalítico tiene lugar en las organizaciones asistenciales públicas y un tanto menos, en las educativas. Esto me dio oportunidad de prestar especial atención al costado trágico relacionado con las actividades específicas que en ellas se desenvuelven. El quehacer con la enfermedad y la muerte en unas y la epopeya del aprender en otras suelen estar contextuados, en muchos casos, en la proximidad con el escándalo de la pobreza, lo cual multiplica el factor trágico.

La tragedia, bajo la forma de encerrona trágica, es un factor epidemiológico habitual en cualquier ámbito social donde juega lo establecido (instituido) y lo cambiante (instituyente), sobre todo cuando lo primero asume la rigidez cultural propia de la mortificación, y coarta (encierra) a los sujetos. Desde esta perspectiva, las encerronas trágicas constituyen un factor etiopatogénico —y muy importante— para un abordaje de la psicopatología social.

Con frecuencia me refiero, más que a las instituciones, a la numerosidad social, en tanto esta denominación abarca a los seres humanos en sociedad, sobre todo cuando éstos son maltratados o al menos “distratados” por esas instituciones

(hospitales, colegios, administración pública, ámbitos de trabajo e incluso de esparcimiento) de las que son usuarios.

Extraje el concepto de encerrona trágica de mi quehacer en el campo de los derechos humanos, principalmente referido a la tortura como situación límite, pues constituye uno de los pasos de la represión integral (secuestro, tormento, desaparición de personas y pretensión de impunidad) que organizaron en la región y en otras partes del mundo siniestras formas del terrorismo de estado.

En la tortura, la víctima depende totalmente, para dejar de sufrir o para no morir, del torturador; depende físicamente, aunque no siempre esa coartación física logre quebrar otros niveles de quien alcanza a resistir el brutal tormento físico y moral. Sabido es que el objetivo es quebrar todas las resistencias del sujeto, colocándolo a merced de algo o de alguien totalmente repudiado. Este estar a merced de algo que se rechaza configura el encierro que denomino trágico.

Un correlato de esta situación puede alcanzar a los familiares y compañeros de la víctima, como lo ilustró la madre de quien había sido secuestrado pocas horas antes, que pensaba en voz alta: "¡Ojalá que todavía esté vivo!" Mas sabiendo del inexorable tormento, murmuraba, con voz inaudible y con profunda angustia: "Quizá ya haya muerto y no sufra", pensamiento que la confundía atrozmente con los torturadores. La inhumana encerrona estaba jugada entre esos dos pensamientos.

Es que el familiar también depende para reencontrarse con su ser querido, para tener noticias de él, finalmente para que viva, de un sistema o de personas a las que rechaza con todas sus fuerzas.

Es un hecho, inherente a su función, que los organismos de derechos humanos estén atravesados por la tragedia y sus multiplicaciones, mas, ¿qué organismo que se ocupe de la vida cotidiana de la gente no está atravesado por la transgresión a estos derechos?

La práctica con las instituciones públicas, sobre todo desarrollada en las comunidades mortificadas, aquellas que van haciendo mortecina cultura de ese acostumbramiento, me lleva a identificar la vigencia de otras formas de tormento social que transcurren a plena luz del sol y muchas veces bajo la mi-

rada de una sociedad que se torna indiferente, quebrada en sus resistencias. Son las encerronas que se dan cada vez que alguien, para vivir (amar, divertirse, trabajar, estudiar, tramitar, recuperar la salud, transcurrir su vejez, tener una muerte dignamente asistida), depende de algo o alguien que lo maltrata o simplemente lo "distrata", negándolo como sujeto.

La situación que describo como encerrona trágica está estructurada en dos lugares: dominado y dominador. No hay tercero mediador a quien apelar, alguien que represente una ley que garantice la prevalencia del trato justo sobre el imperio de la brutalidad del más fuerte. Una fuerza capaz de estupidizar en su miserable brutalidad a quien la ejerce, reduciéndolo a la condición de idiota, que por ser él mismo víctima de su propia perversidad, termina insensible al significado criminal de lo que hace, aun cuando tenga claro lo que se propone. Una idiotización extendida a las víctimas cuando ellas caen en sometida aceptación mortificada. No hay una connotación insultante, sino de diagnóstico clínico, en esta versión de remoto sentido griego del término idiota, aunque el victimario bien se hace acreedor a mayores insultos. De inicio, en una encerrona trágica prevalece el dolor psíquico, un sufrimiento que se diferencia de la angustia porque ésta tiene momentos culminantes y otros de alivio. Quien sufre ese dolor no vislumbra para éste ningún final ni tiene la esperanza de que cambie la situación de dos lugares. Una situación sin salida con connotación infernal.

Ilustra todo lo anterior, cuando se refiere al campo asistencial, un enfermo maltratado, e incluso re-enfermado por un hospital, que representa para él la única posibilidad de curación. Otro tanto acontece con el operador clínico de ese hospital, cualquiera que sea su nivel de jerarquía y su pertenencia profesional, también maltratado por el ambiente posible para desarrollar su vocación, acrecentar su experiencia, que por deformada probablemente resienta el sentido ético de su oficio. A todo esto se agrega una magra retribución económica, por debajo no ya de su expectativa sino de su necesidad. Puede decirse que este clínico no es un corrupto, pero está atrapado en un sistema hospitalario totalmente corrupto. Estas encerronas trágicas alcanzan a todo individuo so-

cial, usuario o integrante de la institución, e idiotiza a propios y ajenos.

Una idiotización capaz de infiltrar la sociedad más allá de los individuos que se resistan. Es sorprendente la cantidad de personas que luchan, solas o episódicamente agrupadas, en aquellas instituciones públicas y privadas que encarnan la mayor magnitud de "distrato". Una lucha en general anónima, sostenida por consignas más o menos utópicas: "Seamos realistas, hagamos lo imposible", "Resistir es vivir" o "La imaginación al poder...". Consignas no sólo del mayo francés, sino de los mayos de la humanidad enfrentando inhumanidades.

No menciono casualmente la utopía ni lo hago a la manera de la objetivación de algunas luchas. Trato de recuperar todo el valor operante que tiene en la clínica frente a estados próximos o ya terminales de mortificación, como consecuencia de las tragedias larvadas o explícitas. Le asigno a esta versión de la utopía, en su forma más actualizada, un sentido que se expresa en un negarse a aceptar aquello que niega (encubre) las causas más arbitrarias de los sufrimientos individuales o colectivos. Si estas arbitrariedades están veladas, lo están por un proceso de renegación (negar que se niega) con que la víctima asume su mortificación y la desglosa de lo que la origina.

La utopía como operación clínica supone una doble vuelta: la de una negación con sentido positivo (negarse a aceptar aquello que niega lo subyacente), opuesta a la propia de la renegación.

El pasaje de la mortificación idiotizante a la toma de conciencia de la tragedia supone —éste es el problema— la recuperación del sufrimiento embotado por la mortificación, en todo caso por su carácter mortecino, apagando la conciencia. Éste es el obstáculo que hace tan difícil superar la alienante anestesia mortificada.

Es obvio que todo lo anterior está referido no sólo a procesos visibles y documentables, sino y fundamentalmente a las vicisitudes con que el sujeto produce lo que entendemos por subjetividad. Y esto es mucho más difícil de evidenciar.

El trabajo psicoanalítico, que opera con un individuo o con muchos simultáneamente, siempre gira en torno a los procesos de la subjetividad, si se pretende no desmentir el queha-

cer del psicoanálisis. Me ocupo de esto en el capítulo sobre propio análisis.

Documentar esta producción, cuando se refiere a la tragedia y sus consecuencias mortificadas, en un texto metapsicológico es un propósito que se verá favorecido si quien lo intenta está familiarizado con los pasajes de la tragedia encaminados a la circulación dramática.

No debe extrañar entonces la inclusión un tanto exaltada que hago de la tragedia en las prácticas psicoanalíticas con la numerosidad social.

Por eso procuraré ahora desentrañar algunas características específicas del campo institucional que dificultan, al menos en mi práctica, la narración de aquellos hechos, expresivos por su naturaleza, pero no siempre fáciles de transcribir en un relato hablado y menos aún escrito.

No siempre resulta fácil teorizar por escrito la tragedia, sobre todo cuando quien lo intenta ha disparado con sus intervenciones clínicas aquello que aparecía más o menos latente hasta ese momento. Una emergencia que puede llegar a conmover antes sus afectos que su pensamiento, cosa propia de la tragedia como escena observable.

Esto sin olvidar que el término teoría encierra, entre otros, el significado de "lo que se ve en una escena teatral", es decir, en un accionar dramático.

Entonces, este tipo de escritura resulta más tarea de dramaturgos habituados a dramatizar lo que se presenta trágico, que de clínicos habituados a conducir ese mismo pasaje en el escenario de los hechos.

Para teorizar la tragedia no es necesario ser Sófocles, pero si se quiere escribir acerca de aquello que se da en ese escenario, no es mala compañía; por eso quisiera examinar, desde una perspectiva un tanto distinta, cómo juega la situación que describo en relación con la escritura, tomando en cuenta la semejanza del obstáculo con algunos estados de conciencia habitualmente englobados por el término inspiración. Estados próximos a la producción de los sueños —como algo que a la vez nos concierne y se nos presenta extraño—, palabra que se generaliza para calificar esos visitantes del dormir, a la vez propios y extranjeros.

En el orden personal es posible que un impulso vocacional por la desmesura trágica me lleve a preocuparme más por las herramientas clínicas que por escribir acerca de lo que ahí acontece. Herramientas útiles para recrear, en una institución, el espacio dramático donde se desenvuelve la tragedia y explorar una y otra vez críticamente ese escenario, donde la desmesura (de difícil medida) dada en las encerronas, que llamo trágicas, obstaculiza el pasaje hacia la circulación dramática. Suelo afirmar, sin demasiado rigor, que esta vocación por la escena trágica, no ajena al teatro, me hace aparecer, si no como el analista institucional más convocado, al menos como uno de los más encontrados, por no rehuir presencia. Una ocupación que también posterga la reflexión escrita.

Resulta un tanto paradójico que algo limitado por un encierro sea inmensurable, pero es que ese encierro trágico, como ya señalé, genera el dolor psíquico, un dolor al que no se le percibe fin y, por eso, no necesariamente por la intensidad, es metáfora del infierno, siempre sin medida.

Voy a desprenderme por un momento de mi interés autocrítico acerca de la escritura y la tragedia, para ver desde una perspectiva menos personal aquello que en la tragedia alude a la desmesura.

Maurice Blanchot, crítico literario, cita a Von Hoffmanshtal, en carta a lord Chandos y dice: "Sentí en ese momento, con una certeza que no dejaba de ser dolorosa, que en el año próximo, y el siguiente, ni en ningún otro de mi vida, escribiría ningún libro, ni en latín, ni en inglés y esto ocurría por una razón extraña y penosa... Quiero decir que la lengua en la que tal vez me sería dado no solamente escribir, sino pensar, no es el latín ni el inglés ni el italiano ni el español, sino una lengua de la que no conozco una palabra, una lengua que me hablan las cosas mudas y con la que un día deberé tal vez, desde el fondo de la tumba, justificarme ante un juez desconocido".

Sin duda, un texto que alude al terrible sentimiento de que la inspiración —que de eso habla Chandos— y también la tragedia, ése es además el espíritu de la cita, puede llegar a tener el rostro de la esterilidad.

No es necesario consignar que no me parecen ni tan profundos ni tan enigmáticos los obstáculos que encuentro en mi

práctica, pero ¿no será el inefable sentimiento de haber estado, por momentos, próximo al lugar del ignorado idioma —cuando así se expresa la inspiración—, al lugar de la desmesura trágica que sólo alcanza a manifestarse, y eso en contadas ocasiones, en ideas con el mérito de lo impensado, pero que resultan pálidos reflejos de lo impensable? Lo desconocido, entonces, puede aparecer en el texto escrito, como desmerecida referencia a lo inefable, y genera, en el mejor de los casos, un conocimiento impensado, algo que no lo había sido hasta entonces, pero que pese a su originalidad sabe a poco conocer, confrontado con el impacto emocional que disparó la escena trágica. Entonces no es mera fatiga ni severa autocrítica; es conciencia de algo menor, que no traduce ni traducirá el momento esquivo de la tragedia, lo que hace poco satisfactorio el resultado.

Se trata entonces de seguir vocacionalmente atento a la práctica. Los llamados de la vocación no sólo conducen por los caminos del oficio, también proponen una manera de vivir que a veces deja estela y otras, se documenta en obras. Cuando esto ocurre, sea como escritura, teoría científica, obra plástica, música e incluso en las sentencias aforísticas de un saber, siempre producirá expresiones medidas, como el relato del soñante, que pretende vanamente traducir la desmesura de su sueño.

El mismo Blanchot agrega: “Hay un movimiento demasiado fuerte que a veces nos atrae hacia un espacio en el que falta la verdad, donde los límites han desaparecido y somos entregados a la desmesura; sin embargo, allí se impone mantener una marcha justa, no perder la medida y buscar una palabra verdadera yendo al fondo del error”.

Sin duda una forma de la sobriedad como virtud, la propuesta de Blanchot. Un conformarse con la medida de la obra vocacional frente a la tentación por la desmesura entrevista en el instante de inspiración.

Con intención recorro a estos términos de origen eclesial, para recuperar su valor en la clínica. Tentación alude al anhelo de contacto —ésta es su etimología— que traduce el afán de fusión propio de la unicidad fantasmática, que el psicoanálisis define como identidad de percepción, y que produce los equí-

vocos alucinatorios del recién nacido-venido. Aún no está recortado el sujeto como tal, sólo es tentativo. Hambre y alimento, boca y pecho son todo uno.

Es por la ardua acción de la espera del suministro demostrado, que se descubre lo externo a la necesidad —y sobre todo por el trabajo del lenguaje, que se va inscribiendo— que finalmente habrá de surgir el esbozo del sujeto por los iniciales tiempos de la identidad de pensamiento. Aquí se inician también los esbozos de la vocación, por vocablo que evoca, convoca, provoca.

Mucho más tarde, superada la (autoerótica) pasión por sí mismo, como remanente de la fusión tentadora, la vocación —otra forma distinta, ahora la pasión por lo propio—, será artesanía que construye el sujeto, como una forma de vivir y producir subjetividad.

Son términos eclesiales y, como tal, sujetos a calificación moral. Tentación diabólica, vocación religiosa. En la clínica pierden ese carácter para designar momentos distintos, más articulados.

Lord Chandos renuncia con melancólica resignación, casi diría con mortal renuncia, a intentar adentrarse vocacionalmente en el ignorado lenguaje con que habla su propia inspiración enmudecida. Nada de esto es ajeno —y el psicoanálisis se ocupa de ello— a la condición dividida del hombre, en tanto descentrado de su conciencia y por momentos coartado como sujeto.

Heidegger, tal vez más optimista, aproxima una perspectiva distinta, al hablar del poeta Tralk. Es vocacional la artesanía con que procura localizar (en el sentido de mostrar y reparar, como operaciones que él llama preparatorias) el lugar y la esencia de la inspiración. A mi entender, la localización que propone Heidegger es el lugar de la propia pertenencia, no entendida como alguna filiación a la que se pertenece sino como vocación que parte y converge en lo propio que nos constituye sujeto. Desde esta perspectiva, no se trata de un rostro mudo, inefable, el que intenta localizar Heidegger desde los pasos que él llama mostrar y reparar. Lo que para lord Chandos era melancólica renuncia a un lugar imposible, para el filósofo sería el llamado de la vocación. Un

gran poeta —dice— siempre poetiza fiel a una única poesía, incapaz de expresarse a lo largo de todos los poemas de su vida, que de ella emanan y que a ella vuelven. Una imposibilidad fecunda que no se agota, sino que en cada intento parcial acrecienta la desmesura de la fuente, en tanto va haciendo obra medida, en cuanto acepta la incompletud.

Heidegger recurre al antiguo vocablo alemán *Ort*, que tanto designa “lugar” como la punta de una espada, aquel donde todo converge, aun la voluntad vocacional de quien la empuña; punto que congrega, penetrante, la localización subjetiva. Espada que brilla y retumba al entrar en el mundo.

Es ese doble movimiento, centrípeto y centrífugo, de la vocación lo que se ensancha en desmesura, sin duda un ritmo distinto del que nos hablan Von Hofmannsthal y en parte Blanchot cuando aluden a una fascinación paralizante, propia de la tentación de lo inalcanzable, más que de la vocación que no se agota.

La pasión vocacional es una posibilidad de encontrar en el gesto del arte, en la teoría científica, en la simple técnica como arte, una verdad donde tal vez imperan, legítimamente, el equívoco o el silencio. Es la oportunidad de hacer centro sin descartar que, al errar el blanco, la flecha equivocada acierte un sorpresivo destino. En esto consiste la vocación psicoanalítica, no tanto en precisar puntería, sino en estar atento a lo inesperado, cuando más que arquero se resulta flechado.

Hay algo más que decir en relación con la escritura, cuando ella parte de esos lugares desmesurados y es instrumento vocacional.

Conocido es que aquel que se mantiene próximo a una inspiración que se niega en su proximidad, se verá probablemente atormentado por los insomnios, como también por los sueños, esos otros insomnios que impiden reposar al espíritu. Es que el insomnio y algunos sueños parecen transcurrir en territorios tan desconocidos que el alerta aleja la posibilidad del adormecer. En las altas horas de la madrugada insomne, sólo el intento de la escritura —para quien la pretende— posibilita el dormir, para volver a alertarse en otro insomnio, hasta alcanzar una nueva medida de escritura. Un escribir que irá emborrachando la desmesura insomne hasta lograr el reposo.

¿Pero cuántas veces la lectura de la vigilia, ahora sí “la de los ojos abiertos”, como decía Macedonio Fernández, suele mostrar que los afanes de la madrugada insomne apenas dibujaron un rostro mudo, inconexo, desparramando en notas, algo de lo que creíamos entrever? Sólo nos queda entre los dedos de la memoria, como semillas dispersas, alguna que otra iluminación entre tanta granza. Pero semillas al fin, que quizá germinen un texto que hable en metáfora dramática, una indecible inspiración que, por muda, muestra algo del rostro de la tragedia.

Vale recordar a Kafka, cuando afirmaba su posibilidad de escribir desde las horribles noches de insomnio. Un Kafka atormentado que parecía haber metamorfoseado su inicial facilidad para la escritura, en descreimiento de ella. Quizá por eso en sus últimos días —la cosa no es clara— pidió a su amigo y albacea, Max Brod, que destruyera sus manuscritos, tal vez con la secreta esperanza de que un tercero, en función de crítico —así ocurrió—, testimoniara acerca de la legitimidad de su obra y la preservara. En su fuero íntimo, Kafka debía de saber a quién encomendaba sus escritos.

A esta altura, el lector puede preguntarse legítimamente, pese a la introducción con que justifico la índole de este texto, de qué tragedia hablo en relación con el ámbito institucional. Ocurre que la mayoría de las veces las encerronas trágicas, precisamente por estar encerradas en los límites del sujeto coartado, no hacen demasiado ruido. Suelen ser silenciosos los sufrimientos de aquellos que para vivir, sostener a los suyos, desplegar las expectativas de su vocación —todo esto sin nombrar situaciones más encarnadas del sufrimiento— dependen con frecuencia de un ámbito, un sistema, tal vez una persona, que los maltratan. El sujeto queda a merced, para alcanzar sus fines, de algo que lo rechaza y que a su vez él repudia, siempre y cuando no haya claudicado en sometimiento. Un maltrato en general anónimo, que no habrá de reparar en la condición de la víctima.

Puede ser que también resulten víctimas algunos de los ejecutantes de ese maltrato, degradados a la condición de verdugos, como precio de su pertenencia institucional, al aproximar la obediencia debida y sus posibles canalladas.

Éstas son, en general, las oscuras razones que subyacen a los explícitos conflictos por los cuales somos demandados. Ocurre que la puesta en acción del conflicto ya supone un intento de dramatizar lo que está paralizado en las encerronas singulares. Es más, nuestra intervención, cuando no desmiente una atenta advertencia de la subjetividad, promueve esa dramatización conflictiva. Es posible entonces que el psicoanalista bordeé el riesgo (un riesgo para considerar clínicamente) de quedar en mero aprendiz de... psicoanalista (oficio que nada tiene de brujo), aunque se acredite sobrada maestría.

Entonces, no debe sorprender que frente a la mortificación, sus corrales trágicos y su claudicante y empobrecida subjetividad, un analista se disponga a abordar la situación, teniendo presente la universal magnitud que la tragedia tiene en todas sus formas, articulando lo que ahí ocurre con esa magnitud universal. Todo humano es reflejo de esa universalidad.

Por eso no debe extrañar que, apoyado en Blanchot y Heidegger —de paso en Kafka—, haya presentado la tragedia en su dimensión más próxima a los personajes clásicos de la literatura universal, aunque aquí me refiera a sus formas larvadas. Formas en las que a muchos hombres cotidianos se les va la vida y la de los suyos —o al menos los modos más justos de vivirla, tan opuestos a las arbitrariedades en las que agonizan—.

Debo insistir que, en general, un psicoanalista, al trabajar en la numerosidad social, enfrenta la paradoja de ser convocado como psicoanalista —quizá sólo tolerado— sin ser demandado, al menos no en forma explícita, en sus posibilidades interpretativas, aunque es probable que se espere, secretamente, que asuma su condición psicoanalítica.

En estas condiciones paradójicas, cobra especial valor lograr componer una narración que aluda, desde la óptica psicoanalítica, a lo que sucede, sin apuntar a persona alguna en particular. Una suerte de interpretación puesta a disposición del que la desee, que con frecuencia habrá de promover el surgimiento del escándalo, clínicamente útil cuando dispara reacciones inesperadas, protagonizadas por “aquel a quien le quepa el sayo...”. Esto habrá de contribuir a comprometer a

toda la comunidad instituida, en funciones de tercero de apelación para denunciar las encerronas singulares. Denuncia apoyada –de la misma manera que lo hizo el analista en su narración– en los analizadores que surgen del propio campo.

Si bien el psicoanalista, en esa ocasión conduce clínicamente una situación colectiva, su eficacia habrá de operar en la singularidad de cada sujeto contextualizado institucionalmente. De hecho, se trata de una circunstancia alejada del dispositivo habitual del psicoanálisis. Pero cuando la situación es conducida de modo pertinente desde la clínica psicoanalítica, es dable esperar la posibilidad del propio análisis, procesado en la privacidad subjetiva de quienes se muestran permeables a un efecto interpretación. En ellos, la paradoja de la convocatoria sin demanda está menos presente o habiéndolo estado en un primer momento, la eficacia de la conducción provocó un cambio.

Se podría proponer que, en ciertas ocasiones, frente a la contemplación impactante de la tragedia se requiere algo del talento sofocleano ya evocado para organizar los dinamosmos inteligibles del drama. Esto implica, por parte de quien contempla la globalidad simultánea del panorama trágico –ya sea en sí mismo, en la vida cotidiana, en el teatro o principalmente en la clínica– encontrar, defender y operar lo que define clínicamente como el lugar de la facilidad relativa. Una platea en los márgenes del escenario.

Esta ubicación facilitadora de la lectura clínica posibilita la organización de una narración, con valor de interpretación psicoanalítica.

Una narración de la tragedia, ocurrida *in situ*, que propone una salida –incluso desde su condición de narración no mejorada, si no mejor– a las encerronas de la tragedia. Suerte de “entrar a salir”, fórmula ésta que presenta, desde términos contradictorios –una entrada para la salida–, no sólo la vía de la dramática, sino también la del humor que aproxima aires de comedia.

Digo narración mejor y no mejorada, porque no se trata de maquillaje alguno, sino de apelar a la ficción sin ocultar los hechos. Nunca es acción ficticia. En cierto sentido, toda teorización, cuando no se aparta de lo que se ve en la escena que

se considera, es una versión mejor que la existente y, como tal, herramienta posible para quienes integran esa escena. Ésta es una manera de entender la conceptualización de la práctica como uno de los fundamentos de la capacitación clínica.

Por otra parte, apelar al humor, aunque más no sea el de "entrar a salir", frente al sujeto trágico tiene el beneficio de disolver las cristalizaciones de la mortificación desde el penetrante fluido humorístico, aun el esbozado levemente. También implica el riesgo del sujeto cómico, que en la cultura de la mortificación puede ser doblemente trágico, cuando por vía de lo cómico se encamina lo grotesco.

Claro que lo grotesco, en manos del talento de un pintor como Goya, puede plasmar el gesto dramático que hace hablar a la tragedia, muchas veces con mayor eficacia que el discurso escrito; tal vez porque la pintura mantiene algo de la simultaneidad propia de la esencia trágica; en tanto que alude a lo real se hace expresión simbólica que impulsa la circulación dramática. Por eso se puede decir que la pintura es anterior a la letra. La mano que dibujaba los bisontes de Altamira no sabía aún escribir y su dueño quizá sólo balbuceaba una lengua gutural, pero podía encerrar el espacio, de la misma manera que el gesto teatral delinea el campo dramático de la tragedia.

La escena trágica, al ser observada, es promotora de eficacia, tal vez porque en su movimiento detenido juega como estímulo la simultaneidad de todo el campo. También puede producir, a la manera de la mítica Medusa —una tragedia que nos mira— el atrapamiento que paraliza el entender. De ahí el beneficio de un observador que no está colocado ni en alejada platea ni en el centro mismo del escenario. En el proceder clínico, a este puesto de observación lo designo "punto clínico de facilidad relativa". Un puesto excéntrico, pero no ajeno al campo.

Voy a ilustrar esta posición dentro del campo dramático con un ejemplo. En una supervisión institucional de un servicio de psicopatología de un hospital suburbano, se presentó una interesante y ardua cuestión en torno a una interconsulta solicitada desde una sala clínica; se trataba de un paciente

portador de sida, internado por una infección tuberculosa y que ignoraba su enfermedad más grave.

Una enfermera de la sala lo reconoció como un sujeto de avería que vivía en su barrio, a quien se le imputaban no sólo hechos delictivos sino alguna violación. Este reconocimiento había creado una hostilidad temerosa en el servicio de enfermería, extendida a los médicos, frente a un paciente que, como todos los portadores de sida, despertaba arbitrarios prejuicios, que aludían no tanto a las características de esa persona, sino a la manera como suele ser visualizado este flagelo, como una enfermedad propia de marginales —y no como una amenaza para la humanidad entera—.

En este caso, los rumores justificaban esa actitud al ver al paciente como potencial portador de una suerte de bomba mortal, no esperándose de él los más elementales cuidados para no propagar la enfermedad. Algún médico había comentado que era una desgracia que el enfermo respondiera favorablemente al tratamiento de su tuberculosis, porque pensaba que tratándose de un psicópata, cuando conociera su diagnóstico pondría en acción una criminal difusión del sida.

Más allá de casos conocidos, confirmatorios de esta presunción, tampoco puede descartarse que el prejuicio señalado alcanza con frecuencia a quienes al estar a cargo de la asistencia, no tienen demasiado entrenamiento para ello.

Al parecer, poco contacto tenían los médicos con el paciente; la mayor proximidad correspondía a las enfermeras que debían asumir su cuidado.

Se esperaba del servicio de psicopatología que evaluara, además de la personalidad del paciente, lo que se suponía un peligroso comportamiento sociopático.

Lamentablemente, no puedo extenderme acerca de la resolución del caso, porque mi conocimiento de él se reduce a ese momento de supervisión institucional.

Debo sí señalar la oportunidad que representó esta consulta para bosquejar lo que podría ser un correcto manejo clínico. Comencé por indicar que mi posición como consultor institucional episódico, para conducir una discusión clínica, era relativamente fácil. Aclaro que la consulta sobre este caso me fue hecha escasos minutos antes que terminara la supervi-

sión. Resultaba un poco menos fácil la posición del servicio de psicopatología, que debía responder a la interconsulta, especialmente la de los encargados de realizarla. El grado de dificultad aumentaba para los médicos tratantes —y mucho más aún para las enfermeras que tenían un contacto directo con el paciente, probablemente sin poseer adecuados conocimientos ni entrenamiento sobre bioseguridad en relación con el sida—. De hecho, la situación parecía afectar mucho más a la enfermera vecina del paciente. Pero quien atravesaba una circunstancia verdaderamente difícil, por la naturaleza de su enfermedad visualizada más tarde o más temprano como terminal, era el propio paciente.

Podemos presumir algunas hipótesis sobre su personalidad. Parecía alguien más o menos marginal, o que había soportado algún grado mayor de marginalidad, que lo ubicaba entre quienes suelo denominar “los sobrevivientes”, es decir, aquellas personas que en sus años infantiles, adolescentes y aun adultos soportaron el fracaso en grado mayor de los suministros elementales que, tal como lo describo en otro pasaje de este libro, provienen de la ternura: abrigo, alimento y buen trato.

Cuando estas carencias son mayores, la constitución ética del sujeto bordea casi inevitablemente la ética de la violencia, aunque pueda extrañar que aquí asocie estos dos términos. Es que en la violencia radica la oportunidad de sobrevivir para quienes ya sobrevivieron a un sinnúmero de familiares desaparecidos, al igual que las víctimas del terrorismo, cuando no es la mortalidad sino la mortandad infantil lo que se establece. Y no sólo la de sus hermanos y familiares sino la de los vecinos de su comunidad, víctimas del hambre y la carencia de atención primaria, que los hacen pasto de la enfermedad y la muerte. Todos ellos están atravesados por una violencia que termina organizando, casi inevitablemente, sujetos jugados a la violencia por la violencia misma. Es obvio que distinta habrá de resultar la constitución ética de aquellos que se agrupan en organismos de derechos humanos, en tanto los visualicen como derechos universales para defender. Pero aquellos a quienes se les ha negado todo derecho, mal pueden defender una universalidad que los contó como

excluidos. Los primeros pueden luchar por las causas que afirman esa justicia; los sobrevivientes están atrapados en las consecuencias que los ajustician, a la espera de una justicia ciega e insensible que, a su tiempo, oficialice ese ajusticiamiento.

Fácil es entender que el sobreviviente vive en las proximidades cotidianas con la muerte; sus instituciones de destino más frecuentes son el cementerio, el hospital o el hospicio, la cárcel y a menudo las llamadas fuerzas de seguridad, a las que los sectores marginadores de la sociedad encomiendan mantener la represión marginante.

No se trata de una descripción piadosa; es sólo una lectura realista de la que se enseñoorea la tragedia, que ilustra en grados distintos, desde una lectura clínica, lo que he llamado el punto de facilidad relativa, en un difícil contexto, letal más que vital, que atrapaba a aquel paciente y, de hecho, a los clínicos, enfermeras, psicólogos, médicos, quienes debían hacerse cargo, con oficio, de las falencias de una sociedad sustancialmente injusta.

De ser así lo que entonces supuse, era obvio que quienes debían suministrar cuidado estaban en una posición clínica de mayor facilidad relativa en relación con el enfermo. La posición fácil, no obligadamente cómoda, es necesaria para organizar un dispositivo clínico, desde un punto excéntrico pero no ajeno a él. Esto supone el compromiso de poner en juego una mejor oportunidad para producir una inteligencia atenta a procederes eficaces. De hecho, resulta importante no sólo beneficiarse clínicamente sino defender esa mejor situación, sin inútiles culpabilidades ni falsa conciencia frente a la mayor mortificación. Una dificultad que se incrementa gradualmente, en círculos concéntricos, hasta el núcleo de la infernal situación en que se encuentra quien demanda atención. Es fácil desentenderse desde un "Es mejor que se muera", afirmación que parecía circular en algunos sectores de la sala de internación. También lo es experimentar alguna culpa cuando desde esa facilidad distante se tiende a elaborar especulaciones sin mayor utilidad clínica —como las monedas alcanzadas a un mendigo—. En ninguna de estas trampas hay que caer. Y mucho menos en el fácil enjuiciamiento moral de quie-

nes experimentan un rechazo por una situación que los supera. Ésta era posiblemente la posición de la enfermera vecina barrial del paciente.

Aquella supervisión fue particularmente útil para mí y para algunos participantes y esto, sin duda, creaba mejores perspectivas para planear una interconsulta que resultara clínicamente eficaz para el paciente y para todos los involucrados.

Tal vez sea significativo que, sobre el final de la breve supervisión, planteada en los términos en que la describí, haya surgido un dato "más fácil" para abordar el caso. Alguien recordó que contemporáneamente a los hechos, la compañera del paciente había dado a luz a un niño en el mismo hospital y, al parecer, ni la madre ni el hijo estaban contagiados. Era sin duda un punto a favor para operar, por lo menos de inicio, sobre la subjetividad de la persona en tan difícil situación.

Este ejemplo sirve, además, para ilustrar, con respecto a un clínico que enfrenta situaciones de corte trágico, lo que suelo denominar "las variaciones del estar afectado".

Hay un primer estar afectado que alude al ser afecto vocacionalmente a un determinado campo de trabajo, que en condiciones favorables determina la especialización del clínico. Sin embargo, ocurre que también esa especialización suele estructurarse en condiciones difíciles y hasta desfavorables, lo cual implica acreditar una verdadera producción vocacional que descarte la tentación gozosa de una neurosis de destino. Recuerdo haber escuchado a un infectólogo —pionero en nuestro medio en el tratamiento del sida, el doctor Pedro Cahn, con quien he colaborado en actividades de supervisión institucional— que él había elegido en sus comienzos una especialidad que, por acción de los antibióticos, presumiblemente no tenía enfermos terminales; pero hoy ese destino pende como el más probable sobre un gran número de sus pacientes, sin que esto lo haya hecho abandonar el ser afecto, en sentido vocacional, a la infectología.

Un segundo significado de "estar afectado" alude —dicho de manera gráfica— al estar contagiado. Esto corresponde a aquel aserto de la biología según el cual todo organismo vivo, incluso un clínico, es sensible al medio, es decir, lo interpreta

empáticamente. Sin este "contagio" no hay empatía clínica facilitadora del diagnóstico. Es la necesaria resonancia del estar afectado por quien demanda lo que permite al clínico inclinarse frente al sufrimiento que debe asistir, a la manera de la empatía propia de la ternura materna que sabe por qué llora su niño. Ésta es la base de la intuición, el llamado "ojo clínico", sostenido además por una meditada experiencia, que hace de las "corazonadas" una opinión no aventurada.

Pero si la ternura es la coartación del fin último pulsional, también esto es propio de la clínica. De no mediar coartación que limite el empático contagio, mal podría un clínico preservar la facilidad relativa de una posición desde donde diagnosticar y decidir terapéuticamente

Esto nos presenta el tercer orden de ese estar afectado, como sujetado a un trabajo y a las condiciones necesarias y adecuadas para llevar adelante un cometido clínico.

En psicoanálisis, este estar afectado tiene la connotación específica de estar afectado al trabajo de la abstinencia. Una abstinencia que nunca es indolencia, como lo sugiere lo que en el capítulo de las herramientas clínicas denomino "estructura de demora".

Esta no indolencia se articula con la difícil dialéctica entre la abstinencia y la no neutralidad, en realidad, no neutralización, del sujeto analítico, atravesado por todos estos niveles del estar afectado.

Un analista no neutralizado no se convierte en grotesco predicador, ni en gendarme moralista. Puede ser que en el propio espacio y momento clínico tenga poca oportunidad de jugar su no neutralidad, dentro de límites compatibles con la ética afin a la verdad no disimulada. Esto trae a primer plano el antiguo tema de la verdad como "verdadera" y la verdad propia de las causas justas —tan relacionado con las verdades mentirosas y las mentiras verdaderas, aunque éste es otro asunto—.

Sin duda, aquí reside uno de los grandes dilemas que enfrentan todas las ciencias, tanto las naturales como las del hombre, en la medida en que se visualice la ética no como una especulación, sino como una práctica que, entre otras cosas, apunta a la producción social de sujetos éticos, sujetos

en cuya estructura esté impresa aquella "imposición de justicia" que los tornará inevitablemente sensibles a lo que es y a lo que no es justo, para sí y para los demás. Así entendida, la ética, como la vocación, resulta también una manera de vivir que no se enseña: se produce.

Desde que el hombre comenzó la aventura cultural, siempre se ha hablado de los hombres justos y éstos no necesariamente son opuestos a los hombres sabios. Unos y otros tienden a concordar. El problema de compatibilizar la verdad que se va conociendo con las causas justas radica en que es muy difícil para una cultura que hace del saber un trofeo de la eficiencia establecer las proscripciones que limiten la transferencia tecnológica de algunos conocimientos. Sin ese conocimiento hecho técnica no serían posibles las guerras totales y planetarias ni los gendarmes del mundo que excluyen grandes sectores sociales de los beneficios de la ciencia, y que configuran, a nivel planetario, múltiples encerronas trágicas.

En relación indirecta, pero como otra cara de este tema en torno a la verdad y la ética motivado por preocupaciones personales derivadas del análisis de su mujer, Gramsci escribía desde la cárcel que el psicoanálisis, en ocasiones, puede producir algo así como "un buen salvaje". Más allá del compromiso afectivo que sin duda lo movía a pronunciar estas palabras, ellas destacan el riesgo de una práctica centrada sólo en la legitimidad del deseo no regulado por el compromiso; un problema semejante, aunque en otro registro, al de la verdad "verdadera" y la verdad de las causas justas.

Cuando sólo el deseo encamina los actos humanos, se corre el riesgo de encaminar —a la manera de un Edipo ciego antes de estarlo— un destino trágico, aunque resulte sólo la tragedia menor del "buen salvaje", un habitante semi-estupidizado de la cultura. Mas cuando el compromiso excluyente asesina el deseo, también perece el sujeto, agobiado por el aburrimiento. Un sujeto incapaz de aventurar una existencia, aunque aparezca militante de la aventura que otro desea, se juega a la eficacia a costa del placer. En clínica psicoanalítica, suele corresponder a los modos del obsesivo —uno de los antídotos culturales frente a las condiciones de la tragedia—, que al eludir el drama instaura el viejo cuadro freu-

diano de las neurosis actuales (*Aktualneurose*). Pero ésta es otra historia, la del capítulo de la cultura de la mortificación, aquella a la que sí puede despertar el hecho de admitir la cronificación de las crisis trágicas.

IV. PROPIO ANÁLISIS

Ya he señalado la importancia que le doy a la capacitación como conceptualización de lo cotidiano, en una intervención institucional, cuando esto no aparece francamente contrario a la naturaleza de la demanda. Estoy pensando principalmente en instituciones asistenciales y educativas, en todas sus gamas.

Esto implica mantener el prudente recaudo de no bastardear los supuestos teóricos con un empirismo meramente eficientista. Las instituciones, al menos aquellas en las que me muevo con más frecuencia, suelen favorecer un empobrecimiento conceptual en aras de un criterio pragmático, aun en quienes reúnen las mejores características vocacionales para la actividad que se proponen. Por esta razón, los procesos de subjetividad ocupan un lugar tan destacado en la capacitación. Una subjetividad que, desde el punto de vista de la clínica, en la medida en que se defina psicoanalítica, no puede desconocer que aun si opera con individuos contextuados grupalmente, llegará a promover en la singularidad de cada sujeto el "efecto interpretación" propio del accionar psicoanalítico.

Sobre esta premisa se apoya lo que a lo largo de este texto presentaré como propio análisis, al grado de pensar mi trabajo como un "análisis crítico de las instituciones y propio análisis del sujeto", parafraseando el clásico freudiano *Psicología de las masas y análisis del yo*.

Es inevitable que se establezca una tensión —clínicamente útil— entre el nivel colectivo donde se orchestra el quehacer institucional, y lo procesado en cada sujeto como propio análisis.

El estatuto institucional –por definición consensual– que organiza las tareas específicas, y el estatuto psicoanalítico, que no busca consenso, llegan en su confrontación a dibujar distintas variables semejantes a las producidas en el primer conflicto institucional, protocolizado bíblicamente: la Torre de Babel. Primero, si es que no incluimos en tal categoría la rebeldía edénica de Adán y señora, cuando atendieron su propia capacitación a la sombra del árbol del conocimiento, inaugurando sexo.

Conviene aclarar que el término capacitación se diferencia de formación –más habitualmente usado– porque el primero mantiene mayor relación entre los fundamentos teóricos y las metodologías que encaminan la práctica. Aquí las causas teóricas, explícitas o sólo bosquejadas, pero en general identificables, promueven efectos acordes con su naturaleza, tanto en los pacientes como en los propios clínicos. Estos efectos someten a prueba aquellos supuestos teóricos o ideológicos, y validan o abren su cuestionamiento. Esto es nuclear en toda capacitación que toma como objeto los oficios que se ocupan del hombre. En el caso del oficio clínico, no se hacen experimentos, mas el operador permanece atento a lo que los individuos experimentan como producción subjetiva. Estos procesos de subjetividad serán el principal propósito de este capítulo.

Dado que asigno al propio análisis una funcionalidad tan central, encuentro necesario ocuparme con detalle de este proceso, tomando en cuenta que con frecuencia, en una intervención institucional, el psicoanálisis habrá de circular exclusivamente por quien conduce la experiencia y le permitirá estar atento a lo que sucede en el campo y especialmente en sí mismo. Una atención indispensable para enfrentar la paradójica situación de un analista convocado a intervenir, pero no demandado en sus funciones específicas. Si lo anterior es así, este psicoanalista habrá de manejar sin patente autorizada (patente que nunca es de curso), para abordar desde su especificidad interpretativa, las distintas encerronas de dominados y dominadores articulados por necesidad y en el concomitante rechazo mutuo. Quizá sea ésta una situación semejante, una encerrona para el analista.

Con frecuencia apel al concepto de encerrona trágica (expresión clínicamente útil pero antipática, no por repetida aquí, sino en los "injusticiarios" del cotidiano vivir institucional), porque ilustra la casión en que un analista, encerrado en la paradoja ya enuniada, debe resolver al menos dos cuestiones. Primero, no renunciar a la función clínica de la admisión, bajo la presión de constituir él mismo un sujeto de admisión (esto sin desconcer el derecho de la institución que lo convoca a aceptar o no su intervención). Mas si renuncia a evaluar clínicamente los grados de posibilidad-imposibilidad de esas encerronas paródicas y su dinámica de necesidad y rechazo simultáneos, con frecuencia pierde la partida clínica.

La segunda cuestión deriva de la anterior, cuando el clínico, despojado de su equipamiento psicoanalítico, tiende a asumir el rol de árbitro (que en clínica siempre supone el riesgo de arbitrariedad). Podría, sí, apoyarse en los propios analizadores del campo, y recrear en la comunidad las funciones ausentes, funciones de terceridad colectiva, que harán posible la circulación dramática por donde vuelve a transcurrir el pensamiento.

La eficacia clínica que logre en su propósito estará relacionada con la "presencia" de un analista atravesado en sí mismo por el propio análisis, un analista que aparece a la manera de un líder mudo, cuya actitud habla (interpreta) por sí misma; antigua idea de Pichon Rivière, aplicada a quien, análisis personal mediante, asume, tal vez más allá de su intención, un sobrio liderazgo sobre el entorno. Idea que completaba al decir que en un grupo familiar no necesariamente se analiza el más enfermo, sino el que tiene más posibilidades de buscar soluciones al no renegar las causas del sufrimiento. Lo cual también vale: cuando en una comunidad "el aparecer enfermo", más que enfermedad, denota la actitud para permanecer sensible y no repudiar el conflicto acontecido. No debe sorprender entonces que el analista, limitado por cuestiones de pertinencia, aparezca por momentos no recusando "lo conflictivo" de su propio quehacer, sin por ello asumirse como enfermo; como aquel líder mudo, él también busca la oportunidad de hacer hablar su entendimiento clínico.

En las instituciones, como en cualquier familia, las enfer-

medades se disimulan bajo formas caracteropáticas, incorporadas, desde la renegación, a una manera habitual de ser. Sin el registro de tal situación por parte de los protagonistas, es difícil una salida —y si hay algo propio de la confrontación, es precisamente ese no registro por parte del titular caracteropático—. Lo contrario al propio análisis.

La condición del propio análisis puede llegar a ser irrenunciable para un analista, sobre todo a partir del afianzamiento de su clínica, como práctica crítica que lo alcanza, concomitantemente a una experiencia psicoanalítica que ha arribado a finales. Esto último es fundamental para el oficio. Es posible que en sus sueños —sea o no el análisis su oficio— llegue a identificar, con relativa frecuencia, una instancia agente de la acción y otra su testigo, dibujando intrapsíquicamente la experiencia espacial del pasaje por lo que fue su análisis personal.

La resolución de la neurosis de transferencia puede llegar a calar hondo en la estructura psíquica, sin que por ello las reminiscencias del infantil sujeto hayan sucumbido groseramente a alguna forma de carácter psicoanalítico, y anulado la posibilidad de propio análisis, cosa frecuente en quienes se muestran más propensos a sobreimprimir un memorial explicativo —como un grotesco psicoanalítico— que a registrar la “genuina ingenuidad neurótica” (por cierto sofisticada), dibujando los antiguos bisontes de temores y esperanzas en las grutas del alma.

Cuando no ha sido el carácter psicoanalítico (frecuente patología del oficio) el resultado, este analista pondrá en juego no ya su novela psicoanalítica neurótica, sino una suerte de reactualización de este dispositivo eficazmente recuperado, con el que el niño intentó, con suertes varias, resignificar, desde la novela familiar, una realidad que lo superaba: la de las distintas formas de las encerronas edípicas.

La novela que fabrica sueños, como antes ensoñó de manera infantil lo deseado, pone en juego una ficción que no enmascara fetichísticamente los hechos, sino que vá más allá de ellos y los resignifica.

Un día escuché comentar al poeta Leónidas Lamborghini que tratar de explicar las liebres que saltan en el prado de

la poesía equivale a dispararles una perdigonada. Otro tanto puede decirse en relación con el propio análisis: donde menos se piensa (menos se explica), salta la liebre del inconsciente.

Discurrir acerca del proceso del propio análisis es un intento legítimo, que bordea el riesgo de inoportunos escopetazos. Flechar el inconsciente hablando de él puede ser tarea de las liebres más que de la conciencia del cazador. Vale pensar que aquellos remotos dibujos rupestres eran ofrendas propiciatorias a los dioses de la caza. Todo lo que digo aquí pretende ser propicio si no a la caza, al registro de las liebres, mas nunca estamos exentos de la torpeza de las armas que sustituyen la sutileza de las herramientas clínicas.

Estos dibujos oníricos y los de la psicopatología del cotidiano vivir son los yacimientos de la perelaboración en los que trabaja la arqueología, y hasta diría la antropología cotidiana del propio análisis. Una perelaboración asistida por inesperados efectos de interpretación, que pueden disparar ocasionales o buscadas palabras ajenas. Palabras oídas en una conversación, durante la práctica clínica, quizás al escuchar una canción; palabras leídas en un texto psicoanalítico, una novela, el periódico, los propios escritos y para algunos, el privilegio de la poesía. Son motores del propio análisis.

Son palabras que caen sobre un estado sensible al "darse cuenta", principalmente en los períodos en los que la búsqueda se intensifica. Otras veces, lo escuchado o leído dispararán esa búsqueda y la palabra ajena aleja —sólo aleja— el riesgo de quedar atrapado en los redondeles autoeróticos del autoanálisis, sin acceder al propio análisis, atento éste a la incidencia de la alteridad.

Insisto en afirmar que quien padece una caracteropatía analítica encontrará difícil trabajar la producción del inconsciente, que suele expresarse a través de picos episódicos; en él se han aplanado estos picos, como se aplanan la música para convertirla en funcional telón de fondo. Este psicoanalista funcional será propicio a escuchar y decir de sí y de los otros "como el sacristán los rezos", sordo a los fragmentos significativos, propios y ajenos.

Cuando volví a leer, transcurrido un tiempo, estos párra-

fos, una y otra vez pensé en suprimir un pasaje que me chocaba por su marcado sentido figurado, sin que finalmente me decidiera a hacerlo. Me refiero a los bisontes y las cavernas del alma. Pensando en estas vacilaciones recordé que ya había aludido, en algún otro lugar del libro, a la mano remota que sin saber escribir y con balbuceos guturales de un lenguaje primitivo, ya dibujaba lomos de bisonte en las cavernas de Altamira. Al parecer, las cavernas figuradas cobraban para mí el valor de la inconciencia (no digo del inconsciente), ligadas a la idea de la perelaboración, tema que había trabajado por el mismo tiempo en un artículo titulado "Del tiempo, sus contratiempos teóricos y sus saltos conjeturales".⁶ En ese texto presentaba el conocimiento psicoanalítico bajo la forma de "me doy cuenta que siempre supe lo que acabo de saber... para volver a olvidarlo". Aludía con ello a la idea de que ese fragmento vuelto a olvidar, luego de un pasaje episódico por la temporalidad de la conciencia, retornaba precisamente a lo que antes llamé la inconciencia, con ambigua intención de aludir a la preconciencia. Quizá debiera pensar que retornan al inconsciente mismo, que recaptura lo que de él se escapó. Si así fuera, nos encontraríamos con la metáfora de los pueblos esclavistas, infiltrados por los componentes más vivos de la cultura de los prisioneros.

Entonces, esa condición "radioactiva" de lo vuelto a olvidar, ahora contaminado por la conciencia y su calidad de metáfora, habrá de metaforizar lo más metonímico (permanente) del inconsciente, y así lo hará más propenso a manifestarse.

Siguiendo con el lenguaje figurado, puede decirse que esos fragmentos –modificados en su esencia atemporal– han comenzado a envejecer, y perdido así su eficacia constante para promover síntomas. Ahora son representantes privilegiados (¿representativos?) de la conciencia, por lo que resulta fácil que una palabra oportuna, o tal vez casual, a la que tanto valor le asigno en el proceso del propio análisis, los convoque. Una convocación que por hallar a esos representantes

6. En S. Bleichmar (comp.): *Temporalidad, determinación, azar*, Buenos Aires, Paidós, 1994.

próximos, o tal vez en plena sede inconsciente, puede arrastrar fragmentos o partículas de éste. Ésta es una manera de entender la perelaboración, ese casi inadvertido proceso fundamental en toda cura psicoanalítica. Perelaboración que quedará como remanente valioso del análisis interminable, finalizado el terminable. Será eje eficaz del propio análisis.

Con el tiempo pude entender que auto y heteroanálisis no se oponen de forma radical, sino que son momentos distintos, hasta se diría procesalmente sucesivos, si no exágeramos la cronología, nunca demasiado vigente en los procesos psíquicos. Una observación de Winnicott ilustra bien la relación que puede guardar el autoanálisis y su calidad autoerótica con la condición más heterónima del propio análisis. Me refiero a lo que Winnicott presenta como los orígenes infantiles de la capacidad de estar solo de un sujeto adulto. Él describe cómo un niño pequeño, en pleno desarrollo de su autoerotismo, puede encontrarse en su cuna experimentando cenestésicamente su cuerpo; tal vez reparando atento en su mano, mientras su madre como presencia periférica no irrumpa invasora ("¡Qué linda manito que tiene el nene!"), ni al ver a su niño ocupado aproveche para ausentarse, tal vez obligadamente.

Este acompañamiento —en algo semejante al de quien conduce un análisis— madurará a su tiempo la propuesta winnicottiana en cuanto a la capacidad de estar solo sin ser un solitario.

Winnicott presenta la actividad autoerótica como algo sostenido desde esa presencia periférica. La ausencia materna (y la indolencia del analista, cuando simula abstinencia) hacen del sujeto un solitario dependiente, sin capacidad de estar solo. La irrupción inoportuna de la madre (y semejante proceder en el analista) también perturba el necesario establecimiento autoerótico, que advendrá capacidad para acompañarse de sí mismo, fundamento de un propio conocimiento. Más adelante habré de referirme al "período del desierto" como otra vuelta de lo anterior.

Pero la condición para el aforístico "Conócete a ti mismo", que acuña Quillón de Esparta, dependerá de aquella presencia periférica, cuando no es solamente un suministro potencial a la demanda del niño, sino también límite al abismamiento

autoerótico. Límite que ya comenzó a funcionar en los primeros tiempos del lactante, por un suministro que se hace esperar al no ser inmediato al surgimiento de la necesidad. Esta demora, junto a la palabra familiar, irá tallando el psiquismo en el niño, así como el pasaje desde la identidad de percepción y su ilusión de unicidad hasta la identidad de pensamiento, que inaugura los leves contornos del futuro sujeto a partir del discernimiento yo/no-yo. Sin duda tenía razones Tales de Mileto para responder a su colega espartano: "Es difícil conocerse a sí mismo".

A partir de lo anterior, puede ubicarse el autoanálisis como semejante a la escena winnicottiana y el propio análisis como algo posible cuando aquella escena infantil ha dado como resultado un ser sensible al reconocimiento y a los efectos de la palabra como presencia del otro. De ahí precisamente el no ser un solitario, sino alguien para quien la soledad puede constituir una buscada oportunidad.

Arribar a los finales de un análisis válido, superadas las limitaciones autoeróticas, supone el establecimiento de la alteridad, en tanto reconocimiento liberador de la castración simbólica, que impone la realidad témporo-espacial habitada por los otros. Entonces, en el más allá del principio del placer, la muerte será un destino personal entre reconocido e ignorado, y no necesariamente la pulsión tanática que impregne la vida del sujeto.

Nunca hay demasiadas garantías de propio análisis, ni aun para quien acredite una experiencia transferencial, porque todo lo anterior no depende sólo de la acumulación de horas de vuelo analítico que se acrediten, incluidos los aterrizajes. Mas siempre es posible esperar de un análisis que produzca lo que antes denominé "una condición irrenunciable", y esto sin constituir un rasgo de carácter.

Pero más allá de que alguien acumule o no una experiencia terapéutica psicoanalítica, también puede ser promovido el propio análisis en quien se encuentre incluido en un dispositivo conducido psicoanalíticamente, tal como ocurre en una intervención institucional. Podrá tratarse de una posibilidad episódica mientras dure la experiencia, o de un estado más permanente, y esto relacionado con la capacidad de funcio-

nar como sujeto singular, no ajeno a los beneficios del acompañamiento. Es necesario señalar que si bien esta oportunidad de propio análisis, dada en una intervención psicoanalítica en el ámbito institucional, es precaria oportunidad, hay justificación suficiente para constituir el fundamento válido para que un analista intente sostenerse como tal en una comunidad, con posibilidad de promover efectos interpretación en sus integrantes.

Por otra parte, no hay que desconocer que un análisis personal desarrolla, ahora a pleno, un propio análisis asistido por un analista que garantiza el campo de la neurosis de transferencia. Este proceso es semejante al que acabo de señalar, con la notable diferencia de estar sostenido en un dispositivo, el habitual del psicoanálisis, puesto a punto de una manera más acabada que el dispositivo silvestre que se logra en una intervención institucional. No olvidemos que silvestres son las liebres a las que aludimos antes. Lo cual me permite insistir en que no necesariamente esta autonomía analítica la proporciona el psicoanálisis, como lo ejemplifica la existencia, a lo largo de los siglos, de un sinnúmero de pensadores, poetas, filósofos, científicos y gente sin tantos títulos, pero sabias de sí mismas. Ya habré de referirme en otro capítulo a Don Pascual y la influencia que sobre mí tuvo su saber, en la ocasión, referido a su forma de morir, porque de su vida casi nada supe.

A poco de conocerlo, pude distinguir las condiciones singulares de "este hombre de consejo", que así aparecía a los ojos de quienes lo rodeaban. También suelo estar atento en las comunidades muy caóticas a la presencia de algunas personas que denomino "los distinguidos", señalando a quienes no han zozobrado en el caos ambiental por preservar suficiente distancia que fácilmente muestra distinto su comportamiento. Una distancia que crea espacio para un potencial poder de convocación. No hay convocación en el encimamiento.

Esto ejemplifica nuevamente un liderazgo donde los hechos hablan más que las palabras, cuando éstas han perdido eficacia por las circunstancias intimidatorias, despojadas de la resonancia íntima para que sean escuchadas sin degradarse en grito o en repetida prédica.

Distancia y distinto condensan distinguido, aun a riesgo de ecos aristocratizantes. Allí se distingue el trabajo de la propia crítica, sin que para ello sea necesaria la “presencia de un analista”, aunque es un hecho que esta presencia impulsa la producción autocrítica y, cosa más importante aún, permite que esa comunidad se “apodere” del valor que los distinguidos representan.

En este grupo, en general virtual, no prevalece ni la maledicencia ni la traición (suelo llamarlos “los caballeros de la tabla redonda”, o más popularmente, en términos futbolísticos, “los que mueven la redonda”), virtudes éstas que escasean en los grupos del internismo tan frecuentes en el “equilibrio caótico” de una comunidad muy mortificada.

Me he detenido en estas figuras para ejemplificar el propio análisis crítico, más allá del accionar de algún dispositivo psicoanalítico. Vayamos ahora a quien inauguró, desde el auto-propio análisis, el psicoanálisis.

Se habla por lo común del autoanálisis de Freud; él mismo lo denomina así. Personalmente pienso que fue un autoanálisis con notables pasajes a propio análisis. Sin duda, él también era un distinguido.

No cabe duda que el hombre Freud, que llevó su análisis y sus conceptualizaciones sobre el inconsciente hasta donde pudo —y en su época fue el que primero y más pudo—, construyó al otro Freud, aquel que promueve nuestra transferencia principalmente por su producción escrita. Lo hizo desde una narración no mejorada (maquillada) sino mejor, en tanto elaboración teórica. Una historia que trasciende lo personal, ilustrando la dinámica del inconsciente, incluso la propia.

J. B. Pontalis destaca de un texto freudiano (“Contribución a la historia del psicoanálisis”) un párrafo que fija con elocuencia la posición de Freud como escritor psicoanalítico: “Creo que hice lo necesario para tornar accesible a los demás lo que sabía y cuya experiencia efectué”. Si su autoanálisis, como él mismo lo llamaba, alcanzó niveles de propio análisis, fue gracias a los otros y a su escritura. Y en los otros incluyo no solamente a Fliess, sino a sus histéricas y a todos sus pacientes, a sus colegas, como también los textos de Sófocles y Goethe, por nombrar sólo algunos de los más evidentes. Tam-

poco fueron ajenos a este propio análisis los célebres pleitos, sin duda de profunda expresión neurótica, que mantuvo con Jung y otros discípulos con quienes trabajó. No dejaría de incluir su relación con Lou Andreas-Salomé y aquellos amigos escritores que mantuvieron con él una proximidad autónoma, tal como Stephan y Arnold Zweig y Thomas Mann. Quizá nombre a estos escritores, especialmente Stephan Zweig y su *Autobiografía*,⁷ así como Thomas Mann y un breve escrito en homenaje a los setenta años de Freud, "Freud y el porvenir",⁸ porque fueron lecturas de mi juventud que me impulsaron, más que al psicoanálisis, a estar atento a lo que me sucedía como sujeto, un antecedente de propio análisis que encaminaba mi vocación por el inconsciente y, en parte, por la escritura, cuando aún no había realizado experiencia psicoanalítica personal alguna.

La escritura como experiencia de descolocación es oportunidad de propio análisis. Digo descolocación en el sentido de aquello que va dibujándose, como la imagen en el espejo, por fuera de uno mismo. Una imagen que no necesariamente hable de forma directa del autor, a la manera de un autorretrato. La escritura, en todo caso, le habla al autor, al menos lo conmueve.

Si la geometría dio un salto definitivo más allá de la euclidiana, con la "ilógica" propuesta que supuso infinitas paralelas por un punto ajeno a una recta, cada texto es una de ellas que abre nuevas geometrías a la recta del que las escribió. Ésta es una manera de presentar la escritura como experiencia de descolocación.

Un ejemplo particularmente interesante de esta descolocación propicia fue el escritor portugués Fernando Pessoa, quien practicaba los heterónimos, un particular recurso de su escritura descolocada, donde se supone otro personaje que "le escribe a sí mismo" (sic).

7. Stephan Zweig: *El mundo de ayer, autobiografía*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1942.

8. Thomas Mann: *Freud y el porvenir*, Buenos Aires, Editorial Panapress, 1937.

Más adelante he de consignar un ejemplo particularmente elocuente de descolocación, tomado de una frase de Pontalis en su trabajo sobre "Michel Leiris y el análisis sin fin"⁹ donde examina el agobiante intento de este autor para desentrañar en un autoanálisis los enigmas de su vida. Leiris dará cuenta de este esfuerzo en *La edad del hombre*,¹⁰ y principalmente en los cuatro volúmenes de *Las reglas del juego*. Dice Pontalis: "[...] no hay en él verdadero yo, sino un hombre que se mide con el verdadero [...]". El sentido de esta frase depende del acento colocado en "él" (pronombre), acento que es una leve señal de cuya existencia dependerá la fluctuación entre "él" (sujeto) y "el verdadero yo" (que no hay), para más confrontado con "un hombre verdadero". Este juego de luces y de sombras, más que de palabras, configura una ambigüedad propicia a romper la monolítica yoidad cartesiana, y abre una grieta hacia otra descolocación, más primígena, que también se puede graficar ambigüamente como "Yo ideal Yo", en una suerte de anagrama donde no se transponen las letras, sino los sentidos entre el polo del yo ideal —que al decir de Freud, adviene nueva instancia psíquica al culminar el autoerotismo y ensayar sujeto—, y el ideal del yo, resultado de la circulación narcisística objetual que construyendo identificaciones harán del yo nuestra mayor "otredad".

En cierta forma, la descolocación fue también una práctica de Freud, cuando, por ejemplo, muy avanzado su cáncer y con los nazis a punto de entrar en Viena, describe, en "La escisión del yo como mecanismo de defensa", lo que denomina "el ingenioso dispositivo". Señala en ese texto cómo muchas décadas atrás, el infantil sujeto reconoce la castración que amenaza sus placeres masturbatorios, a la par que no deja de reconocer y disfrutar sus inauguraciones sexuales —disfrute también con valor de respuesta al peligro—. Este dispositivo, en su disociación, configura la descolocación de dos instan-

9. J.-C. Pontalis: *Después de Freud*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1974.

10. Michel Leiris: *L'âge d'homme*, París, Editorial Gallimard, 1939; *La règle du Jeu*, París, Editorial Gallimard, 1940.

cias psíquicas; cuando la disociación se torna dislocación, el dispositivo comienza a adquirir condiciones patológicas.

Cabe pensar que este dispositivo funcionaba a pleno en el mismo Freud, dados los peligros que enfrentaba por entonces.

Al escribir este texto, de hecho personal y teórico, ubica sus consideraciones muchas décadas atrás, al parecer sus propias décadas, actualizadas en algún paciente sobre el cual hizo la observación clínica. Pese a esa remisión al pasado, no renuncia en el presente a su vida ni a su modo de vivir: el psicoanálisis, aquí en función de propio análisis. Un vivir que, sumado a su condición de judío, hacía peligrar su existencia, ya por el final, que habrá de enfrentar con el beneficio de su ingenioso dispositivo.

En este trabajo, se diría que también Freud "le escribe a sí mismo" y que su ingenioso mecanismo disociativo contribuye a esclarecer el hetero(ni)mismo —el que practicaba Pessoa— como algo que va más allá de un recurso literario, o un efecto posible de la propia escritura, para configurar un mecanismo psíquico no sólo defensivo sino básico para, descolocación mediante, hacer consciente lo inconsciente o dosificar, frente al peligro, su conciencia.

La descolocación es la base del propio análisis en tanto va armando un dispositivo de conciencia apto para que nos sorprenda, con eficacia interpretativa, la palabra del otro y aun la propia —no sólo como acto fallido—.

La propia escritura es experiencia de descolocación cuando, como acontece con el espejo y el niño pequeño, devuelve al escritor una versión mejorada (completada) de sí mismo.

El niño se asombra y fascina con la imagen especular de su cuerpo, que aparece mejor dibujado de lo que registra cenestésicamente su vacilante inmadurez. El espejo comienza también a proponer ideales yoicos; no se trata sólo del espejo como adminículo técnico, dado que semejante valor tienen la mirada y la palabra especular de los adultos, que hacen fluctuar al infantil sujeto entre considerarse "el niño maravilloso", hechura del narcisismo parental, y la conciencia de sus limitaciones infantiles.

Al escritor lo sorprende la lectura de su texto, cuando al

dejar atrás las vacilaciones y las dudas frente al papel en blanco o ante los desprolijos borradores, también puede llegar a fascinarse con su producción. Una experiencia de completud "maravillosa", que posiblemente pondrá en cuestión al reiniciar la escritura.

Esta descolocación tensa entre la imagen que devuelve la escritura lograda, a la manera del espejo infantil, y la conciencia y sus vacilaciones, las del principio de realidad y su eficacia castratoria, son si no vías regias, al menos senderos propicios al saber de sí mismo.

Mantengamos freudianamente el calificativo de vía regia para los sueños y su posibilidad de mostrarnos como agentes activos y testigos de la acción. Pero la verdadera oportunidad de descolocación representada por los sueños son los sueños mismos, aunque no como escritura (es escasa la palabra onírica) sino a la manera de un filme, a la vez extraño y totalmente referido a nosotros. En cierta forma, también es descolocada la relación entre lo inefable dado en el sueño y lo "afable" (lo que nos habla) en su relato. Lo inefable remite al ombligo del sueño, donde desaparece todo sentido posible. Si hasta ahí la interpretación remeda el quehacer talmúdico, en las proximidades de ese ombligo, impenetrable a la significación, se intenta avanzar conjeturalmente a la manera de las construcciones cabalísticas.

Lo curioso es que, en ocasiones, un propio sueño adquiere un valor semejante al de una palabra (debería decir una imagen) ajena, que cae reveladora sobre un estado de propio análisis. En este caso quizá no se avance con demasiado provecho sobre un análisis artesanal del sueño, como ocurriría en una situación clínica transferencial, sino que su ajenidad produce efecto interpretación sobre aquello (un estado afectivo, una inquietud creativa, tal vez sólo una preocupación), tras cuya pista se anda.

No es que resulte imposible el análisis de los sueños propios; prueba de ello es que el 24 de junio de este año -1995- se cumplirá un siglo del momento en que Freud consideró satisfactoria la interpretación de su sueño que llamó "La inyección a Irma".

Consideremos otra modalidad de descolocación. Freud man-

tuvo cierta ambigüedad entre la caracterización del superyó y la del ideal del yo, que solía usar indistintamente; no obstante puede reconocerse un énfasis restrictivo —el del juicio crítico— adjudicado al superyó, en tanto el ideal del yo configura lo propiciatorio que ambiciona alcanzar lo anhelado, especialmente bajo la forma de lo nuevo.

Del equilibrio entre ambas cualidades dependerá la auto-crítica como propio análisis, relacionado con la presencia de dos discursos en un mismo sujeto. Algo equivalente puede decirse del ingenioso dispositivo, donde el reconocimiento de la realidad castratoria promueve preguntas, en tanto el placer se propone contestarlas. “¿Dios mío, qué me pasa?”, exclama alguien afligido cuando el dispositivo disociado se ha dislocado al grado de no encontrar la correspondiente respuesta. Es probable que entonces busque en la consulta lo que no encuentra en sí mismo. En el prólogo a la edición castellana de los poemas de Michel Leiris¹¹ figura la frase del poeta que por su fuerza rotunda ilustra un posible punto de dislocación: “[...]. Un violento ardor de vivir unido a la conciencia despiadada de lo que eso tiene de irrisorio”. Puedo conjeturar que lo que aquí expresa Leiris es el tipo de dislocaciones que lo impulsó a un análisis personal, tal vez agobiado por un autoanálisis sin fin.

El consultor, analista o no, advertirá reflejada en el relato del paciente esta dislocación que lo priva de la oportunidad de encontrar respuesta a su inquietud. Posiblemente resalten en el relato del paciente algunas marcadas contradicciones, al grado de semejar falsedades, pero esto forma parte de la semiología del que se encuentra más dislocado que disociado, como defensa mayor frente a algo que lo aflige. Fue así que alguien pedía analizarse, como un recurso para desprenderse de una madre que en el presente lo agobiaba. Exigía, contradictoriamente a esta situación, que fuera la madre quien se hiciera cargo de los honorarios, pese a contar él con recursos suficientes. Tiempo después, cuando ésta se suicidó, que-

11. Michel Leiris: *Poemas*, Madrid, Editorial Víctor Libros, 1984.

dó clara esta contradicción (que denomino "relaciones insólitas dentro de un discurso" y constituye la tercera condición de eficacia clínica dentro de las cinco que suelo tomar en cuenta). Él quería darle a su madre la oportuna obligación de pagar su análisis; una manera de paliar el temido efecto de su autonomía. La madre, luego de la separación de su marido, se había aferrado a este hijo mayor. Él parecía ignorar el sentido de su contradictoria demanda, que en la práctica dejó de lado, pero que retornaba cada tanto en los primeros tiempos de su análisis, sin que lográramos cumplimentar lo que propongo en "las relaciones insólitas", cuando se intenta transformar lo dilemático y excluyente de una contradicción entre sentimientos opuestos, en el ingenioso dispositivo del que habla Freud.

Que no se produzca tal dislocamiento resulta fundamental para que la propia crítica opere entre un enjuiciamiento curioso de lo existente y la exploración ambiciosa de un nuevo conocimiento al respecto.

Toda autocrítica, que no se degrade en melancólico hablar mal de sí, siempre un hablar al servicio sometido de un otro hostil, imaginario o existente, se funda en la existencia articulada de esos dos discursos diferentes, que remedan el discurso del autor y el propio del crítico literario. Ambos encuentran su correlación yóica en el juicio crítico inherente al superyó y en el propiciatorio del ideal del yo. Me ocupo de esto en el capítulo sobre los procedimientos críticos del psicoanálisis.

La propia crítica supone la capacidad de advertir "la obra" del inconsciente, sin apelaciones explicativas que anulen la conciencia crítica y, antes, el registro de las producciones del inconsciente, siempre extrañas, como extranjeras al sí mismo.

En los días en que corregía este texto, mis amigos y colegas de San Pablo me invitaron a participar en unas jornadas de trabajo sobre lo extranjero. Encontré propicio abordar este interesante asunto desde la perspectiva que evocaba el tiempo en que fui, forzosamente y con beneficio, analista extranjero en Brasil. Sostuve la idea que presenta a la experiencia psicoanalítica como experiencia extranjera, también una útil descolocación.

En aquel período brasileño, la confrontación de lenguas y costumbres próximas y distintas, como lo son el español y el portugués, resultó particularmente afin a los encimamientos y malentendidos que se dan en la neurosis de transferencia, donde lo próximo y lo distinto resultan habituales y favorables. La condición de extranjero es una manera de entender el funcionamiento del psicoanálisis, en la medida en que la descolocación que el dispositivo clínico promueve logra algo más que el carné de ciudadanía autoerótico, para acceder a la extranjería de sí mismo. Una experiencia de hetero(ni)mismo. Fue en Brasil donde pude ir elaborando, en el contexto de lo que podría denominarse las edades del oficio psicoanalítico, tres momentos. Un primer momento de noviciado, en el que es posible para un novato sostenerse psicoanalista apoyado en las identificaciones con analistas vivientes, en lo posible no el que conduce su análisis, atento a no favorecerlas. Si se ha tenido la suerte de no quedar atrapado en este auxilio temprano, se accederá a la segunda edad, la de los amores teóricos, donde comienzan a perfilarse las identificaciones escolásticas, también un riesgo por considerar cuando tientan al analista a ser un militante de escuela.

El tercer momento en la evolución del oficio es el de la maestría, una maestría que por "no creérsela", nunca es ci-ruela. Lo interesante es que se trata de un estado con frecuencia precedido por lo que denomino "el período del desierto". Un desierto no necesariamente solitario, tal vez semejante a la capacidad de estar solo de Winnicott, donde el analista tiende a buscar alguna forma de aislamiento. La escritura, quizá no destinada a publicación, es una de las más frecuentes, pero no la única.

En esta experiencia puede consolidarse el propio estilo del analista, como síntesis avanzada de lo que fue inicialmente un proceso transferencial, teñido por la novela familiar neurótica, que adviene novela transferencial, tal vez en algún momento operación histórica, en tanto se recupera la memoria global que contextuó la existencia de ese individuo. Es sobre esta producción abarcativa que en un análisis se recorta la memoria personal, capaz de generar un despojado propio estilo como destilación histórica y como instrumento (estilete),

que aproxima la oportunidad de ser artífice de la propia historia. El desierto ha sido, también, una experiencia de descolocación.

Una pregunta oportuna permitirá dar una última vuelta —última en esta ocasión—, pues el tema da para más: ¿qué tipo de actividad y cuál es el resultado posible del propio análisis?

Procuraré ilustrar una respuesta apoyado en un sueño personal mientras componía este texto. Sueño que básicamente —vaya la novedad— alude a otro final más, de los tantos posibles del Edipo y sus vicisitudes. Siempre quedan restos identificables, útiles para propio o heteroanálisis de aquel naufragio, que proponía Freud.

En este caso, no era un naufragio sino la caída libre, con destino a estrellarse, de un pequeño avión. Detenida en el espacio, una superyoica nave, enorme, iluminaba “la vuelta a casa” del pequeño, que antes parecía haber tenido una colisión con el mayor. En el último instante remontaba vuelo y se salvaba de lo que parecía un inexorable destino.

Las asociaciones se orientaron rápidamente hacia algún resto diurno relacionado con pensamientos del día anterior, a partir de observar el comportamiento de un niño pequeño, en torno a la idea de cómo en todo infante se va imponiendo la conciencia de no ser causa, sino consecuencia, del deseo de sus mayores. Aceptar ese rigor supone la esperanza de que, a su tiempo, llegue la oportunidad de ocupár, ya adulto, el lugar de la causa y no sólo el de la consecuencia.

Ese vuelo aparecía en las asociaciones como una metáfora que aludía a mis preocupaciones conceptuales acerca del propio análisis. Un vuelo amenazado con estrellarse, no con la causa de las estrellas sino con el suelo de las duras consecuencias, y que abría el cuestionamiento acerca de la posibilidad de propio análisis, al plantear la cuestión de ser causa o consecuencia, hecho decisivo para que un propio análisis no quede detenido en la faz autoerótica (autoanálisis).

Otra asociación inmediata aludía al texto ya mencionado de Pontalis, titulado “Michel Leiris o el psicoanálisis sin fin”, en el que Pontalis escribía, lo repito, una frase que no me dejaba conciliar el sueño “no hay en él, verdadero yo”, y que

destacaba cómo Leiris debió debilitar enormemente su yo, hasta el grado de no ser un verdadero yo, para posibilitar, en su autoanálisis, una mayor enmergencia del sujeto.

Esta fluctuación ambigua entre “él” (sujeto) y el yo verdadero en el que “algo no hay”, según el decir literal de Pontalis, plantea un clima, una inclinación, una brecha entre el sujeto y el yo propicia al sueño, al menos el de esa noche.

La otra frase leída antes de dormir correspondía a un texto personal, donde concebía un trabajo metapsicológico —me refería al propio análisis— como “apalabrar el inconsciente”.

En esta actividad apalabradora, como propio análisis, pocas veces, aunque las hay, algo significa verdadero en tanto ajustado a una lógica causal que apunta a afirmar lo que se pretende verdad. En general, la actividad de ese apalabramiento del inconsciente “no significa” sino que “se significa”, a partir de una suerte de construcción (núcleo ésta de toda interpretación psicoanalítica), que cuando se aproxima al territorio de la posible verdad tiende a producir un sentimiento de satisfacción, en el sentido en el que Freud utilizó este término la primera vez que creyó haber interpretado en extensión y satisfactoriamente el sueño personal de “La inyección a Irma”.

Pero puede ocurrir que inmediatamente se nos plantee el problema del origen de esta satisfacción, ya que tanto puede ser la felicidad de haber alcanzado el territorio de lo cierto, quizá sólo una aproximación, o únicamente, como decía un paciente ducho en evitar peligros, “zafar es una forma de la felicidad”. Queda abierta la cuestión acerca de si el avión en un último momento retomaba el vuelo de ser la causa de sí mismo (propio análisis) o sólo logró zafar al enmascarar en el sueño el ser consecuencia del deseo que lo iluminaba.

En la actividad de propio análisis, el estímulo de una palabra, en sus varias formas y procedencias, puede operar a la manera de un resto diurno y provocar un sueño. Es posible que ése fuera el lugar de “apalabrar el inconsciente” para promover la actividad de propio análisis. Luego, esa misma palabra identificada como asociación al sueño, de igual manera que con los restos diurnos, aproxima una interpretación satisfactoria cuando así resulta.

Mas no hay garantías de que todo ese apalabramiento interpretativo en el sueño, o en el propio análisis, represente alguna causalidad que evidencie verdad. Lo común es conformarse con que únicamente se signifique como interpretación posible; tal vez sólo como no imposible.

Cuando todo esto se concretó en escritura, y verdaderamente no se podría hablar de escriturar el inconsciente, pero la tentación es decirlo, al volver a leer ese texto puede que se dispare nuevamente esa actividad como una aptitud distinta en cuanto a disposición para la acción con que nuevamente se emprende la búsqueda de un conocimiento, siempre evasivo.

Ese texto puede despertar la posible y aun la imposible memoria personal (aquella que sólo se expresa como una inquietud sin palabras que la expresen), promoviendo en el autor tantas lecturas como lecturas, sobre todo cuando éstas son espaciadas y la letra propia no hace memoria. Lecturas que realizadas en voz alta permiten constatar cuándo la música que va imprimiendo la mano que escribe (quizás un antiguo hábito del "hecho a mano" el de este escritor, resistente a la escritura electrónica y tal vez incluso a los pasos previos) entona o desentona con la intención de las frases. Una lectura en voz alta propicia a actos fallidos, recuerdos, asociaciones. Estas cosas me sucedieron en una primera relectura. Recordé, por ejemplo, que la noche previa al sueño había atendido a un paciente, mellizo como yo, agobiado por un brote de angustia, no ajeno a sentirse y refugiarse en un "estar colgado" de su hermano, un exitoso médico psiquiatra. El paciente me había dicho: "Mirando la luz de las estrellas, pensé en la inmensidad allá arriba y yo, tan pequeño, aquí abajo". Posiblemente ignoraba aquella sentencia de Porcia que proponía: "Todas las estrellas son dos ojos que las miran".

El clima creado por el comentario del paciente debió haber disparado en mí algo más que el recuerdo de ese aforismo. Por ejemplo, la inquietante historia que cuenta Mark Twain, también mellizo, en realidad gemelo. Al parecer, los hermanos eran tan idénticos que la madre ató una cinta en la muñeca de uno de ellos para distinguirlos. Un día la niñera desprendió la cinta para bañarlos. En un descuido, uno se ahogó

y Mark Twain nunca supo si era él o el otro el muerto... Una brecha para el humor disolviendo fratricidio.

¿En qué lugar ubicar el sujeto de mi sueño y el de la ensoñación del paciente? ¿Tal vez en el avión grande que ilumina o en el pequeño que escapa? En todo caso, se recreaba un clima de ambigüedad entre uno y otro polo, produciendo un clima, una inclinación, una brecha entre arriba y abajo, tal vez intrapsíquicamente entre sujeto y yo, propicia al sueño y a otras producciones del inconsciente elaborando encierros fraticidas.

Formaciones del inconsciente, dije. La inclinación sorpresa fue leer en voz alta, con cierta reiteración, "crimen" donde dice "clima". Posiblemente una velada (o rotunda) alusión al parricidio, filicidio, fratricidio y otros crímenes del repertorio edípico, como brecha simbólica de una salida límite, al escapar de los parientes del alma y de la sangre y sus encierros edípicos.

Una curiosa versión del psicoanálisis podría presentarlo como el lugar adonde llega quien escapa, edípico, del vaticinio parricida (o tal vez del crimen de Caín).

Como Edipo o Caín, es en el análisis donde habrá de consumarse simbólicamente y con provecho clínico aquello de lo que se huye. Una consumación que, bajo la forma de destitución, disuelve la servidumbre del amor junto con la neurosis de transferencia. La libertad es una condición para preservar el amor.

Todo lo anterior acontece cuando quien se analiza, o lo sigue haciendo como cosa propia, merece ser tenido por analizante, nominación que destaca el lugar del propio análisis. Algo de esto sucede con el escribir (escribiente), cualesquiera que sean el objeto de esa escritura y el oficio del que escribe.

En ocasiones, el texto tendrá valor más allá del que lo escribió, al grado de aceptar tantas lecturas como lectores. Pocos de estos textos merecerán la recomendación de ser leídos; lo cual, con rigor etimológico, los convierte en leyenda, es decir, en textos clásicos. Mas la leyenda siempre está amasada con algo personal, en cuanto a la significación particular que para ese lector guarda esa narración.

Hay escritos, tal vez algún pasaje de ellos, incluso una breve oración, una palabra, de los que nos hubiera gustado ser autores. Si eludimos la rapiña plagaria y tenemos la habilidad de profundizar en el sentimiento satisfactorio que nos produce, es posible que descubramos que esos pasajes son convocantes construcciones de una pertenencia personal, previa a lo que envidiamos. Se trata de dejarnos convocar por ese provocativo estímulo.

Ésta es una de las oportunidades más frecuentes y menos aprovechadas de propio análisis.

Recuerdo una frase del poeta Molinari que tuvo en mí ese efecto, al hacerme “entrar a salir” (esto es de Atahualpa Yupanqui y con igual valor) de un antiguo duelo infantil, y me impulsó a ser más “capitán de mis propias navegaciones” (verso de Carmen Lent). Palabras que tal vez valgan como interpretación del avión del sueño en su oportuno y decisivo golpe de timón. Sobre todo recordando que pertenecían a un poema con que esta amiga me recibió el día que llegué a Río de Janeiro, inaugurando más que un exilio, un beneficioso período del desierto.

La frase extraída de un poema de Molinari era: “Una meditada tristeza...”.

Molinari es un poeta que en sus últimos ancianos tiempos suele aludir de tanto en tanto, en espaciados poemas, a su propia muerte. De uno de ellos extraje lo de “meditada tristeza”, no ajena al contentamiento (un entender satisfactorio) en que se va sustituyendo la ilusión que ignora, por algo del conocer.

Todo texto metapsicológico, en su apalabrar el inconsciente, va intentando romper los fondos de saco en que nos anida, paralíticos, la tragedia. Un trabajo sin fin, el del análisis interminable, ocupado en la condición patética de lo humano, que no ignora, al menos vicariamente, su propia muerte, aunque se haya pasado la vida advirtiéndolo—de ahí el saber vicario— que se muere el otro. Un efecto del ingenioso dispositivo. Un saber a medias que, dosificando conocer e ignorar, genera las formas satisfactorias a la medida de cada sujeto y de cada circunstancia.

En esto consiste la pretensión, expresada al comienzo de este texto, de una capacitación que no desmienta que un ofi-

cio es una manera de vivir. Una capacidad que no será mortificado pragmatismo, en tanto amasada en la subjetividad de alguien crítico de sí y del mundo. A esa actividad que llega a tener el beneficio de lo irrenunciable, se refiere el propio análisis.

Al pensar en las formidables redes de información que hacen posible multiplicar exponencialmente la conexión entre múltiples bases de datos; al enfrentar cada vez más a las personas con un caudal de información que supera con mucho la capacidad de un sobredotado, incluso de un conjunto de ellos, puedo equiparar el propio análisis en tanto conocimiento de sí mismo (sin abandonar los aforismos clásicos que señalan su importancia y dificultad) a una respuesta del individuo, amenazado de ser sujeto anónimo, náufrago en un océano computarizado.

Escuché decir que en 1850 se duplicó la información de los tiempos de Cristo. Que un siglo después, volvió a duplicarse. Cuarenta años más tarde, ocurrió otro tanto, y que en pocos lustros volverá a ocurrir. Avanzado el segundo milenio, será cosa de semanas.

Lo anterior es un formidable desafío para la planificación de la capacitación que no haga del sujeto objeto de computación. Mas sólo una capacitación que tome como eje al propio capacitante, aferrado a su capacidad de estar solo y acompañado de sí, y en consecuencia apto para la solidaria compañía que hará de él un navegante y no un náufrago.

Pareciera que las posibilidades del conocimiento, ajustado al método científico, aquel que multiplica cada vez más los instrumentos y las documentaciones científicas, están garantizadas. No lo está, en cambio, un sujeto no esclavo de los artefactos que ha creado, capaz de acrecentar en sí mismo la habilidad de pensador, conocedor de sí mismo; tampoco lo está la condición de sujeto cuando todo parece objetivarlo. Asegurarla no es trabajo de individuos aislados sino meta en común.

Parte III

V. LA DIFÍCIL RELACIÓN DEL PSICOANÁLISIS CON LA NO MENOS DIFÍCIL CIRCUNSTANCIA DE LA SALUD MENTAL

1. "LA SALUD MENTAL, UN DESAFÍO PARA EL PSICOANÁLISIS EN SU SIGLO DE VIDA"

Éste fue el título de una charla abierta, seguida de dos seminarios, que dirigí en octubre de 1994 en Barcelona, en la sede del IPSI, institución psicoanalítica que dirige mi amigo Valentín Barembliitt.

Los textos que componen esta tercera parte contienen dispersas las principales ideas allí desarrolladas.

"Cultura de la mortificación y proceso de manicomialización" fue la ponencia con que cerré un congreso de psicoanálisis y técnicas grupales, realizado unos días antes en Zaragoza. Fui invitado a estas jornadas por otros amigos españoles, Nicolás e Isabel Caparrós.

También fueron amigos —Victorio y Elvira Nicolini— los que en ese mismo viaje me propusieron dar una conferencia y un posterior seminario en el Departamento de Psicología de la Universidad de Bologna, sobre temas semejantes, quizá más centrados en procedimientos clínicos.

¿Es la amistad título suficiente para acceder a estas actividades? No lo es el mero amiguismo, pero si este sentimiento está sostenido por años de acompañamiento en el desarrollo de actividades psicoanalíticas, compartiendo una visión del mundo y un compromiso ético semejante, está claro que se validan títulos. La amistad, cuando es solidaria con la pro-

ducción en común de inteligencia, puede generar la valentía, el alegre talante y hasta el adueñamiento del propio cuerpo, necesarios para habérselas con la resignada mortificación hecha cultura, aquella donde zozobra el sujeto frente a la moral con valor de estadística.

Pero no basta la amistad, siempre algo fortuita, para estos cometidos que enfocan la artesanía clínica sobre lo social, desde la perspectiva del psicoanálisis; también es imprescindible la atenta consideración de los procesos íntimos donde zozobra, sobrevive o se afirma la producción viva de subjetividad. Por esto incluyo algunos pasajes de un texto con el que participé en un seminario sobre "El lugar del sujeto hacia el fin del milenio". Durante varios meses, distintos expositores sostuvieron en él disímiles e incluso encontradas propuestas, a lo largo de un debate crítico que apuntaba a dar respuestas al agobio y desconcierto socio-cultural con que nos aproximamos al fin de siglo y de milenio. Tuvo lugar en ATE, sede del sindicato de trabajadores del estado.

Termino con un breve texto, relacionado con los quince años de esfuerzos de las Madres de Plaza de Mayo.

Es posible que el término "desafío", aplicado al psicoanálisis, que encabeza esta tercera parte, presente más inconvenientes que beneficios, sobre todo si aproxima la idea un tanto grotesca de un analista militante de su causa.

Siempre me ha parecido opuesta a los proceder críticos y autocríticos asumirse militante de alguna posición psicoanalítica, defendiendo una pertenencia escolástica, en general sujeta a jefaturas transferenciales. Esto sin dejar de reconocer que un psicoanalista, más aún si está comprometido en una práctica social, es una persona no neutralizada en su condición política, como un aspecto constitutivo de su subjetividad. No tiene por qué dejar de ser activo ciudadano de su ciudad, si esto cuadra a su deseo.

Claro que confiero un lugar destacado a la perspectiva política, a partir de mi propia experiencia en la numerosidad social, trabajando desde un interés por la salud mental. Una actividad estrechamente entramada con la cultura y atenta a la causa de los derechos humanos, en un sentido amplio y cotidiano, que va más allá del valor indeclinable que esta idea

tiene frente a las groseras transgresiones de la impunidad represora.

Las militancias psicoanalíticas suelen ser secuelas de procesos transferenciales con fuerte desarrollo, sin que tenga lugar concomitantemente su análisis. Algo pasible de ser englobado bajo el nombre —un poco extraño— de analistas-ianos, aquellos adscritos a “un ianismo” encabezado por las figuras principales de la historia del psicoanálisis (freudianos, kleinianos, lacanianos, etcétera).

Es innecesario destacar que este “ianismo” nada tiene que ver con la rigurosa toma de posición con que muchos analistas profundizan y acrecientan las líneas conceptuales de estos maestros. Se suele rechazar con algún fundamento esta nominación de maestro dentro de la transmisión psicoanalítica, mas es imposible negar la maestría de aquellos que, a lo largo del siglo de vida del psicoanálisis, han promovido estímulo transferencial para hacer de quienes toman una determinada línea conceptual, algo más que alumnos (privados de propia luz) y sí acrecentadores de un pensamiento. Entonces, la pertenencia freudiana, kleiniana, lacaniana u otra cualquiera es, primero, adueñamiento de las propias pertenencias singulares de cada sujeto.

Estas coherencias conceptuales son requisito necesario para articular la práctica psicoanalítica con la salud mental. Un desafío metodológico y técnico, habida cuenta de que un analista en esas condiciones debe abandonar los tradicionales dispositivos de una disciplina, puesta a punto jugando de local, para enfrentarse, visitante, con las producciones socio-culturales, sobre las que se despliega la idea de salud mental, munido de la mayor riqueza conceptual posible —y no sólo la psicoanalítica—.

La noción de cultura que utilizo como soporte y entramado de la salud mental, la desarrolla muy bien Freud en los capítulos iniciales de *El porvenir de una ilusión*, título que hoy, frente a algunos avances de la posmodernidad y las claudicaciones de los horizontes de la modernidad, suele expresarse, casi como un lugar común, en zozobranté ilusión de un porvenir.

La perspectiva del abordaje psicoanalítico de este enci-

mamiento entre salud mental y cultura supone trabajar con las organizaciones institucionales, en tanto lugares donde se procesan los esfuerzos para obtener los bienes necesarios a la organización y subsistencia de las gentes.

Resulta algo paradójico que el enriquecimiento conceptual y metodológico que va adquiriendo un psicoanalista, decidido a sostener su quehacer en la numerosidad social, con frecuencia lo llevará a considerar el campo de la pobreza como ámbito de su acción clínica, dado que es en el escándalo de la marginación y sus miserias donde el sujeto aparece en situación de máxima emergencia.

Un psicoanalista que pretenda trabajar en sectores sociales empobrecidos habrá de operar sobre el tríptico salud mental/ética/derechos humanos, como ruedas-engranajes del abordaje clínico. El atascamiento de uno de estos engranajes altera los otros, y la dinamización de uno cualquiera de ellos dinamiza a los demás.

Si el psicoanálisis se ha planteado, en las últimas décadas, no retroceder frente a la psicosis, ¿qué decir frente a esta situación límite, más abarcativa aún que la locura?

Esta opción es algo inherente al psicoanálisis y su ética y no caben consideraciones samaritanas que de hecho cuestionarían al mismo psicoanálisis, reducido a práctica proteccionista.

No me estoy refiriendo a un psicoanálisis *de la* pobreza, cosa que implicaría una psicologización totalmente ilegítima de la marginación, sino al psicoanálisis *en la* pobreza. Cuando digo pobreza me refiero tanto al escándalo que promueve en los sectores más marginados, como a aquellas organizaciones institucionales, por lo común del ámbito asistencial o educativo, que presentan una carencia crónica de recursos, no sólo de equipamiento y presupuesto, sino en cuanto a la capacitación de sus integrantes. Resulta todo un síntoma que precisamente sean las instituciones más pobres las que deban ocuparse de los sectores empobrecidos, aunque no necesariamente es de psicoanalistas pobres encaminar estas prácticas.

Ya veremos cómo los procesos de manicomialización que infiltran el quehacer asistencial, aun en condiciones de cierto *confort* económico y cultural, suponen, en cuanto a produc-

ción de subjetividad, un pertinaz empobrecimiento en quienes tienen la responsabilidad de conducir estos organismos. Por supuesto que existen excepciones.

La inserción del psicoanálisis en el campo de la cultura cotidiana revitaliza y abre nuevas perspectivas, por cierto en arduo proceso, no fácil de sostener, entre otras razones porque el psicoanálisis debe renunciar a cierta pretensión hegemónica acerca de su saber. Esto está marcado por el viraje de la clásica formulación de Freud, en el sentido de "El múltiple interés del psicoanálisis para otras disciplinas", al planteo contrario: el múltiple interés del psicoanálisis por otras disciplinas. Se gana así una óptica más abarcativa y un enriquecimiento no necesariamente interdisciplinario, en el que el psicoanálisis no forzará arbitrarias articulaciones con otras ciencias, aun si reconoce que en ocasiones también de ahí se pueden extraer algunos beneficios.

Será necesario, no obstante, estar atento a no hacer reduccionismos conceptuales ni metodológicos de la noción y del accionar inconsciente. Cuando este reduccionismo se opera desde explicaciones médico-biológicas, sociológicas, filosóficas, etcétera, desaparece el carácter esencial del descubrimiento freudiano, a la par que se psicologizan arbitrariamente estas prácticas. Baste con no dejar de advertir la incidencia abarcativa de los factores inconscientes en todo aquel que sostiene su disciplina, cualquiera que ésta sea. Pero esta definitiva importancia del sujeto del inconsciente no da patente de curso al psicoanálisis. Así entiendo ese múltiple y recíproco interés que dinamiza saberes.

En el orden personal, esta dinamización me animó a incursionar en campos como la física y sus concepciones sobre el tiempo cósmico, el cuántico y el que corresponde a la temporalidad psíquica. El tiempo abre perspectivas por demás interesantes en cuanto a la constitución del aparato psíquico y a los procesos del aprender, a partir del nacimiento mismo y el consecuente despliegue de la subjetividad. Otra área que quizá también parezca extra-psicoanalítica es la de los procedimientos críticos, aunque es obvio que la clínica, sobre todo la que sostiene nuestra práctica, es esencialmente un quehacer crítico.

Esto, por supuesto, coloca en beneficiosa tensión la disciplina de la abstinencia y la no neutralización del operador, aun respetando lo que se conoce como neutralidad clínica. Una tensión benéfica que aleja al psicoanálisis de las tentaciones indolentes.

La idea que quiero destacar es que el psicoanálisis concebido como una disciplina, en la que teoría y práctica se cierran sobre sí mismas, puede impulsar un proceso de mortificación que promueve formas rituales propias del "ianismo", entrando en la palidez mortecina de una práctica retórica, e incluso vacía, incapaz de registrar los matices que tiene enfrente y apagando el carácter revulsivo de los procesos inconscientes.

Lo anterior pretende ilustrar —tal vez sólo sugerir— el modo como un psicoanalista que se proponga no retroceder frente a las condiciones del sujeto en emergencia, sobre todo cuando se contextúan las distintas versiones de la pobreza, deberá presentar un equipamiento conceptual y metodológico nada pobre, capaz de representar alguna oportunidad para revertir la agonía del sujeto coartado. Frente a esta situación, el psicoanálisis tiene algo que decir, aunque sea preciso saber que no tiene que decir todo ni lo más importante. Pero lo que diga será fundamental, cuando empiece por decirlo de sí mismo a través de quienes asumen la responsabilidad de enfrentar situaciones como la mortificación, tema del que enseguida habremos de ocuparnos.

2. CULTURA DE LA MORTIFICACIÓN Y PROCESO DE MANICOMIALIZACIÓN UNA REACTUALIZACIÓN DE LAS NEUROSIS ACTUALES [AKTUALNEUROSE]

Hace un tiempo, en un reportaje inicialmente referido a la inquietud de una periodista que debía hacer una nota acerca de una estadística, al parecer demostrativa de una notoria merma de las relaciones sexuales en la población general, introduje la noción de "mortificación". Me refería con ella a una verdadera producción cultural, que cada vez parece involucrar a sectores sociales más amplios.

La idea central consideraba que si las estadísticas monitoreaban realmente una merma en la producción erótica, debía existir alguna razón específica, con valor de factor epidemiológico, para esta situación. A esa supuesta razón con valor de hipótesis, que propuse en ese reportaje, la denominé "cultura de la mortificación".

No dejó de sorprenderme que una nota en la cual aludía a cosas bastante conocidas de mi práctica psicoanalítica en el ámbito social, provocara un considerable número de llamados telefónicos, alguna carta e incluso invitaciones a discutir mis ideas en ámbitos interesados en el psicoanálisis y lo social; pero sobre todo, atrajo mi atención el número de comunicaciones, en general breves y con tono de reconocimiento, de personas que no conocía, alejadas de Buenos Aires e incluso del quehacer psicológico.

Reflexionando sobre la naturaleza de esta resonancia, encontré una explicación relacionada con algunas observaciones de la clínica psicoanalítica frente a pacientes intensamente angustiados durante una entrevista, así como en consultas telefónicas con personas desconocidas, a quienes posiblemente no habría de entrevistar, dado que el llamado se hace desde una distancia geográfica más o menos insalvable en lo inmediato. En esas condiciones, en que están muy mermadas las posibilidades de conseguir algún beneficio clínico para quien demanda, solemos experimentar, tal vez paradójicamente, un particular empeño por aliviar su sufrimiento.

La experiencia muestra lo importante que resulta para ese propósito, nombrar con sentido diagnóstico no ya el afecto angustiante destacado sino un matiz más preciso de ese sufrimiento. No es lo mismo decir, en términos generales, "Usted está angustiado", cosa obvia y redundante, que señalar a nuestro interlocutor, con mayor precisión, que está preocupado, asustado, enojado, desesperanzado, o desesperado; se trata de aludir a los matices propios de la tristeza, que complementan todas estas posibilidades. Incluso se puede intentar explorar la magnitud de esos sentimientos. Una forma eficaz de intervención es aludir al sufrimiento de nuestro interlocutor en relación con lo experimentado corporalmente: un gran peso, algo que lo inunda, su cabeza ocupada, la falta de fuerzas, etcétera.

Si logramos nombrar con cierta justeza el matiz emocional de quien nos demanda, posiblemente los efectos han de reflejarse en un diálogo que empieza a adquirir un animoso entendimiento mutuo, que no existía de entrada; avanza entonces la impresión de algo distinto y auspicioso que comienza a suceder.

La conciencia compartida de un sufrimiento reconocido abre la posibilidad de reducir los efectos de la angustia tóxica sobre el vegetativo corporal de quien demanda ayuda, permitiéndole investir libidinalmente una idea que se hará pensamiento y diálogo; a partir de ahí, será viable, aun a distancia, establecer una producción transferencial con expectativas de alivio. En ese estado, quizá llegue a dibujarse un paso siguiente, por donde empiece a circular la inteligencia necesaria para buscar salida a los infortunios de la vida y los avatares neuróticos que han paralizado al sujeto. Todo esto si recordamos —un tanto aforísticamente— que la clínica psicoanalítica no promete la felicidad pero tampoco la desmiente, en la medida en que se pretende aportar algún alivio (aun el de la meditada tristeza, cuando se trata de un pesar inevitable).

Algo semejante parece haber ocurrido cuando introduje en aquel reportaje la frase “cultura de la mortificación”. Debo haber nombrado, sin proponérmelo y bastante ajustadamente, un matiz del sufrimiento social contemporáneo que afecta a sectores aún no del todo sumergidos en la mudez sorda y ciega de la mortificación. Las gentes en esta situación son testigos, diría en peligro, amenazados por esa mortificación en la que todavía no han zozobrado. Por eso aparecen sensibles cuando se nombra el matiz del sufrimiento, advirtiéndolo en ello una salida, aunque sea simplemente la de hacer inteligencia compartida sobre esa realidad. Cabe aquí hablar de cultura en sentido estricto, pues no ha desaparecido la producción de pensamiento ni el suficiente valor para resistir, bajo la forma de protesta que incluso puede animar alguna transgresión, enfrentando un estado de cosas que en el ámbito institucional de esa persona provoca sufrimiento.

Cuando zozobra la conciencia de mortificación, se abre paso una pasividad quejosa y alguna ocasional infracción, respecto de las cuales es impropio sostener el significado del térmi-

no cultura. Tal vez cabe pensar en una suerte de sociedad anónima de mortificados, en la que pueden comenzar a darse los mecanismos que en el capítulo de la salud mental corresponden a los procesos manicomiales, como formas clínicas terminales de la mortificación que afectan a algunos, mientras la mayoría quedará englobada en un marcado empobrecimiento subjetivo. A estos últimos, difícilmente los alcance algún mensaje como el señalado al comienzo. Algo más que sutiles matices se necesitan para conmover el acostumbamiento y la coartación que experimentan como sujetos.

Le asigno al término "mortificación", más que el obvio valor que lo liga a morir, el de mortecino, por falta de fuerza, apagado, sin viveza, en relación con un cuerpo agobiado por la astenia cercano al viejo cuadro clínico de la neurastenia, incluido el valor popular de este último término como malhumor. Un malhumor que en algunas ciudades como Buenos Aires bien puede denominarse "humor del carajo", expresión que declina en su carácter de insulto fuerte, para expresar con mayor justeza un sentimiento personal de dolor enojado e impotente.

La mortificación aparece por momentos acompañada de distintos grados de fatiga crónica, para la que periódicamente se ensayan explicaciones etiológicas, que van desde formas ambiguas del *stress* hasta patologías virales difusas o definidas, como los citomegalovirus e incluso las denominadas encefalitis miálgicas, en los cuadros mayores y dolorosos.

Un cansancio sostenido parece haberse instalado en muchos cuerpos en este fin de milenio, que actualiza una figura arqueológica de la psicopatología del fin de siglo pasado, descrita por Freud como actual neurosis; sus formas más conocidas son la hipocondría, la neurosis de angustia y la neurastenia.

Hechas estas aclaraciones, encuentro útil seguir empleando el término mortificación. Una vez que ella se ha instalado, insisto, el sujeto se encuentra coartado, al borde de la supresión como individuo pensante.

Existen algunos indicadores más o menos típicos de esta situación, tales como la desaparición de la valentía, que da lugar a la resignación acobardada; la merma de la inteligen-

cia, e incluso el establecimiento de una suerte de idiotismo, en el sentido que el término tenía en la antigua Grecia, cuando aludía a aquel que al no tener ideas claras acerca de lo que le sucede en relación con lo que hace, tampoco puede dar cuenta pública o privadamente de su situación. En esto consistía la condición de idiota, un tanto alejada del significado actual, más insultante. Es el sentido diagnóstico de entonces el que aquí recupero.

Tampoco puede haber alegría en la mortificación y es obvio el resentimiento de la vida erótica, posiblemente la causa epidemiológica a la que aludía en el reportaje.

En estas condiciones disminuye y aun desaparece el accionar crítico y mucho más el de la autocrítica. En su lugar se instala una queja que nunca asume la categoría de protesta, como si el individuo se apoyara más en sus debilidades, para buscar la piedad de aquellos que lo oprimen.

Como ya señalé, no habrá demasiadas transgresiones, a lo sumo, algunas infracciones. La transgresión es fundadora, en el sentido en que implica un principio de respuesta mayor, a cara o cruz; también supone el riesgo de morir en la demanda. No así la infracción, que se conforma en general con obtener alguna mezquina ventaja, aprovechando circunstancias propicias, a la manera de "bailemos en el bosque mientras el lobo no está...". Quienes se encuentran en estas condiciones culturales, tienden a esperar soluciones imaginarias a sus problemas, sin que éstas dependan de su propio esfuerzo. Esto los hace, con frecuencia, propensos a elegir conductores políticos entre quienes mejor y de hecho, más "mentirosamente", se ajusten a este ideario imaginativo. El fácil engaño es común en la mortificación.

Éste es un primer abordaje de la idea, como condensación de sufrimiento y muerte —básicamente del sujeto—, que en sus extremos mayores llega a producir autómatas "idiotas" griegos.

Esta aproximación a la mortificación se hará mayor si la contrastamos con otra figura fundamental en el desarrollo cultural humano, de la que me he ocupado con frecuencia bajo el nombre algo genérico de "institución de la ternura". El término aplicado a "institución", que califica la ternura —la ini-

cial materno infantil— alude al hecho de que bien puede decirse de ella que se trata del oficio más viejo de la humanidad, del que todos hemos sacado tanto beneficio como perjuicio. En este sentido, la ternura tiene prioridad sobre una antiquísima forma de mortificación social, a la que habitualmente se ubica en el principio de los tiempos: la prostitución.

A la ternura se la identifica, en general, con la debilidad y no con la fortaleza, y se la refiere tanto a la invalidez infantil como a los aspectos fuertemente débiles del amor. Sin embargo, la ternura es el escenario mayor donde se da el rotundo pasaje del sujeto —nacido cachorro animal y con un precario paquete instintivo— a la condición pulsional humana. Es motor primerísimo de la cultura, y en sus gestos y suministros habrá de comenzar a forjarse el sujeto ético.

La ternura es un gesto transmisor de toda la cultura histórica que habrá de imprimirse en el sujeto infantil. Gesto transmisor que, tanto en la remota era de piedra como en la de las estrellas, siempre habrá de producir memoria que no hace recuerdos, pero sí el alma —patria primera de los hombres, al decir del poeta.

En función de sus atributos básicos, la ternura será abrigo frente a los rigores de la intemperie, alimento frente a los del hambre y fundamentalmente buen trato, como escudo protector ante las violencias inevitables del vivir.

De “buen trato” proviene “tratamiento”, en el sentido de “cura”, y esto, por contraste, nos lleva a entender más la mortificación, sobre todo cuando nos enfrentamos con una de sus formas terminales, que es paradigma de maltrato y máxima patología de los tratamientos cuando organizan el manicomio, no necesariamente limitado a la institución hospitalaria.

Hablar de un tema tan polifacético y controvertido como el de la manicomialización y su articulación con la mortificación puede implicar el riesgo de dispersión que remede la locura, o el de una arbitraria simplificación propia del maltrato manicomial. Con estas dos ideas, locura y maltrato, introduzco algo que en mi criterio configura un proceso central en la manicomialización, que podría ser formulado así: la locura promueve con frecuencia reacciones de maltrato —y el mal-

trato incrementa el sufrimiento de la locura, incluso la psicosis. Este maltrato no sólo está referido al fastidio, el miedo, la rabia que suele despertar el trato con la locura, sino que hay algo más específico, inherente a la locura misma, promotor de reacciones en quienes tienen a cargo su cuidado. Élica Fernández, en su libro *Diagnosticar la psicosis*,¹ desarrolla al respecto interesantes ideas, que inspiraron las mías. En primer término, hay dificultades diagnósticas, ya sea porque la certeza o la incongruencia del decir loco hacen difícil entenderlo y, en consecuencia, poner en palabras ese diagnóstico. Por esta razón, con frecuencia queda encuadrado de un modo estándar, con todos los beneficios de la nosografía, pero también con todas las arbitrariedades anuladoras de la singularidad clínica de ese sujeto. A menudo se lo etiqueta, no menos ambiguamente, como psicótico, esquizofrénico, maniaco, depresivo —y ahí zozobra el sujeto—.

En esa estandarización que anula al sujeto puede fácilmente deslizarse el maltrato, un maltrato que comienza por repudiar el porqué y el para qué de los síntomas, sobre todo cuando éstos asumen formas delirantes.

Pero al mismo tiempo que el problema es diagnóstico, también es pronóstico, porque las dificultades que provocan las incertidumbres del primero, sugieren cronicidad o deterioro, o al menos lo incierto. Si no se sabe qué decir diagnósticamente, también es difícil saber qué hacer desde el punto de vista del pronóstico. Entonces aparecen los tratamientos que cortan por lo sano, vale decir que cortan todo lo sano. El encierro comienza por ser diagnóstico y pronóstico y termina manicomial. Hay ocasiones en que es necesario internar a un paciente, pero hacerlo resulta totalmente distinto al saber y expresar que se trata de un modo de reconocida impotencia del operador, y no un proceder dictado desde la soberbia, para enmascarar una eventual invalidez del clínico. Saberlo es de buen manejo clínico.

Este acontecer de la locura provocando maltrato, el que a su vez acrecienta la locura, es un hecho central en el proceso

1. Élica Fernández, *Diagnosticar la psicosis*, Buenos Aires, Data Editorial, 1993.

de manicomialización. Una sobredeterminación convergente que instaura la situación concreta, donde los locos inventan la conducta de los psiquiatras y éstos inventan a los locos; ningún espacio para la simbolización, ningún espacio lúdico para la creación de inteligencia, para el pensamiento crítico.

Si como señalé antes la ternura crea el alma como patria primera del sujeto, el manicomio, institución del maltrato por excelencia, inspira desalmados, cuerpos apátridas de vida. Puede que en él exista el abrigo, pero impregnado de desamparo; el alimento estará más próximo a la carroña que a la leche, pero sobre todo, prevalecerá la automatización del trato de la maldad, que abarcará a tratados y tratantes, incluso responsables y ejecutores de esa situación. Es en este sentido que la mortificación, bajo su aspecto manicomial terminal o en las formas más leves que lo preceden, es el paradigma opuesto a la ternura.

Pero la historia de la manicomialización no comienza en el manicomio; suele iniciarse en la cuna. En la de todo ser humano y en la de la civilización, muy especialmente en la de todo proyecto que se propone hacer algo en relación con la salud y, en especial, con ese concepto por momentos equívoco de la salud mental, como producción cultural o como entramado que teje y desteje la idea de salud y enfermedad mental —y de hecho la corrupción manicomial—.

Si la cultura se expresa en obras, no sólo de arte sino en toda producción consecuente con el saber y hacer del hombre para conseguir los bienes y los males del vivir, el manicomio también es una obra de arte, un clásico en el arte del oprobio. Cada ciudad tiene sus talleres y museos manicomiales, donde recrea y expresa las desvergüenzas de la mortificación.

A partir de este telón de fondo que amalgama cultura y salud mental y donde lo manicomial es la forma clínica terminal del maltrato, pueden suponerse formas previas de este estado final, que desde una perspectiva clínica podrían ser diagnosticadas tempranamente. Tal vez formas sub-clínicas capaces de infiltrar, desde el comienzo, todo proyecto cultural —y principalmente aquellos que se ocupan de preservar la salud—.

Cada vez que arbitrariamente prevalece la ley del más fuerte

y se instaura lo que bien puede denominarse la protoescena manicomial, la encerrona trágica, se avencinan los procesos manicomiales, presentes o futuros. Los encierros de esta naturaleza ocurren en la familia, la escuela, el trabajo, las relaciones políticas y en toda mortificación más o menos culturalizada, extendiendo la mancha hacia una práctica político-administrativa que perfecciona los dos lugares clásicos de marginadores y marginados.

Todos los programas de salud pueden ser infiltrados desde posiciones religiosas, filosóficas, epistémicas, cualquiera que sea la teoría a la que se refieran, incluso la metapsicológica. También desde la política, la economía. Permanentemente un programa está sometido a estos avatares.

Una propuesta que pretenda preservarse de la degradación manicomializante debe ser continuamente replanteada en su proceso, sometida a la producción crítica colectiva, como intento de verificar los conocimientos de esa propuesta y su relación con los objetivos, y preservada de las desviaciones y los reciclajes del maltrato. Esto implica crear lo que puede denominarse como garantía colectiva, la que emerge precisamente de este quehacer crítico. Son los propios responsables de la salud, en el campo concreto y no solamente en las instancias de planificación, quienes deben mantener la suficiente autogestión correctora de su propio quehacer y defender los buenos tratamientos, una práctica que comienza por considerarlos a ellos mismos, en relación con el modo de maltrato que en ese programa puede llegar a concernirlos.

Es un hecho la cantidad de intentos desmanicomializantes válidos que se realizan, aun en pleno centro del maltrato manicomial, pero también es un hecho el carácter fragmentario y aislado de estas acciones. Es que en la cultura de la mortificación, la intimidación apaga la intimidad necesaria para que un discurso y un accionar válidos sean escuchados. Por eso es tan importante restablecer la resonancia íntima en quienes se atreven a enfrentar la intimidación manicomial.

¿Qué otra cosa puede significar la resonancia íntima, como no sea el estar atento a la producción de subjetividad, esa que desde todos los tiempos aparece sostenida por la inteligencia, por la valentía y también por el contentamiento pro-

venientes de aquello que se intenta esforzadamente hacer bien? Todo esto ajustado a una visión del mundo y al lugar que uno se ha propuesto ocupar ahí. Sin duda, los procesos de desmanicomialización son urgentes en lo que concierne a las formas más graves, representadas no sólo por los manicomios sino por muchas otras configuraciones de encerronas trágicas en los programas de salud y en los sociales. Pero dichos procesos son continuos, nunca terminan y requieren continuas rupturas.

No se trata de una ruptura que habrá de producirse en el futuro; es ruptura ahora, ya que si en la encerrona manicomializadora, en sus formas iniciales, juega la esperanza de alguna luz en el extremo del túnel, probablemente desemboque en lo manicomial. Ocurre que esa luz es con frecuencia la engañosa entrada de la mortificación y sus cadáveres. Son "luces malas", a la manera de los fuegos fatuos que en el campo producen las alimañas al remover el fósforo de las osamentas en descomposición. Aquí, las osamentas son los restos mortales de lo que tal vez fueron, en sus comienzos, buenos proyectos.

Los muros de las formas manicomializantes y de los propios manicomios se rompen hacia el costado de lo inmediato, única actitud correcta capaz de levantar el escándalo necesario que se niega a someterse a la familiaridad con lo siniestro.

He señalado que la única utopía eficaz es la utopía actual, aquella que al negarse a aceptar lo que niega la evidencia atroz, no se juega esperanzada al engaño del túnel manicomial.

Importa mucho, pero puede que no se tenga éxito inmediato; hay que seguir intentando esa ruptura del túnel, sin consolarse con la mala conciencia de que la intención basta.

No siempre es sencillo vaciar un manicomio, pero el objetivo perentorio es romper la anestesiada ideología manicomial. También es prioridad desarmar las estaciones manicomiales previas, para no seguir alimentando esos museos del horror.

Hechas estas breves consideraciones acerca del manicomio, ese "cuidado de la manía" que termina maniatando todo cuidado, voy a retomar la enfermedad básica de la mortificación.

Accedí gradualmente a la idea de la cultura de la mortificación a través de la descripción de algunas figuras de la psicopatología institucional. Primero me ocupé de una manera un tanto analógica, y luego con más precisión, de extrapolar a la dinámica institucional, tal como ya lo adelanté, aquello que Freud describió, en los comienzos de su práctica, como “neurosis actuales”. Aludía así a los trastornos en la circulación libidinal que algunos comportamientos sexuales promovían en los pacientes; veremos que algo semejante ocurre en la situación que estoy describiendo. Más adelante puse a punto un cuadro que denominé “síndrome de violentación institucional” (SVI).

Posiblemente, a partir de mi interés por la tragedia y su presencia larvada o franca en los dinamismos institucionales, y basado de hecho en mi trabajo con los organismos de Derechos Humanos, llegué a ocuparme de una figura que considero de particular relevancia y que conceptualicé como “encerrona trágica”.

La encerrona trágica, por su frecuencia en muchos ámbitos de la cultura –y especialmente de la cultura institucional–, puede analogarse a una suerte de virus epidemiológico causante de la mortificación.

Me ocuparé primero del síndrome de violentación institucional, luego de la encerrona trágica, y dejaré para un tercer lugar las neurosis actuales, no tanto porque su linaje psicoanalítico prometa favorecer el accionar del psicoanálisis en las instituciones, sino todo lo contrario; con frecuencia, constituyen las trampas mayores que tornan estéril un intento psicoanalítico y hacen de él un mero recurso administrativo–organizacional.

La constitución de toda cultura institucional supone cierta violentación legítimamente acordada, que permita establecer las normas indispensables para el funcionamiento de las actividades de esa institución. Esto es un principio general de la cultura y constituye un justo precio, por tratarse del pasaje de lo privado a lo público –y de hecho a las pautas que deben ser consensuadas–.

Cuando esta violentación se hace arbitraria en grados y orígenes diferentes, se configura el SVI, que cobrará distin-

tas formas y niveles de gravedad. Las personas que conviven con esta violentación verán afectados notablemente la modalidad y el sentido de su trabajo; éste empieza por perder funcionalidad vocacional, a expensas de los automatismos sintomáticos que nada tienen que ver con la economía técnica para desarrollar una actividad conocida. Es así como se configuran verdaderas caracteropatías, en las que los síntomas cobran valor de normalidad y expresan la tórpida situación conflictiva en que vive el afectado. Éste perderá eficacia responsable y, sobre todo, habilidad creativa, por ejemplo, la necesaria para la atención de un paciente cuando se trata de una institución asistencial. Precisamente es en los hospitales donde más he tenido oportunidad de observar este cuadro.

En estas condiciones es difícil que alguien a cargo de un paciente, cualquiera que sea su rango y el tipo de prestación que brinde, pueda considerar la singularidad personal y la particular situación de quien lo demanda sufriente, cuestión fundamental para que los cuidados de un tratamiento se ajusten a lo que he denominado "buen trato"; me refiero con ello no sólo a los específicos sino a toda relación social con un paciente dentro de un ámbito clínico que integra el accionar terapéutico.

Tan extendido resulta este des-trato en el ámbito asistencial, que con frecuencia, cuando en una institución de esta naturaleza alguien recibe una atención considerada, suele pregonar las singulares excelencias de ese centro de atención hasta en las cartas de lectores de un diario.

Debo insistir en que es propio del SVI la pérdida de funcionalidad de los operadores, degradados a funcionarios sintomáticos. El mismo término "funcionario" aparece como paradigma del burocratismo al representar lo que se conoce como "el pequeño gran hombre". En general, él mismo es víctima de la violentación aunque se constituya, con sobrados méritos, en un ejecutor manifiesto de ella frente a propios y extraños. Este pequeño gran hombre encarna, en los casos mayores, la grotesca figura del demiurgo, un diosuelo menor y autoridad local máxima.

Este autoritarismo, consecuencia visible del SVI, es percibido, quizá con escándalo inicial, por cualquier prestatario

que concurra a la institución o por cualquier novato reclutado por ella. Es probable que al cabo de un tiempo tanto uno como otro zozobren obligadamente a la costumbre, a cambio de mantener la expectativa de recibir algún beneficio de la institución.

Hablando de los novatos recién reclutados, puedo citar un ejemplo del SVI que por su frecuencia resulta por demás ilustrativo. Pensemos en cualquier joven residente de Psicología o de Medicina, afligido al ver cómo se derrumban sus expectativas vocacionales, aquellas que lo llevaron a sostener durante años sus estudios universitarios, para atravesar más tarde los competitivos exámenes con que ganó su residencia. Ante la realidad que enfrenta, aquellas motivaciones vocacionales aparecen como un juvenil e ingenuo idealismo. Si no se modifica esta situación, pronto habrán de caducar sus jóvenes entusiasmos, sobre todo cuando las promesas de capacitación, como suele suceder con frecuencia, no son atendidas adecuadamente —salvo que él mismo y sus compañeros se esfuercen por organizar algún sistema que las satisfaga—. También sufrirá el desengaño de una magra retribución económica, que lo aleja del legítimo derecho a vivir de su trabajo.

En estas condiciones, es posible que los principios éticos que presidieron hasta ese momento sus expectativas de estudiante y de joven graduado se vean conmovidos negativamente. No es para nada un corrupto, mas la degradación de cuatro aspectos importantes de su quehacer, por efecto de un sistema que sí lo es y que lo oprime, hace de él una víctima clara del SVI.

Esta violentación institucional implica la presencia de una intimidación, más o menos sorda en función del acostumbramiento, que conspira contra la imprescindible intimidad para invertir de interés personal la tarea que desarrolla. Frente a este desinterés por lo propio, mal puede alguien prestar atención considerada a la actividad y al decir de los otros. Cuando la gente no se escucha, se ve favorecida la aparición de predicadores en un desierto de oídos sordos, estado que puede corresponder a todo aquel que teniendo algo que decir, al no encontrar escucha degrada su discurso a vana repetición. La sorda intimidación, cabe insistir, hace retroceder la necesi-

ria resonancia íntima que permite recibir el decir del otro investido libidinalmente de interés.

El síndrome de violentación institucional, como todo síndrome, está integrado por una constelación sintomática. En primer lugar, se advierte una tendencia a la fragmentación en el entendimiento, incluso en la más simple comunicación entre las gentes de esa comunidad mortificada. Esta modalidad comunicacional abarcará tanto el nivel administrativo como el que pretenda ser conceptual. A esto alude el desierto de oídos sordos y sus predicadores. Esta fragmentación conspira contra la posibilidad de un acompañamiento solidario. Cada uno parece refugiado aisladamente en el nicho de su quehacer, sin que esto suponga en modo alguno una mayor concentración en la actividad; en todo caso, implica lo contrario.

De este aislamiento se suele salir para organizar los clásicos enfrentamientos entre "ellos" y "nosotros", como una precaria y episódica organización de la fragmentación individual en fracciones mayores. Un "nosotros" que para nada supone alguna concordancia interna, ya que son frágiles conjuntos prontos a nuevas dislocaciones. Otro tanto acontece con "ellos".

Un mecanismo prevaleciente en todos estos cuadros es el que el psicoanálisis define como renegación; mecanismo que implica, en primer término, un repudio que impide advertir las condiciones contextuales en las que se vive, por ejemplo, el clima de hostilidad intimidatoria. Este repudio se refuerza al negar que se está negando, de modo que a la fragmentación de la comunicación y del espacio se suma una verdadera fragmentación del aparato psíquico de los individuos. Es por esto que la renegación, en su doble vuelta, constituye con certeza una amputación del pensamiento, de efectos idiotizantes, incluso más allá de la etimología griega.

En esta comunidad de individuos cada vez más aislados de la realidad contextual y con un enajenamiento paulatinamente mayor, reina el empobrecimiento propio de la alienación.

A la fragmentación y la alienación enajenante se agrega un tercer síntoma, que completa el síndrome, con los distintos modos y grados de desadueñamiento del propio cuerpo, situación al parecer relacionada con la falta de especularidad comunicacional y la merma de estímulos libidinales, efecto

de la enajenación. Un desadueñamiento corporal tanto para el placer como para la acción, a cuyo amparo abundan las patologías asténicas; un verdadero "genio epidemiológico" propio de la mortificación, que abarca variadas formas de desgano y cansancio, propio de la mortificación.

Una vez descritos los mecanismos intrínsecos más evidentes del SVI, consideremos ahora lo que denomino "encerrona trágica", situación capaz de infiltrar desde el comienzo mismo todo proyecto cultural, principalmente aquellos que se ocupan de la salud.

Suelo insistir en señalar que el paradigma de esta encerrona es la mesa de torturas. Comencé a poner a punto esta figura cuando trabajaba en Derechos Humanos, precisamente con personas que habían sufrido distintas formas de tormento. En la tortura se organiza hasta el extremo salvaje una situación de dos lugares sin tercero de apelación. Por un lado, la fortificación del represor; por el otro, el debilitamiento del reprimido. Pero no es necesario llegar hasta ese límite, ya que con harta frecuencia la organización político-administrativa perfecciona los dos lugares de marginadores y marginados, con el consiguiente cortejo de encerronas.

Debe entenderse por encerrona trágica toda situación donde alguien para vivir, trabajar, recuperar la salud, incluso pretender tener una muerte asistida, depende de algo o alguien que lo maltrata o que lo destrata, sin tomar en cuenta su situación de invalidez. Son múltiples las ocasiones que pueden confirmar esta situación.

El afecto específico de toda encerrona trágica es lo siniestro, como amenaza vaga o intensa, que provoca una forma de dolor psíquico, en la que se termina viviendo familiarmente aquello que por hostil y arbitrario es la negación de toda condición familiar amiga. Este dolor siniestro es metáfora del infierno, no necesariamente por la magnitud del sufrimiento, que puede ser importante, sino por presentarse como una situación sin salida, en tanto no se rompa el cerco de los dos lugares por el accionar de un tercero que habrá de representar lo justo; esta representación podrá ser encarnada por un individuo, que asume un modo de proceder encaminado colectivamente.

Cabe preguntarse acerca de una aparente contradicción entre la descripción que hago de la mortificación —cuadro donde el sufrimiento transcurre en sordina renegada— y esta figura de la encerrona trágica y su dolor psíquico infernal, en apariencia opuesta a lo anterior. Al respecto, puedo decir que la encerrona trágica, que he analogado a un virus infiltrante, causa de la mortificación, es un cuadro inicialmente tumultuoso, pero precisamente por no vislumbrarse una salida, salvo la que aportaría una situación mesiánica externa, suele dar paso a la resignación. Lo ejemplifica un manicomio, donde el maltrato institucionalizado es suficientemente escandaloso como para que se lo oculte tras los muros de un hospital; el manicomio, como forma terminal de la mortificación, está internado en un hospital al que llamamos “hospicio”.

Pero sin llegar a estos extremos, incluso bastante alejado de ellos, es frecuente que en una comunidad institucional, mortificada y acallada tras los muros de la resignación, surjan algunos momentos expresivos de las distintas formas de la tragedia y su efecto siniestro, oprimiendo a quienes viven familiar y cotidianamente con esta intimidad hostil hecha remedo de cultura “normalizada”.

Por cierto, la calidad siniestra depende de ese accionar renegador, mediante el cual los afectados terminan secreteando para sí la situación negativa en la que conviven, pero la hostilidad repudiada como conocimiento termina por infiltrarse tenazmente y provocar el sentimiento siniestro, que indica entonces un fracaso de la renegación. Si ésta es exitosa, lo será al precio de la total coartación subjetiva y de una forma de idiotez que, desbordando su etimología, se hace presente en el institucionalismo, bien representado en los hospicios por el clásico “hospitalismo”.

Esta situación donde, insisto, se vive cotidianamente con algo que ha perdido toda calidad amigable, me ha inducido a reactualizar el antiguo concepto de neurosis actuales, como figuras de particular utilidad para entender la patología institucional.

La neurosis actual (*actual neurose*) fue descrita por Freud en un período bastante próximo a la clínica médica, cuando todavía no había elaborado suficientemente la puesta a pun-

to de la abstinencia que le permitiera apartarse de la medicina y transitar por la clínica psicoanalítica.

Recordemos que las neurosis actuales eran atribuidas por Freud a trastornos de la economía libidinal. La falta de descarga sexual se situaba en el origen de la neurosis de angustia, en tanto el exceso de esta descarga, sobre todo de naturaleza masturbatoria, promovía patologías neurasténicas. Freud advertía que en estos cuadros era la causa actual lo operante, más que algún factor transferencial.

Aunque no lo expresaba nítidamente, pensaba que estos cuadros actuales, no transferenciales, no se benefician con el análisis sino que era necesario establecer medidas higiénicas, es decir, suprimir las conductas patógenas.

Desde el punto de vista institucional, este énfasis en la supresión de las causas que originan la mortificación y sus modalidades neurosis actual resulta totalmente legítimo. Por el contrario, en lo que hace al planteo de Freud en el sentido de la imposibilidad de analizar estos cuadros, cabe decir que mal podría analizarlos cuando aún no había puesto a punto el dispositivo de la neurosis de transferencia, como pilar central del quehacer clínico psicoanalítico. Pero si bien no estaba todavía en condiciones definitivas de elucidar el juego transferencial en las conductas sintomáticas que estamos considerando, prestaba particular atención a los efectos tóxicos de estos cuadros, tanto en el nivel del aparato psíquico, con disminución de la inteligencia y del deseo, como sobre el cuerpo, traducidos en el desgano de las patologías asténicas.

La actualidad de esta situación puede llegar a resultar lo bastante fuerte como para obstaculizar la perspectiva histórica que los integrantes de una institución puedan tener de los acontecimientos que han ido precipitando el conflicto presente. Entonces parecen pensar sólo en los factores contemporáneos como causa de la situación que se está viviendo.

Lo interesante es que en estas circunstancias propias del SVI, el grupo de mayor presencia en una institución —pensemos en el personal de planta de un hospital— tiende a asumir en conjunto una actitud y una posición de sitiado frente a los pacientes, visualizados como sitiadores. Como sitiados desarrollarán comportamientos muy semejantes a los que Freud

describía en las neurosis actuales. Algunos empiezan a trabajar a destajo, configurando algo similar a aquel exceso de descarga capaz de generar cuadros neurasténicos. También aparecen actividades ejecutadas con desgano, aun en el trabajo a destajo, causadas por la falta de investimento e interés libidinal, ya que lo que se hace está presidido por mecanismos automáticos, con marcado desadueñamiento del cuerpo. Puede ocurrir que la morbilidad hipochondríaca aumente sensiblemente, sobre todo frente a un trabajo que termina por producir efectos tóxicos. Otros, en cambio, procurarán eludir las tareas, dibujando respuestas semejantes a las neurosis de angustia, en general de modalidad depresiva.

Este incremento de la morbilidad en general origina al poco tiempo bajas en el personal, y afecta principalmente a quienes asumen responsabilidades directivas.

Todos estos síntomas a los que me refiero pueden tener cierta evidencia durante un tiempo, para luego entrar en procesos adaptativos que corresponden más a lo que describo como la "estabilidad mortificada". En estas condiciones, no resulta fácil hacer un rastreo histórico de la causa o los disparadores del sufrimiento, que sin duda existen; todo parece impregnado por un presente continuo que hará cada vez más grave la situación, aunque ésta, paradójicamente, aparezca con menos manifestaciones sintomáticas explícitas en la medida en que el cuadro vaya haciendo de la mortificación cultura, traducida en una red de normas administrativas. La institución tal vez se transforme en clienta de sí misma, muy alejada de sus objetivos específicos.

Puede pensarse que una institución donde lo instituido ha cristalizado y obstaculizado los dinamismos instituyentes, configura una neurosis actual en sí misma, más allá de la presencia que este cuadro tenga en el nivel individual de sus miembros. De hecho, la cultura de la mortificación bien podría ser denominada cultura de las neurosis actuales.

Ya señalé que las neurosis actuales tienen una importancia relevante, a título de obstáculo, cuando se intenta montar algún dispositivo psicoanalítico para una intervención, sobre todo porque en la numerosidad social no estamos asistidos por los clásicos pilares del análisis individual que, desde la

abstinencia y la asociación libre, organizan la captura de la transferencia neurótica en neurosis de transferencia.

El analista suele quedar atrapado en las neurosis actuales, y corre el riesgo de desarrollar él mismo un comportamiento semejante, sin poder hacer una exploración histórico-genética, cuando en la mortificación prevalece la convicción de que "las cosas son así"; estas "cosas así" aíslan y esterilizan el cometido de un analista, obstaculizando su llegada a los individuos y sus procesos de subjetividad. Todo lo cual posiblemente esté en relación con lo que Freud señalaba, en cuanto al carácter tóxico de las neurosis actuales, que las hace parecer no transferenciales en función de la fuerte coartación subjetiva.

Freud comprendía que los comportamientos sexuales perturbadores de la economía libidinal, subyacentes en estos cuadros, estaban condicionados por las pautas culturales de esa época. En las instituciones ocurre algo semejante, cuando los conflictos hacen costumbre y cristalizan en un "las cosas son así". Entonces zozobra la singularidad subjetiva de quienes aparecen impregnados por un pensamiento que tiene en realidad poco de tal, asimbólico y concreto, a la par que se establecen vínculos de modalidad adicta, otra manifestación de la toxicidad.

Quiero señalar algo que considero de particular importancia para comprender el complejo panorama de la mortificación. Si bien he centrado mi enfoque en las instituciones asistenciales pasibles de ese diagnóstico —no todas lo son—, en general, su situación, aún la de las más afectadas, dista mucho de igualar las condiciones adversas propias de las comunidades asistidas por ellas. Por ejemplo, es correcto hablar, en muchos casos, de la pobreza crónica de recursos de un hospital, pero son sin duda los sectores más marginados que a él concurren los que soportan en grado mayor el escándalo de la miseria.

Me interesa destacar que al reflejar el contexto social, la institución pone en marcha un dinamismo merced al cual tiende a dramatizar en sí misma las características del campo sobre el cual desarrolla sus tareas principales, algo así como asumir, a la manera de un contagio, la mortificación de los asistidos. De manera tal que si bien puede reconocerse, en algu-

nas circunstancias institucionales, una auténtica cultura de la mortificación con sus SVI, sus encerronas y su actual neurosis, esto no es universal; sí lo es, en cambio, la dramatización que refleja las condiciones más difíciles que soportan las personas sobre las que opera la institución. Circunstancia que se ve facilitada cuando no existen los suficientes recursos ni la firmeza vocacional necesaria para sostenerse en tan difícil situación. Desde la perspectiva psicoanalítica, que para nada supone facilitación, sino todo lo contrario, se hará más ardua la tarea, tal vez en función de aquel pensamiento freudiano que considera al psicoanálisis un quehacer imposible. Si esta consideración es aplicable en el ámbito favorable de la neurosis de transferencia, tanto más cuando se trata del sujeto y la subjetividad en emergencia mortificada. Precisamente por eso vale la pena, que con pena es la cosa, que el psicoanálisis intente presencia.

Lo de imposible es un alerta de Freud frente al *furor curandis*; lo cierto es que en su siglo de vida, el psicoanálisis ha enfrentado, con significativos éxitos, los desafíos de la psiconeurosis; ahora, terminando el milenio, este desafío sigue siendo el mismo, pero a él se agrega el enfrentamiento con el ambiguo campo de la salud mental, campo difícil de demarcar y definir.

En las varias décadas de mi práctica psicoanalítica, tanto en el consultorio privado como en la acción pública con las instituciones, he ido enriqueciendo razonablemente mi equipamiento teórico y metodológico, pero este enriquecimiento me enfrenta con una situación en cierta forma paradójica, ya que cada vez me conduce más hacia el campo de la pobreza mortificada.

No se trata de alguna forma de samaritanismo, que no es mi estilo; tal vez me guía un imperativo no ajeno a lo que he señalado como vocación por la tragedia. Sin embargo, entiendo que ésa no es la única ni la mayor razón, sino que parto de la convicción de que el psicoanálisis, que no gobierna ni educa, y hasta por momentos no analiza en el sentido tradicional del término, tiene una oportunidad importante en el campo de la salud mental, sin morir necesariamente en la demanda.

En todo caso, si el psicoanálisis es una disciplina idónea para abordar la subjetividad, no tiene sentido que deje de operar allí donde el sujeto está en emergencia.

De ninguna manera las cosas son fáciles en estas condiciones para una práctica psicoanalítica —y los límites suelen aparecer de muchas formas—. Uno de ellos, aunque no insalvable, corresponde al sesgo político que puede disparar un proceso de desmortificación. Así, por ejemplo, la acción movilizadora, tal vez por obra de alguna intervención institucional hecha desde las perspectivas psicoanalíticas, o de cualquier otro ángulo crítico que pretenda fundar nuevas condiciones, puede llegar a producir modificaciones sustanciales. Así, las personas que han permanecido aisladas buscarán agruparse y recuperar cierto sentido gregario del oficio. Entonces, es posible que desde alguna instancia jerárquica intra o extrainstitucional aparezca, bajo distintas modalidades, una calificación de este nuevo contexto; en tiempos fuertemente represivos, el nuevo accionar grupal podrá ser denunciado como delito de asociación. Por supuesto, es más probable que se trate sólo de una velada descalificación, sin que llegue a tomar la magnitud de delito, pero no puede descontarse que la sanción punitiva se produzca bajo cualquier enmascaramiento.

Otro tanto sucede cuando empieza a producirse un pensamiento, no necesariamente original, pero que rompe con una estabilidad alienada. Entonces, puede que se sancione esta renovada actividad pensante como delito de opinión o al menos como inoportuna perturbación de lo establecido.

Por supuesto, mucho más específica será la descalificación si surge alguna movilización como resultado del readueñamiento del cuerpo, abriendo los horizontes de la acción.

Estas consideraciones ilustran el modo como un analista institucional puede llegar a encontrarse al enfrentar situaciones que poseen un sesgo político, tales como las que estoy abordando. Circunstancias en las que el analista no es un líder político, mas no podrá dejar de estar atento, como toda persona que desenvuelve su acción en el campo social, a la dimensión política propia de la condición humana, se haga o no cargo de ella.

VI. EL LUGAR DEL SUJETO Y LA PRODUCCIÓN DE SUBJETIVIDAD

(Este resumen de una conferencia de 1993 reitera lo menos posible algunos conceptos ya desarrollados en otros capítulos. Cuando consideraba que la supresión debilitaba en exceso la estructura del texto, los he mantenido.)

Cuando los organizadores me consultaron acerca de cómo presentarme, creí oportuno pedirles que mencionaran mi pertenencia al grupo "H 8", algunos de cuyos miembros están en la sala. Con ellos trabajamos en las instituciones tratando de recuperar a sus integrantes en su funcionalidad específica y en su condición subjetiva.

Tal vez mi exposición va a estar muy atravesada por la subjetividad, hasta diría por la intimidación. En "H 8" solemos decir que cuando se logra superar la intimidación se recuperan condiciones de resonancia íntima, aquella donde se expresa activamente el sujeto solidario.

Es cierto que el concepto de sujeto no es unívoco, sino multifacético. Más allá del memorioso conocimiento de los estudios primarios, donde se identifica al sujeto con todo objeto del que el predicado dice algo. Coloquialmente, los psicoanalistas solemos hablar del infantil sujeto, del edípico infantil sujeto, aquel de los cinco años de edad, que permanece como punto disposicional en todo individuo. Punto que multiplicado por cuatro puede organizar el amor entusiasta que proclama tener siempre "veinte años en un rincón del corazón".

Se habló acá del sujeto cartesiano, lo cual me da pie para incursionar en un terreno filosófico, que no es específicamente área de mi incumbencia, para asentar desde esa base lo que es el sujeto de la práctica psicoanalítica.

El sujeto cartesiano no corresponde tanto a la frase más difundida del "Pienso, luego existo", porque eso implicaría, como se sabe, un silogismo: todo el que piensa existe, yo pienso, luego existo. La fórmula fuerte de Descartes es "Pienso, existo", donde el sujeto se enfrenta consigo mismo; todo lo que existe en el predicado ya está contenido en el sujeto. Es un sujeto monolítico, agente del conocimiento y del pensamiento en acción.

El descubrimiento de Freud implica la ruptura de este bloque monolítico, introduciendo el determinismo inconsciente y con él la descentración de la conciencia. Entonces, podríamos considerar, un tanto laxamente, lo inconsciente como la sede del deseo e identificar la conciencia como sede del compromiso. Esto es importante porque —al menos en nuestra práctica— solemos hablar de la ética del deseo, en el sentido de no claudicarlo. La ética del deseo, inherente al hombre global, es regulada por la ética del compromiso. Es así como existe la posibilidad del individuo ético.

Pero el sujeto desfallece con frecuencia. Cuando en las crónicas policiales leemos, por ejemplo, "sujeto mal entrazado" o "sujeto de avería", se trata de un sujeto innominado, aunque tenga nombre. Será un marginal, un cabecita negra, el que alimenta la delincuencia prerrevolucionaria, la de la miseria, pero es sujeto en repliegue.

Ya Sartre decía en el '66, en el curso de una entrevista, que "el problema no es saber si el sujeto está descentrado o no —en un sentido siempre lo está—. El hombre no existe y Marx lo decía mucho antes que Foucault y Lacan, cuando afirmaba no ver al hombre, sino obreros, burgueses, intelectuales. Si se persiste en llamar sujeto a una suerte de yo sustancial, a una categoría central, siempre más o menos dada, a partir de la cual se desarrollará la reflexión, entonces hace tiempo que el sujeto está muerto".

Insisto, voy a atravesar mi exposición con una subjetividad casi íntima, ya que me propongo hablar de esta muerte, que siempre es muerte del cuerpo, del sujeto corporal. Por ello, analizaré en varios niveles un antiguo ejemplo clínico de mi práctica más temprana.

Hace años, una paciente empezó un buen día a quejarse de la conducta de su marido. Desde el residuo de mi saber médico, le dije que lo llevara a un neurólogo, ya que, por los comportamientos que últimamente había manifestado, posiblemente tuviera una lesión cerebral frontal. En efecto, le fue

diagnosticado un cáncer de lóbulo frontal; fue operado y entró en coma.

Pasaron muchos meses; esta señora dejó de concurrir sistemáticamente a sus sesiones, sólo venía cuando le era posible. Un sábado estudiaba yo en mi consultorio, cuando me pide una entrevista. Me dice, con mucha angustia, que la familia de su marido estaba muy preocupada por los ocho meses de "vida vegetal" que éste llevaba. Aunque la había escuchado muchas veces, esa palabra me impresionó, porque no aludía a una vida vegetativa, sino a la muerte de toda subjetividad en aquel enfermo, quizás en la familia. También amenazaba la condición de sujeto de esta paciente, agobiada por la posibilidad de la eutanasia, como una fría disposición administrativa.

Le comenté que en ese momento estaba leyendo un artículo de Winnicott, analista inglés que cuestionaba la eutanasia, salvo que alguien en plena conciencia, actual o anterior, así lo dispusiera. El artículo sostenía, tal vez con intención metafórica, que cuando el cuerpo se derrumba física y emocionalmente (el cuerpo también es emoción), la vida se acantona en los últimos bastiones.

Quizás influido por un viaje que poco antes había hecho al Perú, reforcé esa metáfora y comenté que ese refugio era algo semejante al de los Incas, cuando, agredidos y avasallados en el Cuzco por los europeos, se replegaron en el Machu Picchu (después supe que no era precisamente allí, pero este nombre cumplía esa función).

La paciente quedó impactada por mi comentario, aunque yo no había abierto un juicio personal directo sobre la eutanasia. Me refirió, más tarde, que teniendo entre las suyas las manos queridas de su marido —quizá meditaba acerca de lo que fue ese amor y esa vida refugiada en últimos bastiones— creyó percibir un leve trémolo mientras se encontraba con la mirada viva de quien parecía despedirse de ella antes de morir.

La metáfora a la que apelé pareció restablecer las condiciones de la ternura, y con ella la posibilidad de reinstaurar una intimidad resonante luego de ocho meses de angustia, frente a una muerte tan instalada antes de morir.

En esta ocasión, la ternura desplegó totalmente su condición empática y aun su miramiento. Si la primera es requisito de suministros más allá del habla, el segundo implica no avasallar al sujeto, aun sumido en la invalidez física, y negarse a reducir a vegetal una historia donde el amor tuvo tan viva presencia.

No abro juicio acerca de si debe o no realizarse la eutanasia; sólo planteo que allí se produjo lo que podría llamar, a la manera de Spinoza, "un milagro". La ternura promovió desde el miramiento algo de la autonomía subjetiva en el campo relacional, aun en esa situación extrema, en tanto que desde la empatía parece haberse dado la posibilidad de esa última despedida. Al menos permitió, frente a la muerte, recuperar lo que el poeta Ricardo Molinari llama en uno de sus poemas "la meditada tristeza", distinta de toda claudicación. La meditada tristeza parece abrir, en este poeta de noventa años, el oco del vivir. Quizás un refugio en los últimos bastiones.

En este contexto —decía— se produce ese milagro, del que no hablo en su sentido literal, sino refiriéndome, como Spinoza, a algo no necesariamente sobrenatural, emergente en el contexto de la subjetividad. Si estuviera con nosotros esa persona, hoy amiga mía, acaso precisara más las cosas, y anotara que los hechos no ocurrieron exactamente como yo los cuento, que tal vez hubo detalles que he suprimido y otros que he imaginado. Pero esto también forma parte de la subjetividad. Los años transcurridos, que son bastantes, pueden haber nimbado de cierto carácter mítico a la historia, hasta hacerla pertenecer al tiempo primordial, no datado, aquel que suele comenzar: Era un sábado... El tiempo primordial donde nacen los eternos cuentos infantiles y lo que Freud llama la novela familiar del neurótico, que le permite al sujeto infantil estructurar un avance en la construcción de subjetividad. Lo importante, y esto juega de una manera decisiva, es que esta producción subjetiva no oculte fetichísticamente los hechos, que el tiempo primordial no quede en puro cuento sino que permita romper lo que ha advenido sujeto vegetal, no sólo cuando el cuerpo se ha derrumbado sino cuando el sujeto histórico ha perdido toda vigencia y no puede ser memoria encaminando una decisión. Esa era la cuestión que venía a plantearme aquella persona, ese sábado en que yo casualmente leía a Winnicott y sus opiniones. No puedo descartar que tal vez tenía suficientes datos de lo que sería aquella consulta, para encaminar mi atención hacia un determinado texto, del que también tenía noticias.

(Debo hacer una aclaración curiosa. Como consecuencia de haber vuelto a ocuparme de esta conferencia para resumirla en este texto, intenté precisar en qué parte de su obra Winnicott alude a la eutanasia, en los términos en que lo recuerdo. Al

consultar a un conocedor de la obra winnicottiana como es Jorge Rodríguez, éste me dio un dato interesante. En verdad, el psicoanalista inglés habla de algo que está incluido casi literalmente en el texto del '93, cuando digo "... frente a una muerte tan instalada antes de morir". Winnicott sostiene que cuando el cuerpo se derrumba [esa muerte ya instalada], la vida espera hasta la muerte del cuerpo. Es posible que yo haya reinterpretado este pasaje en términos de "refugiarse en los últimos bastiones" o tal vez lo que leí —no lo puedo precisar— fuera un artículo de otro autor que reinterpretaba de esta manera el concepto. Me inclino por esto último porque aquello de la vida refugiada en los últimos bastiones aparece muy nítido en mi memoria. ¿Un recuerdo encubridor? No lo descarto. Son procesos de la subjetividad propios del psicoanálisis).

Pero quiero llegar a otro nivel de análisis, para dar cuenta de que este seminario se hace bajo la advocación no sólo del fin del milenio, sino de los quinientos años del desembarco de los europeos en América. En este sentido, Machu Picchu constituye una oportunidad para adentrarnos en este aspecto.

Haya sido o no una ciudadela de la resistencia indígena, su historia es consecuencia de la forma misma que tomó el desembarco de los europeos. Diría en tal sentido que no hubo en realidad descubrimiento. Los europeos no vieron a un semejante en el aborígen, tal como suele ocurrir cuando no se toma como semejante al otro negro, al otro judío y también como sucedió en el genocidio reciente que sufrimos. A ese otro no semejante no se lo descubre, se lo conquista para dominarlo o matarlo. Los españoles llegaron y lo primero que hicieron fue plantearse la pregunta acerca de si los aborígenes eran animales (sin alma) o sujetos humanos, cuestión que abre la posibilidad del apoderamiento, en primer término semántico, luego territorial. Empezaron por nombrar a las tierras Santo Domingo, Nueva España, etcétera, avasallando geografía para luego apoderarse de sus habitantes. Apoderamiento que anula —como lo hacen las palabras delincuente subversivo, judío, negro, indio— la condición de sujeto. Nada que ver con un descubrimiento del que aprender. Se lo ignora todo.

Con intención empleo términos como indígena o aborígen, el primero en su significado "de allí" y el segundo por "de origen".

El aborígen fue organizado por los españoles en encomiendas, bajo la evangelización colonizadora (como si el nombre

Colón fuera premonitorio, aunque otra sea la etimología). Bajo el signo de Cristo se organizan formas de dominación que despojan al sujeto de las condiciones genuinas de su vida cotidiana, ya sea que lo arrojen a las mazmorras de la ESMA o a los campos de concentración, o se secuestren chicos y se repartan, como electrodomésticos, entre los mismos secuestradores. Siempre se asesina la condición humana. En estos días, muchos de los aquí presentes hemos estado en las jornadas de las Abuelas, donde estas cosas se trataron ampliamente.

Las encomiendas resultan ilustrativas de este proceso. Los indígenas colonizados no morían a causa del sufrimiento o del hambre, sino principalmente por la tristeza provocada por el despojo total de su identidad. De modo semejante, los esclavos africanos morían en los barcos. Sólo al crearse algunas condiciones de vida distintas comenzó la supervivencia. Tanto es así que algunos sacerdotes, tal vez escandalizados por los horrores o tocados por su magisterio, organizaron las misiones jesuíticas, donde el sujeto podía conservar algo de su subjetividad y sobrevivir, aun en su condición de sujeto colonizado.

Machu Picchu representa no ya el repliegue más piadoso de las fundaciones jesuíticas, sino la ciudadela guerrera desde donde resistir con intención de volver. Un papel similar cumplieron los "quilombos" (palabra que quizá sorprenda a quienes no conocen el portugués, idioma en el que significa lugar donde se juntan los esclavos). En el nordeste del Brasil hubo un quilombo con miles de esclavos prófugos, que sobrevivieron resistiendo en su boscoso Machu Picchu durante casi un siglo.

Pero tampoco tenemos que dejarnos engañar con el coloso Machu Picchu. Es necesario descubrir el avasallamiento del sujeto también aquí, desnudando la verdadera historia que hay detrás del mito y las grandiosas piedras.

El extrañamiento del mito, del tiempo primordial, permite no zozobrar frente a la costumbre o lo grandioso de la monumentalidad que se impone.

En este sentido, hay que recuperar lo que Neruda sugiere en un hermoso poema, "¿Y el hombre dónde estuvo?". Sin dejarse fascinar por la majestuosidad de las ruinas ni por la epopeya que ellas evocan y su vigencia presente, se interroga acerca de la situación de quienes la construyeron:

Piedra en la piedra, el hombre, ¿dónde estuvo?

Aire en el aire, el hombre, ¿dónde estuvo?

Tiempo en el tiempo, el hombre, ¿dónde estuvo?

Machu Picchu, pusiste piedras en la piedra, y en la base,
 ¿harapo?
 Carbón sobre el carbón, ¿y en el fondo la lágrima?
 Fuego en el oro, y en él, ¿temblando el rojo goterón de la
 sangre?
 ¡Devuélveme el esclavo que enterraste!
 Sacude de las tierras el pan duro
 del miserable, muéstrame los vestidos
 del siervo y su ventana.
 Dime cómo durmió cuando vivía.
 [...] Mostradme vuestra sangre y vuestro
 surco,
 decidme: aquí fui castigado,
 [...] Yo vengo a hablar por vuestra boca
 muerta.
 A través de la tierra juntad todos
 los silenciosos labios derramados
 y desde el fondo habladme toda esta
 larga noche,
 como si yo estuviera con vosotros
 anclado. [...]
 Acudid a mis venas y a mi boca.
 Hablad por mis palabras y mi sangre.

Neruda, en este poema épico, intenta recuperar –y lo logra– la intimidad sufriente del hombre común, del que hizo Machu Picchu, al evocar la viejísima tragedia, que por cierto no inauguraron los españoles avasallando indígenas, sino que acompaña al hombre desde que es hombre. Algunas veces amo, otras esclavo.

Podría terminar hablando de otros Machu Picchu, de mi práctica cotidiana como psicoanalista institucional.

Cuando con nuestro grupo “H 8” trabajamos en hospitales, en hospicios, en consultorios donde se atiende a los pacientes de sida y en muchas otras áreas de la atención pública, también nos preguntamos en todos estos lugares, actualizando el verbo del poema, no ya “dónde estuvo”, sino “dónde está” el hombre, este hombre avasallado por la globalidad de una estructura social, mediatizada por los ámbitos de trabajo y la diversidad de instituciones, donde no se construyen monumentos sino la existencia cotidiana, en general en dura adversidad que sin proclamar esclavitudes, las ejercita.

Hasta aquí, algunos pasajes de aquella conferencia, que continuaba desplegando temas ya incluidos en los subtítulos de este capítulo y en otros del libro, por lo que no redundo. Encuentro más oportuno incluir un breve texto periodístico, base de mis ponencias en las aludidas jornadas de las Abuelas de Plaza de Mayo, ocurridas en la misma época de esta conferencia, en ocasión de los quince años de ese organismo de derechos humanos.

Se trata de otro enfoque del lugar del sujeto, resistiendo frente a los más impenetrables muros de silencio y de impunidad. Una subjetividad con pretensión de llegar al oscuro lugar donde están los destinatarios de tanto esfuerzo, los niños secuestrados, quizá sus descendientes.

1. ASÍ HABLABA CAÑUQUEO

Aquella única vez que hablé con Cañuqueo, un viejo balsero del Colloncurá, le pregunté más o menos: “¿Usted guarda la religión de los antiguos de antes?”.

Me impresionó la figura, a la vez expresiva y reservada, de aquel abuelo añoso a quien en ese momento Oscar Sturzenegger, que me lo había presentado, le proponía volver a activar, circunstancialmente, la balsa donde envejeció cruzando el río.

“Los antiguos de antes” es un modismo regional, no muy frecuente, con que suele aludirse a los abuelos míticos de la tradición.

Cañuqueo afirmó que sí guardaba su religión. Esto me animó a insistir acerca de qué era esa religión y si la enseñaba a sus hijos: “La religión es la lengua”, dijo, escueta y nítidamente, para luego murmurar: “La paso a mis nietos cuando puedo..., señor...”.

No supe mucho más de él, pero he recordado su respuesta —sin duda singular— en distintas ocasiones. Ésta es una de ellas.

¿De qué otra cosa podía hablar esa lengua, asumida con convicción religiosa, que de la memoria histórica del pueblo mapuche, atravesada por las tragedias del genocidio, el despojo y la miseria?

Aun cuando sólo evocara las costumbres cotidianas y los valores míticos de los antiguos de antes, bastaría para denunciar, con sólo eso, la supresión criminal que en nombre de la civilización, seguramente ya occidental y cristiana, se hizo de ese pueblo y de los propios valores humanísticos falsamente invocados. ¿Cómo no advertir en el vacilante "... señor..." con que Cañuqueo remató su frase, el reproche a quienes se habían enseñoreado despiadadamente de su raza?

Ignoro si Cañuqueo discurría o no sobre todo esto, aunque es posible que a su manera lo pensara y con mayores títulos que los míos, pero la fuerza de su respuesta resaltaba los contornos del sujeto ético, imponiendo memoria como quien impone justicia y hasta con la inesperada eficacia de la condenación poética. Respuesta que me hace evocar la conocida sentencia de una mujer mapuche, que ante las promesas electorales de un embaucador de turno, supo responder: "No quieran darnos una mano, sáquenlos las manos de encima". Aquí, una actitud combativa y frontal; allá, el valor de la obstinada resistencia, que desde ancianas fuerzas intenta fundar memoria: "La paso a mis nietos... cuando puedo".

También ignoro las verdaderas razones de Cañuqueo, pero pienso que en función presente de un antiguo de antes, función de abuelo, intentaba transmitir a sus nietos aquello que los padres, ya sea porque debieron sostener legítimamente lo nuevo, por el desánimo de la desesperanza, o tal vez por ausencia forzada, no pudieron presentar a sus hijos. Entonces la responsabilidad de la historia suele ser trabajo de Cañuqueos.

Todo esto transcurría hace años y en un remoto escenario patagónico, tan marginado del porteño donde para bien o para mal muchas veces se hegemoniza la historia; la Plaza de Mayo, escenario de los cabildos abiertos, de los imaginarios paraguas escolares de 1810, que protegían al pueblo de la lluvia, pero no del criminal bombardeo del '55. Plaza de las palomas y los halcones, de los balcones y los discursos verdaderos y mentirosos, pero fundamentalmente hoy, y en estas líneas, Plaza de las Madres y las Abuelas. Las Abuelas y sus ya quince años.

¿Por dónde andarán tantos nietos robados, quinceañando sus "cumple"? ¡Qué tristeza, tan lejos! Ojalá, si por acaso, muchacha o muchacho, te llegan estas líneas, recibas el men-

saje de Cañuqueo y entreveas la tozuda heroicidad de estas abuelas, entre las que quizás esté la tuya, empeñadas en acompañarte, aunque vivas en sombras.

Ojalá te alcance la religión de su lengua que predica verdades tan ignoradas por la Catedral y la Rosada. Ojalá te lleguen noticias de encuentro. Tú y ellas se lo merecen. Pero no dudes que la historia de la gesta, de estas ya por siempre antiguas de antes, arribará a su tiempo a los hijos de tus hijos.

Como Cañuqueo, el balsero, las Abuelas y las Madres, también sabrán envejecer cruzando los ríos de la desmemoria.

Parte IV

VII. LA AMISTAD, EL PSICOANÁLISIS Y SUS ALREDEDORES

*A Osca Sturzenegger,
un amigo extranjero*

1. CUENTOS CON TIGRES Y ALGUNA RATA

Sabido es que las esencias son volátiles, dejan un aroma del que nunca se termina de saber cuánto hay en él de propia esencia y en qué momento ella nos toca. Fluido sutil el de la esencia, extraño y a la vez muy conocido. Lo extraño conocido es una imponderable mezcla de lo propio y de lo ajeno, sin sujetos confundidos —condición esta última importante para las distintas formas de la amistad—. Sobre todo de alguna que presentaré con el nombre un tanto extremo de amistades extranjeras.

El leve humor paradójico de un cuento sufi, leído hace años, vuelve a mi memoria cuando cierta descolocación es propicia para abordar cuestiones que, por estar sustancialmente tan “colocadas” en el vivir cotidiano, parecen haber perdido su esencia, integrando el mobiliario. Es así que la amistad puede aparecer como mueble imprescindible y hasta es beneficioso que no se la advierta demasiado, que no haga ruido, pero no está de más sacarle el polvo de la costumbre cada tanto.

Se trata de un cuento que contrapone ambigüamente causas y efectos y pone en juego algo de esencial, más allá de la sonrisa que, al menos en mí, despierta.

El personaje central es Nasrudín, derviche popular o mulá (maestro) del folklore hindú. Un día, mientras desparramaba migajas en torno a su carpa, fue interrogado por un discípulo acerca del sentido de este extraño comportamiento.

“Es para mantener alejados a los tigres” –respondió Nasrudín.

“¡Pero si en esta región no hay tigres!” –exclamó sorprendido el discípulo.

“¿Eficaz, no?” –dijo el mulá, acrecentando el desconcierto acerca de las causas y los efectos.

Hace poco me llegó otro cuento con tigres, también de las regiones asiáticas.

Los cuentos sufi suelen encabezar una experiencia de transmisión de esta filosofía, y favorecen la producción de aquello que se transmite.

Este nuevo cuento encabezaba también una transmisión –para el caso nada sufi, y aún menos amigable– en torno a la eficacia. Lo usaba un economista norteamericano, experto en organizaciones, para ilustrar lo que entendía por eficacia pragmática en el mundo moderno de las empresas. Dos ejecutivos amigos (él empleó el término “amigos”) caminan juntos, algo alejados de una población, por la llanura asiática; de pronto advierten que avanza hacia ellos un tigre cebado. Uno empieza a gemir y se lamenta del inminente peligro; el otro abre su *attaché* y extrae un par de zapatillas de carrera. “¿¡Qué estás haciendo!?” –exclama el gimiente. “Me preparo para correr; con este calzado lo haré más rápido que tú, mientras el tigre te come”.

El disertante insistía “graciosamente” en que así debía entenderse el paradigma de la eficacia empresarial, como respuesta frente a los tigres de la realidad. Además, continuaba casi anunciando, quien no marchara rápido no quedaría totalmente excluido del proceso, ya que sería reciclado como abono del mismo. A cada cual lo suyo.

Median alrededor de treinta años de mi vida entre el conocimiento de uno y otro cuento, y los métodos para vérselas con los tigres culturales parecen despertar entre los hombres cada vez más inamistad, eso sí, bien organizada en torno a una filo-sofía bajo la forma de cínico saber, poco amiga del pensamiento. Siempre han existido entre los hombres las posturas que ilustran estos dos cuentos, pero es un hecho que la segunda dejó de ser más o menos local y episódica, para tomar vigencia en un orden planetario, impuesta por los repre-

sentantes de las multinacionales y predicada por muchos gobiernos nacionales subsidiarios de aquéllas. Entonces, treinta años son más adecuados para medir actitudes personales frente a estas "doctrinas" del ajuste de (las) cuentas, que impulsan un modo cultural de producir y distribuir bienes. Para muchos, sólo la oportunidad de abonar (por abono y por pago) el apetito y el humor de los tigres. Para otros, "ser más malos que los tigres", como respuesta al despojo. Para quienes les cabe hacerlo, el esfuerzo de sostener el pensamiento crítico y un hacer consecuente donde distribuir migajas es símbolo de no enajenarse a sí mismo frente a los tigres y sus dueños.

Hay un abismo inamistoso, no ya entre Nasrudín y el ejecutivo asiático, sino entre un modo de producción sutil y esencial de la paradoja y la metáfora no estandarizada, y la torpe obviedad del segundo cuento, donde en el mejor de los casos queda la esperanza de la decisión del tigre, que quizá bien comido, pues alimento no le ha de faltar en este contexto, encuentre más placentero ejercitar su eficacia en cazar ejecutivos pragmáticos.

Obviamente, no se trata de inamistosos tigres —en todo caso, ésa es su condición—. Lo inamistoso tal vez ni siquiera sea el no jugarse la vida por el compañero de infortunio; esto es más propio del valor o de la cobardía, no como calificaciones morales sino como diagnósticos clínicos propios de la mortificación. Probablemente ambos ejecutivos estaban resignados culturalmente. Esto es lo que trataba de transmitir e inducir el disertante, una condición mortificada, donde la eficacia es sólo eso: un torpe resultado en el que las esencias quedan exclusivamente a cargo del humor del tigre.

Entonces, si me he dedicado a mortificadas comunidades cautivas de un sistema instituido o de una sociedad en su conjunto, si he abundado en los dinamismos de la dramática al romper los encierros trágicos, si las desubjetivadas actual neurosis, más que tigres, son ratas muertas que apestan el aire, bien vale evocar el lugar de lo amigo en el cotidiano vivir y particularmente en el proceder crítico del psicoanálisis.

Pero no nos engañemos, lo amigo no puede degradarse a maquillaje tolerante del oprobio, ni desconocer sus causas y sus promotores. Por algo está incluido en la esencia misma

del pensamiento cuando es procura de verdad justa; ése es el significado de filo-sofía como amor por el conocer.

Hablé antes de las ratas muertas que apestan para aludir a la opresión inhumana ejemplificada por la filosofía de la eficacia pragmática. ¿De qué amor y por cuál conocimiento habla una cultura así?

Una metáfora fea la de las ratas muertas, ajena a la elegancia instintiva de los tigres, cuando "cebados" por la impunidad hacen de su condición cazadora, imagen de los opresores que estropean la vida.

Otro de derviches. Le preguntan a uno de ellos, reputado por su sabiduría, cómo acabar con las ratas que asolan la ciudad y que engordan con el veneno con que se pretende matarlas. "Hay ratas a las que sólo extermina el buen alimento" —fue la respuesta—. ¿Será que la amistad es uno de esos alimentos? En todo caso, ¿cómo eliminar la fealdad que asola las ciudades o el campo, lo mismo da, donde el pragmatismo inhumano estropea la vida? Dije ciudad y no comunidad; nombré así ámbitos físicos mortificados por las llagas de la miseria y de la opulencia miserable. Una ecología ofendida en su estética, porque antes fue agraviada en la ética.

El escándalo de la miseria hecha cultura es un escándalo ético, explíquen lo que explíquen políticos y economistas del pragmatismo. Por supuesto que esto es área de las ciencias económicas y políticas, pero se comienza por hacer escarnio con torpezas del tipo "con la ética no se come" y se termina por empujar a los sobrevivientes —los que viven en sobresalto— a la única ética posible para ellos, la violencia. Después se hará violencia por la violencia misma.

Ya lo decía hace más de un siglo José Hernández, cuando hacía jurar a su Martín Fierro, perseguido y arrinconado por la injusticia, "ser más malo que las fieras". El mismo poema épico —con el que aprendí a leer— donde el sargento Cruz, al comando de la partida perseguidora, exclama: "¡Cruz no consiente que se mate así a un valiente!", y se pasa al bando de quien representa una condición diametralmente opuesta a la suya, al menos hasta ese momento. Después veremos que estos hechos inesperados suelen inaugurar lo que llamaré las amistades extranjerías.

Tal vez por haber sido lectura primera, debe de haberme impulsado a rechazar las múltiples formas de "las cabañas esclavizadas del tío Tom". La amistad no es ciega ni blanda; es un eje ecológico de la subjetividad. La amistad no es cualquier precio, no lo es ninguna verdadera filosofía.

¿Tiene algo que decir el psicoanálisis frente a la crueldad de la injusta miseria? En todo caso, esto es cometido, más que del psicoanálisis, de psicoanalistas en persona, empeñados en defender lo amigo de su quehacer de los ataques tigreros, surgidos en la propia transferencia, con algo más que migajas. Esto sí es tarea de todo aquel que asuma este oficio, que si no es filosófico propiamente dicho, es amigo de establecer la verdad.

Pero aquellos que animen su deseo y su compromiso podrán intentar algo más por su ciudad. No propongo que se organicen en "amigos de la ciudad", pero no es tan ajena a esto mi postura; los analistas no están exentos de ser ciudadanos.

2. DEL AMOR POR LAS PALABRAS Y LAS PALABRAS AMIGAS

La palabra amistad viene de *amicus*, en realidad palabra tardía en castellano, pues aparece entre los siglos X y XI.

Pero la etimología más importante, más fecunda, que mejor presenta la idea de la amistad, por supuesto originada en amor (de ahí *amicus*) es amable, también del mismo origen y muy próxima a "*afable*", que designa a aquel con quien se puede hablar con expectativa de respuesta cordial y justa. Lo contrario de "*afanar*", palabra que en el lunfardo porteño va por robo, pero que en su origen latino (*afannare*) quiere decir "palabras embrolladas y sin sentido", y que pasa luego a significar "situaciones enredadas", difíciles, incluso por excesivo apuro, por afán. Con todo, este último significado permite recuperar un sentido más próximo a la amistad, cuando resulta en afanoso empeño de alguien por resolver el problema del amigo o el que ha surgido entre ambos.

Si continuamos en la búsqueda de apoyaturas etimológicas, nos encontramos con afecto, de *affectus*, cuya declinación, *afficere*, significa lograr un cierto estado, un sitio, propicio a

un clima afectuoso. Entonces, la condición afable es lo que prevalece en la amistad. Ya veremos que en la amistad tiene más lugar la palabra, digamos el vocablo, el que convoca, que la tentación, tan ligada al tacto y sus atrapantes tentáculos. No hay aprisionamiento en lo amigo, más bien un espacio no saturado entre quienes se pretenden amigos.

“Pretender” es también una palabra interesante. Viene de *tender*. Hay todo un juego en esto de tender por delante las intenciones de amistad, un pre-tender o no, en relación con el otro. Para que se dé la amistad es necesario una suerte de patio entre los amigos, necesario al juego y a la producción de inteligencia, que despliega lo afable sin embrollarse en el afán. Un espacio no inundado por suposiciones mutuas, que sin preguntar, asignan.

Una disposición afable sin predicadores sordos que entrecrucen discursos para escucharse.

La amistad impone la discreción prudente que discierne acerca de lo que se dice; es sobria, nunca bebe en exceso. Sobrio es contrario a ebrio; la amistad no es cuestión de borrachos, aunque tampoco contraria al vino.

La amistad cuida la palabra de la degradación entrópica, la maledicencia y la traición. Maurice Blanchot, hablando de su amigo Bastide, que había muerto, decía, quizás un tanto excesivamente: “No se habla de los amigos, se habla con los amigos”. Blanchot, Bataille, Klossowski, Adamov y nuestro conocido Michel Leiris, frecuentaron el mismo mundo diario; algunos muy amigos entre sí y, en general, con notables diferencias mutuas. Blanchot, tan reservado acerca de lo que se habla entre amigos, extendía esta reserva y no admitía traicionar lo privado, más aún cuando el amigo, como en el caso de Bastide, había muerto.

La amistad, además, es privada; requiere espacios propios en cada uno de los amigos.

No se dice todo ni se pretende escuchar en totalidad. Son fundamentales los matices tanto como los fragmentos. Esto es condición general de todo amor y factor determinante en la convivencia de las parejas del amor. En todo caso, resulta básico en la amistad, donde lo privado no se confunde con lo clandestino, aunque deba admitirse que en ocasiones lo bor-

dea. De ser así, existirán fuertes razones para sostener algo que supone las proximidades del engaño, por cierto distinto de la reserva. El amor amigo es ético, no necesariamente moral. Existe una diferencia sustancial entre la fidelidad –valor por cierto muy extendido socialmente y relacionado con la propiedad– y la lealtad. En algún capítulo aludo a la fidelidad como propia del mejor amigo (canino) del hombre. La amistad se juega más a la lealtad como valor ético, que a la fidelidad como valor moral. La lealtad es pulsional, la fidelidad instintiva.

No se trata de establecer primacías porque son sentimientos distintos para distintas situaciones; así, la fidelidad aparecerá como un valor más pretendido en las relaciones íntimas, en tanto la lealtad es casi la esencia de las amistades exogámicas, de las amistades que llamo extranjeras.

Me ocupo de la amistad por su estrecha relación con la práctica psicoanalítica, más allá de la relevancia que como producción subjetiva representa y de haber sido siempre celebrada en la historia de la civilización.

¿Qué lugar ocupa este tema dentro del dispositivo psicoanalítico mismo, tanto en la práctica individual –aquella que ha alcanzado una mayor puesta a punto– como en la que aparece volcada a la numerosidad social? Este texto apunta a dar una respuesta.

También “lo amigo” es factor fundamental en un proceso de propio análisis, cuando el rigor de la propia crítica no se degrada en inamistoso hablar mal de sí ni en piadosa permisividad.

Es imposible avanzar una producción de subjetividad, una producción crítica de sí mismo o del otro, alejada de lo amistoso, aunque esto no implique ignorar el oportuno acaloramiento que aproxima inamistades en los debates. Es que la amistad no claudica posiciones justas; de hacerlo se degradaría a contubernio.

3. LA POCO AMABLE POLÍTICA DE TEBAS

No constituyen una novedad los torbellinos en la casa del psicoanálisis, acorde con la materia que se trabaja en ella.

Entonces, resulta ineludible recrear la historia que aconteció en Tebas, con sus crímenes, incestos, luchas y castigos, por supuesto todo más atemperado. Una historia donde Tiresias quizá fuera un precursor del mismo crimen y castigo que afligió a Edipo; de ahí su ceguera clarividente. Un precursor del arduo saber del psicoanálisis, previo a Sófocles y a Freud, que milenios después socializaría su crimen, al que cabe llamar preedípico. En cierta medida, el primer paso de esa socialización lo dio el propio Edipo, sin eludir su responsabilidad, aunque lo excusara la ignorancia. En ese espejo no se puede mirar la obediencia debida para amparar ocultamientos canallas.

Pasaron los siglos y Freud desafió —nuevo Edipo— el valor universal de los enigmas que dramatizó Sófocles. Un desciframiento que también trajo —lo dijo él refiriéndose a New York— la peste, y recreó en su Viena la poco amable política de Tebas. Concomitantemente aportó —esto suelo decirlo yo— la Torre de Babel al psicoanálisis. Su empresa utópica culturalmente transgresora y la consiguiente edificación de la torre teórica y organizacional del psicoanálisis suponen transitar los inamistosos andamios donde se afirman y derrumban muchos de los constructores.

El grupo pionero de Viena debió experimentar una suerte de amistad salvaje, o al menos transferencias salvajes, sin demasiados recursos, inexistentes por entonces, para recuperar esos procesos transferenciales como neurosis de transferencia.

Las interpretaciones silvestres, tal vez también debiera decir salvajes, hicieron época entre algunos de los personajes pioneros, atrapados en la ambivalencia, exaltada por esa transferencia, que escenifica amores y odios, hirviendo en una cultura iniciática, más caldero que crisol. ¡Vaya si valió esto último! Pero costó caro y sigue costándolo cada vez que un nuevo intento repite lo iniciático en otra latitud y otros tiempos.

Para tener algunas noticias acerca de lo que allí sucedía debemos apelar a los biógrafos, la literatura epistolar y tal vez lo que se refleje o se pueda deducir de algunos trabajos teóricos. Todo este material hace posible la operación histórica que recupera memoria global desde los individuos. Lo arduo es rescatar, sobre este telón histórico, la memoria singu-

lar (in *memóriam* en éste caso, pues todos los protagonistas han muerto) de lo que pudo haber sido el proceso más íntimamente personal, no sólo de Freud sino de aquellos cuya producción quedó ensombrecida por la del maestro.

Además de todo el material de cartas, biografías, referencias autobiográficas y los mismos trabajos teóricos, es posible apelar a la psicoanalítica construcción. ¿Pero quién avala o descarta su factibilidad? Tal vez los psicoanalistas actuales, para nada ajenos a los efectos de la ciudad psicoanalítica que remeda tebanos.

Cada biografía —y quizá mucho más las psicoanalíticas— suma a los datos históricos y su evaluación, las construcciones del autor y conjetura acerca de los puntos oscuros. ¿Cuáles fueron, por ejemplo, las verdaderas razones por las que Freud decidió no dar a conocer algunos de sus trabajos metapsicológicos de 1915? ¿Por qué la exaltación de su malhumor, consignado por él mismo en cartas a Ferenczi?

Algunos de esos escritos aludían a una metapsicología de la conciencia y de la sublimación. ¿Será que esos puntos de partida avanzaron ideas que no compaginaban con lo que hasta entonces venía escribiendo? No se puede descartar. Lo cierto es que a partir de ese tiempo y posiblemente influenciado por su producción de entonces, dejó de producir historiales clínicos y comenzó una elaboración sorpresiva y audaz, que habría de desembocar en sus concepciones sobre la pulsión de muerte.

Las biografías necesitan ser interpretadas. Es conocido el rumor acerca de Ana Freud, pidiéndole a Jones que ajustara la biografía de su padre a la de una figura próxima a la de Albert Schweitzer. De cualquier manera, el propio Freud decía duramente a Witter, su primer biógrafo —y lo reiteró años después con Arnold Zweig—, que quien asume la condición de biógrafo, probablemente también de autobiógrafo, inevitablemente hace un pacto con la mentira. Tal vez aludía al equívoco y sus ficciones, pues de ser mentira, se trata de un fetiche y no de una biografía.

Siempre existe el recurso de leer una biografía a la manera de un historial, aunque no lo sea, o aun hacer de ella una lectura patográfica; por supuesto, son operaciones delicadas

que se prestan a la arbitrariedad, que dicen en este caso más del autor que del texto. Cabe esperar de un analista, ya sea en función de autobiógrafo o de biógrafo, que intente poner en juego una oportunidad para avanzar la verdad; de lo contrario deja de ser una producción teórica psicoanalítica y pone en juego la producción neurótica, una de cuyas formas es la mentira. Sin disculpar por esto la transgresión ética que puede implicar.

Cada tanto los analistas, al elaborar su condición de tal y su relación con la epopeya freudiana, intentamos trabajos que bien podrían denominarse graciosamente "Mi autobiografía de Freud". Otras veces —pienso en mi amigo Emilio Rodríguez— se trata de un esfuerzo mayor, como lo ejemplifican sus largos años, casi un lustro, construyendo su original biografía del maestro vienés, enmarcada en el siglo de vida del psicoanálisis, de próxima edición en portugués y español.

Rodríguez parece comprometerse así con su manera de ser psicoanalista en Itapúa, una ciudad próxima a San Salvador de Bahía, rodeado por la fuerte presencia del candomblé. Alguna vez le comenté que este arduo trabajo sobre Freud, desarrollado con sostenida pasión, parecía una respuesta frente a esta religión africana, tal vez más arraigada en Bahía que en la tierra de origen.

Son muchos y complejos —cabría decir complicados— algunos aspectos de la personalidad de Freud, sobre todo a la luz de biógrafos más distantes y relatos menos "por encargo" como parece serlo el de Jones. Con todo, un esfuerzo importante al que le alcanza sin embargo algo del vaticinio freudiano, en cuanto al posible compromiso ficticio con la verdad. Para nada pienso en compromiso con la mentira.

Personalmente me han sido útiles los datos que consignan biógrafos más recientes, como por ejemplo el trabajo del periodista D. Berthelsen cuando entrevista a Paula Fichtel,¹ cocinera durante cincuenta años en casa de los Freud, que al parecer ilustra vivamente aquello de "no hay señor para su

1. D. Berthelsen: *Vida cotidiana de la familia Freud*, Berlín, Deutscher Verlag, 1989).

valet". Esta señora debía, sí, tener suficiente señorío como para conminar al Profesor, así lo llamaba, a abandonar sus dominios de la cocina y refugiarse en los propios de su estudio. Un paciente le habría comentado a Freud que sus honorarios resultaban relativamente bajos por tratarse de una media pensión. Intrigado, el Profesor le pidió aclaraciones, y así se enteró de que su cocinera solía darle al paciente, mientras esperaba ser atendido, un refrigerio en los días de calor o una taza de caldo cuando hacía frío. Fue en ocasión —lo refiere la antigua empleada— de ir a reprocharle su intromisión que había ocurrido el incidente anterior.

Resulta de particular interés el esfuerzo de Helmut Junker² para formular una suerte de psicopatología doméstica con familiares y discípulos próximos, que afectaba a un Freud al parecer mortificado cotidianamente.

Datos antiguos y más recientes permiten reconstruir histórica y psicoanalíticamente lo que puede presentarse como la poco amable política de Tebas que operaba en Viena.

En realidad, la mayor información para esa reconstrucción se infiere de los conflictos dados en todas las casas tebanopsicoanalíticas cada vez que prevalece el caldero sobre el crisol. No siempre es esperable que las agrupaciones psicoanalíticas superen esta situación de horda primitiva sin morir en la demanda.

Es posible que, en efecto, Freud apareciera en la intimidad de su domicilio y de su círculo más próximo, afectado por una suerte de mortificación neurasténica, como se desprende de algunos datos de estos últimos biógrafos. Así, por ejemplo, se consigna en una de ellas el menosprecio con que llegaba a calificar de "gentuza" a sus pacientes y colaboradores, en un rapto de malhumor.

Por otra parte, amigos como Stephan Zweig consignan que este mal humor estaba sobre todo referido al descrédito en la humanidad, después de la primera guerra mundial y al avance del nazismo que anunciaba la segunda. Es posible que como tantos hombres —y digo hombres designando género— tendía

2. Helmut Junker: *Freud en los freudianos*, Berlín, Diskarel, 1991.

a disimular la angustia con el malhumor. Ya consigné el estado en el que Freud escribió sus trabajos metapsicológicos en 1915. Él lo atribuía a la privación de tabaco y a la guerra, terriblemente cruel, en la que estaban alistados dos de sus hijos y la mayoría de sus colaboradores, salvo Ferenczi, quien era depositario de sus confidencias en cartas particularmente amistosas. Es interesante que en esa deprivación haya escrito una fantasía filogenética y ubicado el origen de las formas psicopatológicas más comunes, en creciente desarrollo, a partir de la deprivación de los glaciares. Envío este trabajo a Ferenczi, recabando su opinión acerca de si era o no publicable. Más tarde, Freud le reprochó a Ferenczi que hubiera recibido esa fantasía filogenética como "la feliz aparición de una hermana para la propia fantasía ontogenética" que él estaba escribiendo, como conjetura del posible futuro desarrollo del hombre. El trabajo, uno de los desaparecidos en el '15, pasó posteriormente a manos de Balint, amigo de Ferenczi y luego a los herederos de aquél, de donde lo rescató hace poco Ilse Grubich-Simitis.³

Stephan Zweig, uno de sus amigos no analistas, admiraba que Freud "hubiera planteado la vida inconsciente del espíritu como algo contrapuesto a toda una condición cultural, donde la psicología estaba solamente cubierta por la conciencia y por los ideales mayores".

En esta concepción de la vida inconsciente del espíritu —al decir de Stephan Zweig— es donde Freud puede ir no sólo más allá de su eventual neurastenia, sino también de su cotidiano sufrimiento, y organizar su conceptualización más audaz: la pulsión de muerte, seguramente no ajena a los datos que extraía de su malestar. Con todo, es posible que, como suele acontecer, haya ido más lejos con sus conceptualizaciones que con la elaboración personal de su situación. Pero no cabe duda de que aquéllas impulsaron su propio análisis, no siempre traducido en alivio, a lo mejor sólo en lucidez.

3. Ilse Grubich-Simitis: *Neuroses de transferência: uma síntese*, Rio de Janeiro, Imago Edition, 1985. Hay edición en español.

Por algunos trabajos teóricos, que sin duda metabolizaron o lo acompañaron en ese sufrimiento, no sólo referido al cáncer sino a su escepticismo respecto del devenir de la humanidad, de hecho de la cultura humanística, podemos recordar *Tótem y tabú*, un texto de 1913, integrado al período que consideramos. Sin duda este libro es una respuesta no malhumorada, no neurasténica, no neurosis actual, frente a la evolución de la humanidad y, en particular, a lo que llamo la poco amable política tebana. Claro que también es una respuesta no ajena a la religiosidad primitiva que despliega la vieja religión del complejo de Edipo, sus leyes sagradas, sus prohibiciones transgredidas, sus augurios, sus profecías, con el dios Apolo moviendo los hilos —a fe que no siempre los movía el hombre Sigmund.

Mencioné antes el trabajo de Helmut Junker, en el que este autor advierte que Freud plantea en *Tótem y tabú* un supuesto antropológico que casi se considera una certeza. Según él, el padre de la horda debe ser necesariamente asesinado por los hijos. Nosotros, dice Junker, los psicoanalistas somos, metafóricamente hablando, un clan de hermanos como esos. Se pregunta: “¿Podemos protegernos contra un acto criminal abriendo una solución que permita la existencia del padre y de los hijos?”.

Junker piensa que mientras nos sometamos a esta representación, como a una ley, no podemos sino matar al padre. Esto es lo que ha sucedido. Pero si nos resistimos a postrarnos ante la ley y somos obedientes y amables, seremos menospreciados igualmente por esta ley a la que pretendemos mejorar, pero que pervertimos. Éste es el dilema.

Quien intenta salir de esa encerrona —continúa Junker— debe formular interrogantes e inevitablemente corre el riesgo de asumir la posición de chivo emisario. Junker se plantea con respecto a esto una pregunta: “¿Dónde es posible, en la obra científica de Freud, en el corpus epistolar, extendible a las biografías sobre Freud, o en algún otro lugar, advertir que se prohíbe pensar? Una prohibición que contrasta con la extraordinaria riqueza que hizo posible precisamente permitir que se piense”. Esto sintetiza más o menos las ideas de Junker y su supuesto antropológico.

Pienso que la abstinencia, como pilar ético y metodológico del psicoanálisis, es la respuesta a este inamistoso supuesto antropológico.

Claro que esto supone resolver aquel rumor que corre por la ciudad tebana del psicoanálisis, afirmando que los analistas en general no han llegado a un fin de análisis.

¿Qué es un fin de análisis? ¿El fin del camino que iniciara de pequeño el pobre Edipo, confiado al pastor que lo salva de la muerte y lo entrega a supuestos padres, para emprender luego (equivocadamente) su equívoco intento de no matar a quien cree su padre y llegar finalmente al único lugar donde el parricidio es posible? Estamos aludiendo al dispositivo psicoanalítico. Éste es simbólicamente el recorrido de los analistas, hasta arribar a la Tebas de la transferencia. Un lugar que no promete la felicidad parri-incestuosa, pero tampoco la desmiente. De hacerlo, no habría análisis posible, en tanto la promesa encamina al atrapamiento tanático en ese deseo. El final del análisis ocurre cuando se agota este goce frente a la crecida y dura roca de la castración, así también cuando el goce se anula en la inteligencia exogámica.

Un fin de análisis es poder resolver la encerrona transfe-rencial, sin sometimiento identificatorio que anule al propio sujeto ni acceso a forma alguna de consumación parricida. Sin duda Freud, con obstinado esfuerzo de propio análisis plasmado en su edificio teórico, sale de lo que parece haber sido tanta inamistad y sufrimiento y se autorrescata al contraponer tenazmente —como dice Stephan Zweig— la vida inconsciente del espíritu a toda concepción cultural, que tras el velo de los ideales mayores, oculte fetichísticamente la realidad psíquica, sus miserias y sus grandezas.

También lo rescataron contemporáneamente algunos amigos, sobre todo no analistas, como los hermanos Zweig o Thomas Mann, que en su libro: *Cervantes, Goethe y Freud*,⁴ recordaba cómo este último “afirmaba su propósito de ocuparse de la vida inconsciente del espíritu diciendo que el in-

4. Thomas Mann: *Cervantes, Goethe y Freud*, Buenos Aires, Ed. Losada, Biblioteca Contemporánea, 1961.

telecto humano es impotente en relación con la vida instintiva, pero la voz del intelecto es un susurro que no da tregua hasta ser atendido (en la posibilidad de ir avanzando la verdad) y lo consigue finalmente, después de haber sido rechazado miles de veces". Por eso digo que es desde ese esfuerzo que Freud, en su propio avanzar la verdad y traducir la producción intelectual, pudo construir a Freud.

Quisiera reafirmar lo anterior con otro comentario, ahora de Arnold Zweig. Él encabezaba sus cartas a Freud "Queridísimo padre", en tanto éste lo hacía con "Querido maestro Arnold". A. Zweig escribe desde Haifa, donde estaba terminando su análisis personal, unas palabras muy sentidas, el día 4 de junio de 1938, en momentos en que Freud partía rumbo al exilio. No pienso que estas palabras hayan sido realmente enviadas, sino que más bien traducían sentimientos personales escritos para sí mismo:

Lo que fui antes de encontrarte,
está escrito en estas páginas.
¿Qué vida, sino la tuya
pudo ser tan rica?
¿Qué pensamiento, sino el tuyo
tuvo tanta fuerza?

A su vez, su hermano Stephan termina su biografía de esta manera:

No hay en Europa, en todos los dominios del arte, del estudio, de las ciencias vitales, un solo hombre importante cuyas concepciones no sientan directa o indirectamente, de buen o mal grado, las influencias de una manera creadora, de la idea de Freud; por todas partes, este hombre aislado ha alcanzado el centro de la vida: lo humano. Y mientras los especialistas continúan no pudiendo entregarse, ante el hecho de que esta obra no está rigurosamente conforme con las reglas de la enseñanza médica, filosófica u otra cualquiera, mientras los sabios oficiales disputan todavía furiosamente respecto a detalles y finalidades, las teorías de Freud han hecho, hace ya mucho tiempo, sus pruebas mostrándose irrefutablemente verdaderas. Verdaderas en el sentido creador, según

la frase inolvidable de Goethe: "Solamente es verdadero lo que es fecundo".

Creo que esto me ayuda a presentar mi amistad con Freud, en este caso, de la mano de Stephan Zweig, cuyo libro autobiográfico *El mundo de ayer*,⁵ leído tempranamente, junto con algunos trabajos de Thomas Mann,⁶ marcaron decididamente mi vocación psicoanalítica. Freud, los hermanos Zweig, Mann, representan para mí lo esencial de las amistades extranjeras, donde la universalidad de la condición humana, más aún en clave abismal del inconsciente, puede entrelazarnos con aquel proceso vienés, por encima del tiempo y las geografías culturales.

Las vocaciones psicoanalíticas se van consolidando con el significativo Sigmund Freud, el que cada uno compone bibliográficamente, entrelazado con la propia historia personal tamizada en la cura.

Composición ayudada no sólo por los trabajos mayores, sino por esos otros menores, casi misceláneas personales, que pueden producir en quien los lee curioso un efecto de resonancia íntima con la inteligencia afectiva de Freud. Una conexión amigable evocadora de recuerdos e ideas inesperados y cuyo fluir resalta los remanentes de la novela familiar en torno a las propias figuras parentales como fuente de transferencia. De la novela familiar neurótica analizada surgirán datos importantes sobre la génesis de muchas cosas propias, entre otras, las raíces para esta vocación por el psicoanálisis. Tal vez se consolide un lazo amigo con el propio pasado que permita ir más allá de ese tiempo de las claudicaciones y las heroicidades del infantil sujeto para llegar a hoy. Un infantil sujeto que deja de ser sólo consecuencia para ser sujeto causal.

Así se va "modificando" no sólo la relación con el pasado, sino la vigencia del pasado mismo en nosotros, renovando la

5. Stephan Zweig: *El mundo de ayer*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1942.

6. Thomas Mann: *Freud y el porvenir*, Buenos Aires, Editorial Panapress, 1937.

alianza que desde el hoy recupera el ayer y recrea el mañana. Mientras eso acontece, la vida está viva; uno se ha reconciliado con aquello que se fue. Un "se fue" como sutil y a la vez firme condensación de lo que ya se fue como posibilidad y de lo que uno fue como persistente memoria. No se puede avanzar en la amistad, sobre todo en algunas formas, si no se avanza en la reconciliación con la historia personal.

Se abre así para los posfreudianos una oportunidad mayor para que el oficio psicoanalítico sea, como todo oficio asumido vocacionalmente, una manera de vivir en donde prevalezcan, sobre las pertenencias escolásticas, las propias pertenencias que hacen estilo y —lo digo a sabiendas— propia ideología. No estoy aludiendo a una ideología donde juega sólo el reactivo "me gusta—no me gusta", ese primer mecanismo de aceptación o rechazo de todo individuo vivo, que aproxima el riesgo reaccionario, en sus variadas formas, sino como pensada manera de ser sujeto social. De ser así, es posible que la cocinera no nos expulse de sus dominios.

VIII. TRES ÁMBITOS Y SUS MODOS CORRESPONDIENTES DE AMISTAD

Resulta un tema casi inabarcable el de la amistad en la cultura humana, por eso voy a intentar desplegarla panorámicamente a partir de tres ámbitos de las relaciones entre la gente, los que imprimen a las amistades que en ellos se generan, estructuras bien identificables. Me refiriereo a las amistades íntimas, a las amistades cotidianas o propiamente dichas, y a un tercer ámbito donde se desarrollan las que denomino amistades extranjeras.

Esto supone un camino centrífugo para la amistad, semejante al desarrollado en la gradual autonomía de un sujeto, nacido endogámicamente, que se encamina luego a la experiencia ciudadana del entorno, para atravesar por fin los límites hacia lo extranjero.

En este panorama, puede identificarse un primer polo endogámico, propio de la familia y sus producciones abriéndose en abanico, desde la ternura y sus suministros, hasta el enamoramiento y sus intercambios. De la mezcla de estos componentes, surgirá el amor o lo contrario. Cuando el resultado es el amor, la calidad afectiva de lo amigo habrá de mejorarlo. Un amor amigo dentro mismo de la actividad íntima y su despliegue sexual. Mas no es de este despliegue, cuando resulta amigo, que nos ocuparemos aquí, sino de la amistad como una modalidad ligada a lo anterior, pero por fuera de este intercambio de las sustancias de la ternura y la pasión enamorada. Amistad que sin ser ajena a cierta sublimación, res-

meda fraternidad y también los vínculos parento-filiales, sin buscar apareamiento, aunque éste haya sido su comienzo. En algunos lugares se denomina graciosamente a esta última situación, sobre todo cuando tiene episódica vigencia, "las amistades floridas".

Empleando una metáfora náutica, útil a las tres modalidades, habré de proponer que las amistades íntimas, del mismo modo que las relaciones así calificadas, navegan por el mismo río —y en la misma o en muy próximas barcas—. Es que este tipo de amistad se pretende fiel como un sentimiento que une, a costa de adueñamiento. Cosa de la propiedad sexual la fidelidad, que aún en las amistades íntimas, alejadas de lo sexual, permanece como remanente. Una fidelidad propia de los lazos de sangre del parentesco. Tal vez porque esta palabra deriva de parir, de dar a luz cierta sublimación —en general precaria— con que estas amistades dejan atrás lo erótico. De ellas se suele decir, con cierta razón, que a los amigos se los elige y lo familiar es un destino. Aunque lo amigo florece con frecuencia dentro de la comunidad pariente.

Como síntesis, se puede proponer que en estas amistades íntimas siempre hay algún intercambio sustancial, de hecho sin la intensidad de la ternura y el enamoramiento. Una sustancialidad en común, que justifica aquello de la misma barca que navega la vida.

Continuando la marcha propuesta hacia la exogamia, deberemos navegar otros ámbitos de lo amigo; en primer término, el más común, el de la vida cotidiana en la comunidad. Aquí el río suele ser el mismo, tal vez el mismo delta. Incluso habrá ocasionalmente barcas colectivas, sobre todo en los momentos en que las personas aparecen comprometidas en el bien común, pero en general cada uno tiene su propio bote, aunque no necesariamente, en lo referente a la amistad, sea su capitán. Esto está relacionado con que la producción afectiva que prevalece en este tipo de amistades es el sentimiento solidario.

Complejos y hasta complicados los contenidos de la palabra solidaridad, en función de su laya etimológica misma. Tal vez provenga de "sueldo", moneda consolidada con que se pagaba al soldado en la antigüedad, sobre todo al mercenario.

Digo "tal vez" porque no es claro quién nombraba a quién, si la moneda al soldado o éste a la moneda. En realidad, ambos significados están soldados. Una moneda, el sueldo, con que además se pagaba a los sirvientes y si tomamos en cuenta que los siervos hacían sus contribuciones al señor, si no con esta moneda, al menos también con valor consolidado, tenemos otra soldadura de significados. Es decir que la guerra y la servidumbre están contenidas en esta noble palabra que nos ha llegado desde esas complejas raíces.

En el escenario de la cotidianidad, los amigos están soldados confiadamente en un destino, si no semejante, al menos comprometido en consideración mutua.

Pero es en la palabra afable donde más sentido adquiere la solidaridad en los términos de nuestro tratamiento. Con "afable" se designa la actitud amiga de alguien que predispone a ser hablado, con expectativa de atención, por un desconocido. Es que las amistades cotidianas son esencialmente afinidades del habla. Están facilitadas por el entendimiento que supone hablar o pensar en términos semejantes. Las amistades propiamente dichas construyen la *polis* y su cultura. Pero no siempre es construcción amiga; lo ejemplifican las ciudades cada vez más hostiles y afeadas, donde los habitantes zozobran mortificados. Las relaciones cotidianas, que hacen amigable u hostil a la comunidad, también generan los lugares donde se vive en salud o en enfermedad. Y digo "también" porque es en los ámbitos íntimos donde con más frecuencia se hunden las raíces de lo enfermo o de lo saludable. La índole de la comunidad exaltará enfermedad o salud.

Decía que lo afable es la resonancia más próxima a lo solidario y que la amistad, sobre todo en términos de lo cotidiano, es cosa de palabra; las amistades íntimas, no ajenas a las palabras, suelen ser de acompañamiento, en tanto las extranjeras, a las que enseguida nos encaminaremos, suponen, en general, pocas palabras y aun fecundos silencios.

Ocurre que en las amistades íntimas y en las cotidianas, el entendimiento previo facilita hablar o pensar en términos más o menos semejantes, pero en las más exogámicas, al grado de lo extranjero, lo que prevalece son las diferencias. No se habla una misma lengua, ni hay demasiado intercambio

de sustancias, lo que se trueca es esencial, y el idioma deja de ser dialecto para aludir a lo más universal. Paradójicamente, aquí lo que une es la diferencia, y si no hay acuerdo previo, la amistad es un resultado; se diría que se conjugan en el usted, aunque el tuteo sea la práctica.

Completando la metáfora náutica, estas amistades extranjeras ni circulan en el mismo bote ni navegan el mismo río; se hablan desde sus orillas, no necesariamente márgenes de oposición. Quiero decir que los amigos extranjeros no se marginan; se buscan en la distancia. Por eso, lo esencial de esta amistad puentea ese espacio. Hay veces en que la literalidad extranjera las hace epistolares.

Me interesa desarrollar con cierto detalle esta modalidad amiga, porque es la que más se ajusta a uno de los objetivos de este texto, ocupado en el lugar de la amistad y la práctica clínica del psicoanálisis. Adelanto que esta forma extranjera es la versión más favorable de lo amigo, en un vínculo que se defina legítimamente como un trabajo en la transferencia. Si una relación psicoanalítica se estructura de esta forma, no siempre resulta un punto de partida, pero sí un desarrollo que para nada busca que la amistad sea una práctica, en el presente o en el futuro, de quienes integran ese campo trans-ferencial; pocas veces termina por ocurrir esto.

Hay ocasiones en que estas amistades tienen un origen sorpresivo en un hecho inesperado, aunque no necesariamente sea el único, ya que lo exótico, lo extranjero, lo desconocido –tal vez lo bárbaro en cuanto a la polisemia de este término que connota atracción o rechazo– suelen constituir el disparador de lo que luego será esa amistad. Son amistades cambiantes; esto es esperable del río heracliteano que las une y las separa. En esto son distintas de los otros dos tipos de amistades, con sus hábitos familiares o ciudadanos mucho más instalados.

En ciertas oportunidades son tan diferentes las características de estos amigos, que los del cotidiano y los íntimos no los aceptan y casi con escándalo exclaman: “¡Qué diablos tenés que ver con este sujeto!”, connotando tal vez sujeto de avería, o al menos mal entrazado, por diferente.

Decía que con frecuencia las amistades extranjeras se constituyen a partir de un episodio fundacional. Algo así como lo

ocurrido con el sargento Cruz, quien al frente de la partida que se dispone a terminar con la vida de Martín Fierro, resulta tocado en algún punto por la valentía de ese gaucha matrero, arrinconado por la injusticia. Entonces siente nacer de sí mismo, más allá de su poder y sus galones, la exclamación: "¡Cruz no consiente que se mate así a un valiente!". Después será el triunfo sobre la partida, el camino al desierto unidos en solidaridades e infortunios, y ante la muerte de Cruz, Fierro promete velar por el hijo de su amigo, como si fuera uno de los suyos.

Ese comentario de Cruz pone en evidencia, como elemento esencial de estas amistades, la lealtad. Si la fidelidad es la pretensión del adueñamiento de lo íntimo, aquí prevalece la lealtad consigo mismo, aquella que luego se expresa hacia el amigo. En su exclamación, Cruz es leal a sus propios sentimientos, quizás a su propia historia interrumpida hasta el encuentro con Fierro. Historia cuyos jirones, con frecuencia, se retoman en las amistades extranjeras, para el caso desplegadas en el escenario real del desierto.

En el primer día de mis estudios secundarios, también habitante del desierto urbano recién llegado del campo, me incluí en una escena donde Oscar Sturzenegger, después un entrañable amigo, se debatía contra un grupo numeroso de los que serían nuestros condiscípulos, en una discusión sobre la guerra civil española. Tal vez por primera vez escuché algunas palabras como socialismo, solidaridad y otras semejantes. Adolescente aún, este amigo gastaba un vocabulario político más amplio que el mío. Por mi parte, venía de una forma de vivir en el campo afín a lo solidario y por naturaleza opuesto a la opresión que representaba el franquismo. No fue necesario asumir el coraje de Cruz, pero nos pusimos juntos y al menos esa batalla la ganamos. Después perdimos muchas —y la humanidad también—.

Aquel hecho fundacional marcó una amistad que nos ligó hasta su muerte. Cada tanto, en los veranos, cabalgábamos la cordillera de la que vivía próximo. Fuimos tan distintos que nuestra amistad mereció el beneficio de ser extranjera.

Algo semejante me aconteció el día en que se debatía mi renuncia a la dirección del Centro Racker, previa a mi salida

de la APA. Alguien hizo un comentario antológico, en cuanto a anteponer su pertenencia institucional a la más elemental autonomía de pensamiento y decir esperable en un analista. Sin duda, se trataba de una buena neutralidad neutralizadora del sujeto, advenido en la ocasión mero individuo. Ambos habíamos sido nominados didactas, una de las funciones que cuestionábamos los que nos íbamos. Al recordar esa ahora controvertida función, me acusó de traicionar a los amigos que nos habían elegido. Comenté bastante exaltado ("comenté" es un eufemismo) que me iba en busca de otros y distintos amigos. Al llegar a mi casa recibí un llamado de Emilio Rodríguez que me decía: "Soy uno de tus nuevos amigos". Ahí comenzó la historia amiga de otra extranjería, que más tarde se extranjerizó en Brasil.

Estos hechos fundacionales tienden a evocarse, aunque no se hable de ellos, en encuentros periódicos, tal vez con el valor de una ceremonia que recrea el mito del episodio inicial.

A veces, lo que aparenta ser ajeno no lo es tanto y la amistad se declina, como dice Cicerón, en "consenso entre las cosas humanas y las divinas, acompañado por cierta benevolencia afectiva". Entonces se ingresa en las amistades más propiamente dichas, las cotidianas.

En otros casos, el tiempo las trueca en la cordialidad de la mesa tendida del ágape, en la que prevalece el yantar, al principio una comida que evoca "los buenos tiempos viejos". Más tarde, una constatación del paso de los años, quizá no ajena a los innatos años por venir.

Pocas veces estas amistades de lo distinto avanzan hacia el enamoramiento y hacen prevalecer la condición erótica sobre "la heroica" del hecho fundacional. Suele ser difícil la relación de amor cuando la intimidad hace, de lo que hasta entonces se favorecía diferente, molestias de lo que no encaja. La amistad bajo esta forma ha desaparecido, primero en una intimidad que no acuerda, tal vez sustituida por la fidelidad al calendario. La fidelidad a la costumbre es una de las peores, porque queda reducida sólo a eso, una costumbre donde zozobra lo esencial distinto que validaba la relación.

Se ha de aclarar más esta idea de amistades sustanciales y esenciales si pensamos —algo humorísticamente— en la esencia

de vainilla, tan doméstica, cotidiana y de familiar presencia, al menos en las alacenas. Una esencia propicia a los postres y otros aromáticos sabores, que en sobredosis se torna amarga.

Todas estas condiciones entran en cuestión hasta el desconcierto, si formulamos esa esencia (básicamente otra formulación y sus consecuencias) en términos de "la esencia de la vainilla". Hemos introducido un compás de espera, una distancia, que replica en *la*, posiblemente sostenido.

Algo semejante acontecê cuando al escuchar un relato, que en su aparente habitualidad disimula algo muy evidente, se nos ocurre comentar "Esto que usted dice, además de cierto, es cierto".

Ambas reiteraciones parecieran dar el la cierto, como nota clave para recuperar la esencialidad del sujeto (de vainilla o de la enunciación), anulada en la proximidad que fusiona.

Dos formulaciones sutil pero significativamente distintas, que repertorizan diferentes virtudes. La esencia de vainilla destaca la sustancialidad familiar y cotidiana, en tanto la esencia de *la* sabe a sorpresa frente a lo no habitual ni doméstico. Una esencia que hace clima extranjero y no se aclimata fácilmente. Un clima variable.

Es fácil establecer un correlato entre lo sustancial amigo ajustado a "consenso benevolente", sintetizando a Cicerón, y la esencial presencia del enfrente y diferente de dos que entienden lo que tal vez, por inefable, permanece en silencio. De ahí los silencios fecundos de ese entender entre amigos extranjeros. Un entender que nunca es punto de partida ni tampoco objetivo consensual.

Lo sustancial de dos en uno, fundidos en encuentro amoroso, remeda la unicidad fantasmática de los primeros tiempos del regazo de la ternura, tan temprano que aún no se ha consolidado la identidad de pensamiento y su eficacia simbólica. Las fusiones son cosa de las tentaciones y sus contactos locales. La extranjería fue siempre cosa vocacional, donde se viaja con la mochila liviana, aunque repleta de los vocablos esenciales que nombran, libre de la pesada sustancia de lo nombrado que sin embargo puede ser evocada.

No es mala esta fusión inicial, tentando repetición. Sin esa tentación no serían viables ni el recién nacido ni las pasiones.

enamoradas ulteriores, donde prevalece lo posesivo, que obstaculiza el recorte de dos sujetos, como condición del amor —que no del enamoramiento—.

El enamoramiento mueve las montañas que hace posible el amor, pero acallados los estruendos y asentados los “polvos” de tanto movimiento erótico, el resultado puede ser el amor. Otras veces el desencanto y aun la hostilidad. No es mal logro que se amplíen las habitaciones del alma, propiciando la capacidad de amar, esa artesanía entre las más difíciles, aun por lo habitual, siempre amenazada con el opacamiento de sus brillos por el óxido de la costumbre. Al amor hay que sacarle brillo, porque eso reclaman sus necesarias aleaciones.

Cuando la esencia de la amistad, la de la extranjería, se alea con las íntimas, las mejora. Mas cuando lo íntimo de la sustancia del amor se aproxima al otro polo, suele perturbarlo, aunque no necesariamente.

Puede proponerse como síntesis que la esencia “de la” amistad es la condición del amor, en tanto la esencia de amor es condición del enamoramiento.

Estas tres modalidades de la amistad nos permitirán aclarar un poco más cómo juega el componente amigo en la clínica psicoanalítica. De paso retomo una discusión histórica al respecto, con Marie Langer, esa amiga tan extranjera. De esto voy a hablar en detalle en el subtítulo de las “Relaciones entre candidatos II”.

Cuando las amistades íntimas son el modelo sobre el que se estructura la relación analista/analizante, es posible que se despliegue no tanto la vocación por el inconsciente sino una situación más propia del quehacer asistencial de la medicina y su clínica de cuidados, comprensión global y prescripciones consejeras, es decir, clínica de linaje médico y sus suministros. El estilo amistad íntima en un tratamiento bordea con mayor o menor cercanía los procesos de la ternura, e incluso los del enamoramiento. Ambos son de difícil manejo, si la abstinencia aparece debilitada de resultados de la intimidad.

Son relaciones que se ajustan, cuando lo logran, a una psicoterapia, apoyada casi exclusivamente en el buen trato como uno de los suministros de la ternura. Si alguien procura ana-

lizarse con mayores garantías, como prudente acotamiento a las trampas de la ternura en una psicoterapia cuando ésta se hace tramposa, podrá publicar un aviso que más o menos anuncie "Líquido infantil sujeto terminable/interminable, analistas tiernos abstenerse". Y sin embargo, esto no implica olvidar que la ternura, en cuanto coartación del fin pulsional, es el antecedente más antiguo y válido de los cuidados médicos -y por ende de la clínica médica-. Y que ésta lo es, a su vez, de la clínica psicoanalítica merced a la acción de la abstinencia, también una coartación del deseo del analista. Una abstinencia que no supone supresión; se conforma con detener.

Este tipo de vínculos terapéuticos suele hacer costumbre y aun adicción, tratamientos de nunca acabar porque en cierta forma son de nunca saber demasiado lo que ahí sucede.

Otro tanto podría decirse, pero de una manera menos enfática, de las relaciones analíticas que remedan las amistades cotidianas. Relaciones terapéuticas que en el argot del ámbito psi se denominan, como las anteriores, "terapias" ("Hoy tengo terapia"). Esta modalidad favorece la indolencia del analista, aun presentada como abstinencia. También estimula cierta superficialidad del "cliente", y empleo el encomillado porque llega a reproducirse aquello de que el cliente siempre tiene razón. No las razones válidas de los síntomas explorados sino la de sus defensas, prontas a convertir esos síntomas en rasgos de carácter. Aquí también suele estar desplazada la curiosidad por el inconsciente, que favorece la expectativa asistencial, posiblemente con más posibilidades que en la modalidad anterior.

No me mostraría hipercrítico con ninguna de estas dos modalidades psicoterapéuticas cuando lo son. Diré que aquí la amistad es poco amiga del conocimiento y, en consecuencia, desde la perspectiva psicoanalítica, es más un obstáculo que condición facilitadora de la clínica. Parafraseando algo a lo que ya aludí, no se trata de "un amigo menos" sino de un "paciente menos atendido".

Si un analista desconoce las consecuencias de pretender impulsar un proceso analítico en clave de amiguismo, es posible que termine por enfrentar consecuencias inesperadas. En el mejor de los casos, terminará por degradar la eficacia

de la palabra como herramienta del psicoanálisis; en el peor, puede que hechos poco amigables sustituyan la palabra, porque ha sido descuidada la protección abstinente del manejo transferencial.

Desde lo anterior es fácil advertir que el ingrediente amigo, posible en una relación psicoanalítica, se ajusta a la modalidad extranjera, donde el proceder clínico no es ajeno a la amistad de una abstinencia, que no favorecerá el río y sus definidas orillas sino que es el río mismo.

Estas relaciones psicoanalíticas están conjugadas en términos de “usted”, asignándole al vocablo cierto “miramiento” que garantiza la autonomía de ambos. Un miramiento el del usted que bien puede desplegarse bajo la forma del tuteo, ya que no se trata de mera formalidad sino de algo propio de la actitud clínica. Del término “miramiento” recupero su antiguo valor castizo, un mirar con interés, atento a la autonomía actual o futura, aquí del paciente. El usted no es distante; es distancia clínica munida de cierto carácter de idioma universal, que no desconoce las singularidades del dialecto que habla el analizante; no es un usted en la escucha; lo es en la acción.

Dado el lugar de la palabra en un análisis, resulta fundamental cuidarla de la degradación, tan habitual, a la que pueden conducir las dos modalidades anteriores, tanto en el acto clínico como en la transmisión.

Sabemos el papel de los modismos, los *slogans*, los giros idiomáticos extrapolados arbitrariamente de un idioma a otro, en el que se incorporan con intención de connotar una determinada actitud analítica. Algunos van haciendo costumbre en la comunidad —y no sólo la del oficio—. No me refiero al legítimo uso de las palabras extranjeras ni propongo pureza idiomática, pero términos como “del orden de”, “si de la... se trata”, “hace pantalla a...” y otras imprecisiones sugieren a veces procedencias de escuela, pero no necesariamente las representan, e incluso puede tratarse de lo contrario; además de constituir expresiones ambiguas y en algunos casos graciosas, terminan por velar algo que se insinuó decir, sin terminar de hacerlo, porque se lo ha dado por dicho; es una infiltración de la que nadie está exento. A veces se presenta como

un modismo, tal vez un tic, pero cuando hay oportunidad de examinarlos psicoanalíticamente en un ámbito clínico, suelen recortarse como persistentes rasgos de carácter, donde se ha incorporado un síntoma a la manera de hablar.

Recuerdo un paciente extranjero con una notable habilidad mimética para encubrir el acento original de su país. Algo semejante hacía para disimular sus muy escasos conocimientos de la obra de Freud, presentándose como un psicoanalista con cierto recorrido. Era hábil para adoptar los modismos más en boga. Al analizar este comportamiento sintomático experimentó un intenso e inesperado sentimiento persecutorio. Pudo no obstante ejemplificar su proceder, refiriendo que cuando hablaba con un interlocutor freudiano, adoptaba una actitud, a veces formulada explícitamente como "¡Ah! A usted también le interesa ese artículo de Freud" —del que, con suerte, conocía el título—. Le estaba siendo un poco más difícil convivir con una comunidad de conocimientos lacanianos, porque de esto no había leído ni los títulos, mas pronto incorporó las expresiones corrientes.

Si todo hubiera quedado en el examen de este mimetismo camaleónico, poco se habría avanzado. Insisto que con alguna frecuencia, estos giros adquieren el valor de rasgos de carácter, que encubren en general carencias, obviamente no sólo de conocimientos, sino históricas, exaltando la sobreadaptación. Este paciente, que había tenido una infancia bastante sobresaltada por todo lo básico que le faltó, y lo impulsó a desarrollar una gran habilidad adaptativa para sobrevivir, había aprendido a vestirse con ropas de otros, pero ropas a la moda.

No es buen vestir para un analista hacerlo a la moda, cuando esto lo deja desnudo de valiosas conceptualizaciones teóricas o clínicas, incorporadas como subrogados modernos de antiguas faltas, y lo aparta del subsuelo personal donde éstas persisten. En este sentido son modismos que terminan cubriendo aspectos singulares de una persona. A esto me refiero cuando planteo la degradación de la palabra, no solamente en su valor para decir al otro sino y especialmente en cuanto a decir de nosotros mismos. El examen de los modismos, sobre todo cuando estamos más atentos a los nuestros que a los

del vecino, constituye una buena oportunidad de propio análisis.

Pero esta degradación del habla va mucho más allá de la comunidad psicoanalítica y adquiere valor de síntoma social, sobre todo en aquellas personas cautivas de culturas mortificadas o en quienes son testigos impotentes de una corrupción abarcativa de todos los órdenes sociales; cuando no se logra articular alguna respuesta, al menos pensante, cosa frecuente en los períodos de gran desmovilización socio-política, puede acontecer que alguien, sin ser corrupto, sea correlato hablado de esa situación. Entonces es posible asistir a una declinación marcada de todo uso denunciante del lenguaje. Aparece la superabundancia de expresiones como “de alguna manera”, “de cualquier manera”, o tal vez se remarque el final de una frase con “¿no es cierto?”, negación que más allá de buscar aprobación de quien escucha, sugiere que quien habla duda íntimamente de su propio decir. No necesariamente miente, tal vez sólo se filtren sus vacilaciones.

Estos giros del habla existen en todos los idiomas, como ricos matices de la explícita intención de aludir a una causalidad eficaz, pero no determinada. Alguien, a sabiendas, elige no ser preciso, dado que la palabra es una estrategia sobre la que intenta decidir; el psicoanálisis muestra los límites de esto.

En momentos como los actuales, cuando la devaluación ética es casi actual neurosis, con todo su correlato tóxico, la superabundancia de tales modismos parece responder a una resignada actitud expresada en “de esto mejor no hablar”, “no hagan olas” o “basta de pálidas”, no tanto como expresiones habladas —que también pueden serlo— sino como resultados abusivos de tantos imprecisos “de alguna manera”, que cuando aluden al propio sujeto pueden llegar a la piadosa expresión, “de alguna manera estoy como...”, con algún tono afectivo generalmente expresado en apócope; el más frecuente suele ser “depre”, por lo cual quien lo dice “hace terapia” antes de “ir a la facu”. Expresiones estas que pueden sonar inocentes y hasta simpáticas, pero que sugieren algo más cortado que sintetizado, aunque a veces también tienen ese legítimo valor.

Los modismos, cuando son reiterados como manifestación de un hablar *light* ("leve" o "ligero" no expresan lo mismo), pueden promover un pesado enojo en quien los usa si algún interlocutor cuestiona su empleo, sobre todo si lo hace gendarme de lo que puede o no ocurrir en la circulación hablada.

Una irritación que en general acompaña toda exploración de un rasgo de carácter, cuando una actitud censora, o incluso prudente, moviliza lo sintomático cristalizado en ese rasgo. Si se lo hace con pertinencia clínica, tal vez se ponga en evidencia cuánto tienen estos modismos de velada queja, resignada a no ser protesta. Aquella que quizá se dispare con beneficio en el examen más prudente.

A veces se presentan como "libertades idiomáticas", y sustituyen expresiones que serían más apropiadas a lo que se quisiera decir o se dijo, sin resultado, en el pasado. Entonces el desánimo parece optar por un cautiverio amarrado a estas expresiones. Es que el habla siempre denuncia, aun bajo formas acobardadas, la situación del sujeto.

Algo semejante ocurre con una mayor libertad, acá sin corbillas, cuando se emplean en público vocablos hasta hace poco reducidos a los ámbitos privados; esas palabras que en los medios periodísticos más formales figuran con la inicial y puntos suspensivos. Así, el rudo "carajo" habrá de denunciar un dolor enojado e impotente, lo mismo que otras expresiones, por lo común escatológicas o del lunfardo sexual, que pretenden avanzar sobre la pacatería del habla pública, a veces con eficacia y otras como inocua infracción, no como transgresión, de un orden social opresor. En general, quedan reducidas a infracciones "como si" fueran denunciantes, pero expresando más abatimiento que combate.

Una anécdota graciosa, casi inocente, alude al aspecto más leve de todo esto. Se trataba de una joven psicóloga recién recibida. Insistía periódicamente por teléfono para solicitar una hora de control. Ante mi falta de tiempo, ella no declinaba su insistencia. Es probable que mi negativa estuviera influida por algo que anticipaba su demanda, sin que yo alcanzara a precisarlo.

Un día alguien de su familia, también psicoanalista, me sugirió que al menos le diera una entrevista. Cuando me vol-

vió a llamar para concertar un horario, percibí, con cierta exaltación, aquello que me había llamado la atención y que se puso en evidencia cuando al entrar en el consultorio me dijo: "Ahora que me diste la hora, estoy como triste, ¿viste?". No me había tuteado hasta entonces. Sin tomar asiento y dudando si hacerlo en broma o como un acto clínico, le dije, casi solemne: "Usted pretende trabajar con la palabra y eso es lo que viene a controlar". Asintió y continué: "Le conviene pensar acerca del uso de sus palabras en este primer minuto de control. La vuelvo a ver dentro de quince días, a la misma hora". Dudé si había cometido un acto de impaciencia o si una intervención clínica válida. Me tranquilizó pensar que mi comentario no era ajeno a la intención de un amistoso "usted", que garantizaba la extranjería necesaria para no desmentir las expectativas que esta futura psicoanalista parecía expresar a través de su insistencia.

El desarrollo posterior, durante algunos meses, confirmó tanto la legitimidad de sus deseos de ser analista como lo oportuno de mi intervención, en el límite de lo insólito y aun de lo inamistoso.

Me resulta simpático que con frecuencia los jóvenes, en el consultorio o en cualquier otro lugar, tuteen a personas mayores que ellos. Se trata de lograr mantener, aun dentro de ese tuteo, el amigable "usted" de las dos orillas, cuando una situación transferencial procura conservar la eficacia clínica y su condición amistosa en los términos que aquí he planteado.

1. UNA PREOCUPACIÓN PERSONAL TEMPRANA

Señalé en el prefacio cómo éste venía a resultar epílogo crítico de una lectura global de los manuscritos (menos éste, en trance de ser escrito), previa a la edición del libro.

En cierta medida este subtítulo sobre la amistad y el psicoanálisis que presento —enseguida se verá por qué— como una preocupación temprana tiene el valor de un prefacio (etimológicamente: lo que se dice al principio), en tanto presidió mi trabajo psicoanalítico y las elaboraciones consecuentes, a lo largo de bastantes años.

Lo cierto es que acerca del lugar de la amistad en el psicoanálisis, versó el primer escrito —un texto bien novato— que produje con intención psicoanalítica, mientras daba los pasos iniciales en mi primer año como candidato en la Asociación Psicoanalítica Argentina. Lo denominé “Relaciones entre candidatos” y tomaba como objeto de exploración los seminarios y grupos de estudio en los que participaba. Se trataba de una presentación para el Primer Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis en Santiago, Chile, que en 1959 se ocupó de las “Relaciones entre psicoanalistas”.

Al parecer ese primitivo trabajo novato no quedó en no-nato, como señaló un paciente veinticinco años después, por entonces hipercrítico de toda mi producción psicoanalítica, quien al descubrirlo comentó que muchas de mis ideas posteriores

ya estaban contenidas en él. Para mi sorpresa, esta vez no se trató de un ataque sino del reconocimiento de una coherencia que lo habría llevado a buscarme como analista, preocupado por un vivir sumamente inamistoso. Esto se desplegaba con frecuencia en el análisis, amparado tal vez por la abstinencia afable –por cierto callada– de mi parte. La abstinencia siempre es un principio éticamente amistoso. Recuerdo una situación similar, un caso verdaderamente paradigmático de lo mismo, ocurrido a lo largo de una entrevista en la que alguien se dedicó a demostrarme, con bastante dureza, todo lo negativo que sobre mí pensaba. Al final de la entrevista, durante la que permanecí en silencio, me dijo bastante preocupado: “Después de todo esto seguramente usted no va a querer tomarme como paciente”. “Si usted ha pensado y dicho semejantes cosas de mí, conviene tenerlo cerca” –le contesté–. Los dos nos reímos y a fe que resultó un trabajo satisfactorio. Necesitaba posiblemente que yo fuera alguien distinto de él. Mantuvimos las diferencias sin hostilidad.

Volvamos a los tiempos de mi formación. Soplaban vientos fuertes y no precisamente de navegación, conmoviendo la casa psicoanalítica, o prenunciando futuros cismas. Aquel esbozo de teorización tenía el valor de una respuesta para posicionarme frente a la Torre de Babel del psicoanálisis, tal vez preocupado en convocar a los dispersos por tanta confusión de lenguas. Esta idea la retomé posteriormente en distintas elaboraciones menos primerizas.

En la discusión posterior a su presentación, en un simposio previo al congreso, defendí, quizá más allá de lo que había alcanzado a escribir, el lugar de lo amigo en el proceso psicoanalítico, tanto en el específicamente terapéutico como en la transmisión y en la discusión de textos. La discutidora en la ocasión fue Marie Langer, por entonces presidenta de la APA. Con cierto humor sufí, refirió una anécdota. Cuando recibía el llamado de un colega amigo que le pedía una hora, ella exponía el impedimento de la amistad, en general sin éxito, de modo que terminaba por acceder a la entrevista.

Si el llamado lo había recibido en su casa, podía comentarle a su marido: “Un amigo menos”.

Posiblemente, en mi respuesta no consideré el tono humorístico, tan propio de ella, y me dediqué a argumentar con vehemencia que si alguien, afligido por algún infortunio, solicitaba una entrevista, era obvio que habría de hacerlo a quien de entrada no desmintiera una expectativa afable. Mi idea para nada partía de una amistad previa, que de existir posiblemente constituiría un impedimento, pero ni aun así veía por qué la amistad debía tornarse en lo contrario por obra de una intervención psicoanalítica.

Era claro el equívoco sobre el que se movía la discusión. Con los años, ese primer encuentro con Marie Langer se convirtió en una importante amistad.

Mucho después, Marie Langer atravesaba un período de cierta tristeza. Había muerto su marido y la ruptura institucional, de cuya necesidad y beneficio no dudaba, implicaba con todo alejarse de un ámbito que la había albergado muy amigablemente, después de abandonar Viena para sumarse a las Brigadas Internacionales españolas y luchar contra el fascismo. Ella era además una de las fundadoras importantes del psicoanálisis en la Argentina.

En esas condiciones, un día mi secretaria me pasa su llamado; al disponerme a atenderlo, le comenté a mi mujer la intención de invitarla a comer. Señalo este detalle, pues en ocasión de la anécdota ocurrida quince años antes, ella había referido más o menos lo siguiente: "Un día la empleada anuncia el llamado de un colega; entonces, dirigiéndome a mi marido exclamé: '¡Qué bueno! Nos va a invitar a comer', y agregó el ya aludido resultado: 'Un amigo menos'".

Cuando atiendo su llamado me pide, para mi sorpresa, una entrevista. Le digo que pasaré a buscarla dos días después por su consultorio; protesta alegando que posiblemente yo no entendía su pedido y me da los argumentos por los cuales creía ver en mí a la persona indicada para atenderla en ese momento. Éramos bastante amigos, aunque Documento y Plataforma aparecían algo enfrentados. Como consecuencia de ello, yo había resultado electo presidente de la Federación de Psiquiatras, y ella la postergada. En la ocasión había prevalecido el plan de Documento sobre el de Plataforma. No se trataba de una confrontación personal, y en todo caso Mn-

rie Langer tenía muchos más títulos y deseos para el cargo que yo ocupé.

Insistí en que pasaría a buscarla dos días después; concluida la comunicación le dije a mi mujer: "Yo no pierdo amigos". Con lo cual terminaba por aceptar su argumentación de muchos años atrás.

Comenzamos a trabajar juntos en un hospital; ya he relatado cómo durante bastante tiempo almorzábamos los viernes al salir del hospital, manteniendo una interlocución que nos comprometía a ambos, no dudo en afirmarlo, psicoanalíticamente. Con el tiempo convinimos que tanto para mí como para ella ese atípico proceso, que para nada desmintió ni el análisis ni la amistad, fue decisivo en nuestras vidas, al menos en lo referente al psicoanálisis y su compromiso con la salud mental, algo para los dos estrechamente ligado a la solidaridad política que nos interesaba mantener.

Años después la asistí en su muerte; ella me decía con humor y cierta tristeza: "¿Viste que al final me diste hora?"; yo le replicaba, al recordar que había sido una de mis supervisoras clínicas, que en realidad supervisaba mi relación con la muerte.

Durante aquellos últimos meses, nuestras interlocuciones psicoanalíticas —así denominábamos algo pomposamente a este tipo de diálogo— tampoco contrariaron una sólida amistad, que presidió el trance.

Todo había comenzado con aquel casi ingenuo trabajo que terminó cerrando, en el borde siempre difícil de la muerte, el lugar de lo amigo y del psicoanálisis. Una amiga más.

2. RELACIONES ENTRE CANDIDATOS II

Comenzaré por transcribir, luego de algunos comentarios, aquel primer texto, escrito en 1959, como ya señalé, mientras daba los primeros pasos en mi capacitación analítica.

Al releerlo hoy, después de muchos años, puedo advertir la evolución de mi lenguaje hacia formas más personales; por supuesto, nunca sabemos del todo cuáles son las influencias que persisten, aunque creo haberme desprendido de cierto kleinismo de la época, sin por eso dejar de reivindicar el valor

de algunas conceptualizaciones clínicas de esa escuela. Lo anterior posibilitó el desarrollo de un estilo clínico, ya por entonces atento a lo que sucede en el curso mismo de los hechos. No he abandonado esa actitud.

Así también constato que mi interés psicoanalítico por lo comunitario ya apunta en ese trabajo, aunque habitualmente tiendo a ubicar el origen de esa controvertida vocación algo más tarde, principalmente a partir de haber dado el primer seminario sobre las instituciones en la Universidad, como respuesta a los personales ataques panfletarios de un cura. Dado que a partir de ahí empecé a ser visualizado y demandado como "experto" en estas cuestiones, califico de controvertida mi vocación psicoanalítica por las instituciones.

"Relaciones entre candidatos a través de un grupo de estudios", 1959

Esta comunicación trata de ser a grandes rasgos la biografía de una idea. La reseña de las diversas vicisitudes por las que atravesó la fantasía de hacer un trabajo sobre "relaciones entre analistas", desde el momento en que hice consciente tal propósito hasta la actual comunicación.

Como ven, se trata de una historia desde el principio hasta hoy. Pero el caso es que llevamos ya muchas horas de simposio y esto implica nuevos datos y nuevas circunstancias, diferentes de las que imperaban el jueves. Es decir que siento la necesidad de incluir el impacto que en mí y en la lectura de mi trabajo ha producido esta nueva situación.

Por de pronto diré que durante la última mesa redonda de ayer tuve la sensación de que ya no tenía ningún sentido el presentar nuevos trabajos. Sentía que habían aparecido nuevos e importantes emergentes, tales como la federación, las ideologías, y mi fantasía fue una permanente y acumulativa mesa redonda donde estos tópicos fueron tratados en el aquí-y-ahora de ese momento y que cualquier tarea que no tuviera en cuenta ese aquí-y-ahora obstaculizaba el esclarecimiento del grupo. Desde ya que también se me ocurrió pensar que por debajo de esa fantasía estaba, entre otros, el propósito de mantener unido al grupo. Pero con todo, siento la necesidad de incluir al comienzo el espíritu con que leo mi trabajo, tendiente a aportar datos que puedan esclarecer lo referente a

federación e ideologías, aunque no fue ésa mi intención específica al hacer esta comunicación.

No es por supuesto una historia cronológica, pero sí el reflejo de cómo al pensar en el tema "Relaciones entre analistas" acudían a mi mente, con más o menos claridad o distorsión, diversos hechos y actitudes personales y grupales de los analistas que conozco. Discurrir, pues, mentalmente sobre esta idea era observar cómo funcionaba el grupo de analistas dentro de mí, cómo eran las relaciones interpersonales introyectadas de estos personajes, pero fundamentalmente implicaba la necesidad de verificar cuál era el grado de distorsión o de realidad con que yo había introyectado a este grupo y sus relaciones. Era pues necesario revisar mi relación con el grupo.

Para mejor comprensión de mi comunicación, señalaré que el propósito de hacer un trabajo fue consciente en mí mientras me encontraba en un grupo de tareas en el que se propuso un trabajo grupal, con vistas al simposio. Este grupo, hasta ese momento, se había movido en un *status* que le permitía un buen grado de unidad, y mantenía en sí reprimidos, aunque latentes, aquellos conflictos que hubieran hecho peligrar las relaciones intergrupales. El hecho es que ese grupo, ante la idea de hacer un trabajo sobre relaciones entre analistas, se apartó de su *status* habitual y se vio movido a revisar sus propias relaciones intragrupales. El material que entonces surgió y al que luego me referiré fue el punto de partida para el trabajo. Fácil es comprender, pues, que cuando por razones de organización se me pidió que adelantara el título y un bosquejo a manera de resumen de lo que sería mi trabajo, lo hiciera sobre este material que aún no había elaborado.

Por aquella época y como un hecho no relacionado directamente con el simposio, llegó a mis manos el reglamento del Instituto de Psicoanálisis y, tiempo después, ya ligado al simposio, su reglamento de presentación de trabajos y resúmenes —y aquí apareció el primer obstáculo—.

Esto surgió cuando sentí que al adelantar el título y el resumen de mi aún nonato trabajo, yo mismo me había creado un reglamento, o más concretamente, no sólo me había comprometido en una tarea, sino que me sentía limitado en su ejecución, ya que el título y el resumen representaban para mí aquello que la Asociación esperaba y, sobre todo, en la medida en que debía ajustarme a ellos, representaban también aquello sobre lo que me estaba permitido hablar aquí. Al hacer consciente esto, no sólo descubrí al grupo Asociación que actuaba dentro de mí y condicionaba mi pensamiento, sino que además

percibí, como lo estarán haciendo ustedes en este momento, la distorsión entre este grupo interno y el externo, que en ningún momento tenía tales características prohibidoras.

Había pues no sólo esclarecido y, por consiguiente, creado una relación interna sino que también había mejorado mi relación con el grupo y ajustado, en consecuencia, la factura de mi trabajo a un "reglamento", valga el término, más adecuado a la realidad.

Lo sorprendente para mí fue comprender que con ese esclarecimiento no sólo resolvía un obstáculo en la elaboración de mi tarea, sino que comprobaba que la idea del reglamento que regía mis particulares vínculos interpersonales en relación con el trabajo, ya estaba incluida en la idea central del resumen adelantado, que giraba sobre "el *status* que regula las relaciones de un grupo de estudio y cómo al abandonar dicho *status* se pusieron de manifiesto los conflictos latentes que alteraban esa relación".

Se imponía pues revisar el material que en aquella oportunidad surgió en el grupo.

Aquí se presentó la segunda dificultad seria.

Al hacer un primer intento de elaboración del material del grupo, sentí lo que había escrito con caracteres desagradablemente imprudentes; me parecía que el trabajo reflejaba aspectos personales del grupo y tal vez míos, que no me consideraba con derecho a exhibir. Además —y esto era lo importante—, tenía dudas sobre la legitimidad de tales aspectos.

Efectué pues un segundo intento y al releerlo encontré que este nuevo enfoque no representaba en absoluto la experiencia que quería referir. Había demasiada distancia entre los hechos y lo relatado.

Fue entonces cuando advertí que si en este nuevo enfoque la distancia era excesiva, en el primero estaba anulada y el trabajo representaba una proyección masiva de mi grupo interno.

¿Pero qué pasaba, pues, con este grupo y la idea del trabajo?

Al reflexionar sobre ello pude ver que el trabajo, en cuanto representación de mi idea, constituía una verdadera "ecuación simbólica" con el grupo, una confusión del símbolo y lo simbolizado. Es decir que había una falla en mi relación interna con el grupo, ya que el trabajo no era la representación simbólica de este personaje grupo sino que era el grupo. De ahí mi desagradable sensación de estar mostrando no un trabajo sino al grupo mismo.

En el segundo intento, por el contrario, el trabajo no sólo era un enfoque fenomenológico y alejado, sino que lo vivía

como una verdadera alienación, totalmente ajena a mí. Se me presentaba, pues, la alternativa de reelaborar el material o seguir desarrollando el análisis de la dificultad anterior. Decidí que lo mejor era aplicar esta posibilidad a la primera.

Sitúo aquí lo que podría ser también mi segunda sorpresa, al comprender que la dificultad que se me presentaba al elaborar el material, traducida en una descripción apartada de los hechos o bien en una identificación masiva con ellos, era la dificultad con la que se encontraba el grupo. Éste no podía incluir en su tarea una serie de datos provenientes del afuera en el que cada uno se movía, porque cada uno estaba en mayor o menor grado identificado con ese afuera, vale decir, cada uno, en cierta medida, constituía una "ecuación simbólica" con su afuera y la situación extrema sería que cada uno no constituía el representante de su medio, sino que ya era su medio. En realidad, lo anterior no era estrictamente cierto en el nivel de las personas, pero sí más exacto en cuanto a las ideas.

Incluir tal o cual ideología de tal o cual analista no era incluir la ideología sino casi incluir a su dueño. Hablar de tal o cual conflicto de un paciente, por momentos, equivalía a hablar del conflicto de tal o cual analista de la relación de cada uno.

Las discusiones no eran tanto el intercambio de las ideologías de unos y otros —en la medida en que ellas constituían una ecuación simbólica con determinadas figuras, que en la realidad externa guardaban su diferencia— sino que estas diferencias surgían en el grupo, pero no tanto como las diferencias lógicas y con la objetividad necesaria que debe haber en todo grupo de profesionales que trabaja en una tarea común, sino con una marcada carga afectiva, ligada a los conflictos del afuera —que en un momento, por otra parte, eran el adentro de cada uno—.

No era tanto la diferencia entre hermanos sino la dramatización, por parte de los hermanos, de las diferencias de los padres.

Hasta que surgió esta situación, el grupo la había eludido y se había atenido a un *status* que más o menos implicaba la siguiente regla tácita: "No hablemos aquí de aquellas cosas que pueden hacernos pelear" y ante este sobreentendido "reglamento", el grupo, por una parte, se refugiaba en la tarea común —analizar material clínico— pero, por otra parte, esta misma tarea se resentía, ya que no era la expresión de la operatividad del grupo, que al perder elasticidad configuraba una cierta caracteropatía. Quizá deba señalar, en homenaje a la verdad, que las características de aquel grupo, en realidad, no eran tan marcadas como podrían aparecer en esta comu-

nicación, donde siento que en mi afán de ser claro he acentuado las tintas, pero con todo, mostrar aunque exageradamente estas dificultades mías y del grupo no creo que sea mostrar aspectos negativos sino señalar diversos pasos en nuestro aprendizaje, donde estos hechos tienen, en determinado momento, una capital importancia.

En aquella circunstancia, al tratarse de un grupo de trabajo cuyo objetivo no era interpretar a fondo, la situación no fue totalmente elaborada. Tal vez esto contribuyó a que el proyecto del trabajo grupal no se llevara adelante. Pero en lo que a mí se refiere, el grupo continuó funcionando, discutiendo y elaborando sus conflictos dentro de mí. Y no es improbable que a la postre este trabajo sea también el ajuste de las relaciones de este grupo interno, grupo al que me unen vínculos afectivos muy valiosos, ya que dentro de él transcurrieron muchas de las circunstancias de mi aprendizaje.

Han transcurrido algo más de tres décadas desde que escribí aquel primer trabajo como estudiante de psicoanálisis, y bien podría haberlo promovido, hace ya bastante tiempo, al grado siguiente de "Relaciones entre psicoanalistas", nombre que correspondía al congreso donde fue presentado. Prefiero mantener aquella primera designación, y en todo caso consignar la duplicación, puesto que en el psicoanálisis, como en la vida, siempre hay un candidato en un rincón de la novela familiar neurótica.

De ella me ocuparé ahora, al aludir a una forma de la amistad cuya existencia pienso que es muy frecuente, aunque no sean muchas las observaciones hechas al respecto. Una figura que podría designarse como amistades transferenciales psicoanalíticas y aun familia transferencial psicoanalítica, o simplemente amistades psicoanalíticas —no amistades entre psicoanalistas—, que se da entre colegas del inconsciente, sobredeterminada precisamente por remanentes de ese rincón del corazón de fantasía con que todo sujeto infantil organiza la primigenia novela familiar, más o menos neurótica, según cual sea su evolución ulterior.

Podrán conservarse, ya transformadas, aquellas novelorías antiguas, como capacidad de humor conjetural, que pueden ir más allá de los hechos, sin ocultamientos mentirosos, para recuperar los resignificados como memoria o como construc-

ciones que se acreditan satisfactorias. Aquí asigno al humor la condición de fluido penetrante de esos rincones que fue construyendo la novela.

He observado con frecuencia, y fue también principal objeto de este propio interés, una situación entre las amistades que se establecen en una comunidad psicoanalítica, cuyas características justifican, sin que esto alcance una categoría clínica definida, que se las denomine amistades psicoanalíticas. En ellas, una producción transferencial puede llegar a remedar aspectos de la propia historia familiar de algunos de los integrantes, no necesariamente de todos los que participan de la situación amistosa. Son amistades recortadas, dentro de las que se van dibujando en una comunidad psicoanalítica, ya sea en una institución organizada o en alguno de los enclaves psicoanalíticos, frecuentes en una facultad universitaria y en otros centros culturales, tal vez en los bares aledaños.

De entrada están facilitadas por las necesidades gregarias de los principiantes. Más tarde pueden entrar en crisis, durante la época de los amores teóricos cuando se confrontan corrientes de pensamiento y afanes de escuela. Tal vez afanes de gloria. Finalmente, si se han resuelto los antiguos factores que las promovieron, podrán alcanzar suficiente nivel de sublimación, para convertirse en amistades entre psicoanalistas, o más sencillamente entre personas de un mismo oficio. Claro que por su origen es posible, aunque no necesariamente sea así, que resulten componiendo las esenciales amistades extranjeras.

Las amistades entre analistas no son, en general, demasiado prolijas y hasta es deseable que así sea, como acontece entre quienes asumen aquellos oficios de la subjetividad, donde la singularidad de los sujetos dificulta los consensos. Ese difícil consenso las hace propensas al virus de los pequeños narcisismos, siempre a punto de multiplicación en los cultivos de la transferencia, que promueven matices -y a veces algo más que matices- conflictivos.

Dado que estas amistades tienen particular valor en el modo según el cual un analista va capacitando su práctica abstinente, es importante considerarlas amistades afectadas y no necesariamente con connotación de enfermedad. Por

eso resulta oportuno insistir en lo que ya presenté en otros capítulos como las tres declinaciones del “estar afectado” y su decidida importancia para comprender una relación clínica psicoanalítica.

En primer término, aparece el “ser afecto” vocacionalmente no sólo a un oficio sino a una manera de oficiarlo. También es importante advertir cómo se “es afectado”, en términos de contagio, por el campo que se integra. Finalmente, lo decisivo será no olvidar que se “está afectado” a un trabajo —que en psicoanálisis se conjuga en abstinencia— que hace posible mantener lo esencial de lo amigo, aun en lo sustancial del amor y la guerra, tan propio de las ambivalencias transferenciales.

La afabilidad con que un clínico logre sostener la abstinencia contribuye a establecer el río y sus dos riberas, y estructurar beneficiosas extranjerías clínicas, río por el que navegará la transferencia, la que a su tiempo habrá de naufragar cuando conviene ese destino.

Todo esto, tan propio de la clínica psicoanalítica, antes pudo tener su despliegue y su resolución y tal vez su necesario naufragio, dentro mismo de la comunidad psicoanalítica donde estas amistades llegan a constituir núcleos importantes, en los que identificar rasgos representativos de las figuras parentales. Cuando esta carga es muy grande, opaca la conciencia acerca de su naturaleza transferencial en quienes la soportan. Por esto mismo constituyen valiosas oportunidades para que este sujeto advierta, análisis mediante, las noticias históricas desplegadas en este tipo de relaciones amistosas. De no lograrlo, posiblemente dificulte su tarea y reproduzca nuevos repiques en los campos transferenciales de su clínica.

Por supuesto, es obvio señalar que ellas no son en absoluto universales ni abarcativas de la mayoría de las relaciones entre analistas; más bien son excepcionales y propias de quienes comienzan su capacitación psicoanalítica.

En la novela familiar neurótica, el niño construye sus novelorías a partir de rasgos que, aun siendo parciales, tienen carácter fuertemente estimulante. En las amistades que considero, estos rasgos, cuya reproducción se cree advertir en personajes contemporáneos, promueven un interés amistoso hacia ellos, como si se encontrara en el hoy lo que se anheló

en el pasado infantil. Suele acontecer que estos rasgos aparezcan en personas marcadamente distintas, en cuanto a estilos personales, de aquella que hace la elección y despierten en ocasiones recíproco interés. Como se recordará, esto es propio de las amistades extranjeras y parece tener su origen en las antiguas construcciones noveladas infantiles.

Estas construcciones amistosas configuran un facsímil mejorado en relación con su origen, en primer lugar, por estar despojadas de su carácter fabulador, trocado tal vez en puntos disposicionales que condicionan la elección. Es también versión mejorada porque quien elige no está sujeto a las limitaciones infantiles. Y como ya señalé, al tratarse de relaciones amistosas, es posible un cierto nivel, quizá precario, de sublimación.

Hay algunos amigos que figuran en varios pasajes de este libro, con quienes la relación fue tomando formas semejantes a las que describo. Ése es el lugar que ocupan, entre otros, Pichon Rivière, Marie Langer y José Bleger, núcleo que se desplegó en distintos momentos de la convivencia psicoanalítica, al remedar aspectos de mi composición familiar de origen.

Por supuesto que la situación a la que aludo nunca va más allá de matices insinuados, significativos para el propio análisis de quien se disponga a él. De no ser así, aproximarían una situación verdaderamente delirante.

No encuentro oportuno detenerme en detalles demasiado personales en relación con lo que describo, aunque algo he consignado acerca de estas tres personas en capítulos anteriores.

Me limitaré a evocar aquello que ilustra el carácter transferencial de estas amistades, sin olvidar a Blanchot y su citado comentario acerca de no hablar de los amigos, menos aún cuando han muerto. Me justifica hacerlo, en esta ocasión, el recaudo de poner el acento sobre mi propia persona. Pero no se trata de un quehacer ocioso sino del interés clínico por ilustrar un proceso poco estudiado, causa de habituales conflictos personales entre los analistas, desde los comienzos mismos del análisis vienés y que luego hizo folklore en el psicoanálisis. También es un hecho, me consta personalmente, que, resuelta de modo adecuado, puede ser origen de importantes

amistades que en el análisis han sido y serán. Estas elaboraciones proveen los requisitos que hacen posible que la condición amiga —tan defendida en este capítulo— integre como valor, y no como gesto y menos aún como anécdota, la ética que preside el despliegue y la resolución, destitución mediante, de la neurosis clínica de transferencia.

En los comienzos de mi relación con Bleger, un día él debió abandonar precipitadamente un congreso del que ambos participábamos, para viajar al interior donde su padre agonizaba. Al regreso me contó un extraño síntoma que llegó a obligarlo a detener el transporte en el que viajaba, urgido por la perentoria necesidad de orinar; esto persistía sin presentar antecedentes clínicos que lo justificaran. Le pregunté cómo había sido la muerte de su padre. La respuesta nos aclaró a los dos la razón de su síntoma. La complicación final había sido una insuficiencia renal. Fue importante que pudiera advertir que, además de ser sintomáticamente solidario con su padre, con su síntoma parecía denegar su muerte. Tiempo después, en ocasión de la muerte de mi padre, Bleger me hizo un comentario que tuvo un efecto elaborativo semejante al de mi pregunta. Recordó la afirmación de Freud, al parecer extraída de su experiencia personal, aquella que promovió su investigación sobre los sueños a raíz de la muerte de su padre, diciendo que esta pérdida no es necesariamente la más dolorosa, aunque de hecho puede serlo, pero sí la más importante para un hijo varón. Las muertes de nuestros padres, al parecer, habían afirmado cierta fraternidad amiga entre nosotros.

Cuando Bleger murió, me encontraba junto con algunos psicoanalistas en el Chile de Salvador Allende. El presidente había recibido en la Casa de la Moneda, como integrantes de Documento y Plataforma, a quienes manteníamos en la ocasión algunos encuentros con autoridades chilenas de salud mental, sobre todo referidos al alcoholismo. Veníamos de Mendoza, donde había tenido lugar un simposio sobre el tema.

Luego de la entrevista, siguiendo un hábito que llevaba ya bastante tiempo, fuimos a almorzar con Mimi Langer, como lo hacíamos los viernes. Horas más tarde, nos enteramos que Bleger había muerto hacía unos días en Buenos Aires. Nuestro itinerario había demorado la noticia.

Durante bastante tiempo, ese período de desconocimiento de su muerte provocaba en mí un dolor persistente, que advertía como ajeno al duelo por la pérdida de ese querido amigo. Mi exploración se orientó en un principio hacia el hecho de que Bleger no nos había acompañado en la salida de la APA (ya mencioné su “adentrismo” institucional, mezcla de lealtad y obstinación). Él había participado hasta último momento en las discusiones y en las expectativas de lo que fue nuestra ruptura con la APA. Examiné esta circunstancia, en cuanto podía relacionarse con un sentimiento de culpa, mas pronto llegué a la conclusión que no era ésa la causa del plus doloroso. Por supuesto, también había considerado la circunstancia de encontrarme junto a Marie Langer —analista de Bleger por entonces— en el momento de enterarnos de su muerte, máxime que la hora de la noticia coincidía con la hora de su sesión. Esto parecía sólo “significarse” sin abrir una significación causal compatible con aquel dolor sintomático. Bastante tiempo después comencé a entender el origen de aquel sentimiento penoso. De niño vi partir a mis padres, desde la casa de campo en la que vivíamos, con uno de mis hermanos, un poco mayor, que había enfermado repentinamente. Volvieron sin él. Había fallecido en una operación unos días antes. Los malos caminos y comunicaciones de aquella época hicieron imposible que los demás hermanos y quienes cuidaban de nosotros, nos enteráramos a tiempo. Probablemente, el agobiante dolor de mis padres contribuyó también.

Por muchas razones, más relacionadas con la vida que con la muerte, Bleger fue un amigo importante para mí. Como aquel hermano, era algo mayor que yo, no tanto en edad sino en recorrido y experiencia psicoanalítica y también en pensamiento político. Fácil es conjeturar acerca de las incidencias ambivalentes de tales circunstancias, capaces de ensombrear duelos reactivados muchos años después, frente a la reproducción de semejantes —aunque diferentes— hechos.

Pero hablando de diferencias, ambos éramos conscientes, y lo solíamos comentar, de lo marcadamente distinto y hasta opuesto de nuestras personalidades. El caso es que esto nunca hizo distancia, sino más bien puso en juego una producción esencial en el afecto y la inteligencia.

La misma extranjería, aunque de otra índole, ocurría respecto a Marie Langer y Pichon Rivière. Con ellos la amistad se acuñaba más en función de los mecanismos de la novela familiar, en tanto que con Bleger, las circunstancias en las que me enteré de su muerte, al reflotar lo acontecido con mi hermano, no originaban pero denunciaban el vínculo fraterno entre los dos. Mediaban, además, algunos hechos en la vida de Bleger que favorecían que ante sus ojos yo apareciera también en un lugar de hermano menor y despertara un interés complementario al mío. Aquí me atengo al consejo de Blanchot.

Estas amistades transferenciales funcionan, para un principiante, como un sostén importante en el comienzo de un oficio que, al decir de Freud, se encuentra entre los imposibles. Él sumaba a la de analizar otras dos imposibilidades, la de gobernar y educar.

Por mi parte, pienso que en ese período inicial de un analista tiene importancia, cuando esto sucede, identificarse con figuras de su entorno, no sólo con las de mayor experiencia sino con las de un recorrido más próximo. Son identificaciones mucho menos riesgosas en su desarrollo que las habidas dentro de su proceso transferencial con el propio analista.

Es un hecho que un quehacer tan singular como el del psicoanálisis, tanto como proceso propio, que se sostiene analizando, como en el acompañamiento de otros análisis, resulta menos imposible como oficio, cuando se está asistido por un entorno que hace de lo extranjero del inconsciente algo no necesariamente ingobernable, al menos en su interpretación, a la par que nos vamos educando en un quehacer que nada tiene de docencia en su práctica. En ese entorno podrá o no identificarse la existencia de amistades analíticas, pero si ellas se dan, su elaboración jugará de una manera importante en la consolidación del oficio analítico, concomitantemente al equipamiento teórico y clínico. Por supuesto, esto es simultáneo a los avances logrados en el recinto de la neurosis de transferencia.

En algunos casos, su tránsito de transferenciales a simples amistades protegerá de tempranas y futuras "militancias escolásticas", aquellas tentaciones despertadas al estímulo de los amores teóricos, y que en tanto tentaciones poco tienen

que ver con la vocación apasionada por algunas líneas conceptuales con las que alguien compromete su afinidad. Pero en otros casos, sobre todo si juegan aspectos transferenciales, habrán de inducirse estas filiaciones. No fue esta última circunstancia la mía, dados los estilos tan recortadamente singulares e independientes de aquellos a quienes asigno ese importante lugar en mi experiencia. No diría que entre ellos se desplegaba visible una amistad, habida cuenta que a algunos les alcanzaba aquel amistoso "un amigo menos", al decir de Marie Langer. Pero una esencialidad amiga los unía; cada uno solitario acompañado, dado el carisma convocante de los tres.

Posiblemente, lo anterior favoreció algo semejante en mí y me indujo con el tiempo a no mostrarme demasiado afín a pertenencias institucionales o de escuela. Mi paso por la APA fue en muchos aspectos provechoso y comprometido, en relación con mi capacitación, pero también el haberme ido fue coherente con mi manera de entender el análisis, no ajena al procesamiento de estas amistades.

Debo decir que de los tres, sólo Marie Langer integró con Plataforma —yo lo hice con Documento— esta salida. En Pichon Rivière nunca pareció pesar demasiado su pertenencia a la institución psicoanalítica, al menos en los últimos años.

De todo ese tiempo, y particularmente de estas personas, mantengo agradecido algunas marcas en el orillo, como se dice de los buenos paños, sin haberme visto nunca inducido a ser orillo de una marca, como se dice de los buenos desadueñamientos de lo propio.

Cuando ya había hecho un recorrido más o menos semejante al descrito en cuanto a mi formación psicoanalítica, y quedaban atrás aquellos noveleros vestigios transferenciales, aconteció algo significativo en la familia, seguramente relacionado con estas elaboraciones. Bleger había muerto hacía tiempo. Pichon Rivière deambulaba desmejorado, sin rendir su original manera de ser. Marie Langer vivía en México; al principio emigró a causa de la tiranía que imperaba en el país; después, de forma definitiva, recuperó su antiguo quehacer político en los países de aquella región. Mis padres ya habían muerto.

Durante años me había debatido entre el campo "campesino", ámbito de mi origen familiar, y el psicoanalítico. Un campo, este último, escenario de lo que he presentado como la familia transferencial psicoanalítica. En ocasiones, desde el que hacer psicoanalítico y pensando en el otro campo, exclamaba para mis adentros: "¡Qué diablos tengo que ver con esto!". Otro tanto me ocurría al volver a mi hábitat campesino.

El caso es que un día acordamos amigablemente con mis hermanos repartir la herencia familiar campesina, hasta ese momento mantenida en conjunto.

Resultó curioso mi entusiasmo por plantar un número mayor de árboles de los que razonablemente aconsejaba la dimensión de mi parcela. Tal vez cumplía antiguos deseos de poblar algún desierto —de esos que no se encuentran, sino que se construyen—.

Un atardecer, al mirar esas arboledas y otras mejoras, le conté a un amigo, que elogiaba con simpatía y cierto tono excesivo lo hecho por mí, un cuento que evocaba un dibujo humorístico, publicado pocos días antes en un periódico. Un viejo indio aparece sentado con otro más joven —probablemente su hijo— en unas bardas. Enfrente se extiende, inmenso, un desierto. Más allá de estos personajes, dos o tres toldos. Una mujer trabaja el grano en un mortero. Algunos chiquillos juegan mixturados entre perros y gallinas. Poco más allá, un caballo. El recuerdo del espacio dibujado, inconmensurable, comenzaba a fundirse con el silencio físico, tangible, de la tarde que se hace noche. También podría imaginar una nave surcando el cosmos. Quizá sólo a campo traviesa.

El viejo indio le dice al joven: "Pensar que hace cincuenta años, cuando llegamos aquí, todo esto era un desierto".

Había recurrido a este relato con la intención intrascendente y humorística de disimular un vago pudor ante las entusiasmas alabanzas del amigo. Terminé conmovido al pensar cómo el hombre puede habitar con tan pocas cosas, amigablemente y con humor, su soledad cósmica.

Supe que me estaba despidiendo. Había prevalecido el otro campo. Tiempo después, pasé el campo "campesino" a mi hijo agrónomo.

Terminado de escribir el subtítulo anterior y su remate con indios, experimenté sentimientos contradictorios. Tal vez me había dejado arrastrar una vez más por cierta memoria emotiva, más propia de un texto epistolar o de las clásicas "confesiones" rousseauianas como estilo literario. Pero también reconocía en el episodio evocado, y en la misma evocación, un avance elaborativo que me permitió tomar decisiones, a la par que perfeccionar aquellas herramientas personales y domésticas de mi quehacer clínico. En este caso, lo doméstico tiene una cierta literalidad, que alude al *domus* donde fijar el domicilio de un oficio, sin domesticar en servidumbre al deseo.

Desde otra perspectiva mis sentimientos me hacían objeto, a través del libro, de un humor cáustico, quizá sutil, pero en el borde de aquello que he presentado como la degradación de la autocrítica, cuando se convierte en hablar mal de sí mismo. Esto se insinuaba como una ocurrencia insidiosa en forma de pregunta: ¿será que estoy contemplando el libro y no sólo este capítulo, como un desierto con pocos toldos teóricos, que no alcanzan a edificio y demasiadas elaboraciones en estado salvaje?

Conocía clínicamente, por propia y ajena experiencia, que este tipo de humor, más allá de su valoración crítica, justa o no, suele indicar que aún falta otra vuelta elaborativa con intención teórica. De hecho, había compuesto, a partir del dibujo, una escena casi teatral. Éste es uno de los significados del término teoría, que alude a "aquello que se ve en la escena teatral".

Se abría, pues, un panorama —otra vez apelaré al recurso etimológico—, "pan-orama", con su significado de "todo lo que se ve". Ése era el nudo del problema. ¿Qué mostrar de ese todo lo que se ve en uno mismo?

En ocasiones, frente a un paciente propenso a hablar demasiado de lo que sucede en sus sesiones, es oportuno señalarle el carácter privado, aunque no clandestino, de su análisis. Tal vez evoco así aquel comentario de Pichon Rivière acerca de quien analizándose válidamente, tiene la aptitud de un

líder mudo, en el que sus hechos hablan por él, sin que se vea tentado de hablar de lo que acontece en su análisis.

Algunas partes del libro aluden a mi propio análisis, ¿qué consignar y qué callar de este proceso privado, habida cuenta que el nivel teórico que se logra extraer es equiparable a las actitudes que hablan por sí mismas? En este sentido, la teorización va des-clandestinizando lo privado, sin vano hablar.

Una vuelta más para profundizar el significado y la resolución de las amistades psicoanalíticas a las que he aludido, supone despojarlas de los componentes transferenciales que sobran. Como dice Freud, cuando parafrasea a Leonardo da Vinci y alude al análisis, es ésta una actividad por *via de levare*, propia del escultor que levanta materia hasta despejar la figura. Lo contrario al *via da porre*, en la que el pintor va agregando una y otra capa de materia, hasta construir la figura.

Esculpir la teoría es cosa de descarte personal, tal vez hasta de despojo y sólo algunas pinceladas de la propia historia, cuando es imprescindible para fundamentarla. Esto implica un equilibrio entre elaboración teórica y propia historia no fácil de lograr.

Si el complejo nuclear sobre el que gira en gran medida el psicoanálisis es el edípico, es obvio que las amistades transferenciales se estructuran en estos giros. Esto es de especial interés para aquellas que se anudan dentro de las comunidades psicoanalíticas. Un interés relacionado con la resolución que un analista va haciendo de los propios facsímiles transferenciales.

En ese complejo no sólo se incluye el triángulo clásico, conformado por Layo, Yocasta y Edipo, sino que irán apareciendo otros personajes, a través de esta vigencia que el complejo tiene durante toda la cultura del hombre. Personajes que acompañarán las crisis que hacen posible elaborar una teoría acerca de lo que se ve en la escena teatral. Digo teatral, ya que básicamente así se despliega, desde la horda primitiva en adelante este complejo, no sólo en los escenarios actorales de la dramaturgia, cuando ésta comenzó a tener vigencia en la cultura, sino en el de los hechos.

En primer término aparecerá Tiresias, luego Sófocles,

acompañado de sus contemporáneos, entre ellos Esquilo y Eurípides.

Dado que se trata de un núcleo trágico-dramático desplegado a través de todos los tiempos de la cultura, será necesario incluir no sólo los contemporáneos al mítico Edipo, sino los que fueron elaborando el drama a lo largo de los siglos, hasta nuestros días. Es en este sentido que con Sófocles se alinean todos los autores dramáticos posteriores, y con Tiresias, los psicoanalistas a partir de Freud. Quizá también vale incluir a todos los pensadores de la cultura que, sin el auxilio del psicoanálisis, trabajaron sus cuestiones.

Ya contemporáneo y en el orden local, agregó —se verá por qué— a Pichon Rivière. Tampoco puedo eludir que estas consideraciones psicoanalíticas las estoy haciendo yo, lo que me incluye en esta serie.

Se ha conjeturado, como un rumor más que interpretativo, constructivo, que Tiresias —el proto-analista— podría haber extraído su clarividencia de una situación semejante a la de Edipo. Era, literalmente, un preedípico que habría mantenido en secreto esta circunstancia, a la espera del héroe capaz de socializar, quizá dramatizar, la semejante tragedia que a él le había acontecido.

Tiresias no era precisamente un héroe, y quizás esta condición de no serlo sea propia de los analistas, al menos en el sentido en que la palabra “héroe” alude a los semidioses, a los jefes militares o simplemente a los militantes, sus heroicidades y cobardías, también propias de las otras categorías.

Mala posición la del psicoanalista militante, cuando la figura de la que es seguidor merece ser designada como demiurgo (dios bastante menor o autoridad local máxima), una suerte de ecónomo o intendente, que administra la transmisión del psicoanálisis como empresa propia. La transferencia es un poder importante en el psicoanálisis, mientras no se la use más allá del poder hacer lo que es pertinente en la clínica.

Pero Tiresias habló, proyectando su verdad sobre Edipo, autor de hechos cuyo sentido e interrelación desconocía. Algo así como decirle que además de ciertos, eran ciertos los acontecimientos que se rumoreaban en Tebas y que él se com-

prometía a investigar, ignorando que era el gran investigado. Se podría computar esta acción reveladora de Tiresias como mérito, pero sin olvidar su acobardada negativa de lo propio. Tiresias sabía y ocultaba, en tanto Edipo no sabía e investigaba sobre ese desconocimiento.

Dado que Edipo sí era un héroe, pagó caro el no haberrehuido su propia sentencia, y la ejecutó sobre sí, sin ampararse en su ignorancia. No eran tiempos de obediencia debida, ni aún a las órdenes de los ciegos deseos, aquellos que habrían de encaminarlo, cuando huía de un vaticinio parricida, al lugar mismo donde habría de cumplirse. Algo que en cierta forma sigue aconteciendo, una y otra vez, en el orden simbólico, en cada proceso psicoanalítico.

Edipo seguramente pensaba que Apolo había dispuesto que así sucediera todo; la misma apelación a los dioses puede hacer un analista, cuando su imprudencia precipita en impulso actuado a quien asiste en su análisis. En este sentido, responsabiliza a los Apolos de la fatalidad, y olvida que cuando Edipo supo, no desconoció su responsabilidad, como Tiresias; no se escudó en la jerarquía para rehuir la consecuencia de sus actos.

Sófocles, en cambio, hizo hablar a la tragedia; y la circuló en drama posible a la inteligencia de los humanos, cuando no se excusan en los dioses. Es en este sentido que puede decirse que Sófocles retomó en drama la tragedia que contribuyó a precipitar Tiresias, desde su propia condición trágica.

Muchos siglos más tarde, Freud advierte que los sueños, eso que desde siempre sucede a los seres humanos como parte de su condición, son también expresión dramática de las trágicas pulsiones habidas en el escenario del inconsciente. Comienza a analizar los propios cuando muere su padre, centrando las cosas en el parricidio edípico. Luego serán los sucesos de la vida cotidiana, incluida la suya y la de sus próximos, objetos de esa investigación. No descartará el humor en su relación con el trágico señor del inconsciente.

Tiresias sabía de qué se trataba. Obviamente, un saber que también movía las manos escritoras de Sófocles —y que Freud acrecentó, escribiendo—.

La palabra de Tiresias precipitó a Edipo al acto real de la

tragedia. También a Yocasta e, indirectamente, a Antígona. Antes, Edipo había consumado el parricidio y abierto el camino al incesto trágico con el cuerpo de su madre.

Freud teoriza, mas no puede evitar que se produzca en Viena un facsímil de la poco "amable" política tebana. Digo "amable" porque quiero resaltar que a partir del naufragio y de los restos que aún siguen flotando, se construye la amistad o lo contrario.

Después, ya en nuestro medio, incluyo el comentario de Pichon Riviére que alude al líder mudo, en el que hablan sus actos, y mantiene reserva sobre el escenario transferencial en donde ellos son examinados. Mas si algo lo caracterizaba, era lo revulsivo de sus inoportunos hablars en cualquier contexto y ocasión, con reconocida eficacia clínica cuando lo hacía pertinentemente. Cuando no, sus comentarios remedaban a Tiresias frente a Edipo, como lo hace cualquiera en el oficio cuando su imprudencia precipita no la elaboración sino los actos previos a ella.

De Pichon se podría decir no tanto que sus actos hablaban por él sino que a veces hablaban, y de forma muy elocuente, de él, y no precisamente de lo menos problemático —en este sentido, verdaderamente, él no era tiresiano—.

Marie Langer⁷ sintió un día la imperiosa necesidad de hablar de su historia más personal, a través de un libro valiente y descarnado.

Bleger era de naturaleza reservada, mantenía el adentrismo, alejado de toda explicitación pública en lo referente a su vida privada, aunque no en su vida política donde era una figura todo lo contrario de lo reservado. En relación con el adentrismo, en algún momento he llegado a pensar que tal vez le costó caro, quizás hasta la vida.

La historia incluye a otros analistas y sus fragmentos autobiográficos, que más que comprometerlos con la mentira, como exageraba Freud, arriesgan cierta explicitación de lo que sobre ellos va siendo claro. En esto se va desplegando lo que digo como obvia referencia a mí mismo.

7. Marie Langer: *Memoria, historia y diálogos psicoanalíticos*, México, Folios, 1981.

Los analistas, en quienes lo vocacional reviste el valor de una pasión —me refiero a la vocación por el inconsciente— buscan ser amigos del conocimiento, aquel que subyace a lo que les sucede, conjugando el verbo suceder en todos sus tiempos. Una conjugación, esta amistad, propia del hacer filosófico.

Ésta es una actividad propicia a los períodos del desierto. Esos coto privados donde llega a ser tan intenso el silencio (ya hablé de un atardecer y de un silencio que, casi físico, se hacía tangible) que las voces llegan lejos, aun desde los susurros del propio análisis, nunca de viva voz, aunque también puede acontecer como revelación mientras se habla.

Algo más que murmullos, más bien el fragor de una batalla, y no en la intimidad del desierto sino en el recinto transferencial, llega a escucharse por fuera de éste cuando, falto de abstinencia o en acobardado silencio, el Tiresias actual cede a las presiones de su Edipo, que demanda una verdad, presionado o fascinado a su vez por la atracción de aquel prestigioso y falso callar. La historia no recoge el destino del Tiresias original, posterior al desenlace de la tragedia. Cuenta, sí, con detalles, lo que aconteció con el héroe.

Entre el silencio renegador de Tiresias, en acobardada mortificación, y Edipo, impulsado a la actuación por aquél, se ubican las descripciones sobrias, cuando lo son, de las propias escenas teatrales, las que permiten a un analista hacer teoría, a partir de Edipo redivivo en su paciente, pero en el más acá de sí mismo, un sí mismo que en el acto clínico está detenido pero no anulado por la abstinencia.

Una vuelta más por la tragedia original. Tiresias, proto-Edipo y proto-analista, accede al conocimiento, aquel que en cualquier analista hará o no teoría, desde las escenas donde está incluido. Esa inclusión que en el psicoanálisis hace de una situación, situación psicoanalítica. De hecho, Sófocles hace de la situación política trágica, puesto que el poder manejaba los hilos, escena teatral. También a partir de ahí el analista, como Tiresias y de hecho Sófocles, teoriza su “clarividencia”, porque ésta es saber de actor —y la teoría, saber de autor—. El equilibrio propio de la transmisión supone mostrar la escultura teórica, y sólo cuando es necesario, no por exhibición, las

pinceladas personales por *via da porre*, para iluminar la figura teórica que ha descubierto el descarte.

Convengamos que la primera escena de nuestra incipiente condición sofocleana se juega en la novela familiar neurótica, y más tarde, en el caso de los analistas, en las peleas y en las alianzas, cada tanto los cismas que abren nuevas fundaciones y refundaciones, sucedidas en la casa psicoanalítica al impulso de lo que llamo, entre otros nombres, la familia transferencial psicoanalítica habitando una torre babilónica.

Puede que todo esto sea mucho prólogo en función de lo poco que de mi historia personal agregaré, para apoyar algunas conceptualizaciones. Pero era la vuelta que me faltaba, una vuelta con valor de propio análisis, que será la última del libro.

Una pregunta facilitadora de esa última vuelta elaborativa es la siguiente: ¿qué es lo que mueve al niño a esa producción fabulada que luego puede predisponer a un analista a la elección de amistades transferenciales, a partir de rasgos existentes en algunas personas que aparecen notoriamente extrañas (extranjeras) a sus hábitos cotidianos? Amistades que han de transformarse, cuando ello sea posible, más que en relaciones entre analistas, en amistades sin acotaciones limitantes del oficio, en algunos casos estructuradas como amistades esenciales, las extranjeras.

Antes de abocarnos a la pregunta acerca de las motivaciones del niño y la novela familiar, quisiera consignar una respuesta más en relación con lo que acabo de señalar.

Pienso que la demora en escribir, en primer término, un libro sobre las comunidades institucionales y no otro, intento avanzado y abandonado muchas veces o reducido a publicaciones fragmentarias, respondía a las razones expuestas a lo largo de este trabajo, pero también se fue haciendo evidente para mí que la posibilidad de hacerlo implicaba, al mismo tiempo, una actividad personal, en directa relación con mi experiencia en la comunidad psicoanalítica, no sólo la que abandoné, sino la menos definida, pero existente, que va haciendo entorno de nuestra práctica. Tal vez esto me llevó a formular, casi como aforismo, que el psicoanálisis de las instituciones, bien entendido, comienza por casa. Lo cual explica mi tenaz

empeño en sostenerme psicoanalista, no solamente dentro mismo de la comunidad psicoanalítica sino en todas aquellas instituciones a las que soy convocado para conducir una intervención clínica, en general sin ser demandado psicoanalíticamente.

Intentaré ahora desplegar la pregunta planteada con anterioridad.

Freud dice que lo que mueve al niño a la producción de su novela familiar son algunos rasgos fragmentarios, tal vez velados, de aquello que advierte en sus padres y que quisiera ver más exaltado. Pienso que estos rasgos despiertan su curiosidad y su deseo de saber, al grado de construir con ellos sus personajes novelados, personajes que generalmente son extraños a su cotidianidad y con frecuencia ubicados extrajeramente.

Estas fabulaciones, tanto como las construcciones conjeturales de los adultos, herederas de aquéllas, son modos de complementar —en el niño con sus fábulas y en el adulto con la conjetura (si es que en este aspecto ha abandonado la niñez)— lo que no conoce. No solamente lo olvidado, sino lo nunca conocido. Esto último es clave para entender la hipótesis que quiero sostener.

El verdadero motor que impulsa al niño a esas construcciones lo constituye ese “no conocido”; los rasgos fragmentarios y lo que se desprende como esencia de ellos es lo que resta de algo perdido por los padres, en otro lugar y en otro tiempo ajenos al niño. Perdido para la imaginación del niño en tierras extrañas. Son restos de un duelo inconcluso en los padres; precisamente esto hace que la sagacidad de los hijos vaya incorporando obligadamente —de la misma manera que incorpora el lenguaje y las costumbres— el oscuro deseo de los antiguos, que les llega por vía de sus padres. Sobre esa trama cada sujeto construirá su historia genealógica. El primer paso de esta construcción es la novela familiar neurótica, algo que le sucede, destaco este suceder, a todo sujeto en los inicios de su vida. Por eso, cambiando la idea de Freud, no la denomino “novela del neurótico” sino novela familiar neurótica, universalizando este suceder, de hecho conflictivo, y de ahí la neurosis como algo inherente a la condición humana.

En este panorama, el niño sabe que le falta lo que no sabe y ya no espera recibirlo de sus padres, no porque éstos sean necesariamente insuficientes sino porque entrevé que lo han perdido. Cuando la historia de los padres aparece velada, ya sea por una actitud explícita o porque forma parte de su constelación conflictiva, suele aumentar aún más el misterio y la curiosidad, creando en los hijos la añoranza por algo no sabido, de hecho no tenido.

Es en este sentido que digo que la novela familiar neurótica es una respuesta a este duelo esencial, en tanto es duelo por el duelo sustancial de los padres; un duelo cuya anécdota y circunstancias el niño ignora, que genera este dolor por lo no sabido y por ello expresado en forma de clima afectivo, sobre el que el niño, en el mejor de los casos, trama su historia fantástica. La otra alternativa es la depresión, y quizá también algunas formas de oligotimia, como lo sugiere la casuística.

Lo que afecta al niño no es solamente este no saber sino la curiosidad por eso esencial que percibe. Retomaré enseguida la importancia de esta calidad esencial, pero antes quiero incluir un recuerdo clínico leído en algún texto que a mi vez no recuerdo, donde un autor europeo, cuya identificación dejo a la memoria del lector, ilustraba su trabajo teórico con el ejemplo de un voyeur. Éste se mostraba particularmente atento al acto en que una mujer orinaba —o él imaginaba que lo hacía—. El análisis mostró que este comportamiento se originaba en cómo percibía en su madre la pérdida de un gran amor, muerto en el pasado, durante la guerra. Ya adulto, el paciente se enteró de aquello que a lo largo de su infancia y su adolescencia había ignorado. Él era hijo nacido de otro matrimonio, una vez emigrada su madre. Al parecer, advertía de niño, con profunda curiosidad y cierto dolor, los restos deseantes del duelo materno. No sé si lo consigna el autor o es conjetura mía, el pensar que aquel niño buscaba lo perdido esencial en la pérdida sustancial que implicaba el acto de orinar, imprimiendo en su lógica infantil esta pérdida sobre la que advertía en su madre. Aquí la pérdida de aguas era expresión de pérdida misma, en el ejemplo anterior que alude a Bleger, la misma pérdida, y seguramente su connotación infantil, estaban al servicio de no perder al padre, a la par que renegar esa muerte.

Otro tanto acontecería con el motor de la novela familiar del niño. Éste no se limita solamente a espiar, voyeur de sus padres, algo cuyos efectos le llegan pero que no conoce y que imagina perdido en un lugar extranjero a su ámbito, sino que lo recrea en personajes fabulosos, padres felices, importantes, prestigiosos o solamente extraños, tal vez en función de lo que es extraño para él y sus padres extrañan. Es en este sentido que se trata de un duelo por lo no conocido y no por algo que tuvo y se perdió. Es esencial porque carece de sustancia, que sí la tiene el dolor por algo cuya pertenencia material, tal vez materializada en una relación, se perdió. El niño le da sustancia transformando este dolor por lo no habido en el placer por lo que recrea y conoce en su inventiva.

Hay un sentido interesante en esto de lo esencial, que después será tan importante en las construcciones de las amistades psicoanalíticas y, de hecho, en las extranjeras, aquellas en las que de orilla a orilla la esencia de lo amigo puentea las distancias. También señalo que algo distinto ocurre en las amistades íntimas, que son —y valga la condensación— esencialmente sustanciales. Sustancias intercambian la ternura y también las pasiones enamoradas, situaciones específicas sobre las que se remedan las amistades íntimas, no necesariamente con estos intercambios.

Cuando decía que hay otro significado particularmente importante de lo esencial, me refería al valor que este término tiene de antiguo en la clínica médica, definiendo, por ejemplo, la hipertensión y otros cuadros clínicos, cuando por desconocerse su etiopatogenia, se las designa enfermedades esenciales.

Es en este sentido que podemos proponer que las fabulaciones del niño responden a una presión esencial, provocada por los efectos de lo que ignora pero sabe, a partir de las situaciones aún vigentes que afectan a los padres por lo que fue y dejó de ser o por lo que quisieron que fuera y no fue. Es probable que esta última circunstancia prevalezca con más frecuencia.

Con todas las consideraciones señaladas anteriormente, voy a incluir algunos datos de mi experiencia personal al respecto. Concisamente diré que muy avanzada mi vida, muer-

tos mis padres y casi por azar, aunque sabemos cuánto suelen mover estos hilos azarosos los determinismos inconscientes, pude reconstruir cuál había sido la historia desconocida que hizo que mi padre, muy joven, casi un adolescente, abandonara Europa. Era la intención de su familia que fuera un viaje con retorno luego de un tiempo, pero él decidió no volver. Lo extraño de todo esto, que promovió mi temprana curiosidad investigadora, es que siempre mantuvo en silencio la historia de su propia familia y el motivo de su viaje. Había un libro en su poder al que tuve acceso muy temprano y que conservo, cuyo título era particularmente significativo para impulsar remanentes de mi novela familiar, dado que lo leí cuando era un preadolescente. Se llamaba *Los pazos de Ulloa*. Pazos designa una posición campesina de cierto abolengo. La autora era Emilia Pardo Bazán. El apellido Pardo figura muy próximo en la genealogía de mi padre; con lo cual, al menos conjeturalmente podía pensar en una relación de parentesco, nunca establecida de modo fehaciente, pero obviamente posible.

Algo gracioso ocurrió cuando fui a vivir, al poco tiempo de morir mi hermano, a un pueblo en el que reencaucé los estudios primarios ya iniciados en el campo. Mi madre me mandó un día a la panadería; volví totalmente excitado y sin el pan, proclamando que el panadero se batía a duelo. En realidad, había muerto la mujer del panadero y un cartel anunciaba "Cerrado por duelo". Esto fue la génesis de una fantasía infantil, incluso central en mi análisis, según la cual el padre de mi padre, había muerto en un duelo. Obviamente, tampoco había ningún dato explícito en ese sentido. La historia reconstruida mostró —acá no entro en detalles— algo que no era para nada ajeno a esta fantasía, donde mediaba, también en la realidad, una muerte.

Pienso que lo anterior ilustra lo que he dicho antes. La pérdida que de niño advertí en mi padre —alguien particularmente sobrio en cuanto a su historia; a pesar de que hubo en ella pérdidas definitivamente sustanciales, cuyos efectos esenciales llegaron hasta mí— me llevó, como a cualquier niño, a un duelo por su duelo, con sus correspondientes "reparaciones" fantaseadas. La novela familiar "le sucede" en grados y

formas singulares a cada niño, como parte de la epopeya del conocimiento y la autonomía de cada sujeto.

Ya he relatado anteriormente cómo el fallecimiento de un hermano un poco mayor, cuando yo era muy chico, terminó por darle rotunda sustancia a ese duelo esencial, que también era propio. La pérdida de un hermano es dolorosa, pero entra dentro de cierta razonabilidad, con todos los conflictos ambivalentes que esto provoca en un niño. Pero la muerte de un hijo, lo dice Freud cuando pierde a su nieto, es totalmente inelaborable para los padres. En todo caso queda la constancia de una memoria triste, como querida compañía.

Consigno esto porque podría decir que la magnitud de este duelo familiar, si bien no terminó totalmente con el lugar y la función de la novela familiar en los términos que lo vengo describiendo —prueba de ello es el ejemplo del duelo del panadero y lo referente al libro mencionado— no cabe duda de que alteró profunda y elaborativamente esa producción fantaseada, y advino con el tiempo estilo conjetural, incluso humor conjetural. Elementos particularmente útiles en la construcción interpretativa para avanzar en lo que no se conoce, a partir del registro de lo que nos sucede. Incluso, de lo que nos sucede como remanente de ese antiguo novelar.

Todo esto me lleva a entender más cómo jugó en mí la relación con las amistades psicoanalíticas que he mencionado.

Pichon Rivière era alguien con cierto estilo transgresor. Podría decirse que vivía en humorística y doméstica transgresión, en general amable, ya que ésa era su índole, capaz de expresar en voz alta lo que pensaba, mientras un disertante o un expositor en un grupo decía lo suyo. Cuando lo conocí, ya lo relaté, hablaba sobre psicosis en tanto llenaba un pizarrón de trazos garabateados y gráficos inconclusos que parecían ideogramas de un lenguaje primitivo, un lenguaje extranjero.

Para mí, este fino, casi aristócrata europeo, con sus toques permanentes de antiguo anarquista, hablaba un traducible idioma del inconsciente, ese territorio extranjero del que recibí la primera manifestación de un psicoanalista, a través de aquellos garabatos de Pichon Rivière. Una manifestación que cobró valor inaugural.

Algo semejante acontecía con mi padre, tan privado en su temprana historia, privado por haberse alejado de ella y por mantenerla en privacidad. Había en él un rasgo de carácter, lo voy a llamar así, que me provocaba una particular inquietud durante mi infancia y mi adolescencia.

Lo que terminé por admirar y en cierta forma adoptar de Pichon Riviére, en cuanto a sus intervenciones inesperadas y hasta inoportunas, lo manifestaba mi padre, tan capaz de hablar en un transporte o en cualquier otra situación pública, refiriendo en voz alta y en un medio urbano algunas noticias foráneas, ocurridas en el campo. No asumía un estilo “pajuerano”, más bien se le notaba poco el campo, pero carecía de ese mimetismo camaleónico, tan propio de la cultura urbana, propensa al “donde fueres, haz lo que vieres”. Con el tiempo, valoré esa originalidad, tampoco desmedida —aunque sí lo era la repercusión que sobre mí tenía— y me fui despojando de lo que el lenguaje eclesial llama “respeto humano”, aludiendo a negar a Dios en público (tal vez a la manera de aquel aforismo ya considerado que dice “De los dioses, di por las dudas que existen”), frente a las modas humanas.

Mi padre era bastante poco sensible a las modas y a los modismos; escribía y hablaba un español depurado, sin acento de origen; los americanismos no parecían conmovirlo demasiado.

Después entendí que la verdadera causa de aquel malestar, cuando mi padre hablaba en voz alta y despertaba la curiosidad de los extraños, debía encubrir mi conflicto con aquello de lo que no se hablaba, como también una temerosa curiosidad multiplicada en las personas del entorno. Mi relación con Pichon transformó ese malestar en una curiosidad, capaz de mover los hilos de aquella indagación de lo no conocido, hasta hacer su reconstrucción histórica. Capaz también de decir en ocasiones —incluyendo ésta— más de lo prudente, o por lo menos de lo habitual para la reserva del oficio. Es riesgo calculado o tal vez el hábito de no entrar en tantos cálculos.

Con Marie Langer me sucedía algo también identificable. Al principio la veía artesanalmente psicoanalista; conocía muy poco de ella e intuía bastante. Intuía, por ejemplo, que aquello de “un amigo menos” iba más allá de la anécdota donde

fue contextualizado, para significarse en todas las cosas amigas de las que la había apartado el psicoanálisis; entre ellas, de una temprana actividad política, un quehacer extranjero en tanto ocurrido en la Viena de sus primeros tiempos y en la España de las Brigadas Internacionales. Había además otras pérdidas muy importantes, como la de un hijo y también otra muerte anterior en España, por cierto muy significativa, que ella consigna en su autobiografía.

En un control clínico, en una discusión teórica, en un seminario, quizá tocado por vestigios de esas "otras vidas", estaba próximo a pensar, ¿qué hace esta mujer acá, lejos de lo que parecen ser sus verdaderas luchas? La veía como una brava mujer capaz de acciones distintas de las más propias a cierta mansedumbre clínica, inherente a la artesanía psicoanalítica.

Podría decir algo distinto, y en parte semejante, de mi madre. También se presentaba a la manera de una apacible artesana de lo cotidiano. Y destaco, verdaderamente una condición artesanal, que parecía expresar más posibilidades de las que desarrollaba en la domesticidad. Había en su historia la muerte trágica de un hermano mayor, cuando ella era muy joven. También la de su hermana menor, con algo de leyenda en su relato —o tal vez despertaba en mi memoria esa impresión—. De esta tía rescaté, con el tiempo, un óleo de rara calidad —pintado casi niña— que acrecienta, como aire de familia, la potencialidad creativa que siempre vislumbré en mi madre.

De estas cosas me enteré cuando fui más grande, pero de niño algo debo de haber intuido con intriga curiosa que me llevó a pensar, con tono más tímido pero más trascendente que el reproducido muchos años después frente a Marie Langer, ¿quién es esta mujer de talante activo y tranquilo, que a los doce años mató su primer puma? En realidad fue el único, pero mi expectativa infantil estaría a la espera de otros, o al menos de cosas bien distintas, más próximas a las que yo imaginaba cuando la veía cabalgando amazona y no al modo jinete —por entonces reservado a los hombres— en un caballo espléndido para mis ojos.

Era de esas personas de quienes se suele pensar que tie-

nen un rendimiento por debajo de lo que es su equipamiento vital. Estoy seguro que ella no compartía esta opinión, pero en mí favorecía el sentimiento de lo no sabido. Esto debió jugar en mi amistad psicoanalítica con Marie Langer, a quien le regalé un caballo. Su yegua, con la cual ella decía analizarse cabalgando (no hablaba de propio análisis) estaba muy añosa para “conducir el análisis” de esta joven mujer mayor.

Los caballos tuvieron presencia en mi relación con Marie Langer. Ella solía cabalgar cada tanto por algún parque estadounidense con Sterba, que había sido su analista en Viena. Más ruralmente lo hacíamos un día, por una ruta sudamericana que se estaba abriendo en el campo del que he hablado, cuando me preguntó: “¿Adónde va esa ruta?”. “Es el camino al socialismo”, le respondí, ante su mirada intrigada. Me habían expropiado unas hectáreas para abrir su traza, y con lo que recibí pagué mi viaje a Moscú y Leningrado, una controvertida experiencia con el socialismo real, sin duda muy interesante, que hicimos un grupo de miembros de la Federación Argentina de Psiquiatría, entre los que se contaba Mimi.

Hablando de expropiaciones y caballos, fue con el dinero de la venta de uno que bastante tiempo antes de este diálogo había contribuido a pagar una operación importante de Pichon Rivière.

Una convicción de niño, nacida cuando daba mis primeros galopes, me llevaba a sostener, casi lo sigo sosteniendo, que todo malestar del cuerpo o del alma se cura andando a caballo. Sin duda, remanentes de aquellos primeros tiempos que siguen cabalgando, amigos de la vida y de los caballos frente a lo inamistoso de lo enfermo.

Lo cierto es que este historial de mi práctica clínica empezó considerando los antecedentes infantiles en el arte de los caballos, aquel que se pretende baqueano en sostener una relación amiga con lo que se presenta irracional, o al menos tan distinto de uno mismo como puede serlo un bárbaro. El término es paradigma de lo extranjero con el que pretendemos entrar en amistad o en guerra.

Con un caballo, en su condición de noble bruto—desde la perspectiva humana— sólo es posible establecer una relación amiga sofrenando la propia tendencia a la brutalidad que acomete.

El arte de los caballos, como el de la clínica de los estados irracionales del hombre, es culto de la propia contención que no se desanima ni retrocede.

En psicoanálisis, esta disciplina, casi marcial y sin guerreros, se llama "de la abstinencia". Personalmente la reconozco como estructura clínica de la demora. Una actividad donde, al conducir el despliegue clínico de un análisis, puede que se despliegue, presente y demorado, el propio análisis.

El propio análisis es novela distinta de la del analizante y también de la antigua familiar y neurótica.

Si no fuera distinta de una y otra, no habría posibilidad de analizar. Pero si no existiera lo que de aquella primigenia novela se heredó, como capacidad conjetural y humor imaginativo, sería más difícil hacerlo.

Desde cierta perspectiva psicoanalítica, puede proponerse que una forma no ajena al propio análisis, sostenido en una actividad permanente (interminable), es aquella capaz de trocar lo sintomático en actividad creativa.

Se alude con frecuencia a algunos escritores para ejemplificar esa situación. Es posible que los ejemplos estén más a mano en nuestro propio quehacer de psicoanalistas, ocupados en apalabrar intrapsíquicamente nuestro inconsciente.

Es otra forma de expresar el pensamiento freudiano acerca de la condición conflictiva del sujeto humano —no necesariamente la gravedad— como impulso de la teorización metapsicológica.

Un ropaje que no sólo cubre sino que abriga el padecer. El abrigo es una forma de la cura, cuando antes que hacerse refugio, invita al movimiento.

La narración es uno de estos movimientos, como lo indica su remoto origen en *narria*, la que sigue deslizándose, con o sin ayuda de la rueda. Tal vez del tiro de algún caballo.

Este libro supone, en cuanto a su escritura, cierta superación de los moldes aforísticos con que durante años fui repertoriando mi experiencia. Un riesgo, el de los aforismos, que amenaza alejar a quien los toma por hábito, de las fuentes que les dieron origen, algunas de ellas, fuentes de la desmesura de la que los aforismos son medidos reflejos.

También señalé que, en ocasiones, al leer una sentencia,

aforística o no, hubiéramos deseado ser sus autores. Y si logramos eludir explícitas o disimuladas tentaciones plagiarias, algo casi imposible luego de miles de años de escrituras, escribas y escritores, tal vez nos sorprenda que esa frase haya flechado algo informe de esas fuentes de las que el impacto nos informa.

Terminado el libro, esto me aconteció. La sentencia oportuna es de Angelus Silesius, y si bien no es un típico aforismo, se le aproxima: "Amigo, con esto basta. Si quieres leer más, anda y conviértete tú mismo en libro y en esencia".